

FOMÁNTICA



GARBIÑE LAS HERAS

MARÍA ALLUA

CON MIS BRAGAS POR BANDERA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2018

© 2018 Garbiñe Las Heras, María Allua

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1 CLAUDIA](#)

[2 MARTINA](#)

[3 SILVIA](#)

[4 CLAUDIA](#)

[5 MARTINA](#)

[6 SILVIA](#)

[7 CLAUDIA](#)

[8 MARTINA](#)

[9 SILVIA](#)

[10 CLAUDIA](#)

[11 MARTINA](#)

[12 SILVIA](#)

[13 CLAUDIA](#)

[14 MARTINA](#)

[15 SILVIA](#)

[16 CLAUDIA](#)

[17 MARTINA](#)

[18 SILVIA](#)

[19 CLAUDIA](#)

[20 MARTINA](#)

[21 SILVIA](#)

[22 CLAUDIA](#)

[23 MARTINA](#)

[24 SILVIA](#)

[25 CLAUDIA](#)

[26 MARTINA](#)

[27 SILVIA](#)

[28 CLAUDIA](#)

[29 MARTINA](#)

[30 SILVIA](#)

[31 CLAUDIA](#)

[32 MARTINA](#)

[33 SILVIA](#)

[34 CLAUDIA](#)

[35 MARTINA](#)

[36 SILVIA](#)

[37 CLAUDIA](#)

[38 MARTINA](#)

[39 SILVIA](#)

[Agradecimientos de Garbiñe](#)

[Agradecimientos de María](#)

1CLAUDIA

Entro al laboratorio fingiendo que es un día más, pero no es así, ¡hoy viene Jon y hemos quedado para comer! Y para la ocasión me he puesto un poco más mona de lo habitual. Aparentemente, un *look* sencillo pero que me sienta genial. He sacado del armario «mis vaqueros», esos en los que te gastas un dineral pero hacen que tu culo sea respingón y tu vientre plano, conjuntado con una blusa blanca de satén con un poco de caída, cuello en «V» y manga larga, que resalta mi moreno, mi escote y da luz a mi cara. Como colofón, me he calzado unas sandalias de cuña marrones que estilizan mi figura y dan más longitud a mis piernas. Vamos, que después de trabajar me puedo ir directa al fin del mundo.

—¡Buenos días! —Saluda el conserje—. ¡Cómo se nota que es viernes!

—¡Buenos días! —respondo sonriendo de oreja a oreja y canturreando para mis adentros *Hoy no te escaparás*, canción de Hombres G, banda sonora que lleva en mi cabeza y mi móvil desde ayer a la noche. (*Hoy será un día especial porque estoy muy alto de moral, he cogido mucha confianza y hoy... tiriri ¡hoy no te escaparás! Porque es posible que no puedas volver a andar. He esperado toda la semana a verte desnuda dentro de mi cama, y hoy... ¡hoy no te escaparás! Tiriri*).

Recorro los largos pasillos de baldosas y cristaleras enormes hasta llegar a mi despacho, que hoy me parece más bonito de lo normal. Contenta y nerviosa me voy ubicando. Enciendo el ordenador y dejo la chaqueta y el bolso en el perchero, y rescato de este último mi móvil. Una vez sentada, decido centrarme en el trabajo y tras comprobar los *emails* comienzo con la lectura del informe que me ha pasado el jefe:

«Dentro de los psicoestimulantes, la cocaína, por ejemplo, ejerce un efecto dopaminérgico al actuar directamente sobre la sinapsis del NAC (*nucleus accumbens*)...».

La mañana va transcurriendo más lenta de lo habitual y mi cabeza gira una vez más del ordenador al reloj y luego al móvil como si de un tic se tratase. ¡Solo han pasado diez minutos! ¡No puede ser! Decido ir a por una

dosis de cafeína extra con la esperanza de concentrarme mejor a la vuelta.

—Paula, voy a por café ¿quieres algo?

—Voy contigo —responde y, de un respingo, se quita la bata y salimos rumbo a la cafetería—. ¿Cómo estás?

—Muy nerviosa y con muchas ganas de verle. ¡Qué ganas de que lleguen las tres!

—¡Ay! —suelta un gritito Paula—. ¿Dónde habéis quedado? Estas guapísima.

—¡Hola! —Saludamos casi al unísono a los compañeros al entrar en la cafetería—. ¿Qué tal? —La verdad es que saludamos más por educación que por interés, al ser de otro departamento no coincidimos mucho y cuando nos encontramos solo hablamos de temas triviales.

—Aquí a recargar las pilas, como vosotros ¿no? —señalo.

—Sí —responde uno de ellos.

—Dos cortados —pido al camarero.

—¿Sabéis que vamos a tener chico nuevo? Será el enlace entre nuestros departamentos, uno de Bilbao —comenta uno de los chicos.

—Sí —confieso rápida, casi sin separar los labios de la taza que me ocultan parte de mi rostro y mi sonrisa, al tiempo que se me encoge el estómago, y no quiero que se me note la alegría y emoción.

—Algo nos habían comentado, un tal Jon, ¿verdad? Le conocimos en un congreso, parecía muy majo, ¿le conocéis? —interroga Paula con retintín.

—Yo le conocí hace un par de meses cuando vino a firmar el contrato con el jefe. Almorzamos juntos con él y su novia —responde Paco con naturalidad. Yo me quedo ojiplática. ¿Qué acaba de decir?

—¿Tiene novia? ¿También viene ella de Bilbao? —pregunta Paula descarada.

—No, ella es de aquí, por eso pide el traslado. Está embarazada y se van a casar.

—¿Jon? —Me quedo atónita. No doy crédito a lo que estoy escuchando. ¿Cuántos Jones hay en Bilbao? ¿Millones? No me lo quiero creer. Me empiezo a encontrar mal, mi estómago se encoge y se me nubla la vista.

—Sí, Jon, uno alto, moreno y que tiene la voz muy ronca. —¡Ay, Dios mío! ¡Empieza el lunes!

—Ah... —digo casi en un susurro y alargando la «a». ¿Y viene de manera indefinida? Eso tampoco me lo había dicho...

—¡Ya tenemos el equipo al completo! ¡Hala, Claudia, muévete que tenemos que volver! —Resuelve Paula mientras me coge del brazo y me insta a marcharnos de la cafetería como si me estuviera casi riñendo.

—Claudia, ¿estás bien? Tienes mala cara. —Oigo preguntar a Paco.

—La verdad es que no me encuentro muy bien. Será un bajón de tensión... —respondo incrédula, dolida y queriendo desaparecer en ese mismo instante.

—Te acompaño —anticipa Paula sosteniéndome fuertemente por el brazo mientras con el otro me acaricia suavemente la espalda tratando de consolarme.

—Hasta luego. —Saludan los chicos simpáticos.

—Chao. —Se despide Paula.

Mi cabeza empieza a dar vueltas y debo concentrarme en cada paso hasta llegar a mi aposento con mi amiga sosteniéndome. No puedo articular palabra. El nudo en la garganta ahoga todo tipo de emoción; mientras Paula me acompaña hasta la silla, se asegura de cerrar la puerta con pestillo y echar las persianas del despacho ocultándonos de miradas curiosas.

—¡Qué fuerte! —exclama Paula una vez que estamos en modo cueva en mi despacho—. ¿Estás bien?

—¡Va a tener un hijo y se va a casar! ¿Cómo puede ser? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿A qué espera? ¡No entiendo nada! Tía, no lo entiendo, llevamos hablando meses por WhatsApp... es que no lo entiendo. ¿Y para qué queda hoy conmigo? ¿Cómo no dices algo así?

—¿Le preguntaste? —Investiga en un intento de comprender algo que se le escapa o que no le he contado.

—¿Qué? —grito mirando incrédula—. ¡No me jodas!

—Perdona, es que yo tampoco entiendo nada. ¿Tampoco te dijo nada cuando estuvo la última vez?

—Yo no sabía que había vuelto a venir...

—¿No? ¿De qué hablabais?

—¡Del tiempo! —respondo arisca—. ¡De todo! Me ha contado que su madre está enferma, las veces que ha ido al hospital, las broncas con sus

primos, que su padre no ha estado a la altura, cómo un amigo le ha ayudado, que si su perro tiene pulgas.... ¡hasta la bronca con su ex! —chillo y le tiendo el móvil con todas las conversaciones que hemos tenido—. ¡Mira! Y dime si yo estoy loca o solo veo lo que quiero ver porque no entiendo nada —bramo.

—¡Menudo cabrón! Esto es muy fuerte —comenta levantando la vista del teléfono y consolándome entre sus brazos.

—¿Qué hago? ¡No le quiero ver! ¿Cómo le voy a mirar a la cara? Le quiero matar. —Resoplo mientras se me encharcan los ojos y escondo mi cara entre mis manos. Me intento contener y un nudo cada vez más grande se forma en mi garganta—. ¡Puf! —suelto entre dientes.

—Qué fuerte —corea una vez más.

—No me lo puedo creer —murmuro entre sollozos sujetándome la cabeza.

—¡Tranquila, cariño! No se merece ni una lágrima tuya.

—Ya... —gimo llorando sin parar.

—¡Menudo cabrón!

—...

—Ahora vamos a ser prácticas, luego has quedado con él... ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir? —Investiga Paula.

—¡Yo que sé! —respondo—. No le quiero ver, pero ni hoy ni mañana ni nunca.

—Ya, y te entiendo, pero la realidad es otra. El lunes va a estar aquí y vas a tener que verle todos los días, cariño, así que igual es mejor que le veas hoy y le digas lo que le tengas que decir.

—¡No quiero! —respondo gimoteando.

—La otra opción es no quedar con él y hacer como si nada, pero...

—¿Hacer como si nada? ¡Yo no sé hacer eso! —interrumpo enfadada y decepcionada, con él, conmigo, con ella, con el mundo.

—Creo que es mejor que te enfrentes a esto cuanto antes.

—No voy a quedar con él —digo intentando reponerme para seguir trabajando y distraerme un poco.

—¿Y qué le vas a decir?

—Que no puedo y punto. No le voy a dar más explicaciones. Si él no piensa en cómo me puedo estar sintiendo yo o le da igual, ¿por qué lo voy a

hacer yo por él? ¡Que le den! —Toda mi tristeza se convierte en una rabia profunda y enfado monumental. Lo único que quiero es partírle la cara.

—Claudia, no te olvides de que vais a trabajar aquí juntos —dice en un intento de serenarme.

—¡Como para olvidarme! Creo que me voy a coger lo que queda de día libre. —Veo que no soy capaz de sosegarme o concentrarme en algo que no sea torturar a Jon—. ¡Nos vemos luego!

—Claro, guapa, voy contigo —me dice con una sonrisa.

—No, de verdad, me va a venir bien estar un rato sola. Nos vemos a la noche.

—Vale. —Y, tras despedirnos con un abrazo, sale del despacho.

Me siento con la intención de sosegarme un poco más. Apago el ordenador, saco de mi bolso clínex y maquillaje, no puedo salir así. Me limpio la cara y me doy un poco de polvos en el rostro haciendo que recobre su color. Lo que no puedo disimular es el brillo de los ojos de haber estado llorando, lo intento con un poco de colirio que ayuda a bajar la rojez, aunque en realidad tampoco me importa demasiado. Mi expresión sigue descompuesta, pero necesito airearme. Cierro la puerta de mi cubículo y me dirijo al exterior. Todo el mundo está en sus respectivos despachos o en el laboratorio, por lo que no me cruzaré con nadie. Tras comunicarle a mi jefe que no me encuentro bien, me despido hasta el lunes. Salgo a la cálida luz del día, que me recibe en las calles de Madrid escondida tras unas enormes gafas de sol que ocultan mis ojos y me separan del mundo.

Al tiempo que camino por la ciudad pienso en cómo ha transcurrido todo. En el impacto que causó en mí conocerle, cómo me quedé con ganas de más y lo contenta que me sentí de que existieran hombres así. Y cómo giran las cosas, de lo feliz que yo estaba esta mañana, de lo maravillada que me sentía de volver a verle y al final la vida siempre te devuelve a tierra, a tu realidad, y esta me ha devuelto a la mía. Él ha jugado conmigo y yo me lo he creído todo. Me ilusioné con un fante, con una mentira, y he dejado que mi felicidad se vaya al traste por un batacazo emocional. ¿De verdad voy a dejar que mi felicidad se vaya a la mierda por un mentiroso como él? Y de repente mi tristeza se convierte en indignación, me da rabia sentirme así. Debería agradecer lo que tengo y no llorar por semejante gilipollas cobarde

que lo único que quiere es que le suba el ego. Debe de tener una autoestima pésima para ir buscando halagos ajenos y creerse merecedor de algo o alguien sin importarle jugar con los sentimientos de los demás. Parece que lo único que ha buscado conmigo es alimentar su carente amor propio. Y con un brusco movimiento recupero el teléfono para, enfadada, anular mi cita con él.

No puedo quedar hoy.

¡Hola, guapa! Qué pena, ¿entonces mañana? Tengo ganas de verte ;)

Nos vemos el lunes en el despacho.

¿Estás bien? Te noto rara...

¿Rara? ¡Será gilipollas! Y directamente quito la voz al móvil y lo lanzo al bolso, no sé qué hacer con el ataque de enfado que tengo ahora mismo. Quiero pegar a alguien, concretamente me gustaría pegarle a él, o chillar como una loca, y, a falta de eso, entro al supermercado y me aprovisiono de comida basura para encerrarme en mi casa con el fin de aliviar mi disgusto atiborrándome de grasa, azúcar y helado.

2MARTINA

—Seguimos en el parque, cariño —responde Daniel.

—Voy preparando la cena.

—Estupendo, nosotros en media hora estamos allí.

—Hasta ahora, cariño.

—Un beso.

Abro la puerta de casa y después de ir al baño, cambiarme de ropa y de calzado como si fuera una autómatas, me dirijo a la cocina para preparar la cena. Estoy cansada, pero si toco la silla sé que no volveré a levantarme. Después de estar todo el día de pie, en cuanto mis posaderas se acomodan, el esfuerzo para reactivarme es mucho mayor y si lo hago a estas horas del día creo que la reactivación es del todo imposible. Así que, puesta y dispuesta, me lavo las manos y comienzo a cocinar. ¡Hoy toca tortilla de patatas! Mientras se van pochando las patatas aprovecho y pongo la mesa. Media hora después con la tortilla recién sacada de la sartén oigo el tintineo de las llaves en la cerradura.

—¡Mamá! —grita Cloe corriendo en mi busca.

—¡Hola, cariño! —Me saca la sonrisa en cuanto la oigo.

—Hola. —Saluda Daniel cerrando la puerta.

Cloe se abalanza sobre mí y la cojo entre mis brazos. ¡Cada día pesa más! Y apoyando su cabeza en mi hombro saludo con una sonrisa a mi marido. La verdad es que, al contrario que yo, cada día está más guapo. Tras besuquear a mi hija y limpiarnos las manos nos disponemos a cenar. Agotada, me siento lanzando un agradecido suspiro de reposo. Daniel sirve la cena mientras nuestras miradas cómplices se cruzan en el aire. Ambos hemos acordado contárselo hoy a Cloe y, aunque no tenemos claro cómo abordar el tema, estamos ansiosos por ver su reacción al escuchar la noticia. Ella, ajena a nuestros pensamientos, nos va desvelando los suyos.

—¡Pedro es malo! —sentencia.

—¿Por qué dices eso, mi vida? ¿Qué te ha hecho?

—No se quiere casar conmigo.

—¿Ah, no? ¿Y por eso es malo? —La risa y la ternura me invaden por igual. No me imaginaba que ya empezaba con estas cosas. ¿Su primer desamor?

—Me ha dicho que se va a casar con Marta —añade indignada y, como ella es muy resolutiva, sigue—: Pero entonces yo me voy a casar con Uriol porque él todavía no se va a casar con nadie.

—¿Y tú te quieres casar con Uriol? —pregunto curiosa. Me ha hablado muy poco de ese niño la verdad y me sorprende.

—¡No! Pero si no, solo queda Julián y ese no me gusta porque se come los mocos.

—Ja, ja, ja. Pero, hija, puedes casarte con otro niño. Todavía eres pequeña, igual conoces a otro chico.

—¿Ah, sí? —Se le ilumina la cara.

—¡Claro! —respondo—. ¿Te quieres casar?

—Sí, porque así seré mamá.

—Puf. —Cuánto daño ha hecho Disney, otro día tendremos que arreglar esto—. ¿Qué te parece si otro día vamos a otro parque donde puedes conocer a otros niños?

—¿Sí? Muy bien.

—Pero no tienes que decidir ya con quien te vas a casar.

—¡Pero yo me quiero casar!

—Ya, Cloe, pero puedes decidir más tarde con quién casarte. —Es Daniel el que insiste.

—Ya, pero... es que yo me quiero casar. —Y dale pellizco al tambor.

—Vale, cariño, yo solo te digo que puedes esperar.

—Ah... ¿Y entonces puedo tener dos novios?

—¿Eh? —Esa no me la esperaba.

—Ja, ja, ja. —Daniel rompe a reír, no aguanta más—. ¿Cómo que dos novios? ¿Uriol y Julián? —pregunta sorprendido.

—¡No! ¡Julián no!

—¿Entonces quién?

—Uriol y otro niño que conozca en el otro parque... ¡o Pedro!

—¿Cómo que dos novios?

—¿Por qué no? —Nos interroga curiosa y sin entender a qué viene tanta

pregunta.

—No sé, cariño... ¿A ti te gustaría que Pedro tuviera dos novias? Imagínate, una Marta y otra tú. —Me intereso.

—¡Yo me quiero casar con Pedro!

—De ideas claras —agrego.

—Vale, cariño. Pero ¿sabes qué? A veces es más divertido no saber a quién vas a conocer mañana —apunta Daniel.

—Nosotros nos conocimos cuando éramos más mayores, Cloe. Cuando teníamos treinta años.

—¿Cuántos son esos?

—Tus deditos de las manos, más los míos, más los de papá. —Estamos todos en pose de «choca los cinco».

—¿Tantos? —pregunta boquiabierta. Para ella eso es una eternidad.

—Ja, ja, ja. —Rompeamos a reír.

—Sí.

—Oye, tenemos que decirte una cosa, Cloe —indico. No aguanto ni un minuto más.

—¿Qué cosa? —inquiere masticando el último pedazo de tortilla.

—Vas a tener una hermanita —digo sonriendo. Daniel y yo estamos cogidos de la mano y escrutándola con la mirada ansiosos.

—¿Una hermanita? —añade perpleja y sonriendo tímidamente.

—Sí, tú vas a ser la hermana mayor.

—Ahhh... —Sus ojos que no mienten brillan de alegría. Está entusiasmada.

—Tenemos que pensar cómo la vamos a llamar. ¿Nos quieres ayudar?

—¡Síiiii! —asiente, está loca de alegría y se pone a dar saltos. Daniel la coge y la sienta en su regazo al lado mío.

—¿Y podré jugar con ella y hacerle coletas como las mías? —Lo pregunta agarrándose la coleta que le está colgando y casi completamente deshecha.

—Sí, cariño, pero tendrás que esperar un poco porque todavía está aquí dentro. —Apunto enseñándole mi barriga.

—¿Y cómo se ha metido ahí dentro?

—Eso te lo cuento otro día, ¿vale?

—La mamá de Sonia también tiene un niño dentro —lo confirma—, pero creo que es más grande que mi hermana porque su tripa es mucho más grande.

—¡Sí! Es un poquito más.

—¿Y la vecina Toñi también tiene un niño dentro?

—No, cariño.

—¿Y por qué tiene la tripa tan grande?

—Cloe, porque come mucho —lo digo entre dientes, no puedo contener la risa.

—Venga, cariño, que ya es tarde, vamos a la cama —le insta Daniel.

—Pero...

—Dame un beso, mi vida —y la cojo en brazos para achucharla—, puedes ir pensando nombres para tu hermana.

—Voy a soñar con ella y mañana te digo cómo se quiere llamar.

—Mira —le digo ilusionada al tiempo que la separo un poquito de mí. ¿Has notado eso? Es tu hermanita que te está saludando.

—¡Hola! —Saluda Cloe con la mano como si pudiera verle.

—Ja, ja, ja. ¡Buenas noches, mi vida!

Tras la cena, y con Daniel contándole un cuento a Cloe para que esta se duerma como todas las noches, me preparo para mi mejor momento del día. Sonriendo, abro la puerta del baño y comienzo a llenar la bañera vertiendo una buena dosis de gel y sal, para que mi cuerpo hinchado se relaje. Es hora de relax para mí y para mi pequeña. Voy deshaciéndome de la ropa y observando los cambios en mi cuerpo. No son nuevos, pero me sigue sorprendiendo lo que el cuerpo humano es capaz de hacer. Introduzco el pie suavemente en el agua para testar la temperatura de la misma, y, aunque está un poco tibia, la impaciencia se apodera de mí y valientemente meto el otro. Es un regalo para mis tobillos. Giro el grifo con el objetivo de que el agua caliente caiga a borbotones. Poco a poco con la temperatura agradable para todo mi cuerpo me siento y acomodo.

Observo el movimiento del agua que me recibe creando ondas expansivas, parece que me están cediendo el sitio. Como si de una piedra lanzada a un río se tratara, las ondas se expanden hasta que chocan contra la pared de la bañera y vuelven en forma de líneas temblorosas. Hipnotizada

con el ritmo del agua dejo de mirarla cuando cubre mi cuerpo entero y reposo la cabeza al borde de la pila. Con los ojos cerrados a la luz de las velas y con el hidromasaje accionado, froto mi más que incipiente barriga llena de ilusión y felicidad. Quién me iba a decir que a mi edad tendría otro hijo.

3 SILVIA

«Ya la llamaremos, señora Menudo... Ya la llamaremos, señora Menudo...», me repito a modo de mantra con tono burlón, imitando al hombre (por decir algo) engreído, prepotente y absolutamente repipi que acabo de dejar diez pisos más arriba de este precioso edificio del Paseo de la Castellana. ¡Sí, claro! Seguro que me vas a llamar. ¡Ja! Digo en voz alta mientras salgo del portal y doy una enorme bocanada de aire para tranquilizarme. Además de un portazo. ¿Por qué no?

—¿Silvia...? ¿Silvia Menudo? —Oigo una voz a mi espalda y, asqueada, me doy la vuelta. ¡Lo que me faltaba es encontrarme con alguien justo ahora!

—¿Natalia? ¡Pero cuánto tiempo! —digo aliviada y, para ser francos, bastante ilusionada al ver la sonrisa que me dedica mi amiga. Espero mientras apaga una colilla (apurada hasta el filtro) en uno de los ceniceros altos de los laterales de la puerta, para darle un enorme abrazo.

—¡Demasiado! ¡Estás increíble! ¿Qué haces por aquí?

—El tonto —digo tras el estrepitoso fracaso de mi entrevista de trabajo.

—Ya será menos... Se ríe—. Imagino que ya has conocido a Juan. No te preocupes, es un hueso duro de roer.

—Sí... No me ha dado mucha opción —le cuento cabizbaja.

—Tranquila, es un imbécil. Y eso que yo ya estoy acostumbrada.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, desde hace ya unos años. Lo cierto es que, tal y como están las cosas, no me puedo quejar. Oye, estaba yo pensando... ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Pues... —pienso en que Rubén está con mi madre y aprovecho la coyuntura—, no, no tengo ningún plan.

—¿Te apetece que vayamos a comer? No me queda mucho para salir... Una hora como máximo.

—¡Sí, claro! Me parece perfecto. Me doy un paseo y vuelvo a por ti —le digo entusiasmada mientras la veo desaparecer de nuevo tras la puerta que,

hace unos minutos, casi hago giratoria.

Un poco más animada, salgo del soportal en el que me encuentro y comienzo a caminar sin rumbo fijo y, por supuesto, a darle vueltas a la cabeza. A ver, Silvia, me digo, la entrevista no ha ido bien, pero...

¿Qué esperaba? Hace mil años (sin exagerar) que dejé de estudiar. Desde que terminé mi formación profesional de administración y contabilidad no he trabajado «de lo mío». He hecho que ser camarera o cajera de supermercado se convirtiera en lo mío, pero no es lo mismo. Por lo que lo raro es que me hubieran llamado siquiera para hacer esta entrevista personal en una importante consultora. ¿Qué estabas pensando, Silvia, que el puesto iba a ser para ti con toda la gente preparada, y joven (aquí mucho énfasis) que hay pululando por ahí?

Pues... sí. La verdad es que es justo lo que estaba pensando. Pienso en que para mis 35 años (casi 36, pero eso no viene al caso) me conservo de maravilla. Según el día, me veo hasta «buenorra» (esto sí que no viene al caso, Silvia, me interrumpo, me he venido un poco arriba yo sola). La cuestión es que, como iba diciendo (pensando, mejor dicho), me veo estupenda. No soy una jovencita, no, pero ni falta que me hace. Todo lo que tengo de mayor lo tengo de madurez, de sabiduría y de experiencias vividas y aprovechadas.

Estoy cien veces más segura de mí misma que hace diez años. Me veo que puedo con todo. Y si no, a ver quién es capaz de preparar una paella con todos sus condimentos, poner la lavadora y hacer el pino puente, todo ello mientras tienes a una delicada e inocente criatura succionando tu pecho como si no hubiera un mañana. A ver quién, ¿eh? ¡Yo!

El problema es que la empresa no ha pensado lo mismo. Y yo, que soy muy comprensiva, entiendo que, aun teniendo los estudios necesarios, quizá no tengo la experiencia requerida para el puesto. Pero... oye, eso ya lo sabían antes de hacerme venir aquí, personalmente, vestida de punta en blanco (por aquello de la primera impresión) jugándome la vida encima de estos «cómodos» tacones cada vez que el suelo que voy pisando me pone la zancadilla con un imprevisto e inoportuno desnivel. (Y que, a pesar de todo, haya mujeres que digan que hay tacones cómodos...). Bueno, el señor González me ha explicado que le ha interesado mi CV, que el puesto consiste

en un trabajo sencillo, de auxiliar administrativo, que yo podría hacer perfectamente... (¡Bien!) Si no tuviera «esta situación personal». (¡Ohhhhh, otra vez será!).

Mi cabeza es una olla en ebullición. No solo por estar a pleno rendimiento, que lo está, sino que el abrasador calor del verano en Madrid no para de abofetearme la cara y creo que estoy sufriendo una leve insolación. Busco de nuevo una sombra en la que hacer una llamada a Hugo para contarle cómo me ha ido. Seguro que está pendiente.

Hablar con mi marido siempre me reconforta. Tal y como él me dice, habrá otra oportunidad. Solo acabo de empezar a buscar trabajo y no tenemos ninguna prisa (el problema es que tampoco tenemos ni un euro). Ambos hemos decidido que es el momento de que yo también trabaje, mi momento. Es verdad que Rubén es demasiado pequeño y ojalá pudiera demorar más mi incorporación al mundo laboral, pero necesitamos el dinero. Sin embargo, tampoco debemos agobiarnos. Hugo está trabajando más que nunca para que a nosotros, su familia, no nos falte de nada.

Empiezo a recuperar la fe en mí, en la vida, en la gente, en el universo en general... y a animarme. Me despido de Hugo contándole mi encuentro fortuito y mi espontánea cita para comer y, después de darme saludos para Natalia, cuelgo el móvil. Pongo rumbo de nuevo al trabajo de mi vieja amiga. Que conste que digo «vieja» porque somos amigas desde hace mucho tiempo, no porque esté mayor. Está tan estupenda como yo.

Mientras paseo por el centro de Madrid, esta vez por la sombra, voy leyendo los millones de wasaps que tengo pendientes, bueno no, leyendo no. En determinados chats, abro y cierro. No vaya a ser que me pillen por banda. Este será nuestro secreto. Y es que me doy cuenta, además de lo difícil que es andar con tacones mientras voy mirando a la pantalla del móvil en vez de al suelo, de que la gente tiene mucho tiempo libre. Todas estas personas que tengo en los millones de grupos (de nuevo no exagero) de esta maravillosa y actual aplicación..., ¿no tienen otra cosa que hacer aparte de hablar en esta realidad paralela (o para ellos), de expresar sus sentimientos con emoticonos o mandar la foto de un negro con la polla más larga que has visto nunca? Pues parece que no. A mí, sinceramente, me gusta escribir de vez en cuando, pero, como bien sabemos y por algo lo dijo Aristóteles, en el punto medio

está la virtud. Así que, chicos y chicas, hay vida después del móvil. ¡No seáis tan pesados! Voy sumida, y con la cabeza bien alta de orgullo, en mi gran reflexión vital y tecnológica cuando...

—¡Oh, mierda! —Tropiezo de repente y mis labios, hoy color rosa terracota, casi besan el suelo. Intento levantarme, con dudoso éxito, mientras bufo al comprobar que uno de mis tacones ha quedado atrapado en el hueco entre dos baldosas—. ¡Mierda! —repito, esta vez más alto, mientras sigo intentando recuperar una posición vertical. Una vez arriba trato de liberar mi precioso (y reitero, incómodo) zapato de su cárcel. Aquí estoy, despatarrada, tratando de encubrir unos constantes espasmos con los que intento salir del pavimento, tratando de disimular (como si estar ahí parada sin hacer nada fuera de lo más normal, me falta silbar) y mirando hacia un lado y a otro mientras suplico que no haya testigos de mi caída triunfal.

—Hola..., ¿estás bien? —me dice alguien, al que todavía no he visto ni la cara, pues mis ojos siguen concentrados en el ya odiado pavimento.

—Eh..., sí, tranquilo, es que esta mierda de suelo quería quedarse con mi zapato y no puedo permitirlo —digo avergonzada tratando de salvar mi dignidad mientras levanto, por fin, la mirada.

—Tranquila. Te ayudo —dice el chico mientras se arrodilla ante mí—. Sujétame esto, por favor —añade mientras me entrega una carpeta verde. Se agacha de nuevo, coge con suavidad mi talón con una mano y con la otra intenta desenganchar el tacón del baldosín. Lo consigue.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! ¡Me has liberado! —sonrío a mi salvador mostrando dientes que ni sabía que tenía.

—De nada. Creo que solo por verte esa preciosa sonrisa volvería a hacerlo mil veces más. Soy Mateo —añade con una timidez exquisita mientras me tiende la mano y acepto su gesto. Avergonzado por su comentario cambia violenta y repentinamente el rumbo de la conversación—. ¿Conoces la AECC? —pregunta, tras un breve carraspeo, todavía sonrojado.

—Encantada, Mateo. Sí, la conozco, claro, pero... ¿me lo dices para que me haga socia?

—Em... —duda—, sí, bueno, quería contarte un poquito lo que hacíamos.

—No hace falta. Fui socia muchos años, pero ahora mismo mi situación

no me permite tener demasiados gastos, ya me entiendes. Me encantaría, pero no puedo. Lo siento mucho, no quiero hacerte perder el tiempo. Hacéis una gran labor.

—Muchas gracias, entonces no te entretengo más —me dice echándose a un lado caballerosamente para que pueda continuar mi camino—. Que tengas muy buen día...

—Gracias, Mateo, igualmente. —Me alejo dándole la espalda mientras siento sus ojos pegados a mi vestido, lo que provoca una inesperada reacción en mi estómago vacío.

Una vez a salvo, y con mi culo bien aposentado en una terracita de Alonso Martínez, Natalia y yo nos ponemos al día. Entre chopitos, croquetas y huevos rotos con jamón (echo de menos la cervecilla, que suplo con un zumito fresco), mi amiga y yo le damos a la sin hueso sin parar.

—Bueno y qué, ¿cómo te va la vida, Natalia? ¿A tope de salud, dinero y amor?

—A tope de trabajo por poco dinero. De la salud mejor ni hablamos...

—¿Y eso? ¿Qué pasó? —pregunto extrañada.

—Cáncer de mama. Pero estoy bien, lo superé.

—Vaya, lo siento. ¿Y Lucas?

—No fue lo suficientemente fuerte para vivir a mi lado cuando la cosa se puso difícil.

—¡Qué cabrón! —Me sale del alma.

—No le culpo, Silvia. No era fácil para ninguno de los dos. Pero bueno —dice cambiando de tono—, estoy genial. Podría haber sido peor. Podría haberme tropezado en pleno centro de Madrid. —Comienza a reírse a carcajadas, provocando la misma reacción en mí.

—O peor, podrías haberte casado, como yo —añado mientras Natalia se parte de la risa.

—Ay, amiga mía... ¡sabía que terminarías con Hugo! Lo supe desde el momento en que os vi juntos. ¿Porque es con él con quien te has casado no? —Asiento muerta de la risa—. Tenías tantos pretendientes... Pobres ingenuos... Bueno, pero... ¿de churumbeles ni hablamos, no? Te recuerdo la promesa que hiciste con tu amiga Claudia (después del gran pedo en El escondite) acerca de no tener renacuajos babeando cerca.

—Ohhh, vayaaaa. La rompí hace cinco meses. Un bebé precioso, Rubén, que me absorbe la poca energía que tengo y al que, por cierto, en breve tendré que rescatar de las fauces de mi madre.

—Ja, ja, ja. ¿Y Claudia? Aún recuerdo como si fuera ayer esos días en los que trabajabais las dos en el bar. ¡Qué buenos momentos!

—Sí, fue una época la mar de divertida. Pero la historia de Claudia, para el siguiente capítulo. Tengo que irme ya. Jooooo... ¡otro día quedamos y recordamos esos viejos tiempos!

—De acuerdo, cariño. Bueno, me alegro muchísimo por ti. Te veo fenomenal.

—Y yo a ti, Natalia. Nos vemos pronto ¿eh? ¡Por nosotras! —Inicio un brindis alzando mi zumo—. Para que sigas igual de preciosa y de sana, sobre todo.

—¡Por nosotras! —secunda Natalia—. Para que pronto encuentres un trabajo y, de paso, yo un noviete.

Chocamos nuestras bebidas mientras mi mirada, decidida, regresa al lugar donde ¿desafortunadamente? he tropezado hace un par de horas. Hay algo que tengo que hacer. Me despido con pena de mi amiga, con la firme promesa, esta vez sin alcohol de por medio, de que no volveremos a dejar pasar otra revolución tecnológica para volver a juntarnos.

Cojo el móvil, esta vez para escribir a mi madre y decirle que voy a recoger al pequeño monstruito. Inmersa de nuevo en la pequeña pantalla luminosa...

—No me escribas, ya estoy aquí. Lo que quieras hablar, ¡mucho mejor en persona! —Reconozco esa voz y levanto mi mirada sabiendo a quién voy a encontrarme.

—Hola, Mateo. —Saludo pizpireta.

—Ah, hola —responde ruborizado—. Discúlpame, no me había dado cuenta de que eras tú. Lo siento..., no recuerdo tu nombre.

—Silvia, soy Silvia. No te lo había dicho. —Sonrío pícara.

—Encantado, Silvia. Un placer verte de nuevo —me dice mientras, al igual que antes, se retira discretamente para dejarme pasar.

—Verás, Mateo, quería hacerte una pregunta.

—Sí, claro, dispara —me dice guiñándome un ojo.

—¿Qué tengo que hacer para trabajar con vosotros? —recibe mi pregunta sorprendido y algo aturdido, pero enseguida una sonrisa ilumina su cara y resuelve mi incógnita.

—Llama aquí y pregunta por Carolina —responde mientras saca una tarjeta de la carpeta y me la entrega, rozando levemente mi mano con sus suaves dedos.

—Gracias de nuevo, quizá me salves hoy por segunda vez. —Agradezco mientras guardo torpemente la tarjeta en mi minibolso, sin poder despegar mi mirada de sus ojos brillantes, de ese rostro tan angelical que me sonrío con dulzura. Una dulzura inocente, una dulzura delicada, una dulzura... propia de su edad. Sí, porque este chico (con esos ojos tan azules, tan alto, tan rubio, tan todo...) no debe de tener más de veinte años.

4CLAUDIA

Empieza a llover, es una lluvia fina de las que no mojan mucho, pero que anuncia que el otoño ha llegado, que las vacaciones escolares se están acabando y las temperaturas comienzan a bajar. Mi estado de ánimo es igual, estoy triste, bueno más que triste desilusionada. Desilusión que ha hecho que suelte alguna lagrimita. Tampoco muchas, vamos a ser sinceros, no es que fuera el gran amor de mi vida, pero sí que estaba ilusionada. Además, en estas situaciones me llego a plantear por qué no me he dado cuenta antes y yo solita de con qué clase de hombre estaba tratando, ¿tan fácil es engañarme? Por lo visto sí. Me siento idiota, eso es lo que más me duele de todo.

De camino al trabajo, bajo el paraguas rojo que me cubre la cabeza y salvaguarda la idea principal que llevo meditando varios días, voy dándole vueltas a cómo enfocar la conversación con mi jefe. Como dice mi madre, hay que saber pedir las cosas, y es más fácil conseguir un sí cuando esa persona está descansada, con la barriga llena, tranquila y de buen humor. Espero que hoy sea un buen día.

Con el objetivo claro en mi cabeza, y sobre las diez y media de la mañana (asegurándome así de que ya haya tomado su segundo desayuno), decido acercarme al que tiene en la mano la llave de mis deseos. Cuando llego, la puerta está entreabierta y le oigo canturrear al tiempo que retira la taza de café y la servilleta, lo que se traduce en tres puntos a mi favor. La puerta entreabierta es señal de que no está muy ocupado, eso siempre lo hace encerrado en su despacho o paseando por todos y cada uno de ellos, el apetito lo tiene saciado y parece estar de buen humor. Con todos los indicativos a mi favor me dispongo a lograr mi objetivo, ¡allá voy!

—¡Buenos días, Federico! —Saludo desde la puerta siendo lo más simpática que puedo, creo que hasta estoy forzando demasiado la sonrisa.

—Hola, Claudia.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunto con un pie ya dentro del despacho y cerrándola a mi paso.

—Sí, claro. —Asiente, ofreciéndome con la mano desde el otro lado de

la mesa la silla de enfrente para que me siente.

—Voy a ir directa, me gustaría cogermelo un mes de vacaciones. Ya sé que puede ser un poco precipitado... Y no sé si será posible, pero...

—¿Cuándo te quieres ir? ¿Y cuántos días? —interrumpe.

—Me gustaría cogermelo en octubre el mes completo. Ya sé que me estoy cogiendo algún día de más... —Las preguntas son tan directas que me sorprenden y me hacen titubear.

—¿Qué planes tienes?

—¡Si no hay inconveniente! No sé qué posibilidades hay... —En lugar de contestar me veo excusándome.

—En verdad son buenas fechas para nosotros. Habéis acabado el proyecto y es mejor que las cojas ahora en vez de a finales de año y además tenemos uno más en plantilla, así que si tú lo quieres no hay ningún problema.

—Ehhhh... —dudo qué responder, no imaginaba que fuera a ser tan fácil—, ¡gracias!

—¿Te vas fuera?

—Me quiero ir a Tailandia y por eso quería aprovechar el mes para disfrutarlo allí, al final no sé si volveré alguna vez. —Por alguna razón sigo implorando y no dando por hecho lo que ya he conseguido, mis vacaciones.

—Yo estuve el año pasado, ¡es precioso! Mira, aquí tengo alguna foto.

—Ah, qué bonita, qué guapa está tu mujer.

—Y yo. —Bromea. ¡Joder, pues sí que lo he pillado desocupado!

—Es muy bonito. —Ya había visto alguna foto, pero me deja boquiabierta.

—Tranquila, todo solucionado, y recupérate, que no tienes muy buena cara.

—Gracias. —Y yo que pensaba que este hombre no se daba cuenta de las cosas..., me tiene bien calada.

—Lo único, pásame por *email* las fechas concretas de tus vacaciones.

—De acuerdo, ahora mismo. Gracias, Federico —digo levantándome de la silla—. ¿Cierro la puerta? —pregunto ya en el límite del despacho con el pasillo.

—No, tranquila, yo salgo ahora.

—Adiós y gracias.

—Vuelve con las pilas cargadas. —Típica respuesta de jefe.

Y dejando a Federico a mi espalda y con la alegría instalándose en mis venas, me dirijo a mi despacho para acabar con todos los quehaceres antes de cogerme mis merecidas vacaciones. Qué bien me van a venir. Un mes de distancia y playa para desconectar. Antes me gustaría ser capaz de hablar con Jon e irme lo más tranquila posible. Sé que es una conversación que necesito, pero cada vez que lo siento cerca o creo que me lo puedo encontrar me acobardo y le rehúyo. Aun así, después de dos semanas dándole esquinazo, soy consciente de que en algún momento coincidiremos, de hecho, desde ese wasap no sé nada más de él, pero, cada vez que intuyo que puede estar cerca, el corazón me da un brinco y el pulso se me acelera. Lo que está claro es que no puedo seguir así. Lo mejor será coincidir cuanto antes y pasar el trago.

—*Bihar deitzen dizut. Muxu.*

Esa voz inconfundible en lengua extraña interrumpe mis pensamientos y yo no me atrevo a dar ni un paso más. Incrédula o muy crédula, giro lentamente la esquina continuando por mi camino y confirmando lo que de antemano sé. Ahí está, en mitad de mi recorrido hablando por el móvil. Vestido con una camisa azul que le resaltan el moreno, sus ojos y su sonrisa, está guapo a rabiar. El pulso se me acelera y nuestros ojos se encuentran, ya no hay marcha atrás y siento cómo la expresión de mi cara se queda petrificada. Sabía que este momento llegaría, pero aun así no puedo evitar la explosión de sensaciones que estallan en mi cuerpo. Sin otra alternativa, sigo andando con paso firme fingiendo normalidad y seguridad.

—¡Hola! —Saluda y se acerca para darme los dos besos de rigor. Yo, boquiabierta, todavía simplemente sigo el juego y ofrezco mis mejillas donde se depositan sus besos, porque ninguno de los que me da él queda al aire, los míos en cambio vuelan.

—Hola —respondo intentando fingir normalidad.

—¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo!

—Bien, ¿tú? —Estoy flipando.

—Bien, conociendo un poco todo esto. Creo que ya me estoy habituando. Solo me faltaba verte, como la última vez desapareciste...

—Sí, eh... —titubeo, no me lo puedo creer. ¿Tendrá morro?

—¿Dónde te has metido? Esto no es tan grande —insiste con esa sonrisa que le irrumpe en la cara.

—Donde siempre, no me he movido mucho de mi sitio. —Miento con una sonrisa fingida, el estómago revuelto y la cara congelada, ¡me quiero morir!

—Qué ilusión verte —añade socarrón haciéndome una caricia en la mejilla. ¡Me lo cargo!

—¿Sí? —respondo arisca, por lo visto demasiado porque mira con cara de no entender lo que está pasando dando un paso atrás. A estas alturas mi mal genio se está apoderado de mí y lo que pueda pensar él me da igual.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—De repente desapareciste y ¡estás muy rara!

—¿Rara? Se te olvidó comentarme un pequeño detalle. —Lanzo la frase como un cuchillo, directo afilado e interrogándole con la mirada, no aguanto más.

—¿Qué detalle?

—¿En serio?

—¿De qué va esto? —pregunta molesto.

—¿A qué juegas? —Menudo cabrón.

—No estoy jugando a nada.

—Ah ¿no? ¿A la comida también estaba invitada tu prometida?

—¿Qué? —Se queda patidifuso.

—... —Le desafío con la mirada.

—¿A qué viene esto, Claudia? Tú y yo no teníamos ni tenemos ningún compromiso, no sé a qué vienen estos reproches.

—Ya sé que no tenemos ni teníamos ningún compromiso, pero hemos estado tonteando y, sinceramente, me he llegado a hacer ilusiones. —Mi enfado ya no conoce límites.

—Somos AMIGOS —lo dice despacito deletreando cada sílaba como si yo fuera idiota y no entendiera la palabra. Con la boca bien abierta va avanzando—. A MI GOS, ¡nada más!

—Y si tan amigos somos, ¿cómo es que no me has contado que te vas a casar y a tener un hijo?

—¿Pero tú qué te crees, que cada vez que alguien es amable se quiere casar contigo?

—¿Tratas así a todos tus amigos, tontearas con todos ellos?

—Yo no he tontearado con nadie.

—Jon, no te pases. No estoy loca y no me hagas creer que lo estoy o que vi cosas donde no las había. Sé diferenciar la educación o amabilidad con el tontearo.

—Creo que te has hecho muchas pajas mentales.

—¿Ah, sí? ¿También iba a venir a comer tu mujer con nosotros, esa de la que no has mencionado nada en todo este tiempo?

—Ella no tiene nada que ver con esto. Y por supuesto que no le voy a decir que venga a comer con una loca como tú.

—No, tranquilo, por si no te has dado cuenta yo ya no quiero comer contigo, ¡cuerno de los cojones!

—¿Por qué te pones así?

—¿Así cómo?

—Como una histérica. —Trago saliva para no darle una torta en ese mismo instante.

—No me trates como si estuviera loca —le digo amenazando con mi dedo índice.

—¡Es que lo estás! —sentencia.

—Buff... —Respiro y cojo aire para no elevar la voz—. Vale. —Y cuando él cree que me estoy calmando asalto su bolsillo del pantalón con una mano y le quito el móvil.

—¿Qué haces? —grita enfurecido.

—Voy a llamar a tu mujer para que venga a comer con nosotros. ¿Cuándo te viene bien? Y ya de paso le enseñe nuestras conversaciones por WhatsApp.

—Dame eso —grita colérico arrancándome el teléfono de mis manos—. ¡Estás loca!

—¡Y tú eres un cabrón! ¿No dices que la loca soy yo y me he hecho pajas mentales? Entonces no tendrás ningún problema en que se lo enseñe a tu mujer, porque como soy uno más de tus amigotes le habrás hablado de mí, ¿verdad?

—... —Me mira con rabia.

—Y no verá nada raro en que quieras verme y comer a solas conmigo y que recuerdes el día que nos conocimos, te guste mi sonrisa y tengas ganas de besarme, ¿no? —Le retransmito frases que me ha mandado por WhatsApp.

—¡No pensaba que eras así! ¡No me extraña que estés sola! —añade arrancándome su teléfono de mi mano.

—Yo tampoco que tú fueras así, pobre de tu novia, que la tienes engañada.

—Vete a un loquero —añade girando sobre sí mismo y huyendo en dirección contraria.

—Mejor sola que con alguien como tú —espeto.

—No te lo crees ni tú. Eres una celosa patológica y no hay quien te aguante. —Ya está fuera de sí.

—¿Y tú? Un niño sin autoestima que no sabe estar solo, que lo único que quiere es que le bailen el agua para poder sentirse un poquito hombre porque eres incapaz de sentir eso por ti mismo. Un egoísta que le da igual jugar con los sentimientos de los demás...

—¡Loca!

—¡Cabrón!

5 MARTINA

—Gálago, manatí antillano, mazama, pingüino de Humboldt, pirarucú, pez payaso... —Leo en voz alta el folleto que me han facilitado a la entrada del parque.

—¿Payaso, mami? ¿Dónde payaso?

—Pez payaso, cielo. Es un tipo de pez que vamos a ver dentro. Como Nemo, ¿te acuerdas de la película?

—¡Sí! ¡Me encanta Nemo! —dice Cloe levantando los brazos emocionada—. ¿Dory también es un pez payaso, mami?

—No, cariño. Dory es un pez... de otra especie —respondo rezando para que su curiosidad se haya satisfecho con mi vaga y lamentable respuesta.

—¿De cuál, mamá? —mis oraciones han sido en vano. Ayyyy, ¡qué halagador es cuando tus hijos piensan que lo sabes todo! Ya le llegará la frustración cuando se dé cuenta de que las mamás solo sabemos «casi» todo.

—¡Mira, cariño, por ahí viene papá! —digo señalando unos treinta metros a lo lejos al padre de la criatura. Miro el reloj, sin disimulo, pues llega tarde. Lo suficientemente tarde para que me haya dado tiempo a consultar toda la Wikipedia sobre Dory, el pez cirujano.

—¡Papáaaa! —Se lanza a sus brazos cuando nos separan cinco metros.

—Hola, Daniel —digo un poco mustia, para continuar con una pregunta tan absurda como obvia—. Llegas un poco tarde, ¿no?

—Sí, lo siento, cariño —me dice con voz dulce mientras me regala un beso en los labios—. ¿Entramos?

—Claro —respondo mientras sobrepasamos los tornos correspondientes—. Estás muy guapo.

—Vaya, gracias. Tú también —contesta halagado.

—Sí, demasiado sexi para ver monos con el culo pelado, je, je —añado bromista.

—Ya, tienes razón —se ríe—, pero tenía un cliente importante y, ya sabes, hay que cuidar la imagen.

—Lo sé, estás genial. A ver, ¿por dónde empezamos? —pregunto a mi

familia mientras despliego ante nosotros el mapa del parque.

—¡Por el pez payaso! —grita Cloe. Cuando a una niña se le mete algo en la cabeza... ya no hay remedio.

Echamos a andar rumbo a «veneno», zona en la que se encuentra nuestro Nemo. Me sonrío al ver que está al lado de la entrada. Así no tendremos que desviarnos demasiado y podremos recorrer todo el parque de forma ordenada.

—¿Estás cansada, cariño? —me pregunta Daniel cuando, después de haber visto más animales que en un safari, hago un receso para sentarme en un banco.

—Sí, un poquito, pero estoy bien. No te preocupes. Solo es que la pequeña Noa parece que ya va creciendo, je, je —afirmo mientras me pongo en pie sujetándome la barriga, que cada día se estira más.

—Tómate el tiempo que necesites. No tenemos ninguna prisa — responde cariñoso rodeándome con sus brazos.

La pequeña Cloe reivindica su espacio estirándome de la mano. Tras varias tentativas, se rinde ante mi resistencia y prueba con la más elástica extremidad de su papi. Este, más comprensivo que yo, cede a sus insistentes tirones y se levanta. Hago lo propio y les sigo hasta la siguiente parada: la interacción con los loros.

Esta actividad siempre me había llamado mucho la atención. Te meten, a un grupo de personas, dentro de la jaula de esta especie de psitácidas y te dan una mezcla rara de alimento para que los loros se te acerquen y coman de tu mano. Yo, Martina, miedosa acérrima de los bichos volantes, he sucumbido a la petición de mi hija, amante incondicional de las aves.

Aquí me hallo, rezando de nuevo, para que los picos afilados de estos pájaros no se inserten en mi piel cuando recogen de ella su comida y para que el metabolismo de estos coloridos loros no decida funcionar tan rápido como para volar por encima de mí con la puntería suficiente para estropear lo que con esfuerzo, espuma moldeadora y secador con difusor, he logrado esta mañana. Que me da un asco que no puedo si me cagan, vamos.

Daniel, consciente de mi miedo-asco por estas criaturas, se coloca la comida en la palma de su mano. Cuando tiene al pajarito comiendo de ella, deposita un poco del alimento en la mía con delicadeza, haciendo un trasvase suave, rozando mi mano con sus dedos en una sutil caricia. El loro pasa a mi

mano y Daniel me sonrío. Satisfecho. Feliz.

Después de este momento, en el que he experimentado una más que agradable sensación, rescatamos a lo que queda de Cloe, que se ha convertido en la famosa señora de las palomas a la que tanto cariño cogemos en la película de *Solo en casa*.

Los tres juntos de nuevo y, lo más importante, pulcros sin excrementos accesorios, nos dirigimos a reponer fuerzas a una hamburguesería. He de reconocer que me encanta la «comida basura», aunque nunca lo reconocería en público y no dejaría que comiéramos más de una vez al... ¿semestre?

Una vez en el campo de batalla, perdón, en la hamburguesería repleta de gente enloquecida por el hambre, pedimos tres hamburguesas con sus correspondientes patatas y bebida (*agüita for me*), además de algunas cosillas (llámense también *nuggets*, *fingers* de queso y croquetas) para compartir. La cara del joven que nos atiende es de extrañeza pura. Sus ojos, curiosos, no cejan en su empeño de encontrar al resto de comensales que nos acompañarán para disfrutar de este «gran» manjar. Demasiado «gran», según su criterio. Alterna su mirada de nosotros a nuestras bandejas mientras nos prepara todo lo necesario en ellas hasta que por fin, y con un escueto «buen provecho», nos entrega nuestra comida para tres personas. Solo tres.

—Mami, papi... ¿qué hacían las dos tortugas que hemos visto? ¿Por qué una estaba encima de la otra? ¿Se estaban peleando? —pregunta Cloe haciendo que nuestros primeros bocados se nos atraganten.

—No lo sé, cielo, no me he fijado. —Desvío la conversación—. ¿Está rica la hamburguesa?

—¡Muy *ica* mami! —responde Cloe con la boca llena sin dejar de masticar. No le reprendo, por esta vez, no vaya a ser que vuelva a la pregunta con la que iniciábamos la comida.

—¿Sí? ¿Está muy buena? —insiste su papi, confiado en que se le olvide su inquietud.

—Ajá. —Mueve la cabeza asintiendo como respuesta.

—Me alegro mucho, cielo, la mía también está buenísima —añado mientras me limpio con la servilleta toda la salsa barbacoa que está fuera de su sitio.

—La verdad es que hemos acertado con el restaurante. No soy yo mucho

de estos sitios, pero está muy bien —comenta satisfecho Daniel.

—Pero quiero saber... —temblamos ante su nueva pregunta—. ¿Cómo es el cole, papis? —Vuelve a la carga interrumpiendo nuestras reflexiones gastronómicas (y disuasorias).

—Pues el cole es como la guardería, pero de mayores. Y es que tú ya eres muy mayor —le explico a mi atenta hija.

—Es verdad —asiente muy seria—. Soy la hermana mayor.

—Claro, cielo —corroboro dándole la importancia que se merece—, por eso vas a empezar el cole.

—¿Y qué se hace? —insiste ante la inminente llegada del turbador, y desconocido, principio de curso.

—Pues vas a poder enseñar al resto de niños lo bien que pintas y dibujas —le cuenta Daniel dándole alas.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Me encanta el cole —sonríe satisfecha ante la perspectiva de fardar de talento.

—Bueno y... ¿dónde queréis que vayamos ahora? —pregunta Daniel, mientras come la «croqueta de la vergüenza».

—Pues... ¡yo quiero ver los pingüinos! —exclama mi hija mientras engulle la última de sus patatas.

—Entonces no se hable más. ¿Vamos para allá? —apunta Daniel levantándose de la mesa.

—¡Síííí! —Le secunda Cloe colocándose a su lado y con su ya característico alzamiento de brazos.

—Vamos para allí, sí —añado con una sonrisa mientras termino de recoger los envoltorios en las bandejas y me dirijo a la basura más cercana a depositarlas.

La tarde transcurre con una temperatura agradable y con un Daniel atento a las dos mujeres de su vida. Más atento a nosotras que a los numerosos hábitats y especies que hemos ido conociendo. Entre caricias, besos castos y alguna que otra mano revoltosa (y menos casta) que se cuela por la falda cuando menos lo esperaba, he pasado uno de los mejores días en familia desde hacía mucho tiempo. Nos montamos en el coche, ya exhaustos, para regresar a nuestro hogar. Mañana es día de cole y no podemos acostarnos muy tarde.

Ya en casa y con la niña dormida plácidamente, después de una larga conversación paliativa de nervios preescolares, me siento en el sofá al lado de Daniel. Me acurruco zalamera entre sus brazos, haciendo que deje el móvil que en este momento tiene entre las manos. No puede ser que siempre esté pendiente del bufete.

—¿Qué tal estás, cariño? —me pregunta con dulzura, ya centrado en mí.

—Bien —digo mimosa—. Ha sido un día estupendo. Aunque ahora estoy agotada. —Exhalo un suspiro.

—¿Muy cansada? Vaya, qué pena —se lamenta con un mohín mientras una de sus manos acaricia mi muslo.

—Sí, un poquito. ¿Pena por qué? —añado haciéndome la tonta y la dura a partes iguales ante sus intenciones.

—No, por nada, solo que yo pensaba que el día todavía no había terminado... —dice mientras su mano juguetona alcanza mi sexo.

—¿Ah, no? ¿Y en qué estabas pensando? —Me insinúo acariciándome el pecho ante sus ojos.

—Ven aquí, preciosa. ¡Dejémonos de tonterías y hagamos como las tortugas!

Sigo sus órdenes y, ya completamente desnuda y derretida, me entrego al placer de sus besos, de sus caricias... Me entrego a él, dispuesta a poner el broche final.

6SILVIA

—Buenos días, mi vida —me susurra Hugo para no desconcentrar a Rubén—. ¿Cómo estás? —pregunta mientras me da un tierno beso.

—Agotada, cariño —respondo también en voz baja—. A ver si este termina prontito de comer y puedo darme una ducha para despejarme.

—Hombre, está a gustito, yo también me quedaría todo el día ahí succionando.

—¡Hugo! —me río—. ¡Hala, vete a duchar y a desayunar que vas a llegar tarde a trabajar! —Le mando tras darle una palmadita en el culo.

En la oscuridad le veo alejarse. Me encanta cuando se levanta, está tan despeinado... Incluso así es el más sexi. Enciende la luz del pasillo, lo que me regala la sombra de su cuerpazo. Y es que no le pueden quedar mejor esos calzoncillos. Le hacen un culito... ¡Para ya, Silvia!

¡Madre mía, vaya calentón mañanero! Que con la nohecita toledana que hemos tenido aún tengamos ganas de más «fiesta»... ¡no tiene nombre! Aunque luego no llegaríamos ni al primer asalto porque estamos exhaustos. Creo que sobra la aclaración de la noche toledana, ¿no? Eso es, quiero decir que hasta en Toledo han oído los alaridos y berridos de Rubén. Y eso que se porta bien, sí, tampoco nos podemos quejar, pero lo que es dormir... le gusta poco. Y esta noche, obviamente, no ha sido una excepción. En cambio comer... es un placer. ¿A quién habrá salido?

En definitiva, que no somos personas del cansancio físico y mental al que estamos sometidos. Estos primeros meses están siendo mucho más difíciles de lo que pensábamos. Si me llegan a advertir de todo esto antes de quedarme embarazada... Bueno, probablemente habría hecho lo mismo, porque Rubén es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero... ¡es que es muy duro! Y nadie me lo había dicho, me digo a mí misma con rabieta de niña a la que quitan su muñeca preferida. ¿Por qué la gente solo habla de lo bonito que es? Que lo es. ¡Pero es que también es muy duro! Me repito, esta vez, haciendo pucheros.

Bueno, parece que Rubén ha decidido que es hora de dar un descanso a

mis doloridos pechos y de cerrar las persianas otro rato más. Le cambio el pañal (con los ojos cerrados, a oscuras; como sonámbula, pero oye, me queda genial) y me tumbo con él hasta que veo que está tranquilo.

¡Yujuuuu! Niño sopa. Duchita fresca... ¡allá voy! Cojo con delicadeza a Rubén y salimos los dos de la cama. Me muevo tan lentamente que es hasta ridículo, pero no puedo permitir que el más mínimo movimiento despierte a la bestia. Así que sigo haciendo el ninja para salir de la cama. Rubén duerme con nosotros. Sé que hay mucha gente que no está de acuerdo con esto del colecho, pero, qué queréis que os diga, yo estaba cansada de levantarme por las noches. Así que, de esta forma, todos contentos.

Pongo con destreza a Rubén en su hamaca y me lo llevo al baño. Sí, al baño conmigo. Antes lo dejaba en la habitación mientras me duchaba, pero me iba el corazón a mil por hora al estar separada de él, así que ahora me lo traigo al baño para verle mientras me ducho. ¿Sobreprotectora? Bueno... quizá sí. ¡Me da igual!

Limpia y perfumada, me refugio en una suave batita mientras me dirijo (con mi nuevo complemento, una hamaca rellena de bebé) a la cocina a disfrutar de uno de los mejores momentos del día. El desayuno.

Saco todo el armario, mi dulce armario. Todito. Atrás quedaron los días de las tostadas dando paso al atracón matutino (y diario) de «manolitos». Si eres de Madrid, tienes que conocerlos. Y si no los conoces, pregúntalo a Siri (ella sí que lo sabe todo).

¡Mmmmmmmmadre mía, cómo están estos cruasanes! Me relamo las comisuras de los labios disfrutando de cada trocito de chocolate que ha quedado adherido a ellas. Miro en dirección a Rubén. ¡Ay, hijo mío, no sabes lo que te pierdes tomando la leche sola! Me río (descojono) sola. ¡Verás cuando descubras que puedes mojar el bollo!

Sigue dormido plácidamente, dándome la tregua necesaria para disfrutar de un ratito para mí. Hoy voy a dedicarlo a la lectura. Soy una apasionada de las novelas románticas. ¡Y pensar que haya gente que no crea en el amor verdadero...! Aisssss. Suspiro intentando quitar la cara de atontada que tengo de repente.

Cuando estoy en lo más interesante de mi novela, como no podía ser de otra manera, empieza a llorar la criatura. Intento ignorarlo mientras trato de

leer a mayor velocidad las líneas que me quedan para terminar el capítulo. Con cierto desasosiego, empiezo a notar que ya no puedo más del ruido, veo que he leído tres veces la misma línea porque no me estoy enterando de nada gracias al mayúsculo estruendo que emana desde la insignificante criatura de la hamaquita y es en este momento cuando pienso, vale, tengo un hijo. Cierro el libro resignada y desisto. Otro día asistiré al encuentro tan esperado de los protagonistas.

Cojo a Rubén y lo acuno tratando de que se calme un poco. Me acomodo en el sofá, no sin antes poner un poco de música de fondo. Una lista del Spotify de música relajante (el próximo día buscaré una lista de música para dar de mamar, que seguro que la hay. ¡Hay de todo!). Me saca la teta, de nuevo, y me coloco al bebé. Mientras me observo cual vaca lechera con su ternerito, pienso en lo maravillosa que es la lactancia. Sí, una etapa realmente apasionante si no fuera por... ¡todo! ¡Si no fuera por todo! ¡Maldito dolor en las tetas! Es que se me saltan hasta las lágrimas. Y eso que cada día lo llevo mejor, que si no...

Cuando hemos terminado la faena y con el oportuno cambio de pañales hecho, preparo a Rubén con el último conjuntito que me han regalado. ¡No puede estar más guapetón mi chiquitín! Lo dejo en el capazo (a ver si con suerte se duerme otro ratito) y me voy a la habitación a prepararme yo.

Miro el tiempo en Internet, para no perder las buenas costumbres, y confirmo, abriendo la ventana y sacando medio cuerpo fuera, que la predicción no está equivocada, para terminar ratificando que hace un calor del demonio. Decido ponerme un vestidito. Al abrocharme las sandalias compruebo, con espanto, que tengo que buscar otro ratito para mí y eliminar las trenzas de mis piernas. Bueno, resignada de nuevo, me quito el vestido y me pongo un pantalón bien fresquito, una camiseta básica de tirantes, cojo a mi pequeño y nos lanzamos a la calle. ¡Qué bien! Solo hemos tardado seis horas en estar preparados. ¡Vas mejorando, campeona! Me digo con ímpetu.

Camino con Rubén buscando todas las posibles sombras que la infraestructura de esta gran ciudad nos proporciona. Disfruto del paseo, tranquilamente, respirando el aire puro de Madrid (no es ironía, no, cuando estás dentro de la contaminación ni la notas). Observo al niño dentro del capazo. ¿Se estará cocinando como un pollo? Mañana le sacaré en la

mochilita, pero hoy mi espalda necesitaba un descanso. Tengo contracturas desde el cuello hasta el culo de tanto acune.

Por fin llegamos, sudando como el citado anteriormente pollo, a casa de mi madre. Después de unos recaditos, nos ha invitado muy amablemente a comer. No quiero abusar de su confianza y disponibilidad, pero necesito comentarle cómo vamos a organizarnos a partir de ahora. Y es que me llamaron de la asociación, después de la conveniente entrevista, para empezar a trabajar la semana que viene. ¡Qué Dios nos pille confesados!, como diría aquella.

—¡Hola, cariño! —Me saluda mi madre con dos besos rápidos, mientras sin dejarme ni entrar en casa, ya tiene medio cuerpo sobre el capazo de su nieto—. ¿Pero a quién tenemos aquí? —añade alargando la última letra en un tono agudo y tontorrón.

—¿Puedo pasar yo también? Vengo con él —pregunto como si estuviera negociando con «el puerta» de una discoteca, burlándome de mi madre por sus extremas atenciones con el crío.

Parece que no le ve en años, aunque lo vio ayer... Se queja de que lo ve poco... ¡Lo vio ayer! Ay, mi madre, con lo que se hacía la dura al principio... y ahora se deshace con «el potolón». A mí me ha costado, con mis celillos y todo, pero he asumido mi nuevo rol y aceptado deportivamente no ser el sujeto principal de los mimitos de mamá.

—Claro, cielo. ¿Cómo no va a poder entrar mamá en casa de la abuela? ¿Verdad, Rubén, mi vida? —¡Y dale con el lenguaje infantilizado! Aunque dicen que es bueno para el aprendizaje de los niños en los primeros años, a mí, la madre a la que ni siquiera se dirige, no puedo evitar que me suene ridículo.

—Oye, mamá, ¿podrías dirigirte a mí? Si no es mucha molestia... —añado entornando los ojos y dejando escapar un leve bufido.

—Perdona, cariño. No sé qué tiene este bebé que me tiene enloquecida. —Se justifica haciendo una mueca angelical.

—Lo sé, tranquila —digo indulgente.

—¿Te mudas? —pregunta sin ton ni son.

—¿Cómo?

—Que si te mudas...

—¿A dónde?

—Aquí.

—... —Observa mi cara de extrañeza mientras se parte de la risa—. Ahhh, ¡lo dices por esto! —digo llevándome una mano a la frente haciendo evidente mi torpeza mientras señalo con la otra la multitud de bolsos que cuelgan del capazo. Y de mí.

—Ja, ja, ja. —Se le escapa una carcajada que secundo sin poder detener.

—Tú sabes mejor que nadie la odisea que es salir de casa con un bebé. Llevo los bolsos llenos de «por si acaso».

Me dirijo a una esquina del salón, cerquita de la ventana, para aparcar mi cochecito (con niño, entre otras cosas, dentro). Es el turno de una conversación de adultos.

—Antes de nada, mi vida, enhorabuena por el trabajo. Sabía que lo conseguirías —dice mi madre trajinando con las sartenes y cacerolas.

—Gracias, mami. Estoy muy contenta —respondo desde mi cómoda postura, repantingada en una de las sillas de la mesa de la cocina—, aunque, puf, no sé cómo vamos a organizarnos —añado dejando ver mi preocupación al respecto.

—Sabes que podéis contar conmigo para lo que queráis... Hasta que encontréis una guardería que os cuadre por horarios y proximidad. Ya sabes, cariño, que yo no quiero dejar mis clases, los aperitivos con mis amigas...

—Mamá, eso ya lo hemos hablado. Sin embargo, tengo que pedirte que por lo menos hasta que lo tengamos atado, lo de la guardería, nos eches una mano. No quiero sobrecargar a los padres de Hugo tampoco.

—¡Claro que sí! ¿Por quién me tomas? Yo estoy encantada de estar con mi nieto —añade molesta.

—Ya lo sé, mamá... —le respondo, consciente de que estas van a ser las últimas palabras que crucemos durante la comida. Cuando mi madre se molesta... Se molesta.

Confieso que me gustaría que mi madre tuviera más disposición con el niño, pero ella siempre ha sido muy independiente, enérgica y vital, por no mencionar sus relaciones sociales, dignas de una veinteañera. Pero no la culpo, al contrario, la entiendo y, en el fondo, me encanta que sea así y que quiera aprovechar «su último cuarto», como lo llama ella muchas veces entre

risas.

—¿Puedo coger a Rubén un poquito? —me dice desde la ventana del salón, con Rubén ya en sus brazos. ¿Para qué pregunta si va a hacer lo que quiera?

—Cuidado al sacarlo, no vaya a ser que al quitar el peso del niño se desequilibre el cochecito —bromeo—. Voy a darle ahora el pecho.

Me acomodo en el sofá mientras mi madre regala los oídos al crío, quien la mira sonriendo y babeando a partes iguales. Le doy unos minutos de rigor para reclamarle a mi hijo, tras los cuales lo deposita con cuidado en mis brazos. Mientras me destapo y libero mi ubre, observo lo ansioso que está por comer y, sin más dilación, le enchufo la teta.

—¿A qué hora viene Hugo a buscarte?

—Estará al caer. En cuanto salga de trabajar se pasa a recogernos.

—Paco también va a venir enseguida —dice algo cohibida.

—Uy, uy, uy... Pero qué bien... Lo vuestro marcha, ¿no? —Me intereso.

—Sí, cariño, la verdad es que estamos de maravilla. Es atento, galante y cariñoso. ¿Qué más puedo pedir a mi edad?

—Puedes pedir mínimo lo que te mereces, que es eso y mucho más.

—Gracias, cielo —me responde acercándose a mí para darme un beso en la frente cuando el timbre la interrumpe—. Mira, uno de los dos caballeros andantes ya ha llegado. —Corre (literalmente) hacia el telefonillo.

Una vez con Hugo ya en casa, por fin, comienzo a preparar la cena. Miro con amor a la Thermomix, el mejor de los regalos que nos hicieron por la boda. La pongo en marcha y voy a ponerme cómoda. Escucho cómo Hugo se ocupa de cambiar a Rubén, de cortarle las uñitas... Lo de las uñas es que a mí me da un poco de dentera. Bueno, bastante. Oye, que soy incapaz de hacerlo. Por eso, es tarea de papá.

Veo cómo Hugo se deshace en carantoñas con nuestro hijo, cómo le hace mil monerías ante las cuales Rubén responde riéndose a carcajadas. Reconozco, aunque me siento un poco mala persona pensándolo, que me da un poco de envidia que con Hugo se parta el culo y a mí apenas me regale una muequita o amago de sonrisa. Luego se me pasa y disfruto de ver a mis dos hombres en esa dulce conexión. Me encanta ver a un Hugo tan tierno que

coge los bracitos de nuestro bebé para dar palmitas o que riega de pedorretas su cuerpecito. ¡Es tan sexi!

Cuando termina de acicalar a Rubén, Hugo se dirige a la cocina donde yo ya estoy terminando de servir la cena. Nos sentamos los dos a disfrutar de nuestra crema de calabaza con pipas tostadas cuando...

—Tiene hambre —afirma mi marido tajante al escuchar el llanto desesperado de Rubén.

—Tú siempre crees que tiene hambre... —Me río mientras me levanto como si la silla quemara y pongo rumbo a la habitación.

—Yo que sé, es que debería venir con manual de instrucciones —le escucho gritar mientras saco al peque de la cunita.

Una nueva toma, un cambio de pañal y un repertorio de nanas después, cuando nuestro pequeño ya está dormido (o por lo menos lo parece), me reencuentro con Hugo, que ya ha cenado y está recogiendo los utensilios que ha utilizado. Me siento en la mesa a disfrutar, ahora sí, de mi puré. Terminada mi cena, me levanto y me dirijo a la pila, donde Hugo ya está terminando de fregar. Le rodeo mimosa con mis brazos. Apoyo mi cabeza en su ancha espalda y me abandono a ese bienestar.

Hugo termina y se seca las manos. Gira sobre sí mismo, quedando frente a mí y me envuelve con sus brazos. Me entrego a su cálido abrazo mientras recibo sus suaves besos en mi pelo. Sus manos acarician con delicadeza mi espalda. Sus dedos, fríos después de haber fregado, se van colando lentamente bajo mi camiseta dibujando círculos con dulzura. Mi cuerpo reacciona a su «arte» estremeciéndose y subiendo de temperatura. Mis manos, como movidas por una fuerza invisible, ascienden por su pecho recreándose en cada milímetro de ese perfecto torso. Mi boca busca sus labios, movida por una fuerte energía. Nos fundimos en un sabroso beso, que reduce más si cabe, el espacio entre nosotros. Sus manos, ya calientes, sostienen ahora mi trasero con firmeza, acariciando mis nalgas dentro del minúsculo pantaloncito de pijama. «¡Qué sexi eres, cariño!», me dice con voz ronca de deseo mientras nuestras respiraciones entrecortadas van acelerándose. Abandona mi culo, con mi consiguiente decepción, para quitarme la camiseta. Separo mis manos de sus caderas solo para levantar los brazos y facilitarle la tarea. Hago lo propio cuando es mi turno y ambos

quedamos desnudos y anhelantes.

Nuestras extremidades vuelven a entrelazarse, esta vez con impaciencia. Mi piel se eriza con cada caricia, mientras mis labios buscan los suyos. Se encuentran, se muerden con avidez, provocando calor en mi zona genital. Me remuevo, mi cuerpo se agita, a la vez que sus dedos comprueban cuánto le deseo. Mi húmeda hendidura corrobora cuánto necesito que me haga suya. Y lo necesito con urgencia. Ahora. Hugo se conmueve ante mis insinuantes y ansiosos espasmos y me sube sobre él, a horcajadas, apoyando mi culo en sus fuertes manos y, por fin, hundiéndose en mi interior para formar un solo cuerpo. Bailamos juntos al son de nuestras respiraciones acompasadas...

—Noooooo, ¡mierda! —exclamo desenlazando mis brazos del cuello de Hugo y bajando de nuevo a la realidad del suelo fresquito. Voy vistiéndome (no mucho porque me tocará sacar la teta) camino a la habitación donde un Rubén cagado, hambriento o yo que sé qué me ha regalado este *coitus interruptus*.

—Ya está aquí mamá, pequeño, tranquilo —digo cogiendo a mi bebé y acunándole entre mis brazos mientras me balanceo.

—Me debes una, cariño. Uno, mejor dicho. —Se ríe Hugo apoyado en el marco de la puerta, desde donde observa la escena.

—Sí, otro día será. —Hago un mohín—. Buenas noches, cielo —despido a mi marido, y a su tienda de campaña, quien se acerca a darme un beso antes de irse a dormir.

7CLAUDIA

Suena el despertador programado a las cuatro de la mañana, alargó mi brazo desde la ducha para apagarlo, he sido incapaz de dormir más de una hora. Cojo la toalla, me seco, visto y me dirijo a la cocina en busca de café. Estoy más que despierta, pero quiero disfrutar una vez más de ese rico sabor que envuelve mi paladar todas las mañanas y probablemente este mes lo eche de menos. Quiero deleitarme con el café, pero no puedo, miro y remiro la mochila ¡seguro que se me olvida algo! Repaso todo otra vez. Voy de lo más importante a lo menos. Deshago la mochila por quinta vez, juro que esta va a ser la última.

Pasaporte, billetes, móvil y tarjeta de crédito en el bolso de mano. Botiquín, todo en orden, biquini, ropa de verano, mudas, chancletas, crema de sol, neceser completo y... un par de libros, el iPad y sus correspondientes cargadores. ¿Ya está? ¿Con esto sobrevivo un mes? Voy a meter un vestido más por si acaso y un pañuelo y... ¡mierda! ¡No entra nada más en la mochila! Joder. Las zapatillas... ¡no entran! Las dejo, las miro... no sé si meterlas o dejarlas... con las que llevo puestas serán suficientes, digo en alto convenciéndome a mí misma.

Las mochilas han quedado igual que antes, tanto trajín para desestresarme... y no ha servido ni para eso. No tengo tiempo de nada más porque el estruendo del timbre me saca de mi nerviosismo. Mi hermano ha venido a buscarme para llevarme al aeropuerto.

—¡Sube! —digo desde el otro lado del telefonillo al tiempo que le abro la puerta.

—¡Cómo te voy a echar de menos! —susurro a Ura.

—¿Preparada? —pregunta Álvaro con su cara todavía de dormido.

—¡Eso creo! Te dejo a Ura, aquí tienes el pienso y su pelota preferida.

—Venga, que te ayudo a bajar la mochila, ¿eso es todo? —pregunta incrédulo.

—¡Sí! —replico yo también sin tener nada claro lo que voy a hacer. Me estoy poniendo nerviosa y empiezo a acojonarme mucho.

—¿Vas a sobrevivir tú con esto? Vas un mes, no una semana —me increpa.

—Ya lo sé, creo que llevo todo lo necesario —aseguro— y si no tiro de tarjeta que en cada sitio se puede encontrar lo que haga falta.

—Claudia, ¿estás segura?

—Álvaro, ¿tú también? —arguyo muy molesta.

—Solo te digo que tengas cuidado.

—Ya, eso también me lo dijo mamá. Que tenga cuidado, qué pobre que voy sola, que una chica sola por allí... blablá. Y al final siempre estamos igual. Sí, voy sola, y prefiero ir sola que quedarme en casa dándome cabezazos contra la pared porque no me he atrevido a ir simplemente por el hecho de que voy sola, ¡me tenéis harta! —vocifero.

—¡Vamos! —Ordena dando por finalizada la conversación.

Recojo la mochila, a Ura que se va de vacaciones a casa de mi hermano, cojo las llaves, el móvil en la mano, las gafas de sol.... y cierro la puerta con la sensación de que se me olvida algo. (Y no hablo de mi mala leche, que en seguida me he puesto a mil.)

Llegamos al aeropuerto, ha sido un viaje largo e incómodo. Me bajo del coche, mi hermano se baja al mismo tiempo y me abre el maletero para que recoja mis dos mochilas, una la del equipaje y la otra chiquitita, la de mano, donde llevo las cosas de primera necesidad junto con todos los «por si acaso», no vaya a ser que mi maleta llegue a Tailandia más tarde que yo. Tras un largo abrazo y disimulando todos mis miedos, le sonrío (en un intento de buscar tregua) y me despido de él.

—Ten cuidado y llama en cuanto llegues —me dice.

—¡Sí! Y sobre todo disfruta, Claudia —respondo irónica.

—¡Llama! —Hace una mueca y con un gesto de mano se despide y entra en el coche de nuevo. Está mal aparcado y tiene que volver para llevar a los mellizos al colegio antes de empezar con su jornada laboral.

Lleno mis pulmones con una exagerada bocanada de aire antes de poner un pie en el aeropuerto, ahora mismo todos mis miedos se apoderan de mí y no sé si voy a disfrutar, o si estoy como una cabra, lo que sí sé es que estoy acojonada. Una vez en el aeropuerto quiero estar atenta a mi maleta, la voz de mi madre hace eco en mi cerebro («cuidado, que no te metan droga en la

mochila que el otro día salió en el telediario que una chica acabó en la cárcel por eso, qué peligroso es, además una chica sola... ¿Qué necesidad tienes de irte tan lejos? ¡Podrías ir a Tenerife que por lo menos queda más cerca! ¿Y cómo vas a ir sola? Claudia, por favor, dinos qué te pasa. ¿No te parece que todo esto es un poco raro? ¿Estás bien? Te podemos ayudar...»). Meneo la cabeza intentando que todos sus pavores se desvanezcan de mi cabeza, pero es en vano, de algún modo han invadido parte de mi cerebro y los siento como míos. Y para que no vayan a más voy directa a que me embalen la maleta. Un chico se encarga de subirla a una plataforma que va girando constantemente y él estira de un plástico al tiempo que embute la mochila como si de un chorizo se tratase. ¡Ahora sí!, con mi mochila de mano puesta en el pecho, sosteniendo el billete con una mano y arrastrando el chorizo con la otra y ayudada con el pie, me voy directa a hacer el *chek in*. Me pongo en la cola, mientras miro una vez más el billete:

Madrid -> Dubái (7 horas 10 minutos)

Salida 7:25

Llegada: 17:35 (hora local Dubái)

Dubái -> Bangkok (6 horas 5 minutos)

Salida: 20:30

Llegada: 5:35 - 7 de octubre de 2017

Una vez me he deshecho (facturado) de mi chorizo y pasado el control de policía, busco mi puerta de embarque. Todavía me queda una hora. Voy andando siguiendo las señales que me llevan a mi despegue. Estoy nerviosa, y una vez que llego me siento a esperar. Es una espera larga y con miedo. Observo a la gente, mucha gente de negocios y los que van de viaje la mayoría van acompañados. Estoy acojonada, ¡en qué momento se me ocurrió a mí hacer esto! ¡Y sola! Parezco mi madre, pero es que esto sola acojona más y supongo que siendo chica más todavía. Ya estoy aquí, ya no hay vuelta atrás, bueno en realidad sí. Joder... Escondo la cabeza entre mis manos como si todo esto fuera un sueño del que voy a despertar. Vamos a ver Claudia, ¡tranquilízate!, me susurro yo a mí misma, estás aquí por decisión

propia, lo vas a disfrutar y te mereces unas vacaciones. ¡Sola, sí! Pero ya conocerás a alguien y hay más gente en el mundo que viaja sola y no pasa nada. Quiero gritar.

Miro una vez más la tarjeta de embarque que tengo entre las manos y cojo aire, por lo visto mucho aire, ya que una chica que pasea delante de mí se para y me mira con cara rara. Yo, que sigo con lo mío, simplemente cierro los ojos (si no lo veo no existe) y sigo respirando. Venga, ahora voy a pensar en positivo, voy a estar en playas paradisíacas, con buen tiempo, cultura diferente, gente diferente, un mes y dinero. Es perfecto. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Si estoy mal cambio el billete de vuelta y ¡listo! Me digo dándome ánimos y tranquilizándome. Venga, acaban de empezar tus vacaciones exóticas, nunca has tenido unas así, así que... cambiemos el chip. Cojo mi mochila de mano y casi de un salto me pongo de pie para pasear por el aeropuerto con el terror acompañándome.

El tiempo pasa más rápido de lo que esperaba y ya, en el avión, vuelvo a girar mi cabeza en todos los sentidos posibles. Ahí estoy atada a un asiento, rodeada de extranjeros, creo que en el avión solo estamos seis españolitos y yo ya me siento extranjera. La chica que me observaba mientras yo trataba de coger todo el aire como si fuera a hincharme como un castillo hinchable, un guiri, una pareja que no para de hacerse carantoñas y una señora mayor que tiene pinta de viajar por negocios. ¡Madre mía!

Tras el vuelo a Dubái, tres horas de espera en el aeropuerto y otro avión hasta Bangkok... ¡he llegado! Bajo del avión y junto con el resto de los pasajeros nos dirigimos todos como borregos hacia la cinta transportadora para recoger nuestro equipaje. Voy oteando a la gente, la mezcla ya es mayor, el número de guiris ha aumentado considerablemente, pero los que viajan solos somos la minoría. Ya en la cinta transportadora espero junto con el resto de pasajeros mi equipaje ¡por favor, que salga, por favor, que salga! Siguen saliendo maletas y la gente va desapareciendo de mi alrededor. Por favor que esté, pienso cuando ya solo quedamos ocho personas y empezamos a mirarnos entre nosotros creo que compartiendo el mismo sentimiento. ¡Y ahí sale mi chorizo! Qué alegría, qué alivio. De lo que sí me he dado cuenta es de que solo por el equipaje ya intuyes quién va a dónde. Solo han salido tres mochilas, una era mi chorizo, pero el resto iba con maletas de ruedas,

unas más grandes y otras más pequeñas, pero que indican que estarán por caminos asfaltados y/o coches o modos de viajar más cómodos y caros.

Sigo caminando buscando a la masa, más que guiarme por carteles, la gente es la que me dirige. El siguiente paso es hacer la «Visa On Arrival», para cuando salga del aeropuerto ya será la hora de comer.

Me pongo en la cola y justo delante de mí está la chica que me ha visto hacer cosas raras en el aeropuerto de Madrid. Le sonrío como pidiendo disculpas y tratando de ser amable.

—¡Hola! —Saluda sonriéndome.

—Hola —respondo nerviosa devolviéndole la sonrisa.

—¿Vienes sola?

—Sí, ¿tú también?

—Sí, ¿primera vez en Tailandia?

—Sí.

—Yo también.

—¿Primera vez que viajas sola? —le pregunto curiosa, le veo muy segura y tranquila.

—No —añade con una amplia sonrisa de oreja a oreja—, tú sí, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. ¿Tanto se me nota?

—Me lo he imaginado cuando te he visto en el aeropuerto resoplando y hablando sola como si no hubiera un mañana —dice divertida.

—Ja, ja, ja. ¡Ya ves! No sabía si coger el avión o volver a mi casa.

—Seguro que no te arrepientes —añade—. ¿Dónde te alojas? ¿Has cogido hotel?

—En un hotelito en Khao San Road. —Intento leer despacio porque no sé cómo se dice.

—Yo también voy para esa zona, podemos compartir taxi, ¿te parece?

—Claro —respondo más contenta que unas pascuas. ¡Qué bien!—. ¿Cómo te llamas?

Llega su turno quedando mi pregunta en el aire, pasa primero ella y luego yo. Tras rellenar el formulario, sacarnos una foto que no vemos y hacernos un par de preguntas, ya hemos pasado todos los controles y estamos a un paso de poner el pie en las calles de Bangkok. La chica con la que he estado hablando espera charlando con más gente. ¡Qué envidia me da lo

extrovertida que es!

—¡Ey! —me grita y con un gesto en la mano me insta a que vaya con ella.

—Ya estoy. —Saludo al tiempo que me acerco al grupo.

—¿Preparada? —pregunta cogiendo su mochila del suelo y poniéndosela a la espalda... ¡Allá vamos!

Salimos del aeropuerto las dos, yo voy con una sonrisa de oreja a oreja, contenta como una niña. En la calle todo es diferente, huele raro y hace calor a pesar de que solo son las siete de la mañana. Un montón de taxis de color rosa se apilan frente a nosotras. ¡Me encantan! Nos dirigimos a la fila de taxis y ella indica.

—A Khao Sand Road. —Lo hace de forma firme sonriendo y resuelta.

—... —Yo simplemente la sigo. El viaje me estremece, ya no noto ni el cansancio, estoy ilusionada y entusiasmada—. ¿De vacaciones? —le pregunto.

—Largas.

—¿Y eso?

—Trabajo de temporada, ocho meses en un bar de Ibiza, el resto del tiempo lo dedico a viajar.

—¡Ah! —Asiento perpleja y sorprendida de que haya gente que viva así.

—¿En qué hotel te alojas? —le pregunto.

—No tengo hotel.

—¿Qué? —respondo sorprendida.

—Ja, ja, ja —se ríe—, estos sitios están llenos de hoteles, no suele haber problema de espacio y por internet muchas veces son más caros.

—Pero y si no tienes habitación, ¿qué vas a hacer?

—Ja, ja, ja. —Se ríe a más no poder mientras mi asombro ante su tranquilidad va en aumento—. Siempre hay. ¿Cómo se llama el tuyo?

—Viengtai Hotel —digo despacio enseñándole el hotel.

Llegamos hasta donde el taxi puede entrar. Rescatamos nuestras mochilas del maletero y preguntamos por el alojamiento que yo he reservado. Hay poca gente en la calle, la ciudad está despertando a excepción de algún borracho que ha salido de fiesta, guiri por cierto y los chiringuitos, que casi todos están cerrados, van abriendo poco a poco sus puertas. Encontramos

rápido el hotel y entro a preguntar por mi habitación. Ella viene conmigo y después de asegurarme de que tengo reservada la habitación para tres días, tal y como estaba acordado, ella pide otra estancia para ella, es la contigua a la mía y efectivamente más barata, ya que ha regateado todo lo posible y si no iba a preguntar en el de al lado. Efectivamente, debe de ser difícil quedarse sin habitación, ya que toda la calle está plagada de hotelitos y Bangkok es enorme.

La recepcionista del hotel es una chica joven que nos recibe vestida en pijama y con la coleta colgando de un lado. Estaba durmiendo tirada en un colchón detrás de la «mesa» de recepción. Una vez nos abre las puertas, nos insta a que nos descalcemos. Y en una calle de Tailandia, descalza y con mis zapatillas dejadas en un zapatero a la entrada de la casa, situación que debe de ser de lo más normal, mi mente repitiéndome una y otra vez: «¿Y si te las roban?». Y acompañada por la chica sin nombre, que va a alojarse en la habitación contigua, entro en mi habitación con el cerebro del revés. Esto es de lo más surrealista. El cuarto es muy sencillo y limpio; solo tiene una cama, un pequeño armario y un baño. Lo que más quiero en estos momentos es darme una ducha. Tras asearme y cambiarme de ropa salgo al pasillo en busca de mi nueva «amiga», a la que no conozco de nada, pero no quiero separarme de ella bajo ningún concepto. Le toco la puerta.

—¡Pasa! —dice desde el interior.

—... —¿Me ha dicho que pase? No la conozco de nada... y toco suavemente la puerta con los nudillos de la mano.

—¡Pasa, sí!

—Hola. —Asomo por la puerta de su habitación.

—Pasa, pasa. —Bueno, pues para adentro. Su habitación es igual que la mía—. Me voy a dormir un rato, ¿nos vemos luego?

—Sí, claro. ¿Te parece que quedemos sobre las 10:30? Aunque durmamos poco mejor aprovechamos el día y luego ya nos acostamos pronto.

—Perfecto. Nos vemos luego, descansa. —Y cerrando la puerta tras de mí me dirijo a mi cama.

Tras una llegada a Tailandia de lo más inesperada, me sorprendo a mí misma. Con el pijama puesto, bueno solo una camiseta vieja porque hace mucho calor, me tumbo en la cama con una sensación de que ¡soy la hostia!

Contenta como unas castañuelas, me acuerdo de que tengo que llamar a mi madre. Cojo el móvil y aunque esta llamada vaya a ser muy cara no me importa.

—¡Mamá! —le digo sonriendo desde el teléfono.

—¡Ay, hija! ¿Qué tal?

—Ya estoy, sana y salva.

—¿Dónde estás?

—En el hotel y estoy muy bien. Ya he hecho una amiga.

—¡Cuánto me alegro! —contesta bastante más tranquila.

—Ahora voy a dormir un rato que estoy muy cansada y luego hemos quedado para conocer esto las dos juntas.

—Vale, hija. Ya me quedo más tranquila.

—Solo era para decirte que estoy bien. Te llamo más tarde, ¿vale?

—Vale, Claudia, descansa.

—Te quiero, mamá.

—Y yo.

Y con la ilusión saliendo de cada poro de mi piel me abrazo a la almohada y caigo rendida.

8 MARTINA

—Por fin se ha dormido —suspiro mientras me apoltrono en el sofá tomando el control del mando a distancia.

—Ya era hora, sí. Con lo excitada que está con la «vuelta al cole»... Bueno, que en su caso es el «inicio del cole».

—Sí, está encantada, je, je. Aunque ya lleva un mes, todavía se acuesta todos los días deseando que la noche pase rápido para que amanezca, igualito que nosotros, y volver a ver a sus amigos. Es tan sociable... —digo orgullosa.

—Y mandona —matiza riéndose—. Tiene a todos los niños a su disposición.

—Bueno, no será para tanto —replico divertida.

—Pensaba la sartén del cazo —añade mientras, cariñoso, me acerca más a su lado del sofá.

—Oye, tú. —Le recrimino fingiendo enojo—. No te pases ¿eh? O...

—¿O qué? —Desafía juguetón.

—O voy a tener que castigarte. —Amenazo con una voz tan sensual que dudo hasta que sea mía. Nuestra hija no es la única que está excitada.

—Mmmm, ¡qué bien suena eso, cariño! —La voz de Daniel va menguando en un susurro apenas imperceptible mientras sus manos, por el contrario, cada vez dejan más patente su protagonismo.

El murmullo de la televisión acompaña nuestros primeros momentos de caricias, besos y acercamiento. Daniel, en un movimiento rápido y acertado, termina con él para otorgar a nuestros susurros, apenas audibles y cada vez más entrecortados, el lugar que merecen en este momento.

Las manos de mi marido, fuertes y varoniles, comienzan a desnudarme con lentitud. Rendida a la habilidad de sus dedos, a la pasión del momento y a él, me dejo hacer. Quiero sentir cómo primero mi camiseta y luego mis pantalones de pijama se deslizan con suavidad por mi cuerpo impaciente, lo acarician con delicadeza exquisita para abandonarlo después y descansar en otro lugar del sofá a nuestro lado.

Con mis braguitas de encaje negro y el sujetador a juego, solo con ellos, entro a formar parte activa del *streaptease* y lentamente comienzo a liberar a Daniel de lo que no va a necesitar en un, espero, largo y buen rato.

Mientras cumplo a la perfección, o sea a mi estilo, mi cometido, no dejo de mirar los ojos de mi marido. Me vuelve loca esa mirada penetrante (aunque no sean sus ojos los que en este momento quiero que me penetren). Esos ojos grandes, vivos, enmarcados por esas arruguitas tan encantadoras que no son sino señal de tantos momentos compartidos. Esos ojos que ahora me miran brillantes, que gritan portavoces de un deseo carnal inminente, mensajeros de una impaciencia descontrolada. Sus ojos.

Esos ojos que abandono para recorrer con los míos todo su torso definido, y ya desnudo, sendero de gloria para llegar al paraíso. Cruzo con curiosidad de exploradora el umbral de la selva. Su selva. Libero, con un rápido, repentino e instintivo gesto, su miembro.

Compruebo excitada que está preparado para mí. Humedezco mis labios y muerdo el inferior admirando su gran erección, siendo esta la principal responsable de la humedad de mi sexo.

Daniel, como en un arranque de cleptomanía, me atrae hacia sí, reduciendo a menos diez el espacio entre ambos. Con destreza pasmosa y sensualidad infinita, termina de desprenderme de mi lencería fina, dejando al desnudo todo mi apetito.

Nuestros cuerpos están muy cerca, expuestos el uno al otro. Mi piel saluda a su piel con una intimidad que me alegro de haber recuperado, con una familiaridad sublime que me hace sentir acogida, en mi hogar.

Sus dedos, viejos conocidos de mi sexo, saludan sin remilgo al anfitrión, quien, gustoso, permite su entrada. La invasión consentida hace que el calor de mi zona aumente y un estremecimiento recorra hasta la última terminación nerviosa de mi organismo, provocando un movimiento involuntario y espasmódico de toda mi anatomía.

Un escalofrío viste mi piel con las constantes incursiones de los dedos de mi marido en mí. Me derrito de gusto en cada suave embestida y los movimientos de mi cuerpo muestran que no quiero que pare.

Después de unos dulces momentos, en los que no puedo estar más caliente, Daniel sale de mí. Mi sexo palpitante le reclama. Impaciente.

Excitada. Muerdo una vez más mi labio inferior y observo cómo mi marido se coloca por detrás de mí y acaricia con sus manos, delicadamente, el terreno húmedo (muy húmedo) que en un momento va a conquistar.

Mis pechos, celosos de las atenciones prestadas a su vecino de abajo, también reclaman sus mimos. Las manos complacientes de Daniel atienden sus exigencias y dividen, por tanto, sus caricias.

Mi piel se eriza con cada roce; mi cuerpo se estremece con cada movimiento y un calor abrasador me sube recorriéndome entera. Cuando creo que estoy a punto de perder la paciencia, un miembro turgente, duro, seguro de sí mismo, penetra en mí con decisión haciendo que ninguno de mis músculos quede indiferente a la intromisión.

Embestida tras embestida, me contoneo al son de nuestra sintonía. Bailo con mis caderas el ritmo que Daniel marca con su pene. Me dejo llevar por la música que tocan sus manos, mientras mis gemidos nos acompañan, suaves pero libres, placenteros... Gozo.

No sé si es música celestial u otro tipo de melodía la que sus caricias, sus besos o sus penetraciones están reproduciendo, pero lo que tengo claro es que con ellas estoy tocando el cielo con la punta de los dedos, acariciando el más allá con mi cuerpo y con mi alma.

Un empujón. Otro más... y sí, uno más. Fuerte. Profundo. Intenso. Con lujuria. Convulsiones. Calor de sus labios en mi cuello. Más calor aún en nuestra unión. Humedad.

Y... llegados a este punto, blanco y en botella. Leche. No es la mejor metáfora, ¿o quizá sí? Pero sí es el mejor momento. Nuestros cuerpos se recuperan juntos, en silencio, solo con la cadencia de nuestras respiraciones de fondo, de lo que han expresado, que no es otra cosa que lo que siente el alma. Esto, nuestra unión, no ha podido ser más intensa.

Ya en la cama, con el pijama de nuevo cubriendo nuestros cuerpos, me viene a la cabeza una gran reflexión. No sé si les pasará al resto de mujeres embarazadas o será que soy un espécimen raro, pero hacer el amor tan hormonada me produce una sensación tan placentera y una unión tan especial...

Una dosis extra de gozo, de ternura... Una sutil diferencia que lo hace más increíble todavía.

También contribuye a esto que mi marido no sea de los que piensan que en cada embestida le da un coscorrón al niño. No me lo invento, ¡los hay! ¡Gracias, Daniel!

Apago la luz de la mesita de noche, que me ha acompañado en estos últimos minutos de cavilaciones, y me dejo engullir por las sábanas, entre risas, hasta la mañana siguiente.

9SILVIA

—Buenos días, caballero, ¿conoce la AECC?

—Lo siento, tengo prisa...

—Vale, disculpe.

—¡Buenos días! ¿Tiene un momentito para la AECC?

—No tengo un momentito para nada.

—Disculpe, gracias, señora.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¡A ti que te importa!

—Buenos días para ti también.

Puf, esto es peor de lo que pensaba. ¡Qué impotencia! Nadie me hace ni puñetero caso. Me aparto un poco de la zona transitada en la que estoy trabajando y me tomo un necesario respiro.

—¿Te apetece uno? —Aparto lentamente mis manos, dejando al descubierto, con cierto bochorno, mi rostro, el cual permanecía oculto de la sociedad por unos minutos.

—Sí, muchísimas gracias. Eres un cielo. —Dedico a mi benefactor una sincera sonrisa.

—No se merecen. Bébetelo con calma, pero luego de nuevo al tajo. Esta no es la Silvia que yo conozco.

—Gracias, Natalia. —Me despido de mi amiga mientras veo cómo apaga su cigarrillo en el cenicero de siempre y entra en su edificio (también de siempre).

Esta escena podría haberse desarrollado de esta manera, ¿verdad? Una palmadita en el hombro, unas palabritas de ánimo y ¡hala! vuelta al curro. Digo podría porque habría sido así si la menda hubiera sido capaz de dejar de moquear y de hipar..., si hubiera podido parar a tiempo el «sorbe moco», en definitiva, si un berrinche bochornoso, patético y algo exagerado no se hubiera adueñado de todo mi ser de forma irremediable y dramática. Más vale que ella estaba allí.

Sin ella no me hubiera levantado de la acera. Sin ella no habría dejado de ser el oso panda en el que me había convertido cuando la rabia y la impotencia corrieron el rímel de mis ojos, por estar haciéndolo tan mal en mi primer día de trabajo. Y es que, sí, me he venido abajo, he necesitado un descanso, así que me he puesto en cuclillas y he enterrado (literalmente) mi cabeza en mis manos llorando desconsoladamente por ser tan torpe y carecer de las habilidades necesarias para conseguir que una buena persona quisiera colaborar con esta maravillosa asociación. Pero mi Ricarda Gere me ha rescatado de la calle y me ha devuelto la dignidad, metiéndome en un aseo y utilizando todas sus armas (llámense pintalabios, corrector de ojeras, *eye liner*, polvos de sol, de sombra, Plastidecor o Manley..., el caso es que pinten y arreglen este entuerto). Hay que ver qué de cosas lleva una mujer para el retoque en un neceser enano «de batalla». En cualquier caso, sus múltiples artilugios (muchos de ellos, aunque no lo creáis, desconocidos hasta entonces para mí) han hecho que volviera a mi esquina renovada para continuar, con mayor o menor éxito, mi jornada laboral. Suena mal lo de mi esquina, ¿verdad?

Una vez terminado el capítulo de pesadilla en *Castellana street*, y vuelto a la jungla, recupero mi posición en mi lugar de trabajo. Mi esquina. ¿Sigue sonando mal, verdad? Sin embargo, es así. Trabajo en esta esquina, es mi territorio (aunque no voy a mearlo, creo que no es necesario). Inspiro, expiro... lo hago de nuevo y ¡a por ellos!

—¡Buenos días, caballero! —digo ahora con más energía que antes (y algo menos de timidez). En este trabajo los primeros socios potenciales dan pánico, por lo menos a mí.

—¡Buenos días! Tengo algo de prisa...

—No se preocupe, únicamente le robaré unos minutos... —continúo sin dejarle mucho margen—. ¿Conoce la AECC, verdad?

—Sí, ¿quién no actualmente? Pero, en serio, no tengo tiempo. He de hacer algo importante.

—... —¿Cómo puedo contraatacar ante esto?

—¿Algo más importante que pasar los cinco mejores minutos de tu vida al lado de esta espectacular mujer? —¿Pero qué acaba de pasar? ¿Es Mateo quién ha surgido de la nada para... salvarme el culo?

—Ja, ja, ja, está bien... Si es así, creo que no pasará nada porque mi casa se queme cinco minutos más... —me dice riéndose el amable señor mientras Mateo se aleja en busca y captura de una rubia peligrosa.

Mi conversación con mi primer socio del día duró lo justo y necesario para precisamente eso, convertirse en mi primer socio y colaborar con nuestra bonita causa. ¡Sí, gracias, Dios mío!

—¡Bien! ¡Lo has hecho, Silvia! —Un Mateo triunfal se acerca a mi territorio con una mano en alto esperando, supongo, a que le choque los cinco. (¿Pero esto siguen haciendo los jóvenes?).

—Emmm... sí, gracias, Mateo —contesto poco efusiva mientras le choco la mano—. ¿Por qué lo has hecho? —digo algo más brusca de lo que pretendía.

—Solo quería ayudarte. Me alegro mucho de que «te lo hayas hecho» —dice algo avergonzado al ver mi reacción distante—. Que tengas mucha suerte... Voy a ver si... sigo trabajando.

—¡Mateo! No... no te vayas, perdona —le llamo cuando está ya alejándose de mí—. Perdóname, de verdad. Estoy un poco nerviosa... Muchas gracias, en serio. Esto es más difícil de lo que pensaba y no creo que valga...

—¡No digas tonterías! Esto en dos días para ti es pan comido. Solo necesitabas un empujón y yo encantado de dártelo. Los empujones son mi especialidad —me dice sacándome la lengua pillo—. ¿Estamos?

—Estamos. —Me sorprendo hablando de esta forma y estallo en una tremenda carcajada, liberadora de la tensión vivida—. Gracias por tu apoyo, de verdad. —Levanto mi brazo en dirección a su hombro.

—Gracias a ti, por venir. —Me guiña un ojo divertido, mientras apoya su mano sobre mis dedos que descansan todavía en su hombro y me da unas palmaditas de aliento. Miro mi brazo... ¿Esto que tengo es el vello de punta? ¿Qué coño te pasa, Silvia?

—¡Venga, hala, fuera de mi esquina! Que hay algunas que queremos trabajar —le digo entre risas y aspavientos mientras poco a poco se va alejando. Le doy la espalda, consciente nuevamente de que mi culo está siendo más observado que un eclipse. Sonrío.

Al final de la mañana, orgullosa de un trabajo bien hecho, entro en el edificio de Natalia.

—Gracias de nuevo. No sé qué habría hecho sin ti hoy.

—Qué exagerada. Además, creo que no soy la única que hoy estaba pendiente de que no cayeras.

—¿Cómo dices? —pregunto despistada.

—No sé, me da en la nariz que cierto jovencillo (y bastante apuesto si me lo permites) no te ha quitado el ojo de encima en todo el día —apunta mi amiga dirigiendo su mirada a la calle. Miro en su misma dirección y, efectivamente, ahí está Mateo, de pie en la acera, parado, completamente girado mirando hacia donde nos encontramos nosotras. Sus ojos al cruzarse con los míos no reculan, no huyen. Al contrario, me penetran. Es solo un instante, un minisegundo, suficiente para, no sé muy bien el motivo, hacer que yo baje mi cabeza y me inspeccione los zapatos. ¡Oh, bonitas bailarinas, Silvia! Pero... ¿por qué me mira así?

—Bueno, Nataly, tengo que irme. Gracias otra vez por todo.

—No se merecen. ¿Para qué están las amigas?

—Muuuuac. —Le lanzo un beso ya desde la calle mientras me dirijo rauda (y algo enfadada no sé muy bien por qué también) hacia el espía.

—¿A mí no me lanzas uno de esos? —Me reta Mateo. Ya sé por qué me enfada; es desafiante.

—A ti quizás te lanzara una de estas. —Levanto mi mano mostrándole cuántos dedos podrían quedarse marcados en cuestión de segundos en su bonito rostro. Porque mira que tiene una cara bonita. Eso no se lo puedo negar. Es guapo a rabiar el chiquillo este. ¿Pero qué piensas, Silvia? Espabila, que estás cabreada porque te está vacilando. Este niño quiere reírse de la madurita.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves? —Provoca el angelito—. Te has quedado un poco pensativa.

—No voy a estropear mi preciosa manicura. —Miento. Creo que nunca he oído un esmalte de uñas—. No merece la pena —añado mientras le doy la espalda y pongo rumbo al metro.

—¿Te vas ya? —Llama mi atención elevando la voz. ¿Pero qué quiere ahora?

—Sí, claro. ¿Alguna objeción?

—No, para nada. Solo que nos vamos a quedar unos cuantos a tomar algo, ¿te apuntas?

—No, te lo agradezco, pero no. —Coño, parezco Alejandro Sanz. Y añadido—: Tengo algo que hacer. Quizá otro día.

—Genial, pues otro día —dice mientras yo ya he echado a andar, pero su cálida mano agarra de repente mi brazo y me detiene de nuevo—. Oye, perdona, ¿es importante?

—¿Que si es importante el qué?

—Eso que tienes que hacer.

—Sí, bastante importante.

—Pero... ¿has quedado con alguien?

—Sí, más o menos. —¿A qué viene este interrogatorio?

—Oh, vale... —dice resignado. ¿Algo disgustado también?—. Disfruta. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —repito en voz queda mientras llego por fin a la parada de metro.

Mamá, ¿cómo estás? Ya he terminado de trabajar.
Voy a por Rubén.

10CLAUDIA

Estoy entusiasmada, animada y con ganas de comerme el mundo, ¡espero que él no me coma a mí! Aunque solo he dormido tres horas, amanezco de un sueño reparador, mi cuerpo está descansado y mi mente despierta. En lugar de sentirme extraña como pensé que lo estaría, saber que puedo contar con alguien me da tranquilidad y seguridad. Sé que es alguien a quien no conozco de nada, y no sé hasta qué momento estaremos juntas en este viaje o incluso cómo acabaremos, pero aun así no puedo evitar sentirme más inquebrantable por contradictorio que todo esto suene. Me visto con un pantalón corto negro de tela, camiseta verde de tirantes y unas chanclas, todo bastante sencillo y cómodo dispuesta a buscar a mi amiga sin nombre. Unos golpes en la puerta me sobresaltan.

—¡Hola! —Oigo exclamar desde el otro lado de la puerta.

—¡Hola! —respondo al tiempo que abro la puerta. Y con total naturalidad y sin más reparos mi «amiga» entra en mi habitación.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta dicharachera y sonriente sentada en mi cama.

—Bien, ¿tú?

—Muy bien.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Cristina.

—Yo, Claudia. ¡Encantada!

—¡Igualmente! ¿Te apetece que hagamos desayuno comida y así luego nos vamos de *tour* por ahí?

—¡Perfecto!

Salimos del hotel, el calor ya aprieta y la mezcla de olores invade mis fosas nasales. Son olores de todo tipo, de comida, humo, sudor y a ratos un fuerte y apestoso olor a alcantarilla. Nos dirigimos a calles repletas de puestecillos que irrumpen la carretera. Está plagado de tiendas, restaurantes y gente, mucha gente. Vamos viendo ropa y parádonos en cada puesto ¡no lo podemos evitar! y me doy cuenta de que muchas de esas camisetas las he

visto yo por Madrid... ¡a otro precio claro! Pero decidimos seguir andando para desayunar, el hambre y el calor poco a poco se intensifican.

Pasamos por delante de varios restaurantes donde a la cabeza hay una o dos chicas trabajando de relaciones públicas. Van embutidas en minivestidos y se prestan a enseñarte la carta, son todas muy delgadas y parecen sacadas de revistas. Nos decidimos por un restaurante bastante turístico, la verdad es que en Kaho Sand Road todo es así, pero este parece un poco más discreto y de precio está bastante bien. Una vez dentro nos dirigimos a un patio que hay en el interior y que alberga una fuente. En todo el entramado de calles atestadas de gente, la sensación del lugar es de espacio y de aire. La fuente está ubicada en el centro del patio y las mesas están dispuestas alrededor de la misma, separando el inmenso lugar mezcla de restaurante, *pub* y bar. Tras ubicarnos en una mesa, damos buena cuenta de nuestro *brunch*: café con leche (no pensé yo que de esto habría), zumo, un yogur con cereales, un plato de frutas enorme, tortilla, patatas y un *pad tahi* que no tenemos ni idea de lo que es pero que decidimos probarlo. Y sin orden ni coherencia de pedido, mezclando lo salado con lo dulce nos atiborramos y saboreamos cada bocado. Creo que estoy comiendo la mejor fruta de mi vida, mira que yo no soy mucho de frutas, pero es escandalosamente buena.

Entablamos conversación de una manera muy fácil y fluida. Cristina es alta, de pelo castaño y muy largo, con ojos almendrados, una nariz prominente, alegre y muy dicharachera. Tiene treinta años y hace cinco que vive en Ibiza. Hizo la carrera de Periodismo y tras trabajar durante muchos años en un periódico en Madrid, decidió dejarlo para siempre. Según ella eran muchas horas y no muy bien pagadas, e, independientemente de eso, concluyó dejarlo cuando murió su padre. La muerte de él representó un antes y un después de su vida. Se replanteó sus prioridades y tras analizar y comprobar que vivía para trabajar, determinó hacer un cambio radical en su vida. Lo dejó todo y se lanzó. No hacía lo que le gustaba, o no sabía a ciencia cierta si lo que le gustaba le había dejado de gustar porque no tenía tiempo de dedicarse a nada más. El trabajo le absorbía la vida y con lo que ganaba le daba para sobrevivir, para nada más. Cuando su padre murió, de lo único que se arrepintió es de no haber pasado más tiempo con él y la decisión que tomó fue vivir la vida. Se fue y ahora trabaja de temporada ocho meses al año, los

cuatro restantes se dedica a hacer lo que más le gusta, viajar. Habla con entusiasmo y seguridad. Me sorprende conocer a alguien como ella, entiendo lo que dice y conozco mucha más gente que vive explotada, gracias a Dios no es mi caso. La admiro. Este año ha decidido que su último mes de este viaje volverá a Bangkok para comprar ropa y venderla en España. No sabe cómo le irá, pero la inversión es pequeña y quiere intentarlo. Por mi parte me resulta fácil conversar con ella y conectamos muy bien. Yo también le voy contando mis aventuras y desventuras.

Una vez acabado nuestro *brunch*, decidimos hacer un poco de turismo e ir al gran palacio Real y a la zona de Chinatown de Bangkok donde se encuentra el Buda de oro. Primero nos vamos al mercado flotante y luego nos dirigimos a Chinatown y nos perdemos por sus calles. Nos topamos con mucha gente, gente muy diferente, y muy sonriente. Luego vamos al templo donde se encuentra el Buda de oro. Es lo que más me ha impactado de las visitas de hoy, no sé si tanto por la estatua del Buda en sí o por todo lo que encierra. El Buda de oro, *Wat Traimirt*, está en la zona de Chinatown de Bangkok y allí se encuentra la estatua de Buda más rica del mundo. Su historia es impresionante.

Cuenta la historia que esa enorme estatua estaba cubierta de yeso dorado, resultando una estatua muy poco atractiva. A principios de los años treinta cuando iban a destruir el templo donde se encontraba, se trasladó a este templo donde la estatua estuvo veinte años en la intemperie, cubierta simplemente con un techo de chapa. Cuando los monjes decidieron trasladar la estatua a un nuevo edificio, era tan pesada que necesitaron una grúa para trasladarla, pero un accidente hizo que la estatua cayera. Los allí residentes consideraron este percance como un mal presagio y abandonaron la zona dejando la estatua abandonada. Esa misma noche aguas torrenciales anegaron la ciudad. Al día siguiente, uno de los monjes del templo fue a evaluar los daños ocasionados por el agua y entonces vio que la estatua del Buda que yacía en el suelo contaba con unas pequeñas grietas donde se vislumbraba un brillo extraordinario. Y así descubrieron que el yeso dorado cubría una estatua de oro puro que tiempo atrás fue cubierta como protección ante la avaricia de los birmanos. A raíz de este descubrimiento el pequeño templo ganó en popularidad y número de visitas, convirtiéndose en el más visitado

de la ciudad.

Es por eso que una vez allí la mezcla y cantidad de gente es sorprendente: tailandeses que van a pedir o a rezar, monjes rezando o recibiendo a gente, turistas la mayoría extranjeros, unos pidiendo y la mayoría sacándose fotos... Todos allí formamos un coctel de lo más variopinto.

La última visita del día es el gran Palacio Real, que fue la residencia oficial del rey. Está protegido por un canal, asemejándose a una isla e interfiriendo su entrada en caso de ataque. Dentro del palacio se encuentre el templo del Buda de Esmeralda, el nombre completo es *Wat Phra Sri Satsadaram*, es el templo budista más importante de Tailandia.

Tras patear durante todo el día y congeniar mucho con Cristina llegamos a nuestro hotel para prepararnos y salir a cenar. Nos duchamos y ya en las calles de Khao Sand Road hacemos lo que las dos estamos deseando ¡darnos un increíble masaje en los pies! Las dos nos tumbamos y nos dejamos hacer. Con los pies ya descansados vamos a cenar y en el mismo restaurante conocemos a una pareja, Inés y Juan, con quienes compartimos lo vivido. Ellos nos aconsejan viajar al sur, más concretamente a Krabi. Después de mirarlo en el mapa, ver el tiempo y oír sus historias, nos decantamos por conocer aquello. Suena bien, playas paradisíacas y mares de ensueño, además de mucho mochilero. Cenamos, bebemos y reímos, tanto que la noche se va alargando y la música en directo de los bares restaurantes de Bangkok nos va embelesando y animando. Nos dejamos transportar, me dejo llevar por el sentimiento de libertad y simplemente disfruto de un par de horas de música, de la noche tailandesa y de mi nueva amiga. Quedamos en ir mañana a la agencia de viajes, dícese de un lugar donde contratas un viaje en furgoneta, para ir juntas a Krabi y Ton Sai.

Mi cansancio no me permite aguantar mucho más. Y agotada y con mi próximo destino en mente, me despido y voy al hotel a dormir. Con mi habitación reluciente y con una toalla con forma de cisne colocada encima de la cama, me adentro en ella protegida por la mosquitera que la cubre. Enchufó el ventilador y me abandono al sueño.

11 MARTINA

—¡Vamos, reina! —dice Marcos desde la puerta esperándome para cerrar la consulta.

—Ya voy —contesto deshaciéndome de la bata blanca.

—¿Para todo tardas tanto?

—Y tú, ¿para todo eres tan rápido? ¡Pobre Víctor! —bromeo.

—Ja, ja, ja.

Un estruendo interrumpe nuestras risas. Nos giramos y vemos a Carmen, una cliente habitual, de cuyo primo (Diego) no quiero acordarme, llorando y tirada en el suelo. La pobre está echada en el suelo llorando desconsolada.

—¿Estás bien? —Nos dirigimos corriendo hacia ella.

—¡No! Me he caído por las escaleras y me duele mucho el hombro —solloza.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—¡Ayúdame! —le insto a Marcos.

—Me duele mucho.

Entre los dos intentamos calmar a Carmen, mientras yo la chequeo allí mismo. Antes de moverla lo más mínimo verifico que no tiene peligro de lesionarse para desplazarla. Y ya que se queja del hombro me fijo y enseguida veo el porqué del llanto, se le ha salido el hombro.

—Carmen, se le ha salido el hombro, pero ahora mismo lo arreglamos.

—Ay... —Se queja.

—Venga, cuento hasta tres, ¿vale?

—Me duele mucho. —Se lamenta.

—Una, dos... —Y en ese momento hago el movimiento devolviendo el hombro a su lugar.

—Ahhh —exclama, pasando del dolor al alivio.

—¿Mejor?

—Sí, bonita. Muchas gracias, mucho mejor.

Carmen se encuentra mejor, pero no recuerda por qué se ha caído, así que mientras decidimos qué hacer llamo a Daniel para avisarle de que llegaré

más tarde. Entramos a la consulta para que la espera sea más agradable y llamamos a su marido para que venga a buscarla. Cuando llega les aconsejamos que pasen por urgencias.

Llego a casa más tarde que nunca y con el agotamiento reflejado en mi rostro y cuerpo. Abro la puerta y me dirijo al cuarto de mi princesa con la esperanza de que todavía esté despierta para darle el beso de buenas noches.

—Hola, cariños —digo desde la puerta a mis dos amores. Me encuentro a Daniel contando el cuento de *Los tres cerditos* mientras Cloe juega con su pelo y se esfuerza por no parpadear ¡no vaya a ser que se duerma!

—¡Mamá! ¿Dónde estabas? —pregunta esbozando una sonrisa preciosa.

—Trabajando. ¿No te lo ha dicho papá? —pregunto sorprendida.

—¡No!

—Cariño, estaba trabajando, me ha surgido una urgencia.

—¿Qué es una urgencia?

—¿No quieres que te lo cuente mañana? Ahora es muy tarde.

—No.

—Ja, ja, ja. —Me hace gracia su impaciencia—. Una señora se ha caído por las escaleras y necesitaba que mamá la ayudara. Por eso he venido más tarde.

—Ahhh, ¿y ahora está bien?

—Sí, cariño. Tú, ¿qué tal el día?

—Encima de que vienes tarde no le des más coba. Llevo media hora contándole el cuento para que ahora vengas tú a desvelarla —me regaña Daniel.

—Oye, Daniel, es mi hija, creo que es más importante que esté un rato conmigo a que duerma cinco minutos menos.

—¡Entonces el cuento se lo lees tú! —refunfuña dejándome patidifusa—. Buenas noches, cariño —le dice tiernamente a Cloe. Yo me lo quiero cargar. Y me encuentro en la esquina de la cama de mi hija con el cuento en la mano y la niña desorientada. Lo que no voy a consentir de ninguna manera es que esto sea lo último que vea mi hija hoy antes de dormirse.

—Venga, cariño, ¿dónde estabas? —pregunto intentando contener mi mala leche y darle a mi hija lo que se merece.

—Cuando el lobo quiere entrar en la casa de cemento y hay fuego... —

Miente, le encanta esa escena, se parte de la risa.

—Vale, pues sigo. —Y yo, que lo único que quiero es que cada noche se acueste con una sonrisa, continuó leyendo la historia desde donde le gusta.

Un gran rato después, los parpados de Cloe le ganan la batalla y en un descuido se le cierran. Tiene que estar agotada. Yo, cabreada como una mona, voy en busca de mi maridito.

—Oye, Daniel, ¿de qué vas? ¿Por qué no le has dicho nada a Cloe?

—¿Qué querías que le dijera?

—¿Cómo que quería que le dijeras? Pues que estaba trabajando. ¿Eres tonto o qué te pasa? —No salgo de mi asombro.

—Eso, encima tú ahora insúltame. —Espera, que se me ofende.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Cómo sé que estás trabajando y que no estas por ahí con otro?

—Daniel —me quedo petrificada—, ¿de verdad has pensado eso?

—¡No sé qué pensar Martina! Una urgencia a última hora... La verdad es que suena sospechoso.

—Daniel, por favor. —No quiero revivir esto otra vez. Esta continua pesadilla que me persigue una y otra vez—. Tienes que confiar en mí, si no esto es imposible.

—Es que la confianza no es algo que se recupera tan pronto. ¿Cómo sé que me dices la verdad?

—¿Cómo te puedo demostrar que no miento? ¿Quieres hablar con Carmen o con Marcos?

—¿Con tu clienta y tu amigo? ¡Seguro que me dicen la verdad! — responde irónico.

—Dani... —digo entre sollozos. Me siento hundida, destrozada y dolida—. No sé qué hacer para que confíes en mí, pero tenemos que hacer algo porque esto es insostenible. Y que sepas que no me ha gustado nada lo que has hecho con Cloe. Puede que no confíes en mí, pero creo que los dos queremos lo mejor para Cloe, y hoy tu orgullo te ha podido. Hoy no es que me hayas hecho daño a mí, es que se lo has hecho a nuestra hija y ella no tiene culpa de nada.

—En eso tienes razón y lo siento. —Veo que realmente lo siente y se siente fatal por ello—. Pero en lo referente a ti, Martina..., me cuesta mucho

creerte.

—¡Joder, Daniel! —Me retiro, verbal y físicamente. Me dirijo a la habitación, me descalzo, me cambio de ropa y me tumbo sobre la cama. Estoy agotada.

—¿Y ya está? —Es Daniel el que entra dispuesto a seguir discutiendo.

—Necesito sentarme y calmarme. Vamos a hablar de lo que quieras, pero desde la calma, por favor. Tengo aquí a nuestra hija y también tengo que cuidar de ella.

—Ya... —murmura cabizbajo.

—Lo siento, cariño, no quiero que te sientas así. Lo que te quiero decir es que la única forma de seguir juntos es que tú me perdones y vuelvas a confiar en mí, si no esto es imposible. No nos lleva a nada.

—Es complicado, Martina.

—No digo que no lo sea. Pero en su día te lo confesé y cada día me arrepiento de lo que pasó. Me sentiría peor si nunca te hubiera dicho nada. Pero no fue así, decidí contarte la verdad aún a riesgo de que me dejaras, ¿tú crees que ahora me arriesgaría a algo así? ¿Qué necesidad tengo de hacerte lo mismo?

—¿Y qué necesidad tenías antes?

—No tenía ninguna, me sentía alejada de ti, descuidada, nuestra relación no andaba muy bien...

—¡Y por eso lo hiciste! —Sentencia.

—Sinceramente, no sé decirte exactamente por qué lo hice. Es evidente que nuestra relación no estaba en su mejor momento... Y no me estoy excusando, soy culpable sí, lo sé y me arrepiento cada día de ello.

—... —Daniel se limita a suspirar.

—Así como en su día te lo confesé, hoy te digo que he tenido una urgencia.

—Ya...

—No te voy a mentir, Daniel, confía en mí, por favor, es la única manera de reforzarnos como pareja y poder seguir estando juntos. Cuando te fui infiel te lo dije, quédate con eso. —Y se me remueve el estómago.

—¿Qué me quede con qué? Es muy fácil decir todo esto ahora.

—¿De verdad crees que esto es fácil para mí? —La calma se evapora.

—¿Y crees que es fácil para mí? Me siento como el tonto de tu marido que primero te perdona y luego me dices que estás embarazada. ¿Cómo sé que ese hijo es mío?

—¿Qué? —Esto no puede estar pasando.

—¿Cómo sé que yo soy el padre?

12 SILVIA

—¿Tenéis sitio para el postre? —pregunta un educado camarero mientras retira los platos vacíos de nuestra mesa y nos entrega sendas cartas llenas de succulentas tentaciones.

—¡Pues yo creo que sí! —exclamo nada más echar una rápida ojeada a una copa gigante de helado con más bolas y colores que el billar.

—¡Ya somos dos! —añade Natalia, cerrando su carta también con una decisión más que clara.

—¡La copa de helados variados! —afirmamos las dos al unísono, provocando una preciosa sonrisa del guapo camarero. Estallamos en una carcajada que vuelve las cabezas de varias personas de las mesas de alrededor.

El camarero se retira discretamente hacia el interior del bar dejándonos la intimidad necesaria para continuar con nuestra interesante conversación. Ya podían los de las mesas de al lado hacer lo mismo y centrarse en... no sé... ¿comer, por ejemplo? El caso es que ya podéis imaginar, dos amigas que se juntan después de varios años sin verse y mil anécdotas que contarse. ¡La hora de la comida se nos queda escasa!

—Así que conseguiste entrar en la Universidad, ¡cómo me alegro por ti! —digo mientras observo de lejos cómo el camarero nos acerca nuestros helados.

—Sí, tía. Después de muchos años pringando en El Escondite por fin conseguí ahorrar —responde Natalia mientras aplaude y luce en su cara una deslumbrante sonrisa de satisfacción.

—¡Qué bien! ¿Y mientras hacías la carrera trabajaste también o te dedicaste en exclusiva a estudiar?

—Lo intenté. Quería centrarme en la facultad, pero... imposible. Tenía que comer, así que me hice agente de seguros. Te presento a la responsable de que mi familia, amigos, vecinos y conocidos tengan asegurado hasta su culo. Y el de su gato —dice tendiéndome la mano con formalidad como si continuara en su labor como comercial.

—Ja, ja, ja. —Me meo de la risa ante la ocurrencia de Natalia y le sigo el juego tendiéndole también mi mano con formalidad—. Encantada. Saluda a la encargada de que en todo Madrid no haya un hogar sin su fabuloso juego de sartenes antiadherentes.

—¿Y las enciclopedias? —me pregunta partiéndose de la risa.

—No colaron —le respondo haciendo un mohín para continuar carcajeándome después.

—De modo que tomaste el mismo camino que yo después de dejar el bar —me pregunta mi antigua compañera de El Escondite.

—Sí, la verdad es que no tenía idea de dejarlo, porque mientras me salía algo de lo mío no me lo pasaba mal, además de ganarme mis pelillas.

—¿Y lo dejaste por...? —Deja inacabada la pregunta instándome con un gesto a que la responda.

—Por Hugo.

—¡Lo sabía! —dice triunfal dando una palmada en la mesa—. Son todos igual de celosos —añade moviendo su cabeza de un lado al otro.

—No, no es eso. Esa no fue, ni mucho menos, la causa. Simplemente nos conocimos, nos enamoramos y, muy rápido, nos fuimos a vivir juntos. Él salía de trabajar y pasaba por el bar, pero... —me interrumpo.

—Pero... —Me anima a seguir.

—Pues que estaba agotado. Le recuerdo quedándose frito en la barra intentando aguantar despierto para poder estar más rato conmigo y yo poniéndole cacahuets como si fuera un elefante para reanimarlo —sonríó al recordar la escena—, pero llegaba derrengado de la fábrica. Y esa situación se puede sostener unos meses, pero no siempre. Si habíamos decidido estar juntos era para eso, para estar juntos. Así que tomé la decisión de dejarlo.

—Y entonces empezaste a tener trabajos de este tipo, ¿no?

—Sí. —Apoyo mi respuesta contundente con un gesto de asentimiento con mi cabeza—. Teleoperadora, cajera..., me daba lo mismo, lo que iba surgiendo.

—¡Pues eso es lo importante, tía!

—Sí, aunque por Claudia sí que me supo mal dejarlo —digo metiendo una cucharada de helado en mi boca para eliminar esa pena.

—Sí, te entiendo. Se os veía genial juntas en el bar —añade Natalia

perfectamente consciente de que, aunque coincidimos apenas un año en el trabajo, establecimos una conexión muy especial.

—¡Y tanto! Ella entró, con su buen rollo característico y el curro hasta tenía su puntito —digo guiñando un ojo.

—¡Ya te digo! Es una tía estupenda —sentencia—. ¿Cómo está?

—Pues te está eternamente agradecida de que dejaras el bar —apunto, haciendo alusión al hecho de que mi amiga empezara a trabajar en El Escondite tras quedar la vacante de Natalia.

—¡Me alegro mucho! ¿Consiguió ser bioquímica? —pregunta Natalia, quien conoce perfectamente que Claudia también entró en el bar para financiarse su carrera universitaria.

—Sí, trabaja de ello en un laboratorio. ¡Está encantada! —cuento bien orgullosa de mi amiga—. Ahora está de vacaciones en Tailandia. Es una larga historia —aclaro al ver la cara de sorpresa de Natalia.

—¡Es genial! Pues a ver si la veo algún día cuando vuelva y recordamos anécdotas de aquellos tiempos. Que no son pocas, ¿eh? ¡Quién te ha visto y quién te ve! —se mofa Natalia.

—Una, que se hace mayor, ya sabes.

—Sí, sí, madre mía. La *heartbreaker* —dice en inglés, pensando que queda más moderno y chic.

—¡Jobar, qué exagerada eres, Nataly! —le respondo dándole una palmada en el hombro.

—Bueno, bueno, exagerada... No sé yo. Espera... ¿O sí? ¡Ah, es verdad! Perdona, que no eras tú la que se salía de la barra, previo ajuste de la camiseta del uniforme justo debajo de las tetas para darle el teléfono al guapo de turno.

—Solo fueron dos veces —digo partiéndome de la risa—. O tres. —Corrijo.

—Fueron más —se ríe ella también—. Más de cuatro, más de cinco... ¡incluso de seis!

—Ja, ja, ja. —No la corrijo porque, haciendo memoria, creo que tiene razón.

—¡Ah! Y perdona, perdona..., que tampoco fuiste tú quien, en horario de servicio, te metiste al aseo (de hombres, para más inri) a comerle los

morros (porque solo fue la boca ¿verdad?) al capitán del equipo de fútbol.

—¡Ay, Nataly! Eso es una tontería... —respondo quitándole importancia.

—Sí, una tontería si no fuera porque te tiraste al entrenador del mismo equipo un par de horas más tarde al cerrar el bar.

—¡Ostras! —exclamo muerta de la vergüenza, roja como el mejor de los tomates de la huerta, al darme cuenta de que era cierto. ¿Cómo podía hacer esas cosas?—. Madre mía... ¡no recordaba nada de eso!

—Y eso solo son unas pinceladas de los grandes momentos que me dabas.

—¡Vaya tiempos aquellos! ¿Dónde estará aquella Silvia? —pregunto llorando de la risa, mientras mis mejillas van poco a poco perdiendo el sonrosado del bochorno y veo a Natalia buscando debajo de la mesa.

—Por aquí parece que tampoco está —vacila mi amiga mientras se endereza en la silla, recupera su postura y añade—: Si la encuentras dile que estoy deseando irme de fiesta ¡y encontrar un buen maromo!

—¡No tienes remedio! ¡Qué alegría que la vida nos haya juntado de nuevo! ¡Vaya casualidad!

—¡Ya te digo! Estoy contentísima de poder compartir momentos contigo también en esta nueva etapa de mamá y esposa formal —dice esta vez en tono serio—. Aunque sepa que no vas a volver a cortarte y teñirte el pelo por una apuesta.

—¡Dioooooos! —digo alargando las letras y escondiendo la cara entre mis manos— ¡También lo hice! —añado asimilando, mientras abro mis dedos en V y descubro mis ojos, lo que me permite ver que Natalia se está riendo de nuevo a carcajadas—. No sé cómo no me daba cuenta de que era imposible terminar ese maldito juego sin acabar devolviendo.

—¡Eras una campeona del *Yo nunca!* —Mi amiga no puede parar de reírse.

—Calla, calla... no vayan a oírnos —digo oteando al resto de las mesas—, que tengo una reputación que mantener.

—Bueno, ¿entonces qué tal se porta?

—Pues..., no me puedo quejar. Duerme poquito, pero por lo menos come bien. Lo tengo todo el día pegado a la teta.

—¿Y el bebé?

—¡Natalia! —le recrimino mientras vuelvo al estado de carcajada en el que llevamos ya un buen rato. ¿Realmente el agua era agua o era la ginebra que tanto nos gustaba en El Escondite?

—Ahora en serio —recupera la conversación mi amiga—. ¿Estás contenta? ¿Hugo se porta bien? Mira que si no se las verá conmigo... —Hace un gesto de reprimenda con su mano derecha mientras con la izquierda apura su último sorbo del ¿agua?

—Sí, más o menos —digo sin mucho convencimiento.

—¿Y eso? —inquire Natalia con cara de extrañeza.

—Bueno, nos ha costado un poquito. Es difícil adaptarse a un cambio tan brusco. Y más vale, que los padres de ahora no son como los nuestros de hace treinta años. Hugo se implica, ayuda en todo lo que puede. Se le da fenomenal cambiar pañales e incluso va aprendiendo a vestir decentemente al niño. Aunque el tema noches... sigue siendo la excepción. Siempre soy yo quien se despierta. ¡Él dice que no oye! Imagínate hasta qué punto que el otro día le desperté diciendo: «Cariño, hay que cambiarle el pañal» y me contestó sobado pasiego que a quién. No sé si será que nosotras tenemos el oído más fino o es que ellos se hacen los dormidos.

—Yo creo que es biológico. Ellos y los lloros no son compatibles. Se quedan como troncos y ni los oyen.

—Sí, cuando hablo con las otras mujeres de las clases de lactancia, dicen que son ellas también quienes se despiertan cuando pasa algo.

—Estos hombres... —afirma Natalia poniendo los ojos en blanco.

—Ya, son así. Aunque tampoco tiene que ser fácil para ellos. Suelen estar trabajando mientras nosotras no y tienen menos tiempo para disfrutar de los bebés.

—Tienes razón, sí. Es duro para ambas partes —concedo—. Aunque las madres lo somos veinticuatro horas sin interrupción. Y eso no es nada fácil, ¿eh? Tener una pegatina, un apéndice... Tanto que ahora que he empezado a trabajar me siento hasta rara.

—Como si te faltara algo, ¿no?

—Sí.

—Tranquila, poco a poco irás adaptándote. Y Hugo también.

—Sí, porque al principio no dejaba de hacer «sus cosas» por estar con nosotros. Es como si no se diera cuenta a veces de que habíamos tenido un bebé. —Sigo desahogándome y «echando mierda» sobre mi hombre. Se ha abierto la veda...

—Ya, muchas de mis amigas dicen lo mismo. A ellos les cuesta muchísimo aceptar que tienen que «sacrificar» —hace el gesto de las comillas con sus manos— algunas cosas por la nueva personita. No quieren dejar de ir al fútbol con los colegas o ir al gimnasio todos los días...

—¡Eso es! —Me vengo arriba al ver que mi amiga está de mi lado—. Y es que no se puede tener todo. ¡Ahora eres padre!

—Bueno, bueno... ¡cómo me estás poniendo! —Oigo la voz de Hugo a mi espalda. Con las mejillas rojas de nuevo, me giro para saludar a mi marido, que viene acompañado.

—Ho, ho, hola cariño —digo tartamudeando del pudor que me ha dado porque me haya pillado in fraganti. Él me da un tierno beso en los labios y se dirige a dar un abrazo a Natalia, a quien ya conocía de cierto «escondite».

—Mario, esta descarada que no para de meterse conmigo es mi mujer, Silvia —le dice a su acompañante mientras me señala y este se acerca a darme dos besos—. Porque seguimos casados, ¿verdad cariño?

—Síííí —le digo mimosa—. Encantada, Mario. —Le doy dos besos y procedo a integrar a Natalia en las presentaciones—. Esta es mi amiga Natalia.

Una vez hechas las presentaciones, nos sentamos los cuatro a la mesa mientras el solícito camarero nos toma nota de unos refrescos y continuamos la conversación. En realidad, lo hacemos Hugo y yo, que seguimos picándonos con «porque tú no haces», «yo lo hago mejor» o «yo la tengo más larga». Entretanto, Natalia y Mario, totalmente ajenos a nuestra aburrida discusión, charlan animadamente en una esfera de complicidad paralela que han creado. Para los dos. Los observo, miro luego a Hugo y nos sonreímos. Por fin estamos de acuerdo en algo: *Love is in the air*.

13CLAUDIA

El cielo comienza a tornarse naranja y el astro rey va descendiendo por el horizonte. Desde que estoy aquí esta rutina se ha convertido en una de mis favoritas. En realidad, cada acto por rutinario que sea lo voy exprimiendo y disfrutando como jamás lo había hecho antes. La puesta de sol, la cena en compañía, las charlas que se entablan después de cada comida, conocer gente nueva, completamente nueva porque nunca había conocido gente con ideales tan diferentes, incluso ducharme, me parecen una auténtica delicia. Saboreo la mañana, la tarde y la noche. Gozo cada minuto y segundo.

Cuando la puesta de sol termina, nosotras nos vamos vistiendo para volver a Ton Sai. Hemos pasado el día en la playa de Railey y es hora de regresar. Contamos con dos caminos, uno atravesando un camino lleno de rocas, por lo que hay que ir con cuidado y en la oscuridad no se ve mucho, y el otro hay que caminar por un sendero que cruza la selva y conecta ambos lugares. Optamos por la primera opción, ya que en el sendero habitan todo tipo de animales, desde serpientes hasta monos, que, por cierto, han dejado de parecerme divertidos para asustarme. No se acobardan con nada y cuando quieren algo simplemente lo cogen; en caso de encontrar oposición o pasar muy cerca de ellos, sacan los dientes amenazantes y a mí me intimidan, por lo que no quiero ir sola y menos de noche por la selva. Para nuestra suerte hay un grupo de escaladores que vuelven y con sus linternas frontales se encargan de iluminar el camino. Cuando llegamos, vamos directas a nuestro bungaló.

Es muy humilde, está hecho de bambú y se encuentra a cierta altura del suelo, concretamente a tres escaleras, que le concede cierta altura y hace que los animales tengan un poco más complicado el acceso. La estancia es de lo más sencilla, un colchón con mosquitera en el suelo y una ventana, eso es todo, ni siquiera tiene un armario. Nuestras mochilas, ubicadas una a cada lado del bungaló, se encargan de guardar nuestras pertenencias. El baño está fuera y es compartido. Hay cinco baños en fila. Las dos primeras noches dormimos con bungaló con baño en el interior, pero nos dimos cuenta de que

lo único que facilitaba era la entrada de más bichos de todo tipo, así que decidimos mudarnos a otros que tuvieran el baño a la intemperie, nunca mejor dicho porque la sencillez del baño es tal que cuenta con cuatro paredes, pero no tiene techo, al aire libre. Me llegan a decir que acabo en un sitio así y no lo hubiera creído jamás.

Por lo demás el lugar me tiene enamorada, es simple, pequeño y la vida transcurre con facilidad y armonía. Llegamos por el único acceso que hay, el mar, y encontramos en primera fila de playa unos cuantos chiringuitos. No había mucha gente y dejamos la maleta en un bar, para dedicarnos a buscar alojamiento. La técnica de Cristina, además de funcionar, me gusta porque me deja la libertad de estar en un sitio el tiempo que quiera. Cuando recorrimos la playa de aproximadamente un kilómetro y vimos los hospedajes, no tardamos en encontrar uno. Después descubrimos el resto del lugar. La primera fila de bares está separada por un camino que parte desde la playa y se conecta con el sendero de la selva. En dicho camino encontramos dos restaurantes y otro hotelito. Fue al día siguiente cuando decidimos recorrer ese sendero y descubrimos la selva y el camino a las playas contiguas.

Es de esas playas de donde volvemos hoy, y, tras darnos nuestro paseíto a las duchas cubiertas con una toalla, nos lavamos y volvemos para cambiarnos de ropa. Aseadas bajamos a cenar donde lo hacemos a diario. Es un lugar pequeño, cuenta con cuatro mesas de bambú y es el punto social de la isla. La dueña y cocinera es una mujer de mediana edad que ofrece la mejor comida y sonrisa de la zona. Es el centro social por excelencia, y convierte el pueblo en maravilloso porque obliga a compartir mesa, amistades y experiencias.

Al ser un lugar pequeño todo el mundo pasa por allí, y como no hay mesas para todos lo natural es compartir mesa con quien toque. Nadie está solo. En los dos días que llevamos allí, hemos entablado relación con cuatro chicos. Cuando disponemos de nuestra comida aparecen Yao, Gato, Fer e Ingrid, la chica. Todos ellos son escaladores y acaban de llegar de pasar el día trepando. Es el paraíso de los escaladores, pasan el día escalando y a la hora de cenar nos juntamos a socializar.

—Hola. —Saludamos.

—Hola —dicen acomodándose.

Piden y cenamos todos juntos, hasta que un rato después se incorpora un chico que yo hasta hoy no había visto. Se llama Brian, tiene el pelo castaño y unas rastas que le llegan hasta la cintura, descalzo, con la piel curtida del sol y muy delgado. Aun así, me resulta muy atractivo.

—¡Hi! —Saluda con su plato de arroz en las manos haciéndose un hueco en la mesa.

—Hola.

—¿Tú también escalas? —pregunta Yao.

—Un poco.

—¿De dónde eres? —Sigue con las preguntas.

Nos cuenta que es de Brasil y que lleva cinco años viajando por el mundo. Ahora viene de India, después de seis meses viviendo toda clase de aventuras, acaba de hacer un «vipassana». Nos explica que es una meditación de diez días en la que no puedes entablar conversación ni ningún tipo de contacto con nadie más. Me parece increíble que alguien pueda estar diez días sin hablar. Me resulta muy peculiar y llamativo. Para mi sorpresa, Yao también confiesa haber hecho uno. En un momento, y para mi desgracia, Brian desaparece. Nosotros seguimos cenando y la charla se va alargando. El restaurante cierra y seguimos en la intemperie de la noche, a unos treinta y tantos grados y no sé cuánta humedad, conversando sin parar. Brian vuelve a aparecer, y yo me alegro de ello. Es cuando decidimos ir a un bar.

Las opciones son pocas. Vamos al que cuenta con unas hamacas. Tras charlar durante horas en las que nuestras miradas se van cruzando dejando de lado al resto del grupo, Brian y yo nos despedimos del grupo.

—¿La llave? —Le pido a Cristina.

—¡Toma!

—Te espero allí.

—Hasta luego. —Nos despedimos y yo voy camino al bungalow acompañada de Brian.

—¿Dónde duermes? —pregunto curiosa.

—En una tienda de campaña al otro lado de la playa.

—Ah. —No esperaba esa respuesta y menos con lo baratos que son aquí los alojamientos.

—¿En qué trabajas?

—No, hace tiempo que no trabajo. Solo viajo.

—¿Y el dinero? —Pensaba que cuando ha dicho que llevaba cinco años viajando se refería a temporadas como Cristina.

—Para viajar no hace falta dinero.

—Hombre... ¿Y cómo lo haces?

—Como a cambio de trabajo. Por ejemplo, en el restaurante recojo los platos y le ayudo a fregar y así me dan de comer —por eso ha desaparecido —, y tengo la tienda para dormir.

—¿Y antes en qué trabajabas?

—En la empresa de mi padre. Se dedica a los congelados y es una empresa enorme. Empecé a formarme y a trabajar muy duro, como dice él «sin sacrificio no hay beneficio» —lo dice riéndose.

—¿Por qué lo dejaste?

—Era un ritmo frenético que no me hacía ningún bien. Pero yo entonces no lo sabía, vivía para trabajar, hasta que un día me dio un infarto, tenía veintisiete años. Cuando estuve de baja cambió todo. Al principio lo pasé fatal, caí en una medio depresión, había dedicado tanto tiempo a trabajar que no tenía amigos ni aficiones, vivía por y para el trabajo. Los únicos amigos que mantuve eran dos de la infancia los que veía muy de vez en cuando. No porque no quisiera, sino porque me faltaba tiempo para estar con ellos, y cuando lo sacaba estaba tan cansado que no lo disfrutaba. Así que después del susto y de mucha reflexión, decidí dejar el empleo y volar. Al principio solo iban a ser unas vacaciones de dos semanas, pero cuando volví y empecé a buscar trabajo me vi poco a poco envuelto en lo mismo y notaba que en mi vida faltaba algo más. Así que cogí un billete de avión y empezó este viaje en el que estoy ahora.

—¿Y tus padres?

—Mi madre antes se preocupaba, y mi padre se enfadó y sigue enfadado. Pero allí sigue trabajando doce horas al día, llega a casa y sigue haciendo llamadas o cenas de empresa. La verdad es que está forrado, pero a él ya le han dado dos infartos...

—¿Y tú? ¿Vas a volver a Brasil?

—No lo sé, en realidad nunca me he sentido tan libre como cuando

decidí dejarlo todo. Supongo que sí, aunque no sé cuándo. ¿Te gusta tu trabajo?

—Me apasiona.

—¡Me alegro! No conozco mucha gente que responda así —dice sonriendo.

—Sí, yo tampoco. Reconozco que he tenido mucha suerte. Con esto de la crisis mucha gente con la que he estudiado no ha tenido la misma suerte que yo, la cosa no está nada fácil.

—Creo que también es una excusa.

—¿Una excusa? ¿De quién y para qué?

—De los gobiernos y empresarios para justificar que puedan contratar a más gente por sueldos y condiciones irrisorias. Que se peleen por unas condiciones de mierda y que acaben dando las gracias por ello. Pero creo que se puede hacer otra lectura de la crisis y ver esta como una oportunidad.

—¿Oportunidad? ¿Oportunidad de qué? ¿De no poder casi sobrevivir?

—Me viene Silvia a la cabeza y mi tono es más arisco de lo esperado.

—Sí. A veces la crisis es una oportunidad para atreverse a hacer algo que de otra forma no te hubieras atrevido a hacer.

—¿A qué te refieres?

—No sé, hay gente que pinta muy bien, pero que nunca se dedicaría a eso porque no es fácil vivir de ello. Y, al quedarse sin trabajo y no ver una oportunidad de futuro laboral, retoma ese don suyo, eso que le encanta hacer y vende algún cuadro, o inventa un nuevo trabajo. Como, por ejemplo, se pone a fabricar camisetas o crear logos o qué sé yo. Sé que es difícil, pero hay gente que con los baches se hace más fuerte, que se permite en ese tiempo dedicarse a sí mismo y a reencontrarse y puede encontrar que de su pasión nazca su trabajo. Tu mayor suerte está en que te apasiona tu trabajo. Pero para mucha gente la empresa es la prostitución de su alma. Vas a un sitio al que te horroriza ir, simplemente aceptas que tienes que estar ocho horas como mínimo haciendo algo que no te gusta todos los días, para poder vivir o sobrevivir. Puede que para esas personas sea una oportunidad de intentar hacer algo nuevo, algo que les guste o les apasione.

—No es tan fácil.

—No digo que sea fácil.

—¿Y si no tienes dinero cómo te arriesgas? ¿Y si fracasas?

—¿Fracasar? Ya sé que es la típica frase, pero fracasa el que no lo intenta. Mi madre siempre me decía que admirara a los que fracasaban porque eran los que tenían el valor de intentarlo.

—... —Me quedo sin habla—. ¿Y tú qué? ¿Qué te gustaría intentar cuando vuelvas a tu vida real?

—¿Qué vida real? ¿Esta no te parece real?

—Sabes a qué me refiero.

—Sinceramente, no. Creo que te refieres a lo que es para ti tu vida real, yo creo estar viviendo de manera muy real.

—Ja, ja, ja, vale. —Creo que estoy en una espiral sin salida—. Hombre, pero... es un poco radical tu postura. Bueno no sé... —titubeo.

—... —Me mira divertido y expectante.

—Tu vida es real, claro que sí, pero ¿y el futuro? ¿Te imaginas tener ochenta años y no tener dónde caerte muerto?

—¿Te imaginas que mañana vas al médico y te dicen que te quedan dos meses de vida? ¿Qué sería más real tu vida o la mía?

—Las dos.

—¿No cambiarías tu vida? ¿Harías cosas que no has hecho?

—Supongo... ¿Y si a ti te dicen que vas a vivir hasta los cien? ¿Cambiarías algo? ¿Pensarías en el futuro?

—Ja, ja, ja, nadie puede decirme eso.

—Pero puede que ocurra.

—Entiendo lo que me quieres decir. Siempre podré trabajar para poder comer, y para sobrevivir no se necesita mucho más.

—Igual tienes un accidente y no puedes trabajar.

—De la forma en que tú piensas, no, pero estoy seguro de que habrá alguna manera. Hasta hace un rato tampoco creías que se podía viajar sin dinero... y mira.

—Umm —no me quiero dar por vencida—, creo que yo no sería capaz.

—Y lo entiendo. Yo creo que tampoco sería capaz de volver a trabajar con mi padre.

—Ja, ja, ja. Creo que no.

—Entiendo que haya gente que piensa y sienta como tú, no todos somos

iguales, y menos mal. Pero yo solo intento ser fiel a mí mismo y a mis sentimientos. Yo también podría decir que sois vosotros los que estáis desperdiciando vuestras vidas y dedicándoos a trabajar más de un tercio de vuestra vida para hacer más dinero del que necesitáis.

—Un tercio... —murmuro.

—Lo único que sé es que yo me siento libre y en paz, antes nunca tuve este sentimiento. No sé si tú lo tienes o no, pero creo que lo único importante es poder llegar a eso.

—Nada que objetar —apunto.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta.

—¡Sí! Hasta mañana.

—¿Tienes novio? —pregunta pícaro.

—Sí, un cacique explotador.

—Ja, ja, ja. Te pega.

—Ja, ja, ja. Hasta mañana —respondo sonriendo y guiñándole un ojo.

Girando sobre mí misma cojo la llave para entrar en la habitación. Con la cabeza abierta en canal veo que hay gente de todo tipo y con formas de vivir muy diferentes a lo que yo conocía hasta ahora. Hoy confirmo que cada uno vive y disfruta la vida a su manera. Para muchos Brian será un loco, para otros un inconsciente, y otros solo verán en su viaje una época de su vida. Pero todos los que he conocido estos días independientemente de lo que busquen o encuentren están aquí porque han decidido salir de su zona de confort, de la zona de «seguridad» para, por lo menos, intentar explorar otras formas de conocer el mundo. Todo esto ha hecho que me replantee ideas que para mí eran verdades absolutas, fruto de la costumbre o de la inconsciencia, no lo sé.

14 MARTINA

—¡Buenos días, reina! —Me recibe mi compañero con su espléndida sonrisa.

—Hola, Marcos —respondo más seca que un ajo. Hoy no estoy de humor.

—Oh, oh, ¿qué pasa? Huele a problemas con Daniel... —Adivina sin mucho esfuerzo.

—Apesta, diría yo. —Confirmando sus sospechas.

—Tranquila, cielo. No hay nada que una sesión con mis cervicales no pueda arreglar.

—Tendrás morro —le contesto agradecida, pues le echa tanta cara a la vida que me hace sonreír.

—Un poquito solo. ¡Te veo en un rato! —me grita mientras yo ya he enfilado el pasillo y estoy abriendo mi consulta.

Varias horas eternas después, con sus minutos interminables y sus segundos casi masticables, llega por fin la hora de comer y Marcos, como un espectro, hace su aparición en la camilla.

—No te quedes nada dentro. ¡Suéltalo, *Frozen!* —Me anima divertido.

—Pues no me insinúa el tío que el bebé no es suyo... ¿Tú te crees que es normal? —pregunto sin más preámbulo.

—Bueno..., normal... A ver, cielo. —No doy crédito a lo que estoy oyendo. Reacciono ojiplática a ese tono condescendiente.

—¿Le estás dando la razón? —pregunto furiosa, pues no me esperaba de Marcos otra cosa que no fuera su apoyo incondicional.

—No, preciosa, no es eso. Estoy tratando de entender la situación. Te ha perdonado la infidelidad, pero es normal que la duda quede ahí, ¿no? Ponte en su lugar.

—Ya, Marcos, la cagué y soy consciente de ello cada día que me levanto y me acuesto. Pero, digo yo, que si me perdonó... me perdonó ¿no? Con todo lo que eso conlleva. No existe un «te perdono, pero te lo voy a reprochar toda la vida»... ¿O sí? O, como he sido infiel, ¿ya todo lo que venga con él es

lícito?

—A ver, no te embales, reina. Paso por paso. Yo sé lo que sufres cada día por no poder dar marcha atrás en el tiempo. Soy plenamente consciente de que estás pagando tu desliz con creces, pero...

—Mierda de peros —escupo sin poder contenerme.

—Pero —continúa como si yo no hubiera intervenido— intento ponerme en el lugar de Daniel y creo que puedo entender cierta duda acerca de su paternidad. Solo te digo eso.

—No puedes estar hablando en serio, Marcos. —Sigo sin creerme lo que está pasando. ¿Este es mi mejor amigo?

—Cielo, no me malinterpretes. Solo quiero que puedas ponerte en su lugar también para que arregléis esta situación lo antes posible.

—Ya lo sé, Marcos, pero es que dudar de eso... Estoy segura de que el hijo es suyo, ¡por favor! ¿Cómo se puede pensar otra cosa?

—¿Y cómo estás tan segura, preciosa? —Suelta sin avisar, a pelo y sin vaselina.

—Hay una razón muy obvia, que es la que nunca convencería a un hombre. Y es que eso una madre simplemente lo sabe —interrumpo mi argumento, consciente de la necesidad de retomarlo en unos segundos.

—Buf —suspira. Solo suspira, por lo que continúo con mi esclarecimiento.

—Lo sé, lo sé. La principal explicación, más fiable y más al alcance de todos, es que en el sexo con Diego me olvidé de todo menos del preservativo. Sin embargo, cuando hice el amor con Daniel no solo me dejé llevar, sino que me dejé el CONDón CON todas sus consecuencias. ¿CONTento?

—¿Se lo has dicho tal cual a Daniel?

—Sí, y creo que al final me creyó, pero... —me interrumpo, dubitativa.

—Cielo, a mí tampoco me gustan los «peros». —Me insta a seguir, divertido.

—Pero —hago énfasis en esta recurrente conjunción— aun así, me sentí incómoda con su duda.

—Te entiendo, reina. Sin embargo, trata de no darle importancia y dale un poco más de tiempo.

—Gracias, así lo haré —digo dándole una palmada, concluyendo así

nuestra sesión terapéutica. Para ambos.

—Un placer, como siempre —dice ágil mi amigo mientras se levanta de la camilla, termina de vestirse y se dispone a salir de la consulta. Pero se detiene—. Es una pena que estropeéis eso tan bonito que tenéis por estas discusiones fruto de la desconfianza... —añade reflexivo desde la puerta—. Porque estáis genial, ¿verdad?

—Sí, Marcos, lo cierto es que no me puedo quejar. Daniel me dio otra oportunidad y cada día me esfuerzo por demostrarle que no se ha equivocado. Yo le quiero.

—Lo sé, Martina. Todo irá de maravilla, ya verás. Daniel es un buen hombre y comprensivo. Incluso he de decirte que demasiado comprensivo.

—¿A qué te refieres? —pregunto un tanto desconcertada.

—No, déjalo, nada. Tonterías mías. —Se escabulle quitándole importancia.

—Schhh, Marcos, ¡quieto ahí! —Le detengo en el umbral—. ¡Explícame ahora mismo por qué dices eso! ¿Cómo que demasiado comprensivo? ¿Te parece mal que me haya dado otra oportunidad? —Mi tono se acerca bastante a la indignación.

—¡No! ¡Para nada! ¡Qué tontería! Lo que trato de decir es que es muy generoso por su parte, que yo... —duda—, que yo no sé si podría hacerlo.

—¿No perdonarías a Víctor un desliz aunque le quieras más que a nada?

—Creo que no, reina. —Mi cara refleja lo que me ha descuadrado su franqueza.

—Ahh. —Estoy sin palabras—. Vale...

—Pero que conste que estoy encantado de que él no sea como yo, cielo. De verdad.

—¿Es que no crees que merezco una segunda oportunidad?

—Martina...

—¡Joder, no he matado a nadie! —pregunto sintiéndome cada vez más rastrera.

—Por supuesto que no, cariño. No quiero hacerte sentir así ni por un segundo. —Trata de paliar las consecuencias de su exceso de sinceridad.

—Tranquilo, sé que la cagué y me lo merezco. —Sigo culpándome y autocastigándome.

—No te tortures... —Trata de consolarme, pero ya estoy hecha polvo.

—... —Las lágrimas de impotencia aparecen en escena. Ojalá fueran las primeras.

—A ver, cariño, ya está. Lo hecho, hecho está y no hay vuelta atrás. Afortunadamente, no todos somos iguales y él, que es quien importa y es tu marido, te ha perdonado. Solo tienes que pensar en el futuro, en lo que vendrá, que parece que será bueno, ¿no? Porque los últimos meses traes unos ojitos brillantes... —añade cambiando el tono de la conversación y secando mis lágrimas con su pañuelo.

—Pues sí, para que te voy a mentir —digo ya repuesta—. Estamos muy bien, como hace años cuando quedábamos, nos cogíamos de la mano, tiempos del «no, cuelga tú»... —Empiezo a perderme en mis pensamientos y a enrollarme mientras una sonrisa bobalicona, por fin, asoma en mis labios. Mi amigo me detiene.

—¡Me refiero a la cama! —dice directamente, con su característica picardía. Ve que conmigo no funciona la sutileza.

—Ja, ja, ja. No tienes remedio. Pues en la cama parece que también hemos vuelto a la adolescencia. Siempre que damos esquinazo a Cloe nos cogemos con unas ganas... —explico con cierto rubor.

—Eso es genial y ¡muy pero que muy importante! ¡Aprovecha! Que luego con todo el tripón lo tendrás más complicado.

—¿Lo dices por experiencia? —le vacilo.

—Por supuesto. —Me saca la lengua.

—Sí —retomo la seriedad de la conversación—, la verdad es que parece que ha vuelto la pasión a casa de los Muñoz Real y le hemos abierto las puertas de par en par.

—Je, je. Me alegro, cariño. ¡Te lo mereces! —añade disponiéndose de nuevo a abandonar la consulta.

—Oye, cielo —reclamo su atención y hago que se dé la vuelta.

—Sí, dime. —Se gira.

—¿Tú cómo estás? Con todos mis rollos ni te he preguntado —digo a modo de disculpa.

—¿Yo? Estoy mejor que nunca, cariño. Nunca pensé que el amor fuera así —le sonrío y nos despedimos.

Yo tampoco, Marcos. Yo tampoco pensé nunca que el amor fuera así, reflexiono ya en la soledad de mi consulta.

15 SILVIA

—Buenos días, mi vida —me dice Hugo en un susurro mientras termino de dar de comer a Rubén.

—Buenos días, cariño, ¿qué tal has dormido?

—Bien, no me puedo quejar —me dice sonriendo cómplice. Ambos sabemos que la única que sigue despertándose cuando Rubén llora soy yo.

—¿Lo llevas tú a la guardería? Necesito darme una ducha y prepararme para ir a trabajar.

—Sin problema, cielo, prepárate tranquila.

Minutos más tarde, disfruto de una duchita revitalizante. Me enjabono todo el cuerpo con ganas; siento que tengo leche reseca por todos los poros de mi piel. Disfruto de cada gota de agua que se derrama por mi cuerpo arrastrando consigo todo mi cansancio acumulado. Salgo de la ducha y me envuelvo en la suave toalla, lo que me crea una sensación de lo más agradable. Creo que hoy tengo uno de esos días «sun sun, sun sun, me gusta ser mujer».

Me miro al espejo mientras maquillo mi cara. Hoy me apetece ponerme un poco más mona de lo normal, por lo que añado colorete a mis pómulos, marcándolos con un resultado bastante satisfactorio. Sin embargo..., me falta algo. Mi pelo.

¿Qué hago con mi pelo? Creo que mi larga melena hoy merece ser liberada de la ya más que característica coleta que la aprisiona día tras día. ¡Hoy es tu día de suerte, melenita! Vas a ser tan libre como Frozen. Y voy a volverme aún más loca, ¡lo voy a ondular! Así le doy un estilo diferente. Observo orgullosa lo que la espuma moldeadora ha hecho con mi pelo. Incluso veo que las californianas espontáneas que tengo le dan su toque. Pero ese problema lo resolveré otro día.

Tras sonreír a la imagen que me devuelve el espejo del baño, me dirijo a la habitación y continúo con la elección de un vestido. Me pondré medias, no porque no vaya depilada, pues por fin encontré diez minutos para mí en los que aproveché para podarme, sino que ya comienza a notarse la temperatura

del otoño algo más fresquita.

Ya calzada y con una cazadora vaquera y un fular rosa completando mi *look*, me dispongo a salir de casa, no sin antes echarme un último vistazo en el espejo de la entrada. Sonrío otra vez a esta ¿nueva? Silvia, cojo las llaves, la basura (otra vez Hugo «se ha olvidado de ella») y salgo de casa con la cabeza bien alta.

Me dirijo hacia el metro con paso firme y, de camino, saludo orgullosa a la gente que se cruza conmigo. Noto cómo hoy me miran más. Creo que el colorete ha hecho su función. Ole por mí, me digo mientras me dedico una sonrisa de satisfacción.

Me meto en el metro y me sitúo al fondo del vagón, sorteando a los demás trabajadores que a estas horas de la mañana plagan el metro de Madrid. Observo a un hombre que no deja de mirarme. La verdad es que es bastante atractivo. Muy alto, moreno y con unos bíceps que se marcan perfectamente debajo de su camisa blanca. Sus ojos verdes me están haciendo un escáner que hace que me sonroje. Incansables, recorren mi cuerpo de arriba abajo. Después de un juego de miradas, en el que me animo a entrar, empiezo a inquietarme al ver una expresión rara en su rostro. Analizo las muecas que hacen sus labios, su ceño fruncido y comienzo a inquietarme. ¿Tan increíblemente guapa voy con el colorete? Empiezo a dudar y a atenderle. Parece muy interesado en decirme algo. Sigo su mirada, esos ojos vivos (a pesar del sueño de estas primeras horas) que recorren mis ojos, bajan por mi cuello, mi cuerpo... hasta llegar a ella.

¡Dios, mi mano! ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Bajo en la próxima parada, aunque no es la mía, y me dirijo rauda (y abochornada) al primer contenedor. Tiro, por fin, la basura. Esa basura llena de pañales apestosos que he olvidado tirar nada más salir de casa. Esa basura que me ha acompañado durante varias paradas de metro sin darme yo ni cuenta. Esa basura que me grita que ¡necesito descansar!

Recorro a pie la distancia que me separa de mi lugar de trabajo. Ya se me han quitado las ganas de coger el metro, por lo menos por un rato. Llego a la cafetería en la que he quedado con mis compañeros para desayunar. Ellos lo hacen todos los días y hoy he decidido apuntarme. Hoy me salto la dieta, un día es un día. Y dos. Y tres. Porque llevo varios días saltándomela. Pero

hoy me lo debo, ¡he paseado la basura por medio Madrid!

Cuando llego están todos sentados. Mis ojos hacen una rápida inspección alrededor de la mesa buscando un hueco libre. Sin terminar de comprobar cuál podía ser mi silla, Mateo se adelanta indicándome que me siente a su lado. Lo hago encantada y me pido un Nesquik fresquito. Y un cruasán a la plancha con mantequilla y mermelada, por supuesto.

En el escaso periodo de tiempo que tarda el camarero en traer mi rico desayuno, me he desprendido de la cazadora, el fular, etc. Bueno, no, del etcétera no, porque no sería decente. Pero es que esto de venir andando este último rato me ha dado muchísimo calor y cuando he llegado a «nuestra calle» ya estaba con la lengua fuera.

Me siento e intento reengancharme a la conversación que mantenían alegremente antes de mi interrupción. Compruebo con gran desazón que soy demasiado mayor y me resulta más duro que la primera vez que el niño aquel al que se le escapó la pelota me llamó «señora». A lo que iba, no me interesan en absoluto las nuevas opciones de Facebook, los nuevos emoticonos ni lo que ha colgado ese tío o esa tía, que no tengo la menor idea de quiénes son, en el Instagram. ¿Que ahora se puede poner una foto en el estado de WhatsApp? ¡Y a mí qué! ¿Pero de qué cojones hablan? Silvia, estás pelín desfasada, me digo a mí misma mientras engullo (sin decir esta boca es mía) mi pieza de bollería industrial.

Mateo se da cuenta de mi distancia mental a lo que está sucediendo en la mesa y reclama mi atención.

—¿Estás bien, Silvia?

—¿Perdón? —pregunto mientras un churrete de leche coloreada se escurre por mi barbilla, tras haber pegado un mordisco al bollo mojado.

—Toma. —Me alcanza servicial una servilleta.

—Ay, gracias —digo sonriendo tras aceptársela y eliminar cualquier rastro de mi torpeza.

—Estás en otra onda, ¿no?

—La verdad es que sí —respondo sin excusarme. ¿Para qué?

—Pues cuéntanos tú algo, venga. —Me reta Mateo mientras su compañera de al lado hace una mueca de «oler mierda» que ya me la conozco yo...

—¡Sí, Silvia! Apenas sabemos nada de ti. —Me anima otra de las estupendas chicas de la mesa. De este modo, me lanzo a la piscina sin agua y les cuento mi oloroso incidente de hace un rato.

Se ríen conmigo. O de mí. No lo sé. No me importa. ¡Qué digo se ríen, se descojonan! Todos menos «la Barbie», que parece que llevara pegada a la protagonista de mi historia. Mi basura viajera. ¡Vaya huelecaca está hecha! ¿Qué problema tiene esta chica?

—¿Nos vamos, Mateo? —le dice la desaborida al chaval, quien le contesta que se adelante ella, que ahora va él.

—De acuerdo —responde ella mientras estira tanto su cuello que temo que su cabeza pegue con la lámpara de araña que cuelga en esta moderna cafetería.

—¿Te pasan muy a menudo estas cosas, Silvia? —me pregunta Mateo divertido mientras la rubia picada (ajos comerá) sale al exterior dando un portazo.

—Pues lo cierto que no me pasaban hasta que tuve a...

—¿Tuviste a...? —pregunta Mateo acompañando su interrogación con una auténtica cara de asombro.

—Tuve a... amigdalitis —¿Pero qué estoy diciendo?—. Tuve una amigdalitis brutal que me dejó destrozada y tengo sueño acumulado.

—Bueno, pues a recuperarte poco a poco —añade el joven—. Ahora, todos a currar.

Mi cabeza comienza con sus elucubraciones mientras se despierta un estruendo de sillas provocado por el desalojo de estos jóvenes hormonados. ¿Pero qué te pasa, Silvia? ¿En qué estás pensando? No mientes desde que tu madre pensaba que estabas en una fiesta de pijamas y Natalia y tú estabais ¡en un cementerio! con dos amigos. Lo que me reí esa noche... Bueno, al caso. He mentido a este chico. Bueno, no he mentido. He omitido la verdad... ¿Pero por qué? ¿Qué problema tengo en hablarle a este chaval, tan mono por otro lado, de mi precioso bebé?

—¿No vienes, Silvia?

—Sí, perdona, me había quedado un poco pensativa —vuelvo en mí al escuchar la voz de Mateo, quien sostiene la puerta para que salga—. Gracias.

—De nada. Por cierto, hoy estás muy guapa —me dice tímido mientras

sale detrás de mí.

—Gracias —digo girándome para mirarle a los ojos y le sonrío mientras se aleja hacia su «puesto»—. ¡Que tengas un buen día!

—¡Igualmente, Silvia! —me dice mientras se gira y sus ojos recorren mi cuerpo enterito. Moja sus labios con la lengua y me dedica una sonrisa pícara que yo interpreto como me da la gana. Sí, porque hoy me veo sexi. Me lo he currado y me lo he ganado. ¡Estoy irresistible!

Noto, al final de la mañana, que el positivismo y mi «guapo subido» han influido de forma notable en mi trabajo. No hay nada como sentirte segura y en consonancia contigo misma para que cualquier cosa que te propongas salga genial.

—Bueno, bueno, ¡estás imparable! —Mateo se acerca a mí y me da una suave palmada en la espalda.

—¡Ya te digo! Estoy hasta emocionada. —Mi sonrisa radiante subraya mis palabras.

—¿Habrá que celebrarlo, no? ¿Te apetece venirte a tomar una cerveza?

—No puedo, lo siento —digo tan rápidamente que Mateo refleja la pura decepción que siente.

—De acuerdo, otro día entonces.

—Es que he quedado. —Me excuso porque me da un poco de pena darle siempre largas—. Otro día me uno a vosotros.

—Bueno —titubea—, en realidad me refería a tomar una los dos.

—¿Solos? —¿Para qué preguntas, tonta? ¡Claro que está refiriéndose a los dos!

—Ehh... bueno, tranquila. Otro día. Ya me has dicho que has quedado —me responde con voz desilusionada.

—Sí, mi madre se enfadará si no voy a su casa después de haberse pasado toda la mañana en la cocina, que la odia —añado riéndome y compruebo, con sorpresa, cómo Mateo cambia su cara.

—Hasta mañana entonces, que aproveche —dice mostrándome sus hoyuelos.

Mientras me alejo pienso en la alegría que le ha dado al chaval que mi cita no fuera con un hombre. Por lo menos no con uno mayor de cinco meses,

que es a quien voy a recoger en realidad y a quien he vuelto a obviar porque...

¡Yo que sé por qué!

16CLAUDIA

Con los brazos doloridos por la falta de costumbre de esta y otra actividad (creo que a la vuelta me apuntaré a un gimnasio) vamos navegando en el kayak. Él lo hace con bastante más soltura que yo. El campo visual es espectacular, un agua de color azul claro, en la que no sabes si el cielo es reflejo del mar o a la inversa. Los dos solos entre la «civilización» o mochileros y el peñasco de enfrente que parece estar mucho más cerca cuando lo ves desde la arena de la playa. A pesar de mis esfuerzos, que resultan ser en vano, vamos avanzando muy poco a poco. De hecho, lo poco que adelantamos es gracias a él. Yo intento una y otra vez hacerlo bien y la incapacidad y mi torpeza ante el kayak me van desesperando. Él, desde detrás y con mucha paciencia, intenta explicarme por cuarta vez cómo coger bien el remo.

—¡Mete más el remo, Clau!

—¡Eso hago! —Resoplo sin saber corregir mi fallo.

—Pero no tanto... ¡Así!

Lo miro. Lo intento una y otra vez, y, cuando parece que le he cogido el tranquilo, la embarcación vuelve a torcerse perdiendo nuevamente nuestro rumbo. La frustración y cabezonería me invaden, hasta que ya, enfadada conmigo misma, consigo ser partícipe de que el kayak avance.

Y al fin llegamos. Bajo un sol abrasador, los dos agotados y pisando tierra como si hubiéramos naufragado, desembarcamos en un precioso y pequeño islote, lo que para mi imaginación viene a ser una isla paradisíaca.

—Estamos en tierra de nadie —anuncio a gritos.

—... ¿Eh? —La cara de Brian es un poema.

—Tierra desconocida, no habitada por nadie... —chillo mientras voy correteando por la isla—. ¡Hemos conquistado una nación!

—Ja, ja, ja.

—Es nuestra isla. ¿Qué nombre le ponemos?

—Tú estás *crazy* (loca) —dice divertido.

—¡Me pido reina!

—A mí no me gusta eso de las posesiones, de los reyes, las monarquías y conquistas...

—Puf. ¡Ya lo sé, solo estoy jugando! —Es lo que menos me gusta de él, se lo toma todo tan en serio que si lo dejo me da una explicación de más de una hora de monarquías y el rango en las sociedades—. ¿Querías ser reina y te he quitado el puesto? —digo divertida al tiempo que le doy un beso, porque este hombre me atrae muchísimo, y para que cambie de tema, lo reconozco.

—Clau —me dice sonriendo cogiéndome por la cintura y alargando mucho la «u».

—Es nuestro reino solo por unas horas, las que estemos aquí, ¿vale? —le digo poniendo ojitos—. ¿Cómo la llamamos?

—¿*Crazyland*? —(«Tierra de locos»).

—Ja, ja, ja. ¡Me gusta!

«Aparcamos» de forma segura el kayak. A causa del calor aplastante, ya que es muy húmedo y el esfuerzo constante remando, estamos los dos sudados y exhaustos. Brian se desnuda de cintura para abajo, es la única prenda con la que estaba vestido, se adelanta y se adentra poco a poco en el mar. Esa espalda fibrosa y morena cubierta por su pelo castaño lleno de rastas que le llegan hasta la cintura va avanzando hasta que de un zambullido se sumerge entero. Una vez dentro me invita a que yo haga lo mismo. Con el sofocante calor como un acompañante más, anonadada y entusiasmada, voy entrando despacito y lo veo lleno de peces de colores que sienten mi presencia y se alejan asustados. Un mar de película en el que jamás pensé que estaría. Meto la cabeza y mis pensamientos se refrescan también, es oxigenarse por dentro y por fuera. Me desnudo.

Tras el chapuzón, salgo del mar dejando a Brian como pez en el agua, para mí ya ha sido suficiente de momento y salgo corriendo maravillada ante tal espectacular visión y obra de arte creada por la naturaleza. Al mirar al horizonte enormes rocas surgen desde el océano, el agua es cristalina y el mar está en calma. Explorando el que será mi reino y solo mío, por unas horas, ya que él es contrario a las conquistas. En cuestión de dos minutos doy la vuelta a nuestro territorio, que parece sacado de una de las postales que se suelen ver en las agencias de viajes y que siempre pensé que estarían retocadas con

Photoshop. Las vistas siguen siendo increíblemente bonitas y la suave corriente hace que el mar baile y la luz que baña el mar le otorga luminosidad. Mi pequeña isla está cubierta de una fina arena blanca, una roca ubicada en mitad del islote parece dividirlo en dos. Esa roca evoca una pequeña montaña donde la hierba que la cubre y los árboles simulan una pequeña jungla. Es un peñasco perfecto y las rocas que hay en él enmarcan un paisaje inigualable.

Allí encuentro una guarida donde las ramas de un árbol sobresalen un poquito más que las demás. Cuelgo ahí el bikini... y me tumbo en la arena. La sensación es espectacular, sensación de libertad. Lo noto en mi estómago, en mi manera de respirar y en la maravillosa sensación de sentir el sol en la cara.

Tumbada boca arriba el sol acaricia cada parte de mi cuerpo. Siento la arena en mi espalda, en mi culo, en mis piernas, incluso en mi cabeza y mi pelo. Cada poro de mi piel se roza con la arena y el sol me regala un calor placentero. El mar embelesa mis oídos y la mezcla de olor a salitre, crema solar y arena hace que me sienta plena. Cuando creo que tengo todos los sentidos cubiertos de placer una sombra cubre mi cabeza y con un pestañeo descubro a Brian mirándome y sonriendo.

Le hago un gesto invitándole a que se tumbe a mi lado, estamos los dos desnudos sobre la arena. Con el roce de sus dedos me retira un mechón de pelo de mi oreja y me mordisquea suavemente el lóbulo. Poco a poco dirige su boca hacia la mía y nos besamos mientras su mano desciende por mi cuello. Un escalofrío recorre mi bajo vientre y mis pezones se ponen duros. Posa una mano sobre mi cintura y nuestras bocas desenfrenadas se van besando mientras nuestras manos van acariciando la piel del otro. Con su otra mano acaricia mi pecho, mi cuerpo se va erizando, y yo voy recorriendo su cuerpo con mis manos. Le beso y le acaricio suavemente. Lame suavemente mi pezón mientras mi cuerpo pide más, y me reincorporo con la clara intención de coger las riendas y tumbarlo a mi merced. Pero no me deja. Con un gesto determinante me coge las dos muñecas y lame mis pezones mientras me acaricia muy cerca de la entrepierna. Yo, disfruto, me dejo hacer... y quiero más. Su lengua va descendiendo por mi cuerpo alejándose de mis pechos dirección sur y con sus manos va intercalando caricias y suaves

pellizcos en mis pezones. Descendiendo por el ombligo con su lengua sigue el recorrido hasta toparse con mi clítoris, que lame y saborea. Ardo de placer, mi cuerpo se curva y un dedo suyo se cuela dentro de mi sexo. Con mi cuerpo entero erizado, dan paso mis jadeos que no puedo ni quiero reprimir. Mis manos van recorriendo y acariciando su cuerpo. Él continúa masajeando mi sexo, mientras que mis manos hacen lo propio con su pene erecto. Nuestros cuerpos se van rozando y pidiendo más y con un suave pero determinante movimiento me da la vuelta. Ardiendo de placer me dejo hacer, me reincorporo sobre mis rodillas y manos para que se adentre en mí. Sigue mimando mi sexo con manos y lengua y cuando mi vagina ya no puede más sustituye sus dedos por su miembro erecto. Me llena por completo y me embiste. Una, dos, tres veces... hasta que pierdo la cuenta. Cada vez más hondo, una más rápida que la anterior. Al tiempo que su pene me penetra, su mano se ocupa de mi clítoris y yo disfruto. Jadeamos. Mi cuerpo colmado de placer comienza a notar pequeños calambres que recorren mi cuerpo. Pequeñas sacudidas se apoderan de mí y me llevan al éxtasis. Él entonces arremete un par de veces más y se corre. Nos quedamos los dos abrazados, sudados y cubiertos de arena.

—El sol empieza a ponerse, ¡es hora de volver, Reina! —me dice en un susurro.

—Ohhhh, ¿así que ha llegado la hora de dejar mi reino y recoger mi bandera?

—¿Tenías bandera?

—Claro —digo señalando una rama que sale del arbolito donde mis bragas están colgadas.

—Ja, ja, ja.

—Hasta que no nos marchemos de aquí ¡yo soy la reina y mis bragas la bandera!

17 MARTINA

¡Por fin viernes! Después de la consulta y de recoger a Cloe de las extraescolares vamos directas al supermercado para hacer la compra de la semana. A Cloe le encanta venir, ya que para ella es venir a jugar a ser mayor.

—¡Yo llevo el carro! —Me pide Cloe dando saltitos.

—Cariño, el carro está muy alto para ti, ¿quieres la cesta?

—¡Sí!

Voy llenando el carro de carne, pescado, galletas para el desayuno, pasta, café y todo tipo de alimentos para la casa. Cloe me sigue con la cestita cogiendo todo lo que tiene mucho color. Da igual lo que sea, cuanto más brille mejor. Ella va andando por el supermercado sintiéndose mayor. Se encuentra con otra niña que va de la mano de su madre y Cloe la mira con descaro y pasa delante de ella andando bien tiesita y demostrando que está haciendo algo importante, ¡la compra para su casa! Todo va bien hasta que llegamos al pasillo de las chucherías... y antes de que el drama se convierta en el protagonista, le doy opción a coger solo una cosa. Ella, dubitativa, tarda un rato hasta apoderarse de un chupachups. Con su trofeo en la mano y antes de que gire la cabeza otra vez en esa dirección y pida más, la insto a salir cuanto antes de ese pasillo. Para eso, nos dirigimos a las frutas y verduras, el sector preferido de Cloe, donde ella siente que el juego se convierte en realidad. Vamos eligiendo qué comprar y ella lo pone en la báscula, le da al número y lo pega en la bolsa correspondiente, obviamente usándome a mí de polea. Con el carro y la cestita llenos, pasamos por caja.

—173,85 euros —dice la cajera.

—Con tarjeta por favor.

—¡Yo quieroooo! —Es Cloe a la altura de la cinta transportadora.

—Venga, cariño —le digo cuando ya he metido el pin de la tarjeta—, dale al botón verde.

—Puede sacar la tarjeta. —Nos dirige la empleada.

—Y ahora saca la tarjeta. —Le repito a Cloe.

—Gracias —sonrío a la cajera.

—Adiós, guapa —contesta simpática saludando a Cloe.

Nos dirigimos al coche para guardar todas las provisiones. Cuando salimos vemos que las nubes que cubrían el cielo, dotando a Madrid de un techo gris, han estallado. La lluvia cae fuertemente, haciendo que los limpiaparabrisas del coche suban y bajen sin descanso a un ritmo frenético. Hacía tiempo que no llovía así y se agradece. Parece que todo el ambiente se limpia y ahora con todo esto de la contaminación... ¡hace falta que llueva!

—¿Vamos a ir al parque, mami? —pregunta Cloe.

—No, hija, ¡mira cómo llueve! Mejor vamos a casa.

—Pero yo quería ir al parque —suplica.

—Cloe, en el parque no va a haber nadie, ¡mira cómo llueve! —insisto yo también.

—¿Seguro?

—Seguro. Además, ya es tarde, vamos a casa y vemos una película —propongo.

—Vale —asiente.

—Vete pensando cuál quieres ver para que papá te la ponga.

—Umm... —contesta en un murmullo desde el asiento de atrás del coche. Está jugando con el pelo, síntoma de que el cansancio se está apoderando de ella. Tengo que conseguir que no se duerma ahora, mejor que aguante hasta la noche.

—¿Has pensado qué película vamos a ver? ¿O elijo yo una?

—¡No, tú no! —Salta como un resorte. Sabe que me gustan las comedias románticas, obviamente algo muy aburrido para una niña.

Llegamos a casa y ya en el garaje bajo a Cloe del coche. Antes de sacar la compra subimos a casa las dos, yo no puedo con todo.

—Holaaaa. —Saludamos desde la puerta.

—¡Hola! —responde un Daniel alegre—. Mis dos princesas ya en casa.

—Ayúdame a subir la compra, por favor.

—Quedaos aquí, ¡ya bajo yo!

—Gracias —digo abriendo la mano y ofreciéndole como en bandeja las llaves del coche.

En lo que Daniel baja y sube con la compra yo le ayudo a Cloe a ponerse el pijama, ella ya lo hace casi sola y veo que la cena está preparada. Qué alegría.

—Papá, quiero ver *Frozen*. —Ordena Cloe antes de sentarse en la mesa a cenar.

—Antes tienes que cenar, cariño.

—Mami me ha dicho que yo te dijera qué película quería ver y tú me la ponías.

—Ja, ja, ja. Sí, cariño, pero después de cenar —aclaro.

—¿Vamos a hacer sesión de cine? —interroga Daniel a la niña.

—Vamos a ver *Frozen*, papi, pero en el sofá de casa.

—Me parece bien.

—¿Qué tal el día? —pregunto a mi marido.

—Bien, en el trabajo a tope. Nos ha venido un nuevo cliente y no sé de dónde vamos a sacar más horas para poder atenderlo.

—¡Ay! ¿No van a contratar a nadie más? —exclamo, la verdad es que cada día trabaja más.

—No lo sé, pero ya es viernes noche... ¡y no me apetece hablar de trabajo! —comenta guiñándome un ojo.

—Sí, mejor.

—Y tú, ¿qué tal tu día? ¿Tenías algún cliente especial?

—Ja, ja, ja. ¡Qué va!, los mismos de siempre.

—¡Ah! Es que como te veo con ese escote... —arguye.

—Hace tres años que tengo esta blusa, Daniel.

—Conmigo no te la pones mucho —me reprocha.

—¡Igual es que no te fijas en lo que me pongo o me dejo de poner! —respondo indignada.

—Te aseguro que de esa blusa me acordaría.

—Te aseguro que ya me la he puesto muchas veces y contigo también. Otra cosa es que, con el embarazo mi ser entero haya crecido, pero como tú ni me miras igual es que no te has dado cuenta.

—Ya estás dándole la vuelta a las cosas.

—No, Daniel, ya estás tú desconfiando —respondo ofendida.

—Reconoce que antes te arreglabas más.

—Reconozco que antes tenía más tiempo y me veía mejor conmigo misma.

—No digas tonterías, Martina, eres guapísima y lo sabes.

—Ay. —Necesitaba oír eso de boca de mi marido.

—Los dos sois muy guapos —dice Cloe con la croqueta en la mano mirándonos atónita.

—Y tú también, mi vida —reconoce Daniel mientras ambos nos cruzamos miradas de culpabilidad.

—¡No quiero más! —exclama Cloe.

—¿Quieres palomitas? —le pregunta Daniel.

—¿Y vamos a ver *Frozen*? —dice ya una Cloe entusiasmada.

—Venga —afirmo.

Los dos somos conscientes de que no es bueno mantener este tipo de conversaciones delante de nuestra hija, y hoy ha sido ella la que nos ha frenado.

Mientras Daniel y Cloe van al salón para preparar la película, yo recojo la mesa y preparo palomitas para los tres. Llego a la habitación con dos cuencos en la mano. Uno grande para compartir Dani y yo, y otro pequeño de color rosa para Cloe.

Con todo lo necesario preparado, nos disponemos a disfrutar. Cloe de la que ahora es su película preferida y nosotros de un rato de tranquilidad en familia, sentados en el sofá. Ella, que cada día es más autónoma e independiente, se sienta en una esquina del sofá. Cuando llego, me encuentro a mi marido recibíendome en la otra esquina del sillón. Él, ya sentado, abre los brazos para acogerme en ellos, y yo sonriendo acepto encantada. Me siento con la espalda apoyada sobre él y refugiada en su regazo, de esa manera decidimos los dos darnos cariño y tregua. Me encanta esta sensación, ojalá no dejara de abrazarme nunca. Y así sin más, sin hacer grandes planes me siento en paz. Cuando despierto son las doce de la noche, la película ha terminado y la pantalla está en azul. Nos hemos quedado los tres dormidos y abrazados en cadena. ¿Puede haber mejor plan que este? Y antes de despertar a Daniel, me recreo un rato más observando la escena de la que somos partícipes, con la maravillosa sensación de sentirme en armonía y en paz. ¡Qué bonito es sentirse en familia!

18 SILVIA

—¡Oh! ¿Pero qué ven mis ojos? —Hugo me coge de la mano y me da una vuelta sobre mí misma.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Lo que no pasa es la sangre por mis venas. Me has dejado de piedra. ¡Estás espectacular!

—¡Qué exagerado! Solo me he maquillado un poco y puesto algo cómodo —digo con falsa modestia, quitando importancia al hecho de haberme levantado media hora antes de lo normal, perfectamente consciente de que iba a arreglarme como si fuera a recoger un Goya.

—¡Ay, qué embustera! —se ríe Hugo, que después de tantos años ya me conoce—. Pues espero que no vengas muy cansada del trabajo porque en cuanto pises nuestro felpudo, te voy a dar lo que indica la citada alfombra. Una bienvenida a lo grande.

—¿Ah, sí? —le digo acercándome a su cuerpo con un insinuante contoneo del mío—. ¿Y cómo lo vas a hacer?

—Pues..., ejem —carraspea—, voy a empezar por desabrochar uno a uno y lentamente los botones de tu blusa.

—¿Y qué más? —le digo juguetona.

—Iré bajando poco a poco por tus piernas esa minifalda y esas medias hasta que queden enroscadas en los tobillos.

—Sigue...

—Subiré de nuevo a lo largo de tus piernas, regándolas de besos, hasta llegar a ese tanga diminuto... —dice con una voz que eleva mi temperatura de forma irracional.

—¿Y cómo sabes tú que me he puesto un tanga diminuto?

—No lo sé. Lo deseo —sonríe revoltoso.

—Y yo deseo que me hagas todo lo que has descrito. —Me acerco más y le planto un anticipo en los labios.

—Nos vemos luego, cariño —dice un Hugo juguetón, humedeciéndose los labios mientras yo retoco los míos en el espejo de la entrada.

Cojo un abrigo entallado y cortito para no tapar mis piernas que me sienta de maravilla del perchero de la entrada y salgo de casa dirección al metro, como todas las mañanas. Voy sumida en mis pensamientos, para variar. Me tranquiliza que Hugo pueda llevar a Rubén a la guardería porque a mí me da más margen. Pienso que cada día nos organizamos mejor. Sin embargo, lo de tener momentos para los dos sigue siendo bastante complicado, de ahí el tremendo calentón que ambos llevamos auestas.

Cojo el metro y, madre mía, el día no empieza nada mal, ¡consigo un sitio libre! Me siento, cruzo las piernas (como puedo) y abro mi libro electrónico. Por fin media horita en la que poder disfrutar sin distracciones de una buena lectura.

Me he aventurado demasiado al hablar de «no distracciones», pues en la siguiente parada de la que me he subido yo, ha hecho su aparición estelar él: el chico del otro día. Ese adonis que me sorprendió con las manos en la... basura. Pienso «tierra trágame» y rezo (a quien sea) para que no me recuerde.

Sus ojos verdes, de repente, reparan en mí. Como si me quemaran, bajo la mirada con celeridad. Soy una mujer que puede con casi todo, pero con este bochorno... va a ser que no. Así que me quedo cabizbaja, mirando el libro todo el tiempo en la misma página sin poder avanzar, siendo plenamente consciente de que sus ojos siguen fijos en mi ruborizado rostro.

Ya estamos llegando a mi parada. De modo que, retraída, me levanto y, tratando de hacerme hueco entre la gente que ha ido llenando el vagón, me dirijo hacia una de las puertas. Detengo mi vista en un hombre que va acompañado de su perro lazarillo.

—¿Perdona? —pregunta el invidente al aire.

—¿Necesita algo? —Le toco con prudencia el codo para no violentarle.

—¿Estamos en Colón, señorita? —me dice algo desorientado.

—Sí, es esta próxima. Tranquilo, cuando pare le ayudo a bajar, que también es mi parada.

—Gracias, señorita. Es usted muy amable —hace una pausa y añade—, y preciosa.

—¿Cómo dice? —reacciono con sorpresa, incluso con algo de incomodidad. ¿Cómo puede saber qué aspecto tengo?

—Oh, perdone mi atrevimiento, no quería importunarla. Encima que me

ayuda... Pero es que tiene una voz tan bonita que no puedo imaginar una cara que no vaya en consonancia con ella.

—No tiene que disculparse, señor. Realmente ha dado en el clavo con la señorita. Tiene una cara de lo más dulce y es verdaderamente una belleza — interviene un tercero en la conversación. ¡Y vaya tercero!

—Gracias —sonrío, roja como un tomate, al chico de los ojos verdes del que estaba huyendo desde que ha montado en el metro.

—Un placer —añade mientras se abren las puertas, por fin, y salgo junto con el perro y su amo hacia el andén.

Ya en mi lugar de trabajo, me reencuentro con mis compañeros.

—¡Vaya, Silvia! ¡Estás hecha un pibón! —me dice una de mis compañeras.

—¡Gracias, Marta! ¡Vas a hacer que me sonroje!

—No, tía, en serio. ¡Estás increíble! ¿Verdad, Mateo, que está «todo buena»? —El aludido me da tal repaso que me desgasta.

—Verdad, Marta —dice muy serio Mateo, quien continúa con su vista puesta en mí.

—Gracias a los dos, pero es hora de trabajar. ¡Que tenemos que levantar el país! —Me hago la escurridiza y me voy hacia mi esquina. (Cada vez suena mejor, ¿no?)

Después de la faena, y dándome cuenta de que mi trabajo de «chapa y pintura» no ha pasado desapercibido para la mayoría de los trabajadores de esta zona de Madrid, me dirijo a la oficina de Natalia, donde está fumándose un cigarrillo, para saludarla y despedirme de ella.

—Silvia, ¿ya te vas? —me grita Mateo cuando ya me dirijo al metro.

—Sí, ya he terminado por hoy. Hasta mañana.

—Quería devolverte esto.

—Oh, muchas gracias —le digo mientras recojo del improvisado perchero que forman sus manos el fular que pensaba que había perdido.

—De nada, te lo olvidaste el otro día en la cafetería.

—No pierdo la cabeza porque la tengo unida al cuerpo que si no... — digo llevándome la mano a la frente.

—Son cosas que pasan, no te preocupes. Por cierto, huele genial.

—¿Cómo? —Reflejo la incredulidad en mi cara.

—A ver no pienses que he estado en plan sicópata oliéndolo en mi casa como un huelebraga. —Mi cara de sorpresa va dando paso a un gesto de verdadero asco y él continúa—: Es solo que al cogerlo ya venía el olor. Te pasaste con la colonia, ¿eh?

—Lo tomaré como un cumplido entonces, supongo —añado riéndome ante su ocurrencia—. Muchas gracias, de verdad.

—De nada, ¡pero me debes una! Hoy no puedes negarte a tomar una caña conmigo ahora.

—Creo que no va a ser posible esa caña.

—¿Y eso? ¿Has quedado con alguien hoy también? —De nuevo esa decepción en su bonito rostro.

—Una caña no, pero un mosto rápido creo que no habrá problema —puntualizo mientras deja asomar de nuevo sus preciosos hoyuelos.

—Vamos, entonces. ¿Ahí mismo? —pregunta señalando una cafetería de la zona.

—Perfecto. —Le sigo hasta el lugar elegido.

Nos sentamos ambos en una terracita para disfrutar de los últimos coletazos de este caluroso verano. Mateo se muestra relajado e inicia la conversación.

—Me alegro de que por fin hayas aceptado que te invite a algo.

—No me vas a invitar —salto a la defensiva.

—Bueno, ya veremos —ignora mi réplica—. Eso, que me alegro de que hayas decidido tomarte algo conmigo.

—Bueno, Mateo, no tiene importancia. Tomamos algo rápido y me voy a casa.

—¿No estás a gusto conmigo? —pregunta con inocencia.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Te noto rara... Algo tensa.

—No, tranquilo, estoy bien.

—Vale. Me alegra que me digas eso porque, verás, yo estoy genial contigo. —Alarga su mano y creo que busca la mía, huidiza.

—... —No digo nada. ¿Va a pasar lo que creo que va a pasar?

—Silvia, mira, desde que te conocí no he parado de pensar en ti —

confiesa un tierno Mateo mientras juguetea con la etiqueta de su botellín.

—No sigas, por favor. —Trato de detener la catástrofe.

—Tengo que hacerlo. Voy a volverme loco. Desde el día en que el tacón se te quedó enganchado en el asfalto supe que podría enamorarme de ti. No voy a asustarte diciéndote que ya lo estoy, porque sería engañarte, pero lo cierto es que me gustas mucho, Silvia. Muchísimo.

—No... —Sigo intentando detenerlo, pero veo que no sirve de nada.

—Déjame, de verdad. Voy lanzado. A lo que iba. Que me encantaría que me dieras una oportunidad, que nos diéramos una oportunidad —se corrige— de conocernos más y salir algún día a ver si vemos que esto puede llegar a algún sitio.

—Mateo... —Trato de explicarme pero vuelve a cortarme.

—Es que me encanta cómo eres, aparte de que estás buenísima, que eso salta a la vista. Hasta un ciego puede verlo —sonríe recordando mi anécdota del metro—, pero también eres natural, sencilla, espontánea...

—Basta, Mateo —le corto tajante—. Mira, emmm... a ver cómo te digo esto. Me siento muy halagada con lo que me estás diciendo, de verdad. Cualquiera chica estaría encantada de estar a tu lado porque eres un chico estupendo y muy guapo, para qué negarlo, pero...

—Ya estamos con los peros... —dice resignado.

—Pero yo no puedo, lo siento muchísimo. —Hago el amago de levantarme, pero no me lo permite, agarrándome con ternura el brazo.

—¿Pero por qué? Si estamos a gusto, creo que hay atracción...

—¿Sabes cuántos años tengo? —le pregunto como si a él, dijera lo que dijera, le iba a importar lo más mínimo.

—No me importa. —Lo que yo pensaba.

—Tengo 35, casi 36.

—No veo el problema.

—Bueno, yo tampoco —secundo—, pero el verdadero motivo por el que no puede ser es que estoy casada, Mateo. —Escruto su rostro, el que no puede despegar ahora de mi dedo anular.

—Ahh. Vale.

—Y quiero a mi marido. Muchísimo. Y fruto de ese amor ha nacido un bebé precioso al que debería, por cierto, ir a buscar a la guardería cuanto

antes.

—¿Un hijo también? Vaya, ¡qué corte!

—Lo siento —añado sintiéndome responsable de la situación.

—No te preocupes, lo entiendo, Silvia. Y perdona ¿eh? Yo no sabía... Había malinterpretado algunos gestos o miradas. No sé, he sido un tonto...

—No, no. Es «culpa» mía. Debí ser más clara desde el principio. No sabes cuánto lamento toda esta situación.

—Bueno, ya está, no te rayes —vuelve a su jerga más juvenil y, recuperando su orgullo de machito, me tiende la mano—. ¿Entonces, amigos?

—Amigos. —Le devuelvo el gesto mientras pago ambas consumiciones y me alejo hacia el metro.

¡La que has liado, pollita! La verdad es que era inevitable que pasara algo así después de tanto tiempo de tensión y «tonteo» con el jovencito. «Quien con niños se acuesta... meado se levanta», como decía mi madre. Debía haberlo frenado mucho antes, no haber dado pie a ningún tipo de confusión, pero era tan halagador... No sé qué me pasó que me dejé llevar. No es que me gustara este chico, Mateo, es que me gustaba gustarle. No sé, es raro.

Hoy he estado de «guapo subido» todo el día. He recibido miradas, piropos y la declaración de amor como colofón. Me he sentido, como hace años, que volvía a estar en el mercado. Aunque en ningún momento pensaba en hacer nada de, bueno, de lo que todos sabemos. Pero... sí me he sentido admirada, femenina, deseada... y con la sequía que llevo por «culpa» (bien entendida) de mi pequeña criatura, pues se me ha ido de las manos. También es verdad que con el poco tiempo que he tenido para mí estos últimos meses, en los que llevaba bigote por bandera, es normal que no provocara mucho... deseo, que digamos, en mi marido. Y eso que Hugo me quería igual. El amor es ciego.

¡Hugo, cariño, qué ganas tengo de llegar a casa a tus brazos!

19CLAUDIA

Me despierto con el suave balanceo del avión. Ha comenzado el aterrizaje y desde las alturas diviso un Madrid gris. Grandes nubes cubren la ciudad y yo me recoloco la manta intentando, como si de un sueño se tratara, volver al calor del paraíso.

Media hora más tarde, sobre la una del mediodía, y tras recoger mi mochila llena de regalos de la cinta transportadora, me dispongo a seguir a la manada que me trae de vuelta a la civilización. No estoy cansada. Me siento emocionada, con la piel morena como nunca había estado antes y el pelo mucho más claro debido al sol, revitalizada y sin muchas ganas de volver a esta realidad. Lo único que echo de menos ahora mismo es el abrigo. Cruzo la última puerta y tras la cinta que separa el pasillo y la puerta de salida salgo como si estuviera cruzando la alfombra roja y diviso a mis padres que han venido a buscarme (creo que para comprobar que sigo viva).

—¡Claudia! —exclama mi madre medio gritando.

—¡Mamá! —digo alzando la mano enérgica desde el pasillo.

—¡Qué guapa estás! —Me abraza en cuanto me tiene cerca.

—¡Y tú!

—Y qué morena —comenta al tiempo que comienza el escáner «madre». Es algo muy rápido y preciso. Con sus dos manos me sostiene los hombros apartándome un poco de ella (como cuando lee el periódico y alarga el brazo para poder leer «porque ella no necesita gafas para leer») y baja la cabeza comprobando extremidades... Dos brazos con sus correspondientes manos, dos piernas y ahí están los dos pies que lo sujetan, me da la vuelta... Parece que todo está en orden... Está viva y completa.

—¡Papá! —Me echo a su cuello para darle un abrazo en cuanto mi madre me suelta.

—¡Hija, qué pintas! —dice mamá horrorizada.

Ahora que ve que he vuelto de una pieza, empieza con el otro reconocimiento, el de la moda. ¡Ya sabía yo que ese no lo pasaba ni en los mejores de mis sueños! Tampoco me sorprende, jamás he ido con estas pintas

a ninguna parte, creo que allí perdí la vergüenza y el buen gusto. La verdad es que no me importaba lo más mínimo. Voy con un pantalón cagado en el que el estampado tiene todos los colores del mundo (no exagero, si un color no está en este pantalón es que no existe), una camiseta de manga larga azul y un pañuelo fular rosa fucsia colgado sobre mis hombros, para *summum* llevo chancletas con calcetines, hacía mucho frío en el avión y he andado descalza por todo Tailandia así que mis pies no entraban en las zapatillas que llevé al inicio del viaje, ¡a saber qué me pongo yo mañana!

—¿Qué tal está Ura? ¡Tengo tantas ganas de verla!

—¿Es lo que más te importa, y tus sobrinos y hermano?

—Ay, mamá, no seas dramática. A ellos también, por supuesto.

—Es que como solo preguntas por la gata —me reprocha.

—Mamá... —suspiro con una sonrisita en los labios—, ¡ya sé que vosotros estáis bien!

—Ya ya... —me dice con retintín.

—¡Os he traído un montón de regalitos! Os los doy luego que vamos a comer todos juntos en casa, ¿no? —Ya sé que sí, lo digo solo para cambiar la conversación.

—Vendrán a comer sí, pero todavía tardarán. No sabes lo graciosos que están Eva y Mateo. Han dicho a todo el colegio que su tía está en Asia.

—Ja, ja, ja.

—Te veo más delgada, ¿has comido bien?

—Sí, lo que pasa es que no he parado y la comida es muy diferente. ¿Qué hay para comer, por cierto? —pregunto salivando y entornando los ojos.

—Como me dijiste que tenías mono, he hecho tortilla de patata. También he sacado unos espárragos, jamón del bueno, langostinos, cóctel de aguacate y gambas, pastel de pescado y solomillo. Te veo más delgada, ¿has comido bien?

—Parece Nochevieja, ¡no hacía falta todo eso!

—¡Habrás que celebrar que vienes! ¿Has comido bien? Te veo muy delgada.

—Mamáaaa —digo alargando la «a»—. He comido bien sí, hay comida en Tailandia.

Nada más entrar por la puerta del portal de casa mis padres nos encontramos con Josefa, es la típica vecina de toda la vida. Es una señora de unos setenta años, amable y cariñosa.

—¡Hola, bonita! —dice sonriendo—. ¡Qué guapa estás!

—Gracias, Josefa, usted también.

—No digas tonterías, yo cada día más vieja y arrugada.

—Ja, ja, ja, no diga tonterías usted.

—Acaba de llegar de Tailandia. Se había ido ella sola. —Alardea mi madre orgullosa dejándome sorprendida. Todas esas malas caras y miedos a la hora de partir han quedado en un segundo plano. ¡Si no lo veo no lo creo!

—Ya me dijo algo tu madre y veo que la vida te está tratando muy bien. Al principio tenía miedo ¡no me extraña con esas cosas que se oyen!, pero ojalá yo hubiera sido más valiente en mi época para hacer lo que has hecho tú.

—Eran otros tiempos —añado.

—Sí, hija sí, pero no todo el mundo hace lo que tú has hecho. Me alegro mucho. Y me tengo que ir que me está esperando mi hermana para ir a misa.

—¡Que tenga un buen día, Josefa!

Ya en casa de mis padres voy a darme una placentera ducha de agua caliente antes de que el resto de la familia haga acto de presencia. Observo lo que ha cambiado mi cuerpo, está muy moreno, algo más delgado y fibroso. El tema pelos habrá que arreglarlo cuanto antes, la visita a la peluquería es urgente y la piel necesita mucha hidratación. Aun así, estoy guapa, tengo un rostro relajado como hacía mucho que no me veía. Tras peinarme y darme crema por todo el cuerpo, crema que mi cuerpo absorbe con extrema rapidez, salgo del baño con otro espanto de *look*. Toda la ropa de la mochila está para lavar y estoy completamente destemplada, así que los millones de capas que me he puesto las he acabado cubriendo con la manta del sofá. La larga ducha ha hecho que me relaje en exceso y empiezo a notar el cansancio del viaje hasta que de lejos oigo cantar a mis sobrinos. Con una alegría inmensa voy corriendo hacia los mellizos.

—¡Hola! —digo estrujando a los dos a la vez.

—¡Hola! —responden Eva y Mateo saltando de alegría.

—¡Cómo han crecido! ¡Si solo he estado fuera un mes!

—¿Qué tal? —pregunta Álvaro.

—¡Qué ganas tenía de verlos!

Aprovechamos la comida para charlar y ponernos al día de todo lo acontecido en este tiempo. La verdad es que la vida aquí no ha cambiado nada o casi nada, lo único reseñable es algún que otro cotilleo que me trae sin cuidado. A mí en cambio se me hace muy difícil explicar lo vivido. Doy datos y les presento en foto a distintas personas y lugares que he ido conociendo. Ellos entre espantados y asombrados van mirando y escuchando las historias que cuento (que obviamente no son todas) y cuestionando y abriendo la mente a diferentes maneras de vivir. Solo cuento un poco de todo lo saboreado, y en ese poco entran cosas que sé que les parecen surrealistas o diferentes, pero quiero que sepan que existen y conozco. Hay otras formas de vida de las que ni siquiera hago mención pues creo que serían tan cuestionadas que ni siquiera creerían que son verdad. Así que a medias tintas y teniendo muy claro que cuando las cosas se sienten se integran mejor, comemos, charlamos y reímos.

Después de dar buena cuenta de la comida y dando como resultado una pesadísima digestión, lo único que quiero es llegar a mi casa. Una vez allí abro la puerta y me dispongo a entrar como si de un templo se tratara. Respiro hondo en mi hogar, este sí es mi sitio en el mundo. Un pequeño espacio que «he comprado» para que sea mío, para que sea mi hogar, mi refugio, bueno el nuestro, el de Ura y el mío. Llevo la mochila directamente a la lavadora, no tengo que hacer ni selección, mañana ya la pondré. Agotada, me dirijo al sofá con mi bolita de pelo. Y ya acomodada en el asiento de mi casa, me quedo recordando con añoranza las noches de tertulia y hamaca. Miro la tele apagada, dudo, no la quiero encender, como si eso hiciera que de alguna manera estuviera en un lugar entre lo vivido en Tailandia y la realidad o lo conocido aquí hasta ahora.

—Ura. —La cojo entre mis brazos abrazando esa bola de pelo que me encanta y he echado de menos. —Obviamente no dice nada, solo ronronea y se deja acariciar. Y allí me quedo, acariciándola y creyéndome que ella también me ha echado de menos.

20 MARTINA

Aparco en «la zona». No especifico ni el color de la misma porque, sea de la gama que sea, me toca pagar. ¡Cómo se han puesto los aparcamientos en este barrio! Es imposible. Abro la puerta del coche y, aliviada, recibo la bofetada de aire fresquito que indica que el agradable otoño le ha dado una patada en el culo a este abrasador verano. Por fin.

Entro en otra zona, mi zona de confort, dispuesta a pasar un largo día. Lo cierto es que esta noche no he dormido nada bien. Desconozco si será el efecto cafeína de mis hormonas o la ya abultada barriga, pero entre ambas no me dejaron tomar postura y conciliar el sueño. Así que no puedo describir con palabras lo cansada que estoy. Me haría millonaria si hoy me pagaran por cada bostezo. ¡A ver si hay suerte!

—Buenos días, Marcos. —Saludo a mi compi, que ya toma su café humeante, lo que hace que yo mire mi precioso, y nuevo, reloj de pulsera cuestionándome mi (posible) retraso.

—Hola, reina —replica Marcos sonriente—. Uy, ¡vaya carilla que traes! —añade tras contemplar mis ojeras.

—Sí, he dormido fatal —sentencio.

—¿Alguna preocupación? —Se interesa.

—Ninguna añadida —respondo divertida.

—Muy bien, entonces ¡que tengas buen día! Nos vemos a la hora de comer. Hoy nos toca innovar de lugar gastronómico.

—¡Sí! —exclamo—. No me olvido del nuevo restaurante. ¡Tengo muchas ganas de probarlo!

Unas horas más tarde, y varios pacientes doloridos, pesados y menos pesados después, salimos rumbo al nuevo establecimiento que han abierto en la esquina de la calle y, por lo atestado que siempre está de gente, no parece que den mal de comer.

Entramos y quedamos impresionados por el diseño del interior. Todo cuidado al mínimo detalle: vajilla, mesas y demás mobiliario, personal... No dejan nada al azar y están bañados en mimo. Nada de lujos, pero

sencillamente precioso y perfecto.

—Acabo de ver al tío más bueno que has visto en tu vida —susurra Marcos mientras disimula colocándose la servilleta sobre las piernas.

—Comparte ubicación —contesto divertida siguiéndole el juego. Juego, por otro lado, en peligro de extinción desde la nueva relación de pareja de mi amigo.

—A las 3 y 10. Vaqueros, polo de color vino...

—¿Vino? —me río ante el abanico de colores que tiene Marcos siendo un hombre.

—No te despistes, reina. ¡Haz el favor! Polo color vino, zapatillas del mismo tono que el polo, bíceps bien marcados...

—Sí, sigue... —digo simulando un «calentamiento genital».

—Labios carnosos, por lo que puedo apreciar de perfil, nariz de perfectas proporciones...

—Ja, ja, ja, ¡oh, sí! Sigue, sigue... —continúo con el cachondeo sexual.

—A ver... a ver si se da la vuelta del todo y nos regala su mirada —se hace el interesante—. ¡Madre mía! —exclama mi amigo con una cara de dudosa interpretación.

—¿Son verdes no? Está como un queso... —Autorreflexiono y prosigo al comprobar que Marcos no dice ni mu—. Dime algo, ¡por Dios!

—Sí, son verdes y sí, cariño, está como un queso.

—No puedo más de impaciencia —afirmo al tiempo que me giro para admirar a ese dios del Olimpo.

—Bueno..., en realidad ¿tampoco es para tanto, no? —Recula Marcos mientras comprueba que mis ojos lo ven.

—¡Oh, Dios mío, Marcos! —exclamo incrédula.

—No es el final de tu orgasmo, ¿verdad? —Trata de quitar hierro al asunto.

—¿Pero qué narices está haciendo él aquí? —añado nerviosa mientras juego con los cubiertos tratando de liberarlos de la servilleta bordada.

—¿Él aquí? Ni idea. Hacer, hacer..., así en general..., no caigo. Pero en particular... ¡viene hacia aquí! —exclama un Marcos nervioso con un leve chillido.

—¡Mierda! —bufo mientras me preparo para lo inevitable.

—Hola, Marcos, ¿verdad? —dice esa voz radiofónica ya a mi espalda mientras las facciones de mi cara y la postura de mi cuerpo tratan de volver a un punto natural.

—Hola, Diego —responde Marcos con educación mientras le tiende la mano.

—¿Martina? —pregunta el responsable de mi adulterio a mi nuca.

—¡Ah, hola, Diego! No te había visto. —Me hago ridículamente la loca y la tonta pareciendo que, efectivamente, tengo un poco de cada una de ellas.

—¿Cómo estás, preciosa? —pregunta mientras su magnetismo hace que todo mi cuerpo se levante y responda automáticamente a sus dos besos.

—Martina, me llamo Martina. No preciosa. —Ole, vaya corte. Un punto para mí. Lo estás haciendo genial, me felicito satisfecha.

—Lo siento. No quería incomodarte y... —se detiene un poco cortado para luego proseguir— menos aún en tu estado.

—... —Empate. Mierda, de los nervios ni recordaba mi pequeño bebé gestante y, al ponerme de pie, le he mostrado todo mi esplendor.

—Bueno, felicidades. Supongo que estaréis encantados. Me alegro por vosotros.

—Sí, vale, muchas gracias —respondo visiblemente incómoda. ¡¿Qué coño se va a alegrar?! Bueno..., claro que se alegrará. Es más, le dará exactamente igual porque yo para él fui un polvo más. A saber cuál en su *ranking*. ¿Y qué más da eso ahora? Ha acudido al clásico cliché de felicitación y de «me alegro por vosotros», pues yo he contestado con un escueto y vacío agradecimiento.

—Lo siento de nuevo. No pretendía importunarte... —se disculpa una vez más, pues, aun ajeno a mi intenso debate interior, es consciente de mi aprieto—, Martina. —Finaliza su disculpa masticando cada letra de mi nombre.

—No pasa nada. —Zanjo el surrealista rifirrafe.

—Está bien. Empiezo de cero. Me llamo Diego y hoy voy a ser vuestro camarero.

—Yo soy Martina y ya tengo un restaurante menos en el que poder comer —pienso para mí mientras lo que sigo en voz alta es: —Encantada, Diego, para mí una lasaña de verduras y de beber... —me toco la barriga—

agua mineral sin gas.

—Que sean dos de lo mismo —dice con un hilillo de voz Marcos, el tercero en discordia, espectador sobrecogido de esta dramatización en la que se palpaba la tragedia.

—Buena elección, chicos. El agua es de los mejores manantiales — añade mientras, resuelto y muy rápido, recoge las cartas y se retira con una sonrisa.

—Ja, ja, ja. —Se cachondea Marcos ante mi cara estupefacta.

—¡Marcos, no seas capullo! —Le recrimino molesta.

—¡Quéééé! Ha estado salado. —Se justifica esquivando mi patada en la espinilla.

—Sí, ja, ja, ja, ha tenido su punto. —Estallo en una carcajada que ya no puedo reprimir por más tiempo, y que resulta liberadora de tensión y reparadora.

En el apogeo de nuestras risas, que no podemos detener, llega Diego con nuestra comida. Al tío no le tiembla el pulso. No me malinterpretéis. Mejor que sea así y no mande al carajo toda nuestra comida, pero es que... ¡vaya sangre fría! Con lo mal que lo pasé yo con toda esta historia. Di que yo soy la que estaba haciendo las cosas mal y no él, pero... ni sentirse un poquito mal por lo que había ocasionado... En fin. Voy a cerrar el capítulo de una vez y a disfrutar de mi agua. Quiero decir, de mi comida. La verdad que lo del manantial ha tenido chispa, pienso mientras esbozo una sonrisa que no pasa desapercibida a mi acompañante.

—¿Qué sientes, reina? —me pregunta directamente mi amigo mientras ataca la lasaña.

—Pues no lo sé, cielo. La verdad es que se me ha puesto un nudo en el estómago al verle que no puedo ni explicarte.

—Jobar, me lo imagino —afirma empático.

—Pero a la vez no siento nada. Lo único que pienso es que sí, que no está mal...

—Está como un tren —apostilla.

—Sí, eso, que el chico está muy bueno. Pero fui una imbécil, Marcos. Se me fue la cabeza a un planeta inexistente y perdí el control de la nave. No sé qué me pasó.

—Bueno, te lo he dicho muchas veces. No te tortures, no tiene remedio.

—Lo sé. Hoy al verle me he dado cuenta de que, finalmente, tomé la decisión adecuada. Diego es un tío impresionante.

—Sí, te vas acercando a la imagen que tengo de él —afirma Marcos entre risas para luego volver a escucharme atento.

—Pero yo no quiero a un chico como él. Es frío, distante... Yo quiero a un hombre como Daniel. Más cariñoso, más detallista. Es con Daniel con quien quiero estar. Siempre.

—Pues así será —exclama mi amigo.

—Bueno, eso espero...

—¿Qué pasa, preciosa? —pregunta contrariado.

—Pues..., lo cierto es que no lo sé —respondo ambiguamente.

—Pero si estáis genial, ¿no? —indaga Marcos extrañado.

—Sí, sí. Estamos muy bien. Nos lo pasamos genial juntos, salimos, hacemos más planes los dos. Bueno, los tres también.

—¿Entonces, no te cuida o se preocupa por ti como debiera? —insiste mi amigo.

—Sí, eso sí. Está más atento que nunca a que no me falte de nada. Incluso me ayuda con las cosas de la casa.

—Entonces, ¿qué problema hay, reina? —eleva el tono.

—Schhh, baja la voz, Marcos —le chisto.

—A ver, preciosa, que yo me aclare. Es atento, cariñoso, te cuida más que nunca, hacéis planes que en tu vida te has visto en otra y sois felices de la muerte. Corrígeme si me equivoco, Martina, ¡porque no entiendo nada! —Vuelve a subir el volumen.

—Marcos —reirimino de nuevo—, yo me entiendo.

—Pues explícamelo porque o hay algo que no me estás contando o me reafirmo en que menos mal que soy gay porque no hay quien os entienda a las mujeres.

—Sí —empiezo tímida—, lo cierto es que hay algo más.

—Venga, suéltalo. —Me da su confianza.

—Llevamos varios días en los que no quiere hacer el amor.

—Acabáramos —dice de forma espontánea—. Estás en la cresta de la ola del sexo y no puedes conceder ni un paréntesis, ¿eh, golfilla?

—No, Marcos, ja, ja, ja, no es eso.

—¿Entonces, qué es? —pregunta levantando las cejas expectante, esperando mi argumento contundente.

—No sé, pienso que quizá me vea gorda y no le resulte ya atractiva —digo con voz queda y la boca tan pequeña que no cabe un mosquito.

—Oh, pequeña, no digas eso —dice mientras se levanta y me da un abrazo.

—¿No querías un argumento de peso?

—Ja, ja, ja. —Se parte de risa Marcos, liberándome del abrazo y volviendo a su sitio. Agradezco su reconfortante apoyo, pero soy poco dada a las muestras afectivas y sentimentalismos en público.

—Gracias, cariño —respondo guiñándole un ojo y sinceramente agradecida.

—No hay de qué. ¿Para qué estamos los recepcionistas? Digo, los amigos.

—Ja, ja, ja.

—No, en serio. No pienses esas cosas. De ninguna manera, ¿eh? Preciosa, simplemente estará más estresado en el trabajo y no tendrá tantas ganas de sexo. Sin embargo, seguro que si le preparas una cenita succulenta y, por supuesto, la coronas con un postre dulce, dulce... ¿me sigues? —Sugiere pícaro.

—Sí, eso haré —le contesto escueta ante la interrupción de Diego.

—¿Todo bien por aquí, chicos? —pregunta amable nuestro camarero mientras retira la vajilla usada.

—Sí, ¡delicioso! Muchas gracias —contestamos al unísono.

—¿Postre vais a tomar?

—¡Sí! —decimos los dos sincronizados de nuevo. Ya son muchos años de complicidad.

El secreto está en el postre.

21 SILVIA

«¡Malditas llaves! Siempre ando igual», pienso en voz alta mientras hurgo en mi enorme bolso y saco de todo menos llaves. Con la otra mano mezo levemente la silla de paseo. Hoy Rubén está más tranquilo de lo normal, según me han dicho en la guardería. Lo noto porque ni siquiera hace caso a los juguetitos que cuelgan de la sillita. A ver si ahora en casa se espabila un poquito. Si no, no vamos a dormir en toda la noche.

Dos pañuelos (con mocos, por supuesto), un paquete de toallitas, dos chupetes y dos pañales de emergencia después, encuentro por fin las llaves. Estarían enganchadas en el perchero de la Mary Poppins.

—Hola, cariño. —Saludo al *hall* vacío, mientras me llega un olor muy rico proveniente de la cocina.

—¡Preciosa! —responde Hugo saliendo de los fogones mientras se seca las manos en el delantal.

—¡Huele que alimenta!

—Si huele bien, mejor sabrá. ¡Adivina!

—Reconocería el olor a tortilla de patata aun con la más grave de las congestiones —digo relamiéndome ya del gusto.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta mientras yo voy deshaciéndome de todas las cosas que llevo encima y poniéndome cómoda.

—Pues..., bien. Trabajando, luego a por Rubén y luego un ratito con las chicas. ¿Y el tuyo?

—Harto de trabajar, pero ahora mejor, desde que has llegado —me sonrío zalamero mientras termina de poner los platos en la mesa y se quita el delantal.

—Pues nada, cenemos —me siento en la mesa—. Estoy hambrienta.

—Y yo —Hugo se inclina hacia mí y, rodeándome el cuello con sus brazos, me da un suave beso en los labios.

—Hugo —le recrimino como a un niño—, es hora de cenar...

—Vale, vale. Ya está. ¡Qué sosa! —me responde cansino volviendo a su silla y sentándose como un niño obediente.

—¡Sosa, no! Pero se hace tarde —apunto siesa.

—Cenemos, entonces —dice mientras pincha el primer bocado de tortilla, al que sigue con un traguito de agua—. ¿Te pasa algo, cielo?

—No me pasa nada, Hugo. Solo estoy cansada.

—Vale, no insisto. Porque si te pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

—¡Hugo! —levanto la voz—. Tengamos la cena en paz.

—¡Vaya carácter! —dice Hugo mientras se levanta de la mesa y se dirige al salón sin terminar de cenar. No le sigo. ¡Ya volverá! Pasan diez segundos. Es demasiado. Voy en su busca.

Ahí está. En el salón. Recorriéndolo de un lado a otro, sin parar. Inquieto, enfadado. Le detengo.

—Perdona, Hugo, soy una tonta.

—No te preocupes.

—Siéntate, por favor. Necesito contarte algo.

—¿Qué ha pasado? No me asustes. ¿Rubén está bien?

—Sí, sí. Olvídate de Rubén por un momento. Es sobre mí —digo con voz calmada.

—¿Sobre ti? ¿Te ha pasado algo? —bombardea.

—¡Noooo! Tranquilo. Estoy perfectamente —aclaro antes de que el pánico absoluto siga comiéndose su rostro—. Es solo que ha pasado algo que no sé cómo contarte.

—Como sea, pero hazlo ya. —Me insta con urgencia—. Me estás preocupando.

—Está bien. Ahí voy. Un compañero del trabajo se me ha declarado —escupo.

—¿Cómo dices?

—Sí, no sé cómo ha pasado, pero me ha dicho que le gustaba y que podíamos intentarlo —explico rápidamente, despreocupada, como si estuviera diciéndole que hoy la lubina estaba un poco mejor de precio.

—¿Y qué le has dicho? —pregunta muy serio.

—¡Pues que no! ¡¿Qué le voy a decir?!

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? ¿Qué te piensas que soy? —replico indignada—. Le he dicho que estoy casada y punto.

—¡Ah! ¿Que no sabía que estabas casada?

—Pues no lo sé. Bueno, no. No lo sabía.

—¿Y por qué? ¿Por qué se lo ocultaste? —dice tratando de controlarse.

—Hombre, no es algo que digas de primeras. ¿No? Hola, soy Silvia Menudo y estoy casada —añado con una voz impostada.

—¡Pues deberías! —dice sin mucho sentido, dándome la espalda y volviendo a la cocina.

Oigo cómo termina de cenar la, seguro exquisita, tortilla de patatas. Yo me repantingo en el sofá dando rienda suelta a mi disgusto. ¡Mierda de bronca! Se me ha quitado hasta el apetito. Me quedo sin tortilla... Cojo el mando y cambio de canal con rabia, furiosa. En cuanto aparece en la pantalla una nueva imagen, hago que desaparezca como si me quemara. Así sucesivamente, va pasando ante mis llorosos ojos toda la parrilla de la televisión. En mi momento álgido, en el que casi rompo el mando a distancia, pues no ha funcionado según mis exigencias y he podido adivinar incluso el programa que estaban poniendo, un pelo revuelto se asoma por el marco de la puerta del salón.

—¿Eso ha sido todo, cariño?

—¿Cómo que si eso es todo? —pregunto sintiéndome tremendamente confusa apartando la vista de los *flashes* de luz que emanan del televisor.

—Que si no ha pasado nada más.

—¡Claro que no! ¿Qué quieres que pase?

—Nada. No quiero que pase nada, por supuesto. Simplemente quería decirte que es normal que se te declare.

—¿Cómo? —pregunto aturdida sin dar crédito.

—Él y medio Madrid —añade—. ¿Tú te has visto, amor? —me dice delicadamente mientras sujeta mi barbilla con sus dedos.

—Pero es que le he correspondido... —añado sintiéndome todavía culpable.

—¿Pero no le has dicho que no? Ay, Silvia, explícate mejor porque ahora sí que no entiendo nada —dice alejándose de mí, de nuevo, molesto.

—¡Nooooooo! ¡Claro que no le he dicho que sí! ¿Estás tonto?

—¿Entonces?

—Pues que desde que nos conocimos ha habido un coqueteo, no sé, un

juego de miradas y de gestos. Me sentía a gusto con él, me ayudaba en el trabajo...

—¿Pero no va más allá, no? —añade esforzándose por ser comprensivo.

—No, claro que no va más allá, pero no puedo evitar sentirme un poco responsable de esa declaración.

—Entiendo.

—Me sentía con él muy... mujer. Femenina, segura, atractiva... Deseada también. Yo que sé, me gustaba atraerle. Estas semanas me he visto libre, de alguna manera, independiente, sexi... —digo tremendamente avergonzada y temiendo su reacción.

—Ya es hora de que te vieras como lo que eres, cariño. —Hugo se acerca a mí, reduciendo al mínimo el espacio que nos separa.

—¿Cómo? ¿Ya no estás enfadado? —pregunto mirando a sus ojos tratando de percibir el enfado que no expresan sus palabras.

—Pues no, Silvia. Estamos agotados. No tenemos ni un minuto de tranquilidad para los dos. Yo también soy responsable de esta situación y tus sentimientos. Quizá no te hago el caso que necesitas como mujer, pero es que... Rubén es una maravilla y estoy encantado de que nos hayamos decidido después de tantos años por fin a tenerlo, no me malinterpretes. Pero es agotador. Y, aun a riesgo de parecer un pelele, creo que puedo entenderte.

—A veces no me entiendo ni yo, Hugo. Estas últimas semanas me he sentido mala madre, en muchas ocasiones. Me apetecía irme a tomar una cerveza después del trabajo, irme a comer con las amigas tranquilamente (y sin sillita) o incluso cogirme un pedo a mojitos. Me apetece viajar, aunque sea a Cuenca (preciosa, por cierto) sin tener que desarrollar una logística digna de un gran estreno cinematográfico. No sé... Echo mucho de menos mi independencia. Y ya no solo por eso, porque no pueda hacer tantos planes, sino por tener un ratito para mí. Y darme un baño de media hora con espuma... antes, después o durante un buen polvo con el hombre que más loca me tiene del mundo. Y luego contigo.

—Ven aquí, graciosa —me dice Hugo mientras me abraza fuerte—. Vamos, que la cena se te enfría.

—No importa. Eso es lo mejor de la tortilla de patata. De cualquier forma, es un manjar —digo pizpireta mientras volvemos juntos a la cocina.

Después de terminar de disfrutar de mi plato preferido, Hugo se queda en la cocina terminando de recoger y yo me dirijo a la habitación. Rubén ya está despierto y con inicio de llanto. Me huele a que es necesario un cambio de pañal. Lo pongo en su cambiador y comienzo la tarea. Me empiezo a reír sola porque recuerdo el primer día que le tuve que cambiar el pañal. Me dio *shock* (no sé si es la mejor palabra para definirlo) al ver su colita. No sé por qué siempre había imaginado limpiar un chochete. Ya veis, tonterías de madre primeriza. También pagué la novatada de calarme entera cuanto le quité el primer pañal y su mini aspersor me regó cara y camiseta. Lo que Hugo y yo decimos, ¿para cuándo el manual de instrucciones?

Una vez limpito, lo acuno en mis brazos mientras le canto una canción para dormir. La última de Álex Ubago. Cuando queda frito (no sé qué tienes, Álex, pero todo lo que cantas de bonito lo tienes de narcótico), le acuesto en la cama y me dirijo al salón donde, espero, podamos hacer algo interesante mi marido y yo. Que ya va siendo hora.

Voy poniéndome en la posición que más nos gusta a los dos para hacerlo. Me rodeo de todos los artilugios necesarios para disfrutar de nuestro rato de placer y espero a que Hugo venga de la cocina. Espero... y desespero. Está tardando demasiado. Más vale que la espera merezca la pena, pienso mientras miro inquieta el reloj.

Por fin, mi marido hace su aparición estelar en el salón. Y lo hace con una gran tarrina de helado. Ha merecido la pena esperar, claro que sí. Ya puedo, por fin, darle al *play* y poner la película de intriga que tanto tiempo llevamos deseando ver. ¡Bieeeeeen! No hay nada como un buen film de asesinatos, policías e investigaciones para terminar el día. Cojo una de las cucharillas que me ofrece Hugo mientras se sienta a mi lado.

—¡Gracias! —le respondo comiéndomelo con los ojos. Y al helado también—. ¡Qué ganas de hincarle el diente!

—¿Al helado? —pregunta jugueteón.

—O a ti —digo saboreando la primera cucharada fresquita mientras me relamo sugerente. Mmmmmm... ¡es que nos encanta el helado! De hecho, somos de esos seres raros, adictos a él, que lo comemos durante todo el año, aunque haga un frío polar.

—Te quiero, cielo. —Recibo sus palabras acurrucándome cada vez más

en sus brazos, bajo la mantita, y abandonándome al bienestar que me proporcionan.

Cuando damos al *play*, ambos sabemos que no vamos a terminar de ver la película. Y no porque vayamos a hacer el amor incansablemente a lo largo de toda la noche. Uy, ¿dónde quedaron esos tiempos? No. Sino porque alguien, llámese Rubén o Morfeo, nos impedirá disfrutarla hasta el final, pero, mientras tanto, saboreemos.

22CLAUDIA

Con la bufanda tapándome la boca para que el frío no se apodere de mí, voy en busca de mi amiga. Me pregunto cómo estará, para mí, con lo friolera que soy, este trabajo me resultaría muy duro.

Aparezco por «su calle» y me sorprende ver a tantos chicos y chicas con chaleco y carpeta de diferentes colores. El objetivo de todos ellos es el mismo, hacerse un socio o conseguir un donativo. Para mí en cambio atravesar la calle se convierte en una auténtica hazaña. Primero están los de color blanco, luego verde, luego azul, luego rojo y luego otro verde, el de mi amiga. Voy flanqueando gente con chalecos, uno, dos...

—Se te ha caído. —Oigo a mi lado una voz, y cuando me giro veo a un chico con una sonrisa y carpeta en mano. Mierda he picado, siempre pico.

—¡La sonrisa! —acaba la frase triunfal. ¡Ya!

—¿Le gustaría ayudar a que otras personas también...?

—No, muchas gracias. —No le dejo acabar.

Sigo descendiendo la calle intentando no establecer contacto visual con nadie que lleve chaleco. Ya he pasado tres colores, esto parece humor amarillo y yo debo de ser el perfil que buscan porque me cuesta pasar desapercibida. Así que decido ir caminando en un lado de la acera, por lo menos que me ataquen solo de un flanco. Entiendo lo duro que puede llegar a ser, pero al mismo tiempo solo quiero llegar a mi objetivo, que hoy se resume en Silvia.

—¿Conoces la AECC? —Irrumpe de la nada un chico rubio, alto y muy guapo que sé que se llama Mateo sin necesidad de que él me lo diga. ¡He llegado a su color!

—Estoy buscando a Silvia —explico antes de que me intenten parar el resto de compañeros.

—¡Ahí la tienes! —Me indica señalándola con el dedo índice y sonriendo. Silvia está hablando con un señor de mediana edad. Habla, enseña su carpeta... y empieza a apuntar cosas—. ¡Otro socio! —Sentencia Mateo y los dos nos alegramos por eso.

—¡Esa es mi chica! —exclamo orgullosa. La verdad que el chico es guapísimo.

—¡Hola, cariño! —Saludo a mi amiga cuando el nuevo socio se aleja calle abajo.

—¿Habíamos quedado a las dos, no? —dice girando la muñeca para comprobar la hora. Creo que también le sorprende que yo llegue antes de tiempo.

—Sí, pero me he venido en tu hora de trabajo. Yo también quiero colaborar.

—¡No tienes por qué hacer esto! —dice sonriendo.

—Quiero hacerlo, Silvia. Sabes que si no, no lo haría. Además, he tenido que cruzar toda la calle y esquivar a unos cuantos, incluido un guapísimo chico rubio, hasta llegar a ti.

—Ja, ja, ja. Ya lo hacemos otro día —responde sonriente saludándome con un abrazo.

—¡No! Lo hacemos ahora que para eso he venido en horas de tu trabajo. Cada cosa a su tiempo. El tiempo libre o con amigas es otro. Y empieza en diez minutos y lo quiero aprovechar todito, así que venga no seas vaga y acaba tu trabajo —suelto sorprendiéndome yo misma de mi tono.

—¡Oye, no seas pedante! —me dice sonriendo y destapando el bolígrafo.

—Sí, la verdad ¿será que estoy madurando? —Auténtica preocupación de mis padres.

—Ja, ja, ja. —Nos echamos a reír las dos.

—Un desliz lo tiene cualquiera —añado.

Y allí en mitad de la calle yo me hago socia de la AECC. Satisfecha de haber hecho algo así y poder colaborar, espero a que Silvia se despida de sus compañeros.

—¡Hasta luego! —dice Silvia. Yo simplemente saludo con un ademán.

—¿Luego también trabajas?

—Sí, hoy sí. Normalmente solo estoy por las mañanas, pero hoy meteré alguna hora después de comer... A ver si así este fin de mes vamos un poco más holgados. Hugo el pobre está agotado...

—¡Ya!

—Bueno, ¡ahora a disfrutar! ¿Te has traído el biquini?

—Claro. ¡Por quién me has tomado!

En cuestión de diez minutos andando por la gran ciudad llegamos a nuestro destino, ¡un plan de lo más relajante! Después del frío que ha tenido que pasar, disfrutar con ella el bono que mi hermano me regaló las Navidades pasadas y a punto está de caducar me parece un muy buen plan. Vale que incluye baño árabe, masaje y comida. Un bono para dos, creo que él pensaba que sería un buen plan de pareja, pero a falta de ella.... Para Silvia y para mí. Con mi bono bajo el brazo llegamos.

—Aquí tienen albornoz y toalla, a su izquierda disponen de los vestuarios. Después diríjense a esta salita donde vendrán a recogerlas. —Nos despacha una educadísima chica en recepción.

Recogemos los correspondientes atuendos y tras cambiarnos vamos a nuestro plan de niñas ricas.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —suelta mi amiga.

—¡Yo también!

Es una chica con uniforme negro la que viene a nuestro encuentro. Nos lleva hasta la puerta de los baños árabes, y nos explica que hay tres piscinas, cada una con una temperatura de agua diferente. El bono consta de media hora de baños y otra media hora de masaje.

—Pasen a los baños y les vendrán a buscar para el masaje.

—Gracias —respondemos al unísono.

La luz tenue, los vapores que envuelven el recinto, la música, el ambiente y el olor hacen que nos transporte a tierras lejanas. Y poco a poco el relax se abre paso para instalarse por una horita junto a nosotras.

—¡Claudia y Silvia! —Nos viene a buscar otra chica uniformada.

—¡Nosotras! —digo levantando el brazo y dispuesta a salir. ¡Toca el masaje!

—Yo soy Sandra y él es Héctor. —Se presentan los masajistas con un tono educado y un poco serio para mi gusto.

—Me pido a Héctor —susurro a mi amiga sin darle opción a elegir y con una sonrisa en los labios.

—Ja, ja, ja. —No puede para de reír.

Tras un succulento masaje relajante con espuma y piedras calientes, nos encontramos en los vestuarios. Nuestras caras y todo nuestro ser se encuentran en un estado zen. Nos cambiamos y vamos al restaurante.

—¿Qué tal tu masaje?

—Era muy buena, ¿y Héctor?

—También. Ha habido un momento que me he puesto hasta cachonda.

—Ja, ja, ja. Yo me he quedado muy relajada.

—Tienes cara de haber echado un polvo.

—Ja, ja, ja. Lo necesito, adoro a Rubén, pero cuando tienes un hijo es más difícil cuidar a tu pareja.

—Encima con el trabajo será aún más complicado ¿no? ¿Qué tal lo llevas?

—Bien... Bueno, la verdad es que esto es más duro de lo que pensaba. Voy cumpliendo cuotas y hago los socios que necesito, pero con unos baños árabes y masaje todo es más llevadero —dice chistosa.

—¡Imagino! Que sepas que estamos muy orgullosas de ti. Y tengo algo para animarte.... ¡una sorpresa! De parte de Martina y mía.

—¿Ah, sí? —La cara de Silvia se ilumina. Me encanta cómo disfruta de las pequeñas cosas de la vida.

—Sí. Hemos intentado cuadrar agenda con ella, pero era imposible así que hemos decidido dártelo cuanto antes.

—A mí, ¿por qué?

—Por que sí. Porque te lo mereces, por tu cara bonita.

—Ja, ja, ja. ¡Qué dices!

—Para que sea un poco más fácil cuidaros mutuamente en pareja.

—¿Qué me vais a dar? —pregunta entre ilusionada y asustada...

—Te va a gustar. —La tranquilizo.

—¡Qué intriga!

—Toma —digo haciéndole entrega de un sobre.

Coge con sumo cuidado la carta. Un sobre muy elegante de papel cuché cubierto con un lazo de seda blanco que, con mucho cuidado, va desatando como si fuera de cristal. Al abrirlo me mira entornando los ojos. Saca una tarjeta y se dispone a leer: fin de semana en el hotel Stop.

—¡Muchísimas gracias! —dice con la emoción a flor de piel y me asalta

dándome un abrazo enorme.

—¡Esperamos que lo disfrutéis!

Disfrutamos de la comida, de la conversación y cómo no, de la compañía. Salimos a la calle y le acompaño a, como ella la llama, «su esquina». Tras despedirme de Silvia con un gran abrazo y del resto de sus compañeros con un ademán, para que sepan que soy amiga y no me vuelvan a parar todos otra vez, me dirijo a mi puesto contenta y relajada. Enfilo la cuesta arriba con paso tranquilo y parándome en un par de escaparates. Cruzo la calle y apenas han pasado diez minutos desde que me he despedido de mi amiga cuando mi móvil empieza a sonar. ¿Silvia? Seguro que me he olvidado algo.

—Dime —contesto escueta y ya girando sobre mí misma sin saber qué es lo que me he podido dejar.

—Claudia, ¿dónde estás? ¿Puedes venir?

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunto por inercia, ya que su tono de voz evidencia lo contrario. Está alarmada y nerviosa.

—Sí, yo sí, pero no. Es muy fuerte, ¡ven!

—Voy.

Acelero el paso, ¿qué ha podido pasar? El muñeco verde del semáforo empieza a parpadear y yo ya desatada echo a correr. A mitad de carretera el muñequito cambia de color y más de un coche pita. Sé que tienen razón, pero yo ya me encuentro en mitad de la carretera y no puedo hacer nada más que seguir corriendo. Cruzo la acera y diviso a Silvia junto a Mateo. Está apoyada contra la pared y tapándose la boca con una mano mientras que con la otra sujeta el móvil y no separa la vista de él.

—¡¿Cariño?! —suelto entre alarmada y asombrada.

—¡Mira! —Me tiende su móvil y Mateo se evapora de entre nosotras. Yo, atónita y sin palabras, miro y remiro la evidencia. ¡No puede ser!

—Tenemos que decírselo —afirmamos al unísono.

23 MARTINA

Cuando me despido de Elena, la penúltima paciente del día, y voy mentalmente saboreando el merecido descanso que me voy a dar después, irrumpe un enérgico Marcos en la consulta.

—Reina, ha llamado Silvia. Dice que es urgente, que la llames en cuanto puedas. —Me asalta.

—¿Silvia?

—Sí, reina. Estaba un poco agobiada, le he intentado sonsacar, pero no ha habido manera.

—¡Qué raro! Nunca llama a la consulta, ¿no te ha dicho nada? —digo buscando mi móvil en mi bolso para ver si consigo algún titular.

—¡No! Y no será porque no lo he intentado de lo lindo, pero nada.

—Te creo, Marcos —digo sonriendo al imaginar qué tipo de interrogatorio habrá tenido que pasar, y veo que tengo una llamada de Silvia y otra de Claudia. ¿Urgente? ¿Qué habrá pasado?

—Enrique está esperando —añade mi compañero.

—Dile que pase y se acomode, voy a devolver la llamada rápidamente.

Llamo automáticamente sin esperar ni un minuto más. Al segundo tono descuelga el móvil.

—¡Martina! —responde Silvia con una voz más ronca de lo habitual.

—Acabo de ver vuestras llamadas, ¿estáis bien? ¿Qué pasa? —interrogo ansiosa y preocupada.

—Eh..., bueno, tengo que contarte algo... —titubea—. ¿Dónde estás?

—En el trabajo, me queda un paciente.

—¿Y Cloe?

—Con mi suegra —respondo sorprendida—. ¿Qué pasa? —insisto.

—Mejor te lo digo luego, ¿te puedes pasar por mi casa?

—Sí, claro. En cuanto termine voy para allá, y le voy a llamar a Daniel para que luego se quede él con Cloe —verbalizo en voz alta lo que ronda por mi cabeza.

—Mejor.

—¿Eh? —Me está asustando.

—Luego hablamos, te esperamos en mi casa.

—En cuanto salga voy pitando.

Entra Enrique y comienzo el masaje. La hora parece alargarse y no tener fin. Después de terminar con él y con mi día de trabajo, hasta el cansancio, que me suele poseer por completo a estas horas del día, se ha evaporado de mi cuerpo. Me viene constantemente la conversación que he mantenido con Silvia, ¿le habrá pasado algo a Claudia? Estaba con ella...

Inquieta, impaciente y con la preocupación apoderándose de mí, salgo casi corriendo de la consulta a casa de Silvia. Tras abrirse las puertas del ascensor frente a la puerta de casa de mi amiga, allí las encuentro. Mis dos amigas con la cara desencajada y la puerta abierta esperándome.

—¿Qué pasa? —pregunto acercándome a la puerta. No sé si me atrevo a entrar, no entiendo nada de lo que está pasando... Las veo allí a las dos sanas y salvas y una dualidad surge en mi interior. Hay una parte de mí que se tranquiliza, pero al observar que me están mirando con cara de pena..., surgen extrañas alarmas que no sé a qué pueden deberse.

—Cariño, pasa. Tenemos algo que contarte —dice Silvia invitándome con la mano a entrar y sentarme en el sofá. Tanto secretismo me indica que todo esto tiene que ver más conmigo que con ellas y me estoy empezando a poner de los nervios.

—Eso es lo único que me habéis repetido sin parar, ¿se puede saber de qué se trata? —pregunto ya con mezcla de preocupación y enfado.

—Es sobre Daniel.

—Ahora sí que no entiendo nada. —Pero mi interior se revuelve entero, la expresión se me congela y busco el asiento que hasta ahora he rechazado.

—Veras..., no sé cómo decirte esto —comienza Silvia.

—¿Está con otra? —pregunto brusca y con lágrimas en mis ojos. Si es así quiero saberlo ya y la expresión de mis dos amigas que asienten consternadas hace que mi mayor miedo se materialice.

—Sí —asiente Silvia. Las tengo a las dos sentadas frente a mí con la cara descompuesta. Rompo a llorar, no me sorprende tanto... y la angustia se adueña de mí.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Qué ha pasado? —Quiero saberlo todo y en mi

interior albergo la esperanza de que todo sea una confusión, de que esto no esté pasando.

—Le he visto hoy —sentencia Silvia, haciendo que se desvanezca esa ilusión.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? —gimoteo mientras Claudia me extiende un pañuelo y me abraza por la cintura.

—Estaba trabajando, ya sabes con los de la asociación, captando socios —empieza a relatar con la voz entrecortada, sufriendo conmigo.

—...

—Y le he visto con otra chica. Al principio no estaba segura de que fuera él, pero le he pedido a un compañero que por favor les parara para verificarlo. De verdad que no se me había ni pasado por la cabeza.

—¿Estás segura de que era él? —la interrumpo con un hilo de voz entrecortada por los gemidos que no puedo, ni quiero, reprimir.

—Sí.

—... ¿Quién es?

—Verás, les he sacado una foto.

—Se está vengando de mí.

—No lo sé, cariño.

Se hace un silencio, no saben qué decirme y no me extraña.

—¡Quiero ver la foto!

—No sé si es buena idea —susurra Silvia—. El hecho es que está con otra y...

—¡Quiero verla! —Ordeno.

—Vale —dice Silvia y coge su móvil de la mesa auxiliar ubicada entre los dos sofás para buscar las pruebas del delito. Se detienen el tiempo y mi corazón. Y cuando alarga la mano y cojo el móvil me hundo.

—Sí, ¡es él, sí! —No hay la menor duda. Ahí está agarradito del cuello de una chica morena de pelo largo y con cara de tonto. Veo a un Daniel que ya ni reconozco y me duele en lo más hondo de mi corazón. Me está engañando. Él, que me lleva castigando por mi infidelidad tanto tiempo y ahora me hace esto. No me lo puedo creer—. Ese es su trabajo, claro, que tan ocupado y absorbido le tiene. Tanto tiempo haciéndome sentir culpable, ¿para qué? ¿Para qué vuelve conmigo? ¿Por qué pone en duda todo lo que

hago y digo si él se acuesta con otra? ¿O habrá más? ¿Llevará tiempo con ella? No me lo puedo creer.

—... —Un silencio de consuelo y apoyo recorre la habitación.

—Yo ya no recordaba a mi marido así. Miradle la cara, le chispean los ojos y la sonrisa le invade la cara.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Silvia.

—No lo sé. —Y lloro y sigo llorando.

—Puedes quedarte aquí si quieres —añade Silvia.

—Y en mi casa —replica Claudia.

—Gracias chicas, de verdad. Estoy fatal, pero debo ir a casa, está Cloe... Gracias por habérmelo contado, gracias por cruel que parezca incluso por la foto, porque creo que sin ella me costaría más poder creerme nada de esto. ¿Pero qué voy a hacer? ¿Y el bebé? ¡Pobre Cloe! Hacía tiempo que le notaba lejos y no quería ver lo que estaba pasando delante de mis ojos. Pero encima de todo se atreve a castigarme todo este tiempo, que si de dónde vienes, conmigo no te pones esa camisa... —Me sueno la nariz y sigo llorando y sollozando—. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo le miro yo esta noche?

—Hola chicas, ¿qué tal? ¿Reunión de amigas? —Nos sorprende Hugo sonriendo desde la puerta del salón. La sonrisa le dura bien poco en cuanto me ve a mí llorando sin parar, y a Claudia y a Silvia con cara de funeral intentando consolarme.

—¿Qué ha pasado? —dice sorprendido.

—Cariño, luego hablamos —le responde dulcemente Silvia y él, entendiendo que necesitamos intimidad, asiente con la cabeza y desaparece.

Después de llorar, insultar, hablar y volver a llorar durante lo que me parece poco tiempo, pero en realidad llevamos más de dos horas de reloj con el apoyo de mis dos amigas, ¡tengo que volver a casa! ¡No quiero perderme a mi maravillosa hija Cloe! Agotada y con miedo, somos Claudia y yo la que nos disponemos a abandonar la casa.

—Buenas noches, Hugo. —Se despide Claudia desde la puerta de parte de las dos.

—¡Buenas noches, chicas! —Y sale a darnos los dos besos de despedida. Nos encuentra más relajadas y educadamente nos pregunta—: ¿Todo bien? ¿Os acerco a casa?

—No gracias, voy con ella —responde Claudia mientras yo me despido de Silvia con un abrazo—. ¡Llámame para lo que quieras! —Me dice al oído.

—De acuerdo. Cualquier cosa nos avisáis ¿vale? Y dale recuerdos a Daniel que desde que no viene a pádel ya ni le veo. —¿Qué? ¿Cómo que no va a pádel? ¿Desde cuándo? Y otra vez como alma en pena, lo que pensaba que podía ser una venganza, una aventura pasajera se convierte en una pesadilla.

—Desde que entró el nuevo cliente tampoco para casi por casa, ¡ya hará unos meses! —suelto con la intención de obtener más datos.

—Ya hará casi un año —dice con la sonrisa todavía en la boca. Mientras en mi cabeza las fechas no cuadran.

Cierro la puerta sin ni tan siquiera despedirme, no puedo vocalizar ni una sola palabra más. Estoy helada, congelada, ¿ha dicho un año? Ellos siguen hablando. Para mí todo es un murmullo y verborrea. Tras un portazo a mi espalda, unos brazos me cogen y me acogen entre ellos. No pide que hable más y eso me tranquiliza. Simplemente me refugian, me serenan y me consuelan. No quiero salir de ellos, no quiero abrir los ojos, no quiero llegar a casa. Pero, aunque no quiera, sé que es lo que debo hacer.

24SILVIA

—¡Nos vamos los dos! ¡Por fin solos! —Muestro a mi sorprendido marido el bono de hotel que me han regalado las «incompresas» como medida de primeros auxilios para «la crisis de la pareja cuando llega el bebé».

—¡Oh, cariño! Qué bien, ¿no? ¡Gracias!

—Dáselas a las chicas, esto es cosa suya —digo recordando lo geniales que son mis amigas.

—Se las daré. ¡Ay, por fin, vamos a poder estar juntos! Los dos. Sin interrupciones... Y vamos a poder echar un polvo en condiciones.

—Schhhhh, que no te oiga —susurro a mi marido poniéndole un dedo en sus carnosos labios, mientras ambos miramos hacia Rubén, quien se encuentra en su hamaca realmente ocupado (y preocupado) por comprobar si el puño entero le cabe en la boca.

—Está a lo suyo —añade riéndose.

—¡Sí! Nos vendrá bien esta inyección romántica, y el polvo desenfrenado ya ni te cuento, aunque solo sea por esta noche —añado convencida.

—¿Y Rubén?

—Tranquilo, ya me he ocupado yo de eso. Mi madre se queda con él.

—¿No le importa? ¿Qué le has dicho, oye, mami, que Hugo y yo nos vamos a un hotel a pasar la noche y a follar como conejos...?

—Más o menos —digo partiéndome de risa al recordar que fueron exactamente esas mis palabras.

—¡Entonces, genial! ¡Prepárate, cielo, para una noche que jamás olvidarás! —promete Hugo mientras me eleva en sus brazos.

—Habrá que verlo —replico con tono desafiante.

—¿Qué insinúas, preciosa?

—Bueeeeno —digo mientras juego con mi pelo, atado esta vez en una coleta—, simplemente que tendrás que demostrarlo. —Guiño un ojo.

—Eso está hecho. ¡Pan comido! —responde con una chulería que me encanta—. Por cierto, ¿cuándo nos vamos?

—Ahora mismo.

—¿En serio? —insiste dubitativo.

—¡Síííí! ¡Qué ganas tengo! ¡Ni me lo creo! —grito mientras doy vueltas entre los brazos de Hugo, que, en cuestión de segundos y preso de la emoción, me ha levantado en volandas a tres metros sobre el parqué.

Cuando aterrizo (algo mareada, por cierto), me acerco al cuello de mi marido y, susurrando muy sensual y juguetona, le recuerdo que tenemos cosas importantes que hacer. Ya. Comienza el despliegue.

El desembarco de Normandía no llevó consigo tanto trasiego como el mudar a nuestro bebé para una noche a casa de mi madre. Meses después de que Rubén llegara a nuestra vida, sigo alucinando de la cantidad de cosas que necesita una criatura tan pequeña. Las que necesita seguro y las que quizá necesite, y tienes que meter igual. Bueno, el caso es que ya lo dejamos aposentado con su querida abuela. Ella encantada, esta vez. Nosotros, también. ¿Pena por separarme de él? Ninguna, de momento. Lo único que pienso ahora mismo es... nada. El calentón que tengo no me deja mucho margen.

Montamos de nuevo en el coche y nos dirigimos al hotel elegido por mis «san valentinas». Ya está oscureciendo, pero la ciudad de Madrid parece que nunca duerme. Enfilamos la calle de nuestro hotel y, según dice el móvil de mi sexi copiloto, quedan tres minutos para llegar a nuestro destino. Las luces de las farolas perfilan el rostro de Hugo, tan ilusionado (y hambriento) como yo. Entramos en el hotel a través de un *parking* privado. Damos nuestras señas a la persona que nos atiende y hacemos el *check in* más rápido de la historia, sin bajarnos del coche siquiera.

El ambiente tranquilo e íntimo que se respira se nos va metiendo por cada poro de nuestra piel. Vamos calentando nuestros motores solo de pensar que por fin vamos a estar juntos. Entramos en la enorme habitación. Sus paredes nos envuelven en un clima de erotismo que nos excita más si cabe. Huele a secreto. El olor de lo prohibido hace que nos sintamos como amantes furtivos en uno de sus encuentros.

Avanzamos por la minisalita de estar en la que nos encontramos. Miramos a un lado y a otro embelesados con cada detalle. Nos llama poderosamente la atención una mesa perfectamente dispuesta para dos

comensales, presidida por una cubitera con una botella de champán (seguro que del bueno) y dos copas deseando que la espumosa bebida se derrame en su interior. A su lado, dos copas de postre, más grandes y también de cristal, se erigen llenas de fresas que hacen nuestra boca agua.

Con el apetito despierto, continuamos nuestra labor de investigación. Esta vez agarrados de la mano, llegamos a la enorme cama (no sé si después de esto seré capaz de volver a la nuestra de 1,35). Sobre ella, descansa una carta con el menú disponible para la cena. Huelga decir que no esperamos ni medio segundo para probar el colchón y, una vez tumbados, abrimos el díptico y comprobamos que, tal y como esperábamos, todo parece exquisito. Tan exquisito que, de repente, el pensamiento de lo carísimo que puede ser cenar aquí acude a mi mente (inoportuno), por lo que decido escribir a las artífices de este encuentro.

¡Hola, chicas, ¿cuánto placer tenáis pensado darnos esta noche?

Martina:

Pídele las delicias de brie con confitura de arándanos.
;) No te digo a dónde te subes...

Claudia:

¡Estás en todo incluido, guapa!

Os quiero, sois las mejores, chicas. :)

Las dejo en la mesilla mientras Hugo estira su brazo y hace la llamada que nos acercará un poquito más a ese cielo al que hace referencia Martina y del que hoy no queremos bajar. Servicio de habitaciones. Agradecidos, y mientras esperamos sendas cenas, seguimos haciendo hambre caminando por nuestra inmensa *suite*. La verdad es que solo la habitación ya es casi más grande que nuestra casa. Nos reímos al pensarlo.

Con curiosidad, seguimos indagando por la estancia. Descubrimos el amplio baño, donde hasta la taza parece de diseño..., la ducha de hidromasaje, kit completo de geles, champús, cremas y jabones (mucho para «meter en la saca» y llevar a casa. Somos españoles, ¿qué esperabais?), ocho mil toallas (¿cuántos hemos venido?) escrupulosamente dobladas y... ¡un secador! (qué emoción y qué importancia tiene para las mujeres este tema). Dejamos a un lado el baño y...

—¡Oh, mi madre! ¿Hugo has visto esto? —Mis ojos negros no pueden

estar más abiertos.

—¿Luego nos damos un bañito, no? —me pregunta mi marido alucinando con nuestro descubrimiento.

—¿Cómo puede ser que esta piscina sea solo para nosotros? —digo agachada mientras mis manos, sumergidas ya en el agua calentita, forman ondas con los dedos.

—¡Madre mía, cielo! Date la vuelta.

—¡Noooo! Esto es demasiado, mi amor. —Mi barbilla ya toca el suelo de la sorpresa.

—¿Cuánto hace que no lo hacemos dentro de un *jacuzzi* plagadito de burbujas?

—Cariño, creo que nunca —vocalizo con énfasis esta última palabra— lo hemos hecho dentro de uno.

—Pues prepárate para perder la virginidad, nena —dice guiñándome un ojo mientras ambos estallamos en una sonora carcajada.

Con nuestro ataque de risa, apenas podemos oír el timbre que nos indica que nuestra cena está lista. Nos dirigimos a la puerta y vaya que si está lista. Nos la han dejado con un sistema de pasaplatos. Es el «no va más». Parece que somos unos prófugos escondiéndonos, cosa que le da un morbo a toda esta historia...

Elegimos salir a la terraza, donde, además de la piscina y el *jacuzzi*, hay una mesa redonda muy cuqui, para saciar nuestra hambre. Disponemos los platos en la mesita y nos damos el lujo de disfrutar del cielo sobre nosotros. El techo que cubre dicha terraza nos protege del frío del exterior dejándonos, sin embargo, ver (y contar en una noche despejada como hoy) cada una de sus estrellas. El romanticismo de este lugar me embriaga. Nos embriaga.

Disfrutamos de un rato de lo más agradable hablando de nosotros, pero, sobre todo, mirándonos a los ojos, deleitándonos en cada gesto, en cada mirada cómplice. Saboreando la mutua compañía, que tanta falta nos hacía. Solo estando juntos. Solo los dos. Solos, por fin.

Con el último bocado, nuestros cuerpos comienzan a hablar por nosotros. Deciden que es la hora del postre. Así, comenzamos a desprendernos de la ropa. Lenta y sensualmente. Primero Hugo, quien se despoja con facilidad de la camiseta y los pantalones. Mi marido, quien me

pide ayuda con sus calzoncillos. Yo, encantada siempre de echar una mano, me aferro a la goma del bóxer y, lentamente, comienzo a bajarlo. Libero de una vez su miembro, que sale curioso y con fuerza, dispuesto ya a darme lo que quiero. Deslizo ahora su ropa interior por sus muslos, bajándolo por cada músculo de la perfecta anatomía de Hugo, hasta que queda en sus tobillos y él, con un suave movimiento de piernas y pies, lo deja fuera de juego.

Le observo de espaldas mientras se mete en el *jacuzzi*. Miro con disimulo mientras, escalón a escalón, va sumergiendo sus gemelos, sus muslos..., ummmm, su culo, terso, firme... Esa espalda ancha que me vuelve loca... Cada paso que da, va provocándome cada vez más calor en mi zona genital. Cuando termina de meter todo su cuerpo, y ya cómodo en una de las paredes, tomo el testigo. Sus ojos, muy atentos, no pierden detalle de mi sexi contoneo. No dejan de mirar cómo yo también voy dejando fuera de nuestro juego la blusa, falda, sujetador, braguitas... hasta que me meto junto a él. Con impaciencia. Con deseo. Con mucho deseo. Enlazo mis brazos en torno a su cuello y mi culo descansa sobre su firme miembro. A horcajadas sobre él, huelo su perfume embriagándome como si tuviera que llevármelo de recuerdo. Su boca, juguetona, recorre cada centímetro de mi cuello regándolo de infinitos besos que me saben a gloria.

Mi boca, intrépida, busca la suya. Nuestras lenguas hacen un pulso sin importar quién es más fuerte. Nuestros besos, a cada minuto más intensos y agresivos, despiertan a nuestras manos, que dibujan nuestras formas con frenesí. Nos acariciamos cada milímetro de nuestra piel, estimulando cada terminación nerviosa del organismo. Nos buscamos, nos encontramos, nos saboreamos. Deseo. Amor. Pasión. Nuestros cuerpos son uno, no dejamos espacio entre los dos. Me muevo rítmicamente sobre sus piernas, dejándome llevar por el balanceo de las burbujas. Me inserto en él. Una y otra vez. Miro sus ojos en blanco y su cabeza hacia atrás. Me pone muy caliente, lo que hace que me mueva más deprisa. Estoy muy cerca de llegar al primer orgasmo. «Sí, no pares», me dice Hugo excitado. Queda muy poco. Muy poco...

—¿Qué... es... eso? —digo todavía entre gemidos y tratando de no perder el ritmo.

—No hagas caso, sigue, por favor —jadea fuertemente Hugo.

—Es mi teléfono, Hugo. ¿Será importante? —pregunto casi sin

respiración, pero sin parar mi movimiento.

—Serán las chicas. No pares, cielo —habla su voz estrangulada.

—Lo siento. Tengo que ir —digo mientras me separo de Hugo, me levanto, salgo del *jacuzzi* y voy andando hacia la habitación dejando un reguero por todo el camino.

—¿Sí? —pregunto al interlocutor—. Claro, ahora mismo vamos para allá. —Cuelgo y miro a Hugo—. Cariño, era mi madre. Rubén no se encuentra bien. Tenemos que irnos —añado mientras mi marido se pone atolondradamente los calzoncillos, dando por terminada «nuestra fiesta».

25CLAUDIA

Recogemos lo que ha sobrado de *pizza* y nos vamos sirviendo cuidadosamente la que será la primera copa de esta noche. Charlando en el salón de mi casa, Paula y yo nos hemos puesto al día de todo lo acontecido en este tiempo. Llevamos horas sin parar de hablar. Yo le he contado con todo detalle mis vacaciones y ella me ha puesto al día de su situación amorosa. Estuvo quedando unas cuantas veces con un tal Luis, un chico que le encantó en un primer momento, pero con el que, después de quedar con él cinco o seis veces, vio que no tenía nada en común. Además, le fue desencantando por el simple hecho de que él no mostraba mucho interés en verla. Obviamente, se dejaron de ver. El otro día cuando se fue de cañas con las amigas del barrio conoció a Ignacio, fue un encuentro de lo más natural e inesperado, pero los dos se quedaron con ganas de más. Tras darse el teléfono móvil y alguna conversación por WhatsApp durante esta semana, las ganas de Paula por verle han ido en aumento.

—¡Es guapísimo, ya verás! Y tiene un amigo que te va a encantar.

—La verdad es que yo no tengo muchas ganas de fiesta... —Con lo bien que me quedaría yo aquí charlando hasta las mil y luego dormir plácidamente.

—¡Excusas no! Tú te vienes conmigo. —Me ordena regañándome con el dedo índice.

—Paulaaaa —rechisto alargando mucho la «a».

—¡Oye, te estás haciendo vieja! —me increpa.

—Sí —afirmo. No tengo ninguna gana de salir.

—Hazlo por mí, quiero ver a Ignacio, además nos lo vamos a pasar superbién —suplica, acaba de sacar su arma más poderosa, el chantaje emocional.

—Vale. —Resoplo resignada.

—Vamos a quemar Madrid —exclama entusiasmada. ¡Me estoy arrepintiendo!

—¡Vamos! —Vitoreo fingiendo entusiasmo.

Yo, sin muchas ganas de fiesta, me preparo para salir a darlo todo y quemar Madrid. Quiero que Paula vea a Ignacio y si voy a salir mejor que sea con ganas. Me miro y remiro en el espejo. Botas bajas de piel negras, medias negras, vestido gris y rosa entalladito con falda de tul, pelo suelto que cae por el hombro y un abrigo negro bien gordo. ¡Me gusta! Me siento cómoda y guapa. Así que con las llaves en la mano cierro la puerta y bajamos.

—¿A dónde me llevas?

—¡Ya verás! —contesta haciéndose la interesante.

Me dejo guiar por Paula, que me lleva a la inauguración de un nuevo bar que han abierto y está hasta los topes. Lleno de gente fuera y dentro nos adentramos a empujones en el local. El ambiente está cargado y la gente no para de bailar y cantar todas las canciones que van sonando y noto que me faltan un par de copas para soportar todo este gentío. No aguanto tanta gente junta. Y allí a empujones nos vamos haciendo un hueco hasta llegar a la barra. Pedimos una copa para cada una y un chupito, con la esperanza de que haga efecto antes y podamos encontrarnos, sobre todo yo, como pez en el agua.

Paula, de camino a la barra se va fijando en todos los chicos allí presentes con la esperanza de encontrar a Ignacio. Yo, incapaz de respirar y andar al mismo tiempo, solo voy pensando en mi copa. Víctimas todos de la moda y los estereotipos sociales miro alrededor como si de un zoológico se tratara. Observo y me parece que todos van vestidos si no iguales muy parecidos, pantalones pitillo y camiseta dos tallas menor. Así de entalladitos aprovechan y lucen sus horas de gimnasio resaltando sus músculos, y, muy prietos ellos, se van luciendo y pavoneando por el garito. En los gimnasios deben de tener también esteticista porque, para colmo, van con las cejas más depiladas que yo. Sinceramente, no me gusta nada esta moda. ¡Joder! Me estoy haciendo mayor, parezco mi madre cuando decía que iban todos enseñando el culo y que se les caían los pantalones. Dándome cuenta de mi hallazgo, ¡que cada día me parezco más a mi madre!, o sea, que me estoy haciendo vieja, invito a Paula a otro chupito, uno para cada.

—¡Por nosotras! —Bridamos las dos en la barra.

—¡Bienvenida! —grita Paula.

Y dispuesta a pasármelo bien vamos ubicándonos en el bar.

Encontramos un hueco que nos parece perfecto y allí las dos bailando y riendo nos vamos entregando y siendo uno más con el resto. Se nos acercan un par de chicos con la clara intención de ligar, yo discretamente hago como que no les veo y sigo bailando. Cuando se están acercando giro sobre mí misma dejándole a mi amiga el marrón o la decisión de saber qué quiere hacer con ellos. Yo, desde luego, nada. Veo que se le acercan y me quedo mirando la cara de Paula detrás de ellos. Ella intenta darles largas y a mí me entra la risa de ver el espectáculo desde el otro ángulo. Jamás pensé que pondría esas caras. Al final, ellos desisten y la expresión de Paula cambia, sé que acaba de ver a Ignacio.

—¡Es ese! —me dice sosteniéndome por el brazo.

—¡Hola! —Saluda él dirigiéndose a Paula y dándose los dos besos de rigor.

Hacemos las presentaciones pertinentes, están Ignacio y sus amigos Carlos y Sergio. Son chicos guapos, pero la conversación no fluye de ninguna de ambas partes. Mientras Ignacio y Paula se van acercando para bailar, al principio con alguna excusa, luego ya con ninguna, nosotros tres cruzamos miradas. Intentamos dialogar de tonterías, pero el silencio acaba ganando la batalla. Miro a mi amiga deseando que ella pueda disfrutar de la compañía de Ignacio. Dos cubatas más tarde mi amiga y el chico se han convertido en chicle, ya no hay quien los separe. Yo me alegro por ambas, ella se va con Ignacio y yo en breve a mi cama. En cuanto me aseguro de que Paula está contenta, segura y dejándome bien claro que hoy pasará la noche en casa de él, yo me dispongo a salir del garito. Me despido cariñosamente de mi amiga, no tanto del resto del grupo y, sola y sin compañías extrañas, salgo a la calle en busca de un taxi.

Llego a casa cansada, medio ebria y con ganas de meterme en la cama. Abro la puerta y me dirijo a la cocina, el hambre aprieta. Ura me mira desde el sillón y ni siquiera se inmuta, levanta levemente la cabeza para verme llegar y enseguida se vuelve a acomodar para seguir durmiendo. Me dirijo a la cocina, donde me siento y deleito comiendo los restos de *pizza* que han quedado de la cena. Después de recenar y beber por lo menos un litro de agua voy al baño para desmaquillarme, ¡eso es toda una hazaña en mí! Un rato después y con el pijama ya puesto, me meto en la cama saboreando el

momento. Primero un pie, luego el otro y cuando mi espalda toca el colchón yo ya estoy disfrutando, ahora sí, a tope, de lo que me queda de noche.

26 MARTINA

Qué dolor de estómago tengo, creo que se me ha quedado parada la comida. Y por lo menos hoy he podido comer algo. Desde que las chicas me dieron la noticia, ni como, ni duermo, ni hago pipí. Bueno, miento, pipí hago porque casi no lo retengo, si no, de lo mal que me encuentro, no lo haría.

Salgo un poco antes de la clínica y recojo a Cloe de su extraescolar.

—¿Qué tal en el baile, princesa? —le pregunto mientras le tomo de la mano para cruzar la carretera.

—¿En el baile, mami? Hoy no tenía baile... He ido a patinaje. —Me muestra uno de sus pies en alto sin soltarse de mi mano. Agradezco que sea tan obediente.

—Es verdad, cielo. Perdóname, que me he confundido —reconozco avergonzada a mi hija perfectamente ataviada con todo el equipo. Una cosa es estar un poco despistada y otra no interpretar la clara señal de que sus patines, regalo de cumple de su papi, puestos en sus pequeños piecitos, me indicaban que de natación no venía.

—No pasa nada. Es mi hermanita que hace que estés muy cansada, ¿verdad? —Argumenta con su lengua de trapo.

—Eso es, cariño. Pero, lo siento, no volverá a pasar. Bueno, y cuéntame qué tal en el patinaje.

—Muy bien —responde con su sonrisa de oreja a oreja—. Soy la que mejor patina.

—Hala, ¿sí? ¡Qué orgullosa está mamá de ti!

—Síiiii —sonríe henchida de satisfacción—, solo me he caído al principio. Y Paula muchas veces. Y Carlos todavía más. Y Juan se ha hecho daño...

—Vaya, pues sí que eres buena tú. Si todo el mundo se ha caído... —digo ya casi sin escuchar todas las hostias que han metido los recién estrenados compañeros de clase de Cloe.

—Sí. ¿Puedo patinar un poco por aquí? —pregunta la cría señalando el parque en el que nos encontramos.

—Claro, cariño. Vamos a aprovechar que no llueve. Enséñame lo bien que lo haces. —La animo mientras poso mi gran culamen en el primer banco que se cruza en mi camino y me acurruco dentro de mi abrigo para resguardarme del frío.

Mientras la pequeña Cloe se desliza ante mis ojos, me pierdo en mis pensamientos. Aunque de vez en cuando me encuentro con un «mira lo que hago, mami» e interrumpo mi reflexión con un necesario, esperado y reforzante «hala, qué bien» por mi parte.

No la pierdo de vista, aunque la única imagen que tengo en mi cabeza es la de ELLA. Otra ella. La ELLA, desconocida y rompehogares, de Daniel. ¿Quién será? ¿Cómo la habrá conocido? Supongo que será compañera del bufete porque salir... Daniel no sale mucho. Sí, seguro que será una compañera de trabajo. Y cuando me decía que tenía mucho lío en el curro... ¡Y tanto lío que tenía! Y si no es del trabajo... Lo único que hacía era ir a jugar al pádel con Hugo. Ostras, ¡cómo he podido ser tan imbécil! Lleva tiempo sin ir a jugar al pádel, el marido de Silvia lo dejó bien claro. ¿Estaría con ella todos los días de pádel con la excusa perfecta? «Bueno, frena, Martina. No te embales», me paro a mí misma. Quizá me está preparando una sorpresa durante estas semanas o meses. Un momento, Hugo no dijo desde cuándo Daniel no va a jugar con él. Dio a entender que era una buena temporada, pero... ¿Y la chica con la que le vieron? ¿Una prima que ni Claudia ni Silvia conocen? No me convence, pruebo con otra. ¿La encargada de una *boutique* exclusiva con la que ha tenido que hacer un aparte para encargarle un conjunto diseñado a medida para su querida esposa? Ridícula. Cada vez sueno más inverosímil.

Con la idea clara de que tengo una conversación pendiente, llamo a Cloe, quien detiene sus amagos de pirueta para acudir en mi busca. Daniel estará a punto de llegar. Si su trabajo o su amante se lo permiten. Porque lo tengo claro es que ELLA es su amante.

Llegamos a casa y, en el recibidor, una sensata Cloe se desprende de los patines bien aleccionada para no rayar el parqué. Inmediatamente, corre a buscar a su padre en el salón. Yo y la cornamenta con la que, con destreza e inteligencia, me ha ido coronando mi marido, entramos siguiendo a la niña decididas a entablar una productiva y, espero esclarecedora, conversación.

—Hola, cariño. —Me saluda Daniel. Cariñoso, como siempre. Me da un beso en los labios, como siempre últimamente.

—Hola —digo haciendo la cobra y con un tono de voz lineal—. Después de cenar hablamos. —Le emplazo.

—Claro, ¿todo bien? —pregunta sorprendido.

—Sí, luego hablamos. —Sentencio tajante poniéndome manos a la obra para prepararlo todo.

Después de una cena, bastante rica por cierto, con algún que otro contratiempo como un ligero traspies que casi termina en drama con Cloe besando el suelo y un Whatsapp revelador de Silvia, se avecina la verdadera tragedia. La tragedia clásica. Solo para adultos, por lo que Cloe ya duerme plácidamente en su cama de princesas.

—Pues tú dirás, Martina —dice Daniel desafiante.

—Creo que quien tiene algo que contarme eres tú. —Le paso el testigo directamente.

—No sé de qué me hablas —responde haciéndose el tonto.

—¿No? De acuerdo, te lo digo yo. Últimamente parece que te dejas ver con una mujer... —digo sin remilgos.

—Pues claro, Martina. Ya sabes que en el bufete hay muchas mujeres. ¿Qué tiene eso de malo? —dice con toda la normalidad e ingenuidad del mundo.

—Si solo son compañeras no tiene nada de malo, pero la cuestión es si solo son compañeras.

—¡Pues claro, tonta! —añade pensando en dar por concluida la conversación.

—¿Estás seguro? Porque te han visto fuera del horario laboral —inquiero de nuevo.

—Claro que estoy seguro, Martina. Y si me han visto fuera de horario o fuera de la oficina sería con algún cliente. Sabes que a veces nuestras reuniones son en territorio neutral —contesta con parsimonia ante mi cara de incredulidad.

—Claro —asiento fingiendo que le creo—, lo siento. He sido muy desconfiada...

—Ven aquí, no te preocupes —contesta condescendiente saboreando su

triunfo.

—¿Lo siento, eh? —digo de nuevo mientras me acerco a él, pero cuando casi me rodea con sus brazos, vuelvo a la carga—. Explícame ahora lo del pádel, que seguro que es otra paranoia que me he montado yo sola —digo con visible ironía.

—¿Cómo dices? —Se queda perplejo—. No te sigo, preciosa.

—A ver, Daniel, que sé que llevas mucho tiempo sin ir al pádel con Hugo.

—No. —Contradice esta vez con un ligero temblor de voz.

—Daniel... —digo con tono cansino. Y cansada.

—Bueno, he faltado algunos días, ya sabes, unos juicios complicados... —Se excusa tranquilo esta vez.

—Daniel, por favor —insisto cada vez más impaciente.

—¿Qué, Martina? ¿Qué quieres que te diga? —pregunta como si no pasara nada.

—A ver —digo ya un poco exasperada—, quiero saber la verdadera razón por la que has dejado de ir al pádel. Es por estar con ella, ¿verdad?

—Mar... —interrumpo su presunta nueva mentira.

—¿Quién es ella, Daniel? La mujer con la que te vieron el otro día.

—¿Pero quién me vio? —Desvía la pregunta con otra pregunta. Parece gallego.

—He preguntado yo primero —respondo categórica.

—No deberías fiarte de esa Claudia. Es un poco envidiosa y seguro que está celosa de lo mucho que nos queremos y lo bien que estamos.

—No fue Claudia, Daniel. Fue Silvia. La mujer de tu mejor amigo. ¿Ella también es una envidiosa? ¿Ella también tiene celos de nuestra superrelación basada en la mentira y los cuernos gigantes? —exclamo enfadada.

—¿Silvia? ¿Y dónde me vio? —pregunta intranquilo.

—Pues tú sabrás por dónde andabas con ella... —digo con calma.

—Ahhh —dice como que cae en la cuenta de algo—, puede ser que hace unos días estuviera con una amiga que vino al bufete y hacía mucho tiempo que no nos veíamos... Y la invité a tomar algo cerca del despacho.

—Ahhh —me hago la imbécil aunque ya me está poniendo negra—, seguro que es esa, sí. Esta Silvia que ve fantasmas donde no los hay... —

Vuelvo a mi compi la ironía.

—Tranquila, cariño, es normal que con Rubén tan peque... Está cansada... —dice disculpando a mi pobre, agotada y paranoica amiga.

—Sí, pobre. —Apoyo su argumento—. Está tan hecha polvo que no sabe ni sacar una buena foto, porque mira. —Le tiendo el móvil.

—A ver. —Daniel se queda sin palabras cuando observa la foto que le borra la sonrisa.

—Qué poco favorecidos, ¿verdad? El encuadre no es nada bueno. Yo no entiendo mucho, pero a los protagonistas no se les ve. Bueno, al chico sí. A ella, sin embargo, con tu boca succionando sus labios no se le aprecia bien.

—¡Ah, vale! —exclama tejiendo una nueva bola—. Ella es una prima de mi madre. Es muy cariñosa, la peque de los primos, ya sabes. Además, por el ángulo de la foto parece otra cosa...

—¿Me estás tomando por imbécil? —Mi grito lo escuchará hasta ELLA—. ¿Pero de qué coño vas?

—Martina... —Trata de hacerse hueco entre mis alaridos.

—¡Ya está bien, Daniel! No mientas más. Eres patético. —Concluyo a pleno pulmón.

—¿Que no mienta? ¿Quién empezó todo esto, Martina? —responde a la defensiva, ya pillado hasta las cejas.

—¿No estarás hablando en serio? —Alucino.

—Pues sí, Martina. No fui yo quien se tiró al primer tío bueno que se me puso a tiro.

—¿Con que esas tenemos no, Daniel? Muy bien. Pues que sepas que sé toda la verdad. Y desgraciadamente, no empecé yo. Desde hace un rato me ha llegado un mensaje de Silvia por el que sé que la mujer con la que estabas o estás, eso ya no lo sé ni me importa, es una cría. Tiene 23 años y trabaja en AECC. Es compañera de Silvia, Daniel. Y lleva meses alardeando de follarse a un casado. ¡Serás idiota! —Le tiro un trapo de cocina al pecho y me voy al salón.

—Lo siento, Martina. La he cagado —dice sin nada de arrepentimiento desde la soledad de la cocina, abrazando el trapo que ha recibido de golpe y sin que su mujer, o sea yo, le oiga ni haga el menor caso.

Lloro en el salón. Y lloro. Y lloro más. Quiero comer helado, pero no

quiero ver a Daniel. Ahora no. ¿Cómo puede ser tan mezquino? ¿Cuántas mentiras es capaz de inventar? Dios mío, ¿cómo hemos llegado a esto? Intento controlar mis pensamientos y mis impulsos de ir a cortarle la picha. ¿Cómo podía seguir mintiendo cuando ya lo había pillado? No tiene vergüenza, pienso totalmente decepcionada.

Escucho a Daniel por el pasillo camino a la habitación de invitados. Por lo menos tiene claro dónde va a dormir hoy. Me deja así vía libre hacia la cocina, por lo que voy y cojo la tarrina de helado más grande. Y con más chocolate. Al igual que mi amiga Silvia, pienso que el helado no entiende de estaciones y, en muchas ocasiones, es el mejor aliado para aliviar las penas.

De nuevo en el salón y con *Casablanca* en la gran pantalla, me hincho a comer helado como si cada cucharada borrara un poquito de la conversación mantenida con mi marido.

Y, como dice Rick, el protagonista de la película que tantas veces hemos visto juntos: «¿Nunca se ha parado a pensar si su causa merece tanto sacrificio?».

27 SILVIA

Por fin hoy nos dan el alta. En unas horas volveremos a nuestro hogar, dulce hogar. La preocupación y el cansancio de estas dos últimas semanas han hecho, irremediabilmente, mella en nuestro cuerpo y nos sentimos *sparring*.

Mientras nos preparan el alta y Hugo juguetea con nuestro peque, me pongo a pensar en cómo ha transcurrido todo...

Quince días antes...

Me bajo del coche casi en marcha y sin escuchar a Hugo quien, perplejo, me invita a ser paciente. ¿Que esté tranquila? ¡Este no me conoce!

Rubén está en urgencias y no puedo esperar ni medio segundo para que Hugo aparque. La histeria y la ansiedad que siento en estos momentos, unidas a la desorientación más que característica en mí, hacen que, después de dos o tres eternos minutos, me una con mi marido en uno de los intrincados pasillos del gran hospital, en el que andaba como pollo sin cabeza y del que mi marido me ha rescatado tras una simple y directa pregunta en el mostrador de recepción.

Juntos nos dirigimos a la puerta de urgencias de pediatría. Mis ojos cansados recorren esos rostros inocentes, esas personitas que juegan y dibujan ajenos al padecimiento que tienen. Admiro a los peques. Busco a mi madre con premura, acelerada. No está. Nos dirigimos, de nuevo, al mostrador, en el que preguntamos. Nuestro hijo está en el box número 5. Vamos para allá.

—¡Mamá! —Me abalanzo atolondradamente hacia mi bebé—. ¿Cómo está?

—Tranquila, cariño, está bien —me dice mientras, sin mirarla, beso la frente de Rubén.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunta Hugo acertadamente y, sorprendentemente, más calmado. ¿Cómo lo consigue?

—Ahora vendrá. El niño tiene fiebre y le han dado medicación. Lleva un ratito esperado a que le haga efecto. Se debaten entre una bronquitis,

neumonía... Esperemos al médico y mantengamos la calma.

—Gracias, mamá. ¿Qué haría sin ti? —La abrazo con fuerza dejando salir las lágrimas que luchaban por la libertad.

—Cariño, claro que sí. ¿Cómo sonríes tú a papá, eh? —Me deshago del reconfortante abrazo de mi madre para observar a mi niño deshecho en babas con su padre. De las babas del padre mejor ni hablamos.

—¡Ay, mi bebé precioso! ¡No me voy a volver a separar de ti! —afirmo besando los deditos de mi pequeño.

—Silvia, cielo, tranquila. Ya estamos aquí. No es culpa nuestra, ¿vale? —Me aclara Hugo tajante con una mirada seria y profunda que acompaña sus palabras.

—Lo sé, sí... Ya sé, ya... —digo siendo plenamente consciente de que mi escasa rotundidad no pasa desapercibida a mi marido.

—De verdad, Silvia —Hugo cambia su foco de atención y estrecha mis manos entre las suyas—. No podíamos esperar algo así. No te culpes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Acompaño mi falsa contestación con un movimiento leve de cabeza. Recibo el cálido beso de Hugo que, aunque sin duda me reconforta, no me hace cambiar de opinión. No quiero separarme de Rubén nunca más.

—Silvia..., que nos conocemos... —insiste.

—Pues sí, me siento fatal, Hugo. —Me derrumbo. Me hundo entre sus brazos, apoyo mi cabeza contra su pecho, el cual ahoga la retahíla de «autorreproches» contra mi persona. Mala madre es lo más bonito que sale de mi boca para morir en la camiseta ¿puesta del revés? de Hugo.

—A ver, cielo. Ha pasado esto, vale. No estábamos nosotros, vale. No pasa nada, estaba tu madre que... —y ahora se dirige a ella—, has actuado francamente rápido e impecable. Muchísimas gracias.

—Sí, gracias, mami —digo entre sollozos sofocando las lágrimas, que todavía pugnan por salir de mí.

—Tranquilos, chicos. Ahora vendrá el médico y vemos en qué situación nos encontramos —añade flemática mi heroína.

—Buenas noches, familia. Soy el doctor Fernández. —Se presenta el médico. Ya tenemos el resultado de las placas.

—¿Cómo está, doctor? —interrumpo—. ¡Ay, mi niño! ¿Qué te pasa? —digo histérica mientras ahora soy yo la interrumpida por mi marido que me abraza.

—Doctor, continúe. Perdone, está muy nerviosa. —Me disculpa Hugo.

—Nos enfrentamos a una neumonía. Hemos tenido suerte, pues aún está en una fase muy inicial. Debido a esta levedad, pienso que con unos días de antibiótico y en observación, estará como nuevo —su voz calmada nos da cierto sosiego a pesar del diagnóstico—. En un ratito le pasaremos a planta para que todos puedan descansar.

—Gracias, doctor —decimos a coro mientras el citado médico nos abandona en la pequeña consulta.

Minutos más tarde de la visita del doctor...

Despido a mi madre después de «obligarla a dejarnos». Tras incontables «ya nos podemos organizar» o «estamos bien, tranquila», Francisco viene a recogerla. Yo subo con Hugo y el bebé, que ya están instalados en la habitación. Saludo a los otros inquilinos y me siento en la que será mi cama esta noche.

—Vete a descansar, cielo —insto a Hugo a dejar el hospital.

—Vale, mi amor. Estaré aquí a primera hora —me da un beso en la frente y se despide—. Tranquila, intenta descansar.

—Lo haré. Igualmente —respondo ya acomodada, que no cómoda, en el sillón al lado de mi bebé.

Este fue el punto de partida de estas dos duras semanas de pernoctar en el hospital, de los desfiles de médicos con sus buenas y no tan buenas noticias, de los cambios de suero, los ajustes en la medicación, las toses, fiebres... Dos semanas eternas con sus trece largas noches, con sus turnos dignos de la mejor de las empresas, en este lugar tan poco acogedor.

Mi mente inconscientemente ha recordado durante estos días las largas estancias en este desolador edificio. Hace ya catorce años que abandonábamos estas paredes, testigos de los peores días de nuestras vidas. Continentes de sollozos y angustia. Observadoras silenciosas de besos y caricias paliativas. Muros de lágrimas contenidas y guardianas de los últimos momentos vividos con él.

Rubén, «Beni» para los amigos y «papi» para mí, se despidió del mundo

demasiado pronto. Con muchas cosas por hacer y millones de besos por repartir, nos abandonó por obligación lleno de asuntos pendientes.

Era un trabajador incansable. Tanto que en la corona de flores que pusieron sus compis de curro en el tanatorio ponía: «Lo que ha tenido que pasar para que te estuvieras quieto...». En casa tampoco paraba. Era un culo inquieto. Siempre supe que no me conformaría con una pareja que no fuera como él. Creo que puedo afirmar que lo conseguí. Papi, estarías muy orgulloso de Hugo. Y de mí, por mi acertada elección.

Beni era una gran persona. Llevaba la bondad por bandera. Y no lo afirmo por esta costumbre que tenemos de «santificar» a todo el que fallece, aunque fuera un mal bicho. Él era bueno, de los de verdad. Regalaba generosidad, amabilidad y dulzura allá por donde pasaba. Con quien se lo merecía y con quien no tanto. No hacía distinciones de este tipo con las personas, se mantenía fiel a su personalidad y a su corazón.

Mi madre fue reina gracias a él. Con sus atenciones, sus cuidados y su amor incondicional hacia ella, mi madre llevó su corona en alto durante todo su matrimonio. Nunca le faltó de nada que él pudiera darle. ¿Cómo no iba yo a creer en el amor viviendo su día a día en casa?

Yo logré ser princesa, sin presentar el telediario. Logré ser la segunda persona más importante en la vida de mi padre. No la primera. Mi madre llegó antes que yo a su corazón y nunca busqué quitarle ese puesto. Ahora entiendo lo importante que es no desbancar a tu pareja ante la llegada del nuevo inquilino.

¡Aprendí tantísimo de mis padres! Ellos me enseñaron a creer en el amor. En un amor puro, sin dobleces. Un amor sincero y generoso. Un amor para siempre.

Un cáncer fulminante nos arrancó a mi padre de nuestro lado en apenas unos meses. Meses en los que mi madre y yo fuimos trabajando para salir adelante. Semanas de entrenamiento para una vida sin él. Días y días de dolor, de tristeza y de disimulo.

Sí, en el aparentar estaba nuestra rutina. Estar con él como si no pasara nada. Como si la vida no se estuviera escurriendo entre sus dedos. En disimular nuestro dolor interno, que pugnaba por salir pero aprisionábamos tras nuestra amplia sonrisa.

No podíamos permitirnos que sus últimos momentos con nosotras estuvieran marcados por algo que no fueran caricias, risas o besos. Le llenábamos de todo ello como si no hubiera un mañana, pues ciertamente no sabíamos si lo iba a haber.

La esperanza nos acompañó hasta su último aliento, tras el que nos abandonamos en un interminable abrazo que cerraba esta dura etapa que, siendo conscientes de que nunca olvidaríamos, estábamos seguras queríamos superar.

Atrás quedaron, por tanto, los malos momentos vividos, pero siempre permanecerán los domingos comiendo *goxua*, postre típico de su pueblo, que nos hacía para que nos chupáramos los dedos. O los sábados de paella, las tardes de manta y peli o los largos paseos por el monte cuando visitábamos su tierra, en el norte. Las risas y los buenos recuerdos, afortunadamente, nunca nos abandonan.

Como en la inopia, sumida en mis pensamientos, cojo a Rubén en brazos. ¡Madre mía, te pareces tanto a él! Sonrío y me adentro en la puerta giratoria del hospital haciéndome la firme promesa de que seré una buena madre y lograré, con solo mirar a Rubén, saber si tiene siquiera una décima de fiebre. Cuando salgo, Hugo ya ha acercado el coche a la puerta del hospital, cosa que le agradezco, pues hace un frío que pela el moco. Sale, me ayuda a colocar al nene en su sillita y ambos nos acomodamos, cada uno en su sitio correspondiente, en el calor de nuestro coche para dejar atrás estos días, este lugar y correr un «estúpido velo».

28CLAUDIA

—Un cortado, por favor.

—Uno cuarenta —responde el camarero con cara de pocos amigos.

—¿Ya? —pregunto casi extrañada de la rapidez del camarero. Está claro que he vivido a otro ritmo... y ya lo echo de menos.

En cuestión de lo que me parecen dos segundos y medio tengo un café hirviendo sobre la barra y me sorprende la rapidez con la que el camarero y la vida en general pasan o se atropellan en Madrid. Sinceramente, no me gusta. Me quedo analizando qué vidas e ideas tan distintas de la vida, de la muerte e incluso del tiempo tenemos. En Tailandia era extranjera y su manera de vivir me parecía extraña, pero, ahora que estoy aquí, me veo cuestionando y observando todo con distintos ojos. Nada vale ni tiene el mismo valor de antes. Miro, callo y vuelvo a mirar. Estamos acostumbrados a vivir a un ritmo frenético sin cuestionarnos mucho más. ¡Y la vida nos atropella! ¡En fin! No sé cuánto durará esto. Supongo que hará falta un tiempo de readaptación después de un viaje así. Por lo visto tres semanas no son suficientes. Pero no creo que olvide fácilmente lo vivido, saboreado y conocido. Esto es algo que siempre que lo recuerde me sacará una sonrisa, qué maravillosa experiencia.

—¡Hola! —Oigo la voz de Jon a mi espalda, que hace que salga de mi pasmo. ¡Puf! ¡Qué pereza!

—Hola. —Saludo cortante, no me apetece verle.

—Un cortado, por favor. —Pide, situándose junto a mí en la barra.

—Voy al baño, ahora vengo —le explico sonriendo mientras voy cogiendo aire por el camino. Se me remueve el estómago, pero de forma muy distinta a las veces anteriores. No puedo evitar sentir una mezcla de sorpresa, nerviosismo y rabia. Necesito coger fuerza para verle otra vez. No quiero verle, pero vamos a trabajar juntos, así que lo mejor que puedo hacer es intentar normalizar esta situación, me digo a mí misma. Ya en el baño, me encierro y me sitúo enfrente del espejo. Venga, Clau, este no es para ti, me digo en voz alta. ¡No es para ti y no lo quieres para ti! Aunque en el momento no sepamos verlo, a veces lo mejor que nos puede pasar es que no haya

podido ser. Me hubiera hecho pedazos estar con alguien como él. No fue, no pudo ser y, aunque en el momento me hubiera gustado agarrarme a él, hoy agradezco con todo mi ser que no haya pasado. Así que me miro en el espejo, me sonrío porque creo que la vida me sonrío al alejarme de él y vuelvo a la barra. Vuelvo entera, segura, decidida, agradecida y algo incómoda, no voy a negarlo.

—Hola, ¿qué tal? —pregunto buscando cordialidad.

—Bien, ¿tú que tal? ¿Cómo te han ido las vacaciones? ¿Más relajada?

—Sí, muy bien. —¡Uf! Mal empezamos, ¡es que no le aguanto!

—¿Estás más tranquilita?

—¿Qué tal en el laboratorio? —espeto cambiando de tercio porque mi mala leche está asomando y me lo quiero cargar. ¿Se puede ser más gilipollas? Que mi relax y cortesía se están viniendo abajo...

—Bien, bien. La primera semana un poco estresado por aprender todo, pero parece que ya le voy pillando. Y con los compañeros muy contento.

—Me alegro. —Miento como una bellaca.

—¡Hola! —Saluda Paula desde la puerta al tiempo que se queda boquiabierta de vernos hablar a los dos juntos y solos.

—¡Llegas tarde! —le digo riendo para mis adentros intentando descifrar lo que estará pensando.

—¡Perdona, cariño! ¿Vamos?

—¡Sí! Hasta mañana, Jon.

—Hasta mañana. —Noto que su mirada me recorre de arriba abajo y me estudia. Yo, simplemente, me giro toda digna para no volver a mirarle.

Salimos del bar y nos dirigimos a otro situado cerca del parque del Retiro donde hemos quedado con los compañeros de la universidad. Desde que acabamos no nos hemos vuelto a ver. ¡Ya han pasado seis años! Sabemos que no acudirán todos, pero las ganas de verlos nos emocionan. Llegamos y vemos por qué han elegido ese bar en concreto, tiene una zona para los niños y es que estamos en esa edad en que los críos empiezan a florecer, parece la primavera infantil donde los brotes dan sus frutos. No hay mucha gente, la verdad, somos unos diez y casi el mismo número de niños que anda correteando de aquí para allá. Paula tiene muchas ganas de ver a Fran, es su amor platónico desde que entramos a la universidad. Fue tan platónico, que

jamás se atrevió a dirigirle la palabra, lo veía como inalcanzable. Si no lo supiera, nunca hubiera pensado que Paula se pudiera sentir así con nadie, pero con él le pasó.

Cuando llegamos y saludamos a todos los allí presentes, nos ubicamos con nuestras bebidas en una mesa. Por desgracia para Paula, no hay ni rastro de Fran. Contamos con un pequeño espacio para todos, pero no necesitamos mucho más, porque al estar rodeados de niños nadie está sentado más de dos minutos seguidos. Como en la mesa no para nadie nos levantamos al lugar donde están madres e hijos. Las conversaciones se centran en ellos, los protagonistas, los hijos: que si mira cómo anda el mío, cuándo empezó a hablar eeste, la mastitis que tuve, a este no le salen los dientes, ella es muy lista, que si lo que come este, aquel, los zapatitos que le quedan justos, quítale los mocos, cuídale un poco que voy a vigilar a su hermana... ¡Y aquí estamos! Las dos muertas del asco viendo cómo ha pasado la vida para cada una de nosotras y sin poder mantener una conversación de más de un minuto y medio con ninguna. Una de las madres, que viene con padre y él se hace cargo de los hijos mientras ella cotillea con todas, es Ana. Nunca me cayó bien y ella, que sí tiene tiempo y ganas de chismorrear, se nos acerca.

—¿Y tú para cuándo? —me preguntan directa sin ni siquiera saludar primero. Doy por hecho que cree que sigo con Ramón.

—No, yo no... Ramón y yo lo dejamos.

—¿Ah, sí? ¿Estás soltera? —pregunta Ana triunfal viendo en eso un fracaso.

—Sí. —¿Eres idiota o qué te pasa?

—Pues si quieres tener hijos...

—¿Perdón?

—Bueno, es cosa de la naturaleza, no es que lo diga yo... Hay una edad para todo...

—Ya, ya lo sé. Pero bueno todavía no tengo treinta.

—Bueno, ya no te queda nada...

—¿Qué tal tú? —pregunto intentando hacer caso omiso a lo anterior, pero ya revuelta.

—Yo muy bien, mira con mis dos tesoros, Julia y Fernando. Son lo mejor que me ha pasado en la vida, de verdad, los hijos son el mayor regalo

del mundo. —Se pavonea sonriendo y mirándonos con cara de pena.

—Son muy guapos, sí. Paula y yo estamos trabajando juntas en el mismo laboratorio —añado para cambiar de conversación.

—¡Qué bien! Y tú Paula, ¿tampoco tienes hijos? ¿Sigues tan loquilla como antes?

—Sí, bonita —escupe.

—¡Se os va a pasar el arroz! —Suelta la pulla con la mejor de sus sonrisas y simulando educación. ¡No la aguanto más!

—¿Cuántas veces follas a la semana? —pregunto arisca.

—¿Qué? —Se echa las manos a la cabeza mientras Paula desconcertada me mira perpleja.

—Me has oído bien, sí. Quiero saber cuántas veces follas a la semana. Es una pregunta incómoda y personal, ¿no? Pensarás que a mí qué me importa. Pues la verdad es que me importa una mierda.

—... —Los ojos de Ana están a punto de salirse de las órbitas. Me mira desconcertada.

—Igual no te quiero contar si quiero o no tener hijos. Igual no me quieres contar si follas o no con tu marido, o si os ponéis los cuernos, o si has tenido hijos porque tu marido no te hace ni caso y es una manera de que se quede contigo, o si en estos momentos tu vida es maravillosa o si el hijo es deseado o un parche para tu vida... No sé, creo que a veces se hacen preguntas muy a la ligera.

—¡Estás amargada!

—¡Ya! ¡Y tú no! Solo eres una cotilla patológica que cree que ha triunfado en la vida por seguir el esquema mental que la sociedad marca, sin replantearte siquiera si ese es el tuyo o no. Además de eso, te crees superior y te gusta restregar a la gente que no está a la altura. Igual que sé que estoy más vieja que hace seis años, porque tengo espejo en casa, también sé la edad biológica para tener o no un hijo. Que yo decida o no tenerlo no es asunto tuyo. Y me parece una cuestión tan personal que no sé cómo no te da vergüenza hacer ese tipo de preguntas mirando por encima del hombro y creyéndote superior. ¿Sabes si lo dejamos Ramón y yo porque él era estéril? ¿O sabes si he tenido algún problema médico y no puedo ser madre? ¡No sabes nada! Y no, nada de eso me ha pasado, no tengo hijos porque no me da

la gana y punto. Pero ni siquiera me has preguntado sinceramente si estoy bien o mal. Solo querías cotillear. Así que déjame en paz y ten más cuidado con tu boca.

—¡No me hables así! —interviene cuando sale de su pasmo.

—No me juzgues ni cuestiones mi vida por ser diferente a la tuya. Yo no quiero la tuya y tú no quieres la mía. Pero eso no nos hace mejores ni peores a ninguna de las dos. Simplemente hay caminos diferentes y cada uno que escoja el suyo sin hacerle sentirse peor al otro.

—Yo por lo menos tengo educación.

—No tienes ninguna.

—Yo no te he insultado.

—Yo tampoco.

—Eres muy soez.

—Preocúpate por lo que eres o dejas de ser tú. A mí déjame en paz.

—¿Esa no es Clara? —pregunta Paula cogiéndome del brazo y desviándome a otra dirección.

—Vamos —respondo.

—Soy tu fan número uno —me susurra al oído entre risas.

—Creo que me he pasado —musito arrepentida.

—Se lo merece, lo que no sé es cómo todavía no se ha llevado una hostia de alguien, ¡que le den!

—Ya, pero... —mascullo arrepentida.

—Déjalo, Claudia.

—¡Mira quién está ahí! —le digo señalando al horizonte.

—Es Fran, está igual que en el colegio, bueno más guapo si cabe. ¡Ay!
—suspira Paula que se pone nerviosa y me estrecha la mano.

—¡A por él! —la animo.

Y después de haber vomitado sobre Ana mi mierda y la suya, cansada de que me digan y me juzguen por cómo debo vivir mi vida me doy la vuelta y me pongo a charlar con Clara. Es la más pija de todo el colegio, pero, a diferencia de Ana, nunca la he oído juzgar ni criticar a nadie. Simplemente, vive su vida. Aunque no tengamos nada que ver, me cae bien.

29 MARTINA

Salgo del trabajo y no sé qué inventarme para no llegar a casa. Quiero coger a mi hija y resguardarme en otro lugar lejos de mi marido, lejos de lo que hasta ahora consideraba mi hogar, pero siento que no debo. Cloe no se lo merece.

Desde hace unos días, más bien desde la discusión, la tensión se palpa en casa y la distancia que hay entre nosotros es remota. El hogar se ha convertido en un teatro para hacerle creer a Cloe que todo está bien mientras nosotros somos los títeres que, intentando recomponer nuestro matrimonio y albergando una enorme esperanza de volver a sentirnos en familia, actuamos casi de forma autómata lanzándonos puñaladas una detrás de otra. Solo espero que pronto pase, que pronto nos perdonemos el uno al otro y cada uno a sí mismo. Así que, cabizbaja y con sentimientos encontrados de dolor, rabia, esperanza y amor, me adentro en mi casa y en lo que estos días ha sido mi propio infierno.

—¡Hola! —Saluda Cloe, señal de que Daniel también está en casa.

—Hola, cielo. —Y le doy un millón de besos. Es mi mejor medicina.

—¡Papá ha dicho que hoy vamos a cenar *pizzas*! —grita exaltada.

—¡Qué bien! Desde la discusión tenemos la nevera bajo mínimos.

—¡Hola! —Saluda Daniel mustio.

—Hola —contesto escueta.

—¿Llamamos al de las *pizzas*? —insiste Cloe.

—Venga. ¿Daniel, llamas tú?, yo mientras voy a cambiarme.

—Claro. —Desde la última discusión está más condescendiente, creo que fruto de la culpabilidad.

Me dirijo a la habitación, donde me cambio de ropa y me refugio en mis pensamientos, es como si intentara protegerme. ¿Habrà vuelto a estar con ella? ¿Me habrá engañado con más chicas? ¿Por qué me mintió cuando ya le había pillado? Tanto tiempo haciéndome a mí sentirme culpable... ¿Y él estaría haciendo lo mismo? Sí, claro que estaba haciendo lo mismo, ¡por eso me perdonó! Pero si él ya estaba con la niñata esa desde hace tiempo. ¿Es que

era algo más que sexo? ¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿En qué nos estamos convirtiendo? Suena el timbre, que me obliga a parar mis cavilaciones. Lo agradezco sobremanera. Cojo aire, todo el que puedo acaparar y como si renovara mis fuerzas por dentro, y sin más remedio, me levanto para cenar con mi hija. Él está después, mucho después de ella, si pudiera no cenaría con él.

—¡Ya está! —Cloe está como loca mientras Daniel va cortando las porciones de la *pizza*.

—Todavía vas a tener que esperar un poco, está caliente —digo a mi impaciente hija sirviéndole un pedazo en el plato.

—¿Sabes qué, mamá? Pedro me ha invitado a su cumpleaños.

—¿Ah, sí? —Me alegro de lo contenta que está.

—Sí —esta vez responde Daniel intentando ser partícipe de la conversación y actuar con normalidad—, su madre me ha dado la invitación. Ya le he dicho que yo la llevaré y así tú estás tranquila en casa —dice guiñándome el ojo.

—¿Su madre es la soltera? ¿Esa que tiene 25 añitos? —suelto atravesándole con la mirada.

—¡Sí cariño, sí! Pero si prefieres vas tú, sales corriendo de trabajar y luego vienes y te me quejas porque estás cansada, ¿prefieres hacerlo así? —pregunta con sarcasmo extremo.

—¡No sé qué hacer, cariño! La verdad es que no me quedo tranquila de ninguna de las dos formas, no sé si me entiendes —espeto con énfasis.

—No, no te entiendo, Martina.

—¿No? ¿No entiendes que no sé cómo vas a actuar?, ¿no entiendes que no sé si te vas a dejar llevar por un impulso dejándote arrastrar por la lujuria...? —Quiero decir «lujuria», pero no delante de mi hija. ¡Ay Dios, mi hija! La ira y la impotencia me han ido consumiendo hasta el punto de olvidarme de que estaba ahí.

—¡Quiero ir con la abuela! —murmura entre sollozos con sus ojos encharcados y asustados que nos miran incrédulos. Y cuando ve que nuestra atención recae en ella vomita la única porción de comida que se había llevado a la boca.

—¿Ves lo que has hecho? —me increpa Dani enfadado.

—Lo siento, cariño —digo cogiendo a Cloe. Y me muerdo la lengua para no contraatacarle ahora, parece que lo único que sabe hacer es echar la culpa sin sentirse responsable de nada.

—Cojo a Cloe y la meto en la bañera, sé que le gusta, y además de consolarla me gustaría que se fuera tranquila a dormir. Estamos en un punto en el que no puedo conseguir la calma que necesito para tranquilizar a mi hija delante de Daniel. Mi marido se queda limpiando la cocina, luego, como cada noche, le leerá el cuento, así tendrá ración de los dos.

—Mamá, ¿qué pasa? —interpela con preocupación.

—Nada, cariño, a veces los mayores también nos enfadamos.

—¿Os vais a pegar?

—No, cariño, ¿por qué dices eso?

—Como Juan y Pedro hoy, que se han enfadado y se han pegado en el cole...

—No, cariño. Nosotros solo estamos discutiendo. Ya sé que no es bonito, pero se nos pasará, ya verás. Los mayores a veces también discutimos.

—¿Le vas a pedir perdón? —Trago saliva. Quiero llorar, cómo explicar esto a una niña tan pequeña...

—Cloe, es hora de ir a la cama, nosotros nos vamos a pedir perdón y mañana todo estará bien. Quiero que sepas que los dos te queremos mucho.

—Eso ya lo sé —sonrío aliviada y reconfortada, me alegra que no dude de eso.

Es Daniel el que acuesta a nuestra princesa y en poco tiempo viene en mi busca.

—¿Eras tú la que tanto se preocupaba de no discutir delante de nuestra hija? —me suelta hostil.

—Lo vuelves a hacer.

—¿Hacer el qué? ¿Decirte la verdad?

—¡Ja! —suelto irónica—. ¡No! Hacerme sentir culpable. Como todo este tiempo que mientras tú andabas con otra por ahí, has estado jugando conmigo.

—Como tú lo hiciste conmigo.

—No compares, Daniel. Yo llegué y te lo conté, y desde ese día me he estado sintiendo culpable, y tú has hecho reafirmarme en ese sentimiento. Cada día, cada minuto, has visto cómo lo sufría delante de ti y tú mientras seguías follándote a esa niña.

—Los dos somos culpables.

—Sí, pero tú más.

—Los dos hemos hecho lo mismo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que te crees tu propia mentira?

—Mar...

—Te lo confesé y tú decidiste castigarme. Decidiste no contarme nada y luego perdonarme sabiendo que cada día yo me sentía responsable de haber estado con otro. Mientras tú te tirabas a la niña esa, y lo hacías desde mucho antes. Yo te lo confesé y cada día me castigaba por haberte hecho sentir mal, por creer que estabas sufriendo, y tú decidiste regodearte en verme sufrir a diario y dejarlo estar ¡esa es la diferencia! —interrumpo enérgica, colérica y llena de ira.

—Sí, yo estaba con la niña esa. ¿Y cómo sé yo que tú no estuviste con él más tiempo, o que no estuviste con muchos más? ¿Cómo sé yo que quieres estar conmigo?

—Esas mismas preguntas me hago yo cada día —siento que no puedo más. Rompo a llorar, siento que todo esto se va a la mierda. Una punzada en mi estómago, un retorcijón..., es algo más doloroso que hace que contraiga cada músculo de mi cuerpo y me doble en dos. Noto un líquido cayendo por... ¿mi vagina? Me asusto. Me quedo petrificada al ver mis pantalones de pijama mojados... y de un color entre rojo y marrón.

—Martina —exclama Daniel con la cara desencajada.

—Llama a una ambulancia —pido aterrada.

30 SILVIA

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo princesa, cumpleaños feliz. —Suenan la melodía suave, delicada, como un susurro dulce en mi oído.

—Así podría despertarme cada mañana. Gracias, cielo —beso a Hugo mimosa—. ¿Qué hora es?

—Temprano, puedes dormir un poquito más. ¡Es sábado!

—¿Sábado? ¡Qué bien! —remoloneo—. ¿Y Rubén? —pregunto precipitadamente buscando por toda la habitación.

—Ya le he dado el biberón y lo he metido en la cuna, tranquila. Pensé que así podías disfrutar de estar en la cama tú sola.

—Gracias, cariño. Aunque..., contigo tampoco me importaría —digo juguetona mientras Hugo se agacha y me regala un tierno beso en los labios.

—Primero tienes que catar esto —dice girándose para coger algo del mueble.

—¡Hala! —Se forma una sonrisa tan amplia que se sale de mi cara mientras señalo la bandeja que sujeta Hugo en sus manos.

—Un succulento regalo para la cumpleañera —afirma mi marido depositando el desayuno en mis piernas.

—¡Oh, cariño! ¡Me encanta! —exclamo escrutando con los ojos muy abiertos (para las horas que son) el zumo de naranja, el chocolate caliente y los churritos caseros que me dicen «cómeme» desde mis muslos—. Siéntate conmigo —añado mientras golpeo con la palma de la mano su sitio de la cama.

—Si insistes —bromea Hugo colocándose a mi lado—. Hay que hacer caso a las personas mayores.

—¡Oye, chavalito! ¡No te pases! —le recrimino mientras le amenazo apuntándole con un churro mojado en chocolate.

—Perdona, perdona —dice con las manos en alto—. Seguiré metiéndome contigo cuando hayas terminado de comer.

—De acuerdo, acepto pulpo. —Concluyo para seguir disfrutando de mi rico desayuno.

Mmmmm. Está delicioso. No puedo dejar de chuparme los dedos, los labios... Me relamo una y otra vez. Pero lo mejor de todo, el detalle. Me ha gustado muchísimo que mi marido haya tenido este gesto conmigo, pues estos últimos meses ambos hemos estado tan volcados en Rubén, que nos hemos «descuidado» un poco el uno al otro. Pero, aun así, sé que me adora y me lo ha vuelto a demostrar.

—¿En qué piensas? ¿O está tan rico que no puedes ni pensar en nada? Porque eso para una mujer sería difícil, ¿eh?

—No —digo muy seria, acompañando mis palabras con un leve movimiento de cabeza.

—¿No qué?

—Que no está rico. —Observo su cara de pasmo—. ¡Está riquísimo! —sonrío, ahora sí, abalanzándome hacia él (lo que la bandeja sobre mis piernas me permite) y dándole un beso manchado de chocolate del que él intenta zafarse sin éxito.

—Pues esto no es todo —dice mientras se limpia la cara—. ¡Tengo más sorpresas! Prepárate para pasar un fin de semana que espero sea inolvidable —añade entusiasmado mientras se levanta de un brinco, coge la bandeja ya vacía y se dirige a la cocina.

Desde luego, mis recién estrenadas 36 primaveras no comienzan nada mal. Estoy deseando ver qué tiene preparado Hugo para mí, pero creo que podrá esperar unos minutillos, los justos para que mi cuerpo se deje caer de nuevo sobre el viscoelástico colchón. Una parte de mí quiere levantarse ya para empezar a disfrutar de mis sorpresas, pero las seductoras sábanas, que me tienen atrapada y siguen pegadas a mi cuerpo, le disuaden de su propósito. ¡Maldita pereza que lucha (y gana) contra mi deseo!

—Cariño, levántate ya, que nos tenemos que ir poniendo en marcha. — Se asoma Hugo al marco de la puerta mientras observo, por su pelo mojado, que acaba de salir de la ducha.

—¡Voy! —digo levantándome bruscamente, desprendiéndome de la pereza y dejándola en las embaucadoras sábanas—. ¡Voy a la ducha! —grito al aire.

Lo primero que hago, como siempre, es dirigirme al cuarto de baño, ¡qué raro!, la puerta está cerrada y cuando la abro... mis ojos

irremediabilmente se dirigen al espejo. Parpadeo varias veces porque no puedo creer lo que estoy viendo. Me pellizco. ¿Estaré soñando? Qué gilipollez me ha parecido siempre lo de pellizcarme. A ver, Silvia, al grano, que me levanto, miro al espejo y... en letras preciosas escritas por los dedos de Hugo sobre un espejo totalmente empañado... Muy empañado. ¿Cuánto rato habrá estado duchándose y a qué temperatura para dejarlo así? No viene ahora al caso. Señores ecologistas, de nuevo, lo siento. Es un padre primerizo que no sabe lo que hace. Bueno, lo que nos importa ahora es lo que pone en el espejo: «Primera pista». ¿Qué romántico, verdad? No, lo bonito viene ahora. Separado por una carita sonriente, añade: «Te quiero hasta sin maquillar». Sonrío de oreja a oreja y me pongo a dar saltitos y palmaditas como una niña mientras, entusiasmada, grito: «La gymkana del amor, la gymkana del amor». ¡Nunca he hecho una! Emocionada, corro en busca de mi marido, quien está ocupándose de Rubén (me había olvidado de mi hijo, je, je) y me cuelgo de su cuello. Del de Hugo. Para que me cuelgue del de Rubén tienen que pasar por lo menos trece años.

—¡Gracias, cariño! ¡Qué ilusión! —digo interrumpiéndome por mis besos.

—¿Has encontrado ya la pista? —dice sonriendo pícaro.

—¡Sí! ¡Yo también te quiero sin maquillar! O sea, ¡siempre! —le contesto bromeando mientras mi marido se parte de la risa.

—¿Entonces?

—Entonces voy a mirar en mi estuche de pinturas —le contesto mientras me encamino a la puerta.

—¿Aun sabiendo que me gustas sin maquillar vas a por esos potingues?

—¡Hasta sin maquillar! —le aclaro—. Lo que no quiere decir que maquillada no me quieras —digo analítica bromeando.

—Sabía que me llevarías la contraria, pequeña —me grita mientras salgo disparada como la citada niña la mañana del 6 de enero.

—Y yo que no podías ser tan rebuscado —añado partiéndome de la risa.

Dejo a mi marido riéndose a carcajadas con Rubén en brazos y me dirijo de nuevo al baño. Ya no queda nada de ese «vapor mensajero» que minutos antes me hacía sonreír, pero mi objetivo es el maquillaje. Abro el armarito, saco el estuche y rebusco dentro. Enseguida mis dedos tocan un canutillo

cerrado con un lazo azul. Arranco la lazada y despliego el papel. Ante mí, la segunda pista: «Segunda pista: quiero una *baguette*. Blanquita, ya sabes». Sé a dónde tengo que ir.

Sonriendo, me presento de nuevo en la habitación del bebé. Observo a Hugo, con Rubén ya metido en su sillita de paseo y vestido (bastante combinado, he de decir), dispuestos a salir.

—¡No tardo nada! Ahora sí, voy a ducharme y a arreglarme.

—Ay, Rubén, prepárate para estos «no tardo nada» de las mujeres. A diario las tendrás que esperar una media de una hora mientras se arreglan, pero si el acontecimiento para el que se preparan es importante... ¡te sacas el doctorado!

—¡Capullo! —Le saco la lengua a Hugo.

—Bueno, cariño. Supongo que has adivinado la siguiente parada, pero yo me voy a ir adelantando a dejar a Rubén en casa de mis padres. Confío en tu inteligencia y tu instinto de mujer para que nos veamos en un rato. Despidete del peque hasta mañana. ¡Comienza la aventura!

—¡Acepto el reto! —digo mientras, emocionada, me despido de mi querido bebé.

Ya sola en casa, me pongo a dar brincos. Todavía con la segunda pista en las manos, releo la primera frase que escuché de los labios de un Hugo entonces desconocido para mí. Así que decido ducharme y vestirme, por fin, para ir hacia allí. La ilusión por seguir descubriendo pistas hace que me arregle como Speedy González y en escasos veinte minutos me planto en la panadería en la que nos conocimos.

—Buenos días, Marisa. Quería... Bueno..., Hugo... —digo sin saber qué decir.

—¡Hola, bonita! —exclama la dependienta, y ya amiga, mientras me entrega una piruleta—. Tranquila, sé por qué vienes. Tu marido me ha dicho que te dé esto.

—¿Una piruleta? Jo, no lo pillo. ¿De verdad no te ha dado nada más?

—No, cariño, solo esta piruleta —dice Marisa algo decepcionada—. Ya me ha comentado lo de la sorpresa, la gymkana... y no sé por qué te la habrá puesto como pista. En cualquier caso, disfrútala, me dijo que te encantaban y

hacía mucho tiempo que no te regalaban una.

—¡Claro! ¡Qué tonta! —interrumpo enérgica a la pobre mujer—. Gracias, Marisa. ¡Ya sé a dónde tengo que ir! Ya te contaré...

Me despido de mi amiga y salgo corriendo hacia la boca de metro más cercana. Mi marido se ha llevado el coche. Este hombre no me lo va a poner nada fácil. Sonrío.

¿Cómo no he podido caer antes? Miro la piruleta mientras la hago girar en mis dedos. La última vez que me regalaron una de estas fue en nuestra primera cita. Y no fue en una tienda de chucherías, no, sino en la obra de teatro *Espinete no existe* en la que nos repartieron una igual a cada uno de los asistentes. Aún la guardo. A veces confundo el baúl de los recuerdos con el síndrome de Diógenes. Estoy para que me estudien, pero será otro día porque... ¡ahora me voy al teatro!

En un ratito, que se me ha pasado volando mirando a las musarañas (y a unos jóvenes que han alargado su *friday night fever* y hacen muuuucho ruido), llego al teatro. Ese teatro cerrado al público a estas horas que, sin embargo, representa su particular función para mí.

Me acerco a la puerta e intento ver alguna pista. Sin mucho éxito. El teatro está cerrado y no hay nadie por allí. ¿Qué hago? Pienso. ¿Qué hicimos la vez que vinimos? Se me enciende la bombilla y me chiva que estuvimos merendando antes de entrar. Me dirijo a la cafetería de al lado y, sin dudar, me acerco a la que fue nuestra mesa aquella preciosa tarde y que hoy luce un cartel de «reservado». La rodeo con disimulo, notando cómo el camarero me mira atentamente y descubro con sorpresa que en el servilletero hay, además de las servilletas «gracias por su visita», otra mucho más especial. «Tercera pista», leo mientras acaricio la foto que hay en ella impresa. No necesita decir nada adicional, pues, una vez más, una imagen vale más que mil palabras y no tengo duda en este caso de a dónde tengo que dirigirme. Creo que una mujer nunca olvida el lugar en el que le pidieron matrimonio (aunque lo vea serigrafiado en una servilleta enana). Sonriendo al camarero, que no me ha quitado ojo de encima, me dirijo a la salida y abandono el local acompañada por el grito de «suerte» del cómplice de mi marido tras la barra.

Decido ir al Templo de Debod dando un paseo. El otoño nos está regalando unos días muy agradables que no podemos desperdiciar. Por no

hablar de lo que necesito andar para recuperar la figura, ya que desde que nació Rubén ya han pasado varios meses y no consigo quitarme los kilitos de más. ¿Cómo lo harán las famosas de la televisión para ser madres y enseguida estar tan estupendas? Quitando la imagen del bisturí de mi mente y volviendo a aquel mágico día en el que Hugo decidió declararse, llego por fin a mi destino.

Recorro cada uno de los rincones de este lugar tan emblemático de Madrid con una sonrisa bobalicona que inevitablemente se ha instalado en mi rostro dispuesta a no abandonarme en todo el día. Observo embelesada cada detalle de este majestuoso monumento de la capital acompañada por el murmullo del agua. Admiro a otras parejas de jóvenes, y no tan jóvenes, turistas y no tan turistas, que celebran su amor por este increíble lugar mientras voy reviviendo cada minuto vivido aquí unos años atrás.

Hugo coge mi mano, susurra algo al oído que me eriza la piel de todo el cuerpo, me da un beso que da un vuelco a mi estómago, señala hacia otro lugar y corriendo como chiquillos Hugo, mis mariposas y yo, vamos a ver qué le llama tanto la atención a quien todavía yo no lo sé, pero quiere pasar el resto de sus días conmigo. Terminamos así, sentados en un banco algo apartado y cogidos de la mano, escuchando únicamente nuestras respiraciones y el rumor del agua de fondo. Dejando el mínimo espacio entre los dos, un Hugo tierno, sensible y algo nervioso quiere demostrarme que me ama más que a nada el mundo. Sus palabras, traicioneras en este momento, no logran expresar con claridad lo que finalmente se decide a poner por escrito.

«SyH para siempre». Releo pasando los dedos por encima de esas letras, que, años más tarde, siguen incrustadas en la pintura del banco haciéndome recordar cómo Hugo terminó de escribirlo y clavó su dulce mirada en mis expectantes ojos para decirme un sencillo: «Dime que sí». Mi cabeza asintió antes de empezar a decir incansable «sí, sí, sí...» hasta que sus labios me callaron para sellar la promesa que en aquel mágico momento nos habíamos hecho.

Después de darme cuenta de que estoy sola, con la boca en forma de pez, los ojos cerrados y siendo admirada por un grupo de chavales a los que les estoy haciendo mucha gracia, me levanto lo más dignamente posible del

banco, me sacudo las posaderas para eliminar la porquería eliminable (para terminar de matar mi dignidad) y me dirijo a El Escondite.

De camino a El Escondite, bar de copas de toda la vida, me voy riendo sola. La verdad es que no tiene nombre de lugar idílico de celebración de bodas. Pero para nosotros, jóvenes sin demasiada pasta, lo fue. Sin duda siempre será un lugar muy especial para los dos y, sin duda también, es mi quinta pista. Después de una celebración sencilla en el juzgado y la correspondiente rúbrica de los testigos (únicos asistentes a la boda), todos nuestros amigos y familiares nos esperaron en el bar. No hizo falta mucho más que unas tortillas de patatas (algunas incluso rellenas; todo un despliegue), unos canapés variados y otras cositas de picar y de beber, para que todos viviéramos una tarde-noche memorable llena de risas, bailes y ¡karaoke! A día de hoy, plantada delante de la misma puerta que también nos vio despedirnos rumbo a una prometedora noche de bodas, todavía siento la emoción vivida entre esas cuatro paredes cerradas esa noche solo para nosotros y que convertimos en testigos de esos primeros momentos nuestros como marido y mujer. Años más tarde, atravieso de nuevo el umbral.

—¡Hola, preciosa!

—¡Oh, madre mía! ¿Pero tú qué haces aquí? Es como si no hubiera pasado el tiempo... —exclamo mientras, emocionada, abrazo a Natalia.

—Me han contratado por unos minutos para darte una sorpresa.

—¡Pues me encanta verte! ¿Te ha dado Hugo la siguiente pista a ti?

—Ja, ja, ja. No te adelantes, querida amiga... —me dice enigmática.

—Vaaaaale... A ver... Voy a pensar. —Comienzo a poner en orden mi cabeza para comprender cuál es mi siguiente, y espero última, parada antes de comer.

—Venga ¿eh? Que la comida se enfría... —Me echa un cable Natalia cuando ve que me he atascado en mis cábalas, supongo que fruto del hambre que tengo ya.

—¡Ah, vale! ¡Ya entiendo! —digo con expresión de eureka.

Me dirijo a paso rápido a la terraza trasera del bar, seguida de mi amiga. Siempre me ha encantado esta especie de *chill out* tan bien apañado que da nombre al bar. Cuando pongo mi primer pie en el citado espacio, casi tropiezo al poner el segundo porque no puedo dejar de mirar a toda esta gente

que está aquí por mí. Primos, amigos, de ahora y de siempre, que han venido para felicitar me mis 36 añazos, tal y como rezan las letras de colores que lucen colgadas de un lado al otro de la terraza decorada al efecto.

Me quedo paralizada hasta que, al unísono, todas esas voces tan conocidas y apreciadas, comienzan a entonar un *cumpleaños feliz* que me emociona hasta las lágrimas y que marca el inicio de la fiesta sorpresa que me ha preparado Hugo y que, por descontado, pienso disfrutar al máximo.

Comienza a sonar la música, ya actual y variadita, y voy de un grupo a otro saludando, hablando, cantando, cogiendo un pincho de tortilla de esta mesa, una croquetita de bacalao de esta otra y me sorprende gratamente al descubrir «el rincón asiático» que Hugo ha improvisado y del que pico unos tallarines al *curry* con verduras (mis preferidos en el viaje de novios). Madre mía, Hugo, ¡cómo te quiero!

Es impresionante cómo te lo has currado. Pero oye, un momento... ¿Dónde está Hugo? Pregunto a mi primo, que es a quien tengo en este momento al lado, transcurridas ya dos horas de fiesta. De la emoción no me había dado ni cuenta de que no está. ¡No tengo perdón! Ante el desconocimiento por parte de José Mari y de su novia, del paradero de Hugo, intento alzar la voz para ver si alguno de los asistentes sabe dónde se ha perdido el organizador del evento. La callada por respuesta. Así que decido seguir disfrutando de la música, cada vez másailable, y de los mojitos, suponiendo por supuesto que esto forma parte de un plan perfecto de mi marido.

Una hora más tarde y con los invitados una hora más ebrios, una voz varonil que conozco perfectamente, a pesar de la distorsión que le proporciona el micrófono, se abre paso entre los asistentes. Las primeras notas de nuestra canción preferida suenan cada vez más cerca de mí y su sexi emisor, Hugo, sigue entonando hasta situarse completamente a mi lado. A medida que transcurre la canción y sus dedos se entrelazan con los míos, se va abriendo el grifo de mi segunda tanda de lágrimas en lo que va de día (¡malditas hormonas!).

Con los últimos acordes de esta preciosa canción, los amigos ya están como locos aplaudiendo y silbando. Hugo, cansado después del esfuerzo de cantar (cosa que odia profundamente y que, por ello, valoro el triple), bebe un

largo trago de agua y, como si el líquido transparente le infundiera valor, comienza a decir:

—Hola, chicos. Antes de nada, gracias a todos por venir a acompañar a mi viejilla en sus 36 añitos, que se dicen pronto —se interrumpe un poco ante mi tirón del brazo a modo de reprimenda, pero enseguida retoma—. Como sabéis, a mí esto de hablar para expresar mis sentimientos no se me da nada bien. Y menos ante todas vuestras miradas atentas. Sin embargo, hoy es una excepción. ¿Por qué? Pues porque hoy es el cumpleaños de la persona que más quiero en el mundo. Como todos los años, pensaréis. Pero no, hoy es tu primer cumpleaños como mami —dice ya mirándome directamente a los ojos—. Y, por eso, quería que fuera más especial. Creo que no hace falta que te lo diga, pero, como acabo de decir, eres lo que más quiero en el mundo. Eres fantástica, dulce, sensible, inocente muchas veces... Me encanta que no hayas perdido la niña que llevas dentro, y no, no me refiero a que estemos embarazados de nuevo —sonríen tímidos los invitados ante el chascarrillo—, sino a la ingenuidad que te hace disfrutar con intensidad y con ilusión cada momento de la vida. Me regalas cada día mil motivos por los que esta aventura contigo es lo más maravilloso del mundo y me has regalado este año a Rubén. Ambos sois la razón por la que la vida merece la pena, y os quiero. Te quiero, cariño, en mayúsculas, como tú muchas veces has dicho. Te volvería a pedir matrimonio mil veces más.

Entre lágrimas, y tratando de no distraerme con los moqueos de los amigos y familiares, intento enlazar unas palabras para corresponder a esta preciosa declaración, ante la cual solo consigo decir un original «te volvería a decir que sí un millón de veces más».

Nos damos un beso, dulce, pasional..., ahogado entre ovaciones de nuestros seres queridos, para continuar después disfrutando de la fiesta, esta vez los dos juntos, un ratito más.

Unas horas, y bailes, risas, abrazos, después, nos despedimos de toda la gente, al igual que años atrás para irnos por la puerta que nos conducía a una prometedora noche de bodas y hoy nos lleva a lo que seguro será una excelente noche de cumpleaños.

Ya en el coche los dos...

—¡Tienes que decirme a dónde vamos!

—¿No lo sabes aún?

—Mmmm, no, la verdad es que no.

—Tendrás entonces que buscar la sexta pista.

—¿Ein? —Me siento desconcertada. Miro al pequeño habitáculo, el coche, y no veo nada. Abro por fin la guantera, pero ahí no está. Miro en mis pies, en la alfombrilla, en el compartimento de la puerta del copiloto... Nada tampoco—. ¿Pero está dentro del coche, entonces?

—Ajá —afirma Hugo divirtiéndose.

—¡Lo tengo! —exclamo mientras con un movimiento rápido alzo mi mano y tiro hacia abajo el parasol. Rápidamente, y asustándome un poco, el deseado canutillo se precipita hacia mi cara. Cuando lo atrapo, leo en alto—: «Última pista: Te quiero tanto como la primera vez».

—¿Primera vez? —digo con mi cabeza pensante—. Vale, he visitado el lugar donde nos vimos por primera vez, el lugar donde tuvimos nuestra primera cita... Supongo entonces que será el lugar donde nos fuimos por primera vez de vacaciones.

—¿Y solo eso? —pregunta Hugo pícaro.

—*Camping* Las Dunas —añado—. El lugar donde por primera vez nos acostamos.

—Esa es mi chica. ¡Qué lista! —confirma Hugo sonriente.

—¡Cómo voy a olvidarlo! La primera vez que hicimos el amor en esa tienda de campaña tan «cómoda» —digo con cierto retintín.

—Sí, y probablemente, el sitio donde fue «encargado» nuestro pequeño regalo, Rubén, después de varios años de ensayos —añade riéndose.

—Me encanta, mi amor —le digo.

Entre recuerdos y con el atardecer acompañándonos, llegamos por fin a nuestro destino final. Comenzamos a abrirnos camino entre las distintas tiendas de campaña y llegamos por fin a una parcela vacía. Hugo no pierde tiempo y saca nuestra Quechua; en un visto y no visto (qué gozada), la tienda luce perfectamente montada ante nuestros ojos.

Me abrazo a mi marido mientras observo embelesada la tienda y pasan por mi cabeza los grandes momentos vividos en una como esta en este mismo lugar. Rememoro los botellones con amigos en nuestras primeras vacaciones en el *camping*, nuestras interminables charlas rodeados de patatas fritas y

gominolas, nuestras «escapadas» en busca de un rincón de intimidad para alejarnos del grupo y, por supuesto, nuestros «momentitos sexuales» que tenían como únicos testigos la luna y las estrellas. Bueno, y algún mosquito que dejaba su sello en mi trasero desnudo.

Ensimismada en mis pensamientos, no escucho lo que Hugo está tratando de decirme. Tras un leve zarandeo para sacarme de mi burbuja feliz, reacciono y me dispongo a entrar en la tienda de campaña, cuando algo me lo impide.

—Cariño, espera, cierra los ojos —me dice mi marido entre susurros.

—Pero si es de noche ya y no veo nada —replico.

—Haaazlo —dice Hugo mientras me los tapa él mismo con su cálida mano—. ¡Qué cabezonas os ponéis a veces las mujeres!

—Venga, cerrados, pero no sigas por ese camino —le recrimino entre risas.

Su otra mano rodea mi cintura mientras me ayuda a girar sobre mí misma acompañando con su cuerpo, muy muy cerca del mío, mi movimiento. Vamos andando juntos unos metros en mi penumbra, subo un escalón, y otro... hasta que con un delicado gesto, Hugo quita su mano de mis ojos para ponerla también en mi cintura y me pega más hacia su cuerpo. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la luz de nuevo y, cuando lo consigo por fin, admiro la maravilla que tengo delante.

—¿En serio pensabas que con el frío que hace iba a permitir que pasaras esta noche tan especial en una tienda de campaña?

—Madre mía, cielo, ¡es precioso!

—Me alegro de que te guste, cariño. ¡No se cumplen años todos los días! —me dice mientras me abrazo a él, de nuevo, como si no hubiera un mañana.

¿Cómo no me va a gustar? No sé si me gusta más la cama impecablemente hecha, con pétalos por toda la colcha formando un corazón gigante, que queda a mi izquierda. O quizás la preciosa mesa con velas y vino fresquito que queda a mi derecha. Avanzo por la preciosa cabaña de madera, nuestra por esta noche, observando cómo mi marido una vez más ha cuidado cada pequeño detalle.

Entro en el aseo, para ponerme cómoda tal y como me ha indicado Hugo

que haga y me sorprende al ver una gran bañera llena de agua, sales y pétalos que no cabían ya en la cama. Mi boca ya toca el suelo cuando entra mi marido meloso, me abraza por detrás y comienza a regar mi cuello de tiernos y suaves besos erizando mi piel a cada roce de sus labios.

Me envuelve en sus fuertes brazos, cada vez con más ganas. Yo me acurruco en su pecho, mimosa, mientras él comienza a recorrer sensual mis curvas. Me dejo hacer, me dejo querer por sus labios, por sus manos. Me estremezco con cada caricia del hombre al que amo, del hombre que me vuelve loca y que por fin me está desnudando para disfrutar de una esperada y merecida noche de pasión. ¡Aleluya!

31CLAUDIA

Es domingo. Son las nueve de la mañana, la casa está reluciente y yo muy despierta y con un exceso de energía que no sé dónde depositar. Miro por la ventana y veo que Madrid se va despertando poco a poco acompañado de un sol radiante. Cojo el teléfono para llamar a... ¿Paula? No, ayer salió, por lo que estará de resaca o todavía no habrá vuelto a casa, la descarto de inmediato. Y las chicas... tampoco, ya habrán hecho planes de familia... ¡No! Aun así, decido sin saber muy bien cómo salir a aprovechar el día, yo sola.

Dispuesta a disfrutar o contemplar otras posibilidades que quedarme en casa, me enfundo unos vaqueros, playeras, un jersey de lana de cuello alto negro con un enorme colgante de plata con una piedra azul comprado en Tailandia y mi superabrigo. Antes de salir de casa, me miro en el espejo de cuerpo entero y me doy el más que aprobado. Para disfrutar de este día, empiezo por algo que sé que me gusta y donde me siento cómoda. Bajo las escaleras de casa y voy directa a la cafetería de la plaza. Es un precioso local donde, además de tener uno de los mejores cafés, tienen una biblioteca donde se pueden coger libros prestados y se suelen realizar diferentes exposiciones. La transita todo tipo de gente.

—¡Buenos días! ¿Te has perdido? —Saluda Laura, la dueña del bar, sonriendo desde la barra.

—Ja, ja, ja. ¡Buenas! ¿Qué tal?

El rico olor a pan y café me invaden por completo.

—Yo bien, guapa. ¿Con leche?

—¡Sí, por favor! —respondo al tiempo que me voy ubicando en la barra cerca de las tartas sin saber cuál elegir.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal te fue por Tailandia?

—Muy bien, mejor de lo que esperaba.

—¿Con quién fuiste?

—Sola. —La verdad es que me avergüenza decirlo, parece que no tengo amigos.

—¿Sí? Qué valiente.

—Bueno... —Me sorprende que la gente lo vea así. Creo que se me ha olvidado el miedo que pasé.

—¿Tú que tal? ¿Novedades?

—Currando y consiguiendo contactos. Ya sabes lo que me gusta enredarme en cosas nuevas.

—Y a nosotros que te enredes, haces que nos encante venir por aquí.

—Mira —me dice sacando su móvil y mostrándome un cuadro—, he contactado con un pintor que va a exponer aquí su obra, suele pintar abstractos y mezcla de...

—¡Hola! —interrumpe una voz desde la puerta, es un chico con cara simpática y tono de voz dicharachero.

—A ti te estaba yo esperando —replica Laura soltando el móvil y cambiando de conversación.

—Ayer vi tu llamada, pero andaba liado y ahora pasaba por aquí. ¿Qué tal? ¿Qué pasa?

—Tenemos novedades... ¡Estás en racha! Se han vendido cuatro fotos de las que nos trajiste.

—¡Qué alegría! —expresa entusiasmado.

—Ahora te enseño. ¿Qué tomas?

—Un cortado, por favor. Y ¿cuáles? ¿Cuándo? —insiste impaciente sentándose en la silla de la barra, junto a mí.

—Umm... —Me deleito con mi café y mi tarta de zanahoria de forma mucho más alta de lo que pretendía, perturbando la conversación que estaba escuchando, sin ser partícipe de ella.

—Está bueno, ¿eh? —me dice guasón.

—Hola. —Saludo como si fuera mi primo. Después de interrumpir la conversación con el chorretón corriendo por mi barbilla y de que se haya sentado a mi lado... por lo menos que vea que soy educada.

—¡Ven! —continúa Laura al tiempo que sale de la barra y se dirige con él al otro lado del bar.

—¡Perdón! —Se disculpa antes de levantarse, como si me estuviera dejando allí plantada.

Y en ese momento le observo. Es un chico normal, ni guapo ni feo, pero

tiene algo que llama la atención. Creo que son sus ojos azules cristalinos. Pero lo que más impacta no es el color sino la mirada. Son ojos que hablan, miran directos, sin vergüenza ni temor, es una mirada diferente. Y en cuestión de un segundo se desvanece porque se van a hablar, creo que de negocios, a otra parte. En lo que tardo en acabarme el café están de vuelta la dueña y el artista.

—¡Cuando puedas cóbrame! —Pido a Laura cuando ya está en la barra.

—Ahora, cariño. Oye, que no me has contado nada, ¿dónde anduviste?, ¿tienes alguna foto?

—Soy un desastre con las fotos, casi no tengo.

—¿Dónde has estado? —pregunta el chico curioso.

—Tailandia —respondo alargando con la mano el billete de diez euros para pagar.

—Yo estuve hace poco, mira, alguna de las fotos las saqué allí —me comenta señalando las allí expuestas.

—Ah... —digo sorprendida.

—Te estás volviendo avaricioso, ¿no te vas ya contento con lo que ya has vendido? —le espeta Laura al tiempo que me devuelve el cambio.

—Ja, ja, ja —ríó al tiempo que me levanto de la silla y me pongo el abrigo.

—¿Te vas? —pregunta.

—Sí, me voy al Rastro. —Se me acaba de ocurrir, por lo menos hace cinco años que no he ido.

—Yo también voy para allá —anuncia el chico.

—¡Qué casualidad! —le suelto.

—¡Vamos! —dice riéndose y haciendo caso omiso de mi directa.

—Adiós, pareja —se ríe Laura guiñándome un ojo, con una sonrisa en los labios y asintiendo con la cabeza queriendo decir «este sí».

Así que, sorprendida con el acompañante que se me acaba de acoplar, vamos andando al Rastro. Cuando nos ponemos los dos de pie uno junto a otro, no hay tanta diferencia de altura, sí que es un poco más alto que yo, pero es de estatura normal. Tiene una sonrisa picarona, una nariz proporcionada y un poco chata y unos rizos castaños adornan su cabeza y bailan al ritmo que anda o se mueve resultando de lo más alegre. Transmite felicidad.

—¿Cuándo has vuelto de Tailandia?

—Esto es de lo más extraño —le informo.

—¿El qué? ¿Ir al Rastro?

—Ir al Rastro con un chico que me acabo de encontrar en la cafetería.

—¿De encontrar? ¿Me has encontrado? ¡Qué bien suena!

—Ja, ja, ja. —No quiero reírme, pero no puedo evitarlo—. De verdad que esto es muy raro.

—Seguro que has hecho cosas peores... —se ríe.

—Y mejores, te lo aseguro.

—¿Mejores que ir con un chico muy interesante al Rastro?

—¿Y quién te dice que yo quiera ir contigo?

—Ya estamos yendo. ¿Cómo te llamas?

—Claudia —digo con la media sonrisa.

—Encantado, yo soy Gabriel —me dice parándose en seco y parándome a mí también para darme dos besos. Huele rico, es un olor que me impregna la nariz y mis sentidos. Me gusta, es un olor entre dulce y agrio, con un toque a limón... ¡es el hombre limón!

—¿De dónde eres?

—De aquí, ¿tú?

—De Madrid también. De Majadahonda.

—¿Ah sí? Yo también.

—¿Dónde estudiaste?

—En el instituto Carlos Bousoño.

—¡Y yo! No me lo puedo creer. ¿Cuántos años tienes? —digo sorprendida.

—33. ¿Tú?

—30.

—No puede ser... —dice sorprendido.

—¿El qué?

—Estudiaste con mi hermana.

—¿Quién es tu hermana? —Me paro en seco. Madre mía, me estoy asustando.

—Ana.

—¿Qué? —Se me agrandan los ojos... ¡Oh, dios mío! No hace falta

buscarle el fallo a este chico ¡lo lleva en los genes! No la soporto, es lo más pedante que he conocido nunca—. Sí... bueno, íbamos a la misma clase, pero nunca fuimos muy amigas.

—Me alegro. Yo la quiero porque es mi hermana, pero somos muy diferentes.

—El otro día estuve con ella. Tuvimos una reunión de antiguos alumnos, ¡ya sabes! Y no acabamos muy bien.

—No quiero hablar de mi hermana, dejemos los traumas para más adelante. ¿A qué te dedicas? —pregunta sonriendo y cambiando de tema por completo.

—Soy neurobióloga, tú ¿fotógrafo?

—Suena importante —añade mientras seguimos paseando entre puestos y mucha gente hasta que nos encontramos en la puerta de un bar—. ¿Comemos?

—No —respondo tajante.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que hacer?

—No... —Esta vez la respuesta es mucho más dubitativa, ya sé que no tengo nada que hacer, pero no sé si quiero ir con él. Además, no llevo dinero —. Es que no he traído ni la cartera, me he metido diez euros en un bolsillo para echar el café y las llaves de casa en el otro y no llevo ni móvil — argumento como excusa.

—Yo te invito.

—No.

—¿No quieres? ¿Es por mi hermana? Tranquila, no hablamos de estas cosas.

—No es que no quiera... —Es como si luego estuviera en el compromiso de deberle algo o volver a quedar con él y no sé si voy a querer.

—Venga, mujer, si es por el dinero no te preocupes.

—No, de verdad...

—Vamos a comer ¡y ya está! Yo luego tengo que irme porque he quedado con un amigo para revelar las fotos, así que no te entretendré mucho.

—Vale —asiento sin saber muy bien por qué.

Mientras comemos y bebemos, solo vino y sin excederme en la comida, vamos charlando. Me cuenta que siempre quiso dedicarse a la fotografía, que

hace un año que está soltero, que le encanta viajar y ahora mismo está trabajando para ganar dinero en una fábrica. Después de comer, beber, reír y charlar nos levantamos, él debe acudir a su cita y yo... ¿Yo qué? Yo simplemente pienso en cómo nos vamos a despedir ahora. La verdad es que es un día de lo más surrealista.

—¿Para dónde vas?

—Yo subo por aquí, voy andando —digo suponiendo que me voy a mi casa porque no sé a dónde voy.

—Yo cojo aquí el metro —dice señalando las escaleras de la estación.

Llega el momento de la despedida y la tensión aparece. ¿Qué hago? ¿Cómo se despedirá? Ya no estoy cómoda, se planta frente a mí y su mirada me penetra. De nuevo esa mirada limpia, esos ojos azules que brillan y miran directos, sin vergüenza ni pudor, directos al alma y parece que al cerebro. Posa su dedo en mi mejilla y suavemente me retira un mechón de pelo regalándome una suave caricia.

Estamos cerca, muy cerca. Los dos de pie uno frente al otro y yo no sé cómo nos vamos a despedir, pero no me da tiempo a pensar en mucho más porque sin querer estaba mirándole a la boca... clara señal de que busco el beso, ya hasta de manera inconsciente y sus gruesos labios rozan los míos. Es un beso simple. ¡No hay más! Se me queda mirando fijamente, es una mirada sincera y mis pensamientos se verbalizan.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunta.

—... —Un suspiro por respuesta. No sé qué responder, no sé qué decir porque no sé lo que quiero. ¿Le quiero volver a ver?

—Tengo que ir a un teatro, una obra de Navidad a sacar unas fotos... y tengo otro pase. Me dices si te apetece, ¿vale? —Y saca una tarjeta de visita de su bolsillo con su número de teléfono—. Me gustaría conocerte más, solo eso.

—Vale. Te digo algo —respondo casi por automatismo y cogiendo la tarjeta de sus manos.

—Si te apetece y solo si te apetece nos vemos otro día —me dice sonriéndome con los ojos.

—... —Se me entrecorta la respiración.

—Tranquila, si no quieres no pasa nada. No tienes que decidirlo ahora,

¡pero que conste que yo quiero verte! —dice dejando clara su postura. Y con una sonrisa se gira y veo cómo sus rizos saltarines desaparecen entre la gente.

32 MARTINA

—¿Cómo sigues? —La voz de Daniel asoma por el umbral de la puerta por quinta vez en lo que va de... ¿hora?

—Bien, tranquilo —digo sin demasiada efusividad, pero con mucho cansancio.

—Me alegro, cariño. ¿Necesitas que te traiga algo? —pregunta solícito.

—Nada, solo quiero descansar un rato más —concluyo la conversación esperanzada en retomar mi siesta.

—Vale, pues no te molesto —susurra mientras desaparece con sigilo entornando la puerta del dormitorio tras de sí.

—Gracias —gimoteo a un nivel «para el cuello de mi camisa» y me acurruco de nuevo entre las sábanas.

La verdad es que no podemos seguir así. Desde que supe que Daniel me engañaba, la rutina empezó a devorarnos como la peor de las alimañas y a convertir nuestro día a día en insoportable hasta que pasó lo que pasó; nos dimos un susto horrible y llegamos a esta situación: mi baja previa al parto para evitar una posible complicación.

Desde entonces, mi marido se muestra amable, cariñoso y atento conmigo. Ha cogido unos días de vacaciones para poder ayudarme en todo lo que le sea posible y que yo no tenga que hacer esfuerzos innecesarios. Entre él, mi madre, Marcos y «las incompresas» no puedo quejarme de atenciones. A esta niña que llevo dentro le espera la mejor de las familias, pienso mientras sonrío.

Sonrisa que no pasa desapercibida a Dani, quien vuelve a pasar por la puerta del dormitorio. Creo que lo hace muchas veces para comprobar que todo sigue tal cual lo dejé... diez segundos antes. En esta ocasión, al ver mi sonrisa imita mi gesto y le invito a entrar. Creo que necesitamos hablar tranquilos y este momento, en el que no está Cloe, es el idóneo. Nos lo debemos.

—Daniel. —Le llamo.

—Sí, dime, Martina. ¿Estás bien? —pregunta esbozando una mueca de

preocupación.

—Sí, sí. —Le tranquilizo haciendo que relaje su expresión.

—¿Necesitas alguna cosa? —insiste.

—No, estoy bien. Solo quería charlar un rato. Aunque... pensándolo bien, voy a levantarme al sofá porque se me está quedando la espalda hecha polvo y ya no cojo postura. ¿Me echas una mano?

—Claro, apóyate en mí. —Me tiende su mano y su hombro para facilitar mi incorporación. Mi peso y mi contorno ya son «poca broma».

Juntos caminamos hasta el sofá y ambos nos sentamos uno al lado del otro sin saber cómo actuar hasta que decido romper el hielo y comenzar nuestra inaplazable conversación.

—Daniel, antes de nada quería agradecerte lo que estás haciendo por mí en este momento. Está claro que no podría hacerlo sola.

—No me las des. ¡Qué mínimo! —dice quitándose importancia, consciente de la parte de responsabilidad que ha tenido en el «susto».

—Desde que estoy en casa de reposo, de baja después del incidente, estás cuidándome casi más que a Cloe.

—Claro, es mi obligación —afirma con rotundidad ¿y una pizca de culpabilidad?

—Aun así, gracias —le repito dando una palmadita simpática en su muslo.

—De nada —concluye comenzando lo que serían unos cinco minutos de un espeso y denso silencio.

—Martina, lo siento —interrumpe de pronto haciendo que mi cuerpo dé un vuelco.

—¿Cómo dices? —No sé si me habrá metido un pisotón y no me he dado cuenta en mi paseo por las nubes.

—Que lo siento, Martina. He sido un imbécil. —No, no me ha pegado un pisotón, por lo menos no de forma literal.

—¿Por qué lo hiciste, Daniel?

—Pues no lo sé, si te digo la verdad.

—Ahá. —Asiento sin convencimiento, pues esperaba un poquito más por su parte.

—Creo que fue un poco todo. Nosotros no estábamos bien. Con eso no

te descubro la penicilina. Discutíamos muchísimo, incluso por el lado hacia el que tiene que colocarse el papel higiénico en el baño.

—Para fuera. Hasta lo dicen en una famosa campaña de publicidad —apunto, no sé muy bien por qué, para destensar el ambiente.

—Sí, para fuera —sonríe y continúa en tono solemne—. El caso es que yo me considero un hombre tranquilo y me desgasta una barbaridad estar a la gresca por todo. Por lo importante y por lo no tan importante. Martina, me agota batallar por cada cosa que hago en mi día a día. Por si combina la ropa de Cloe. Por si la temperatura de su baño es un grado menos de lo estipulado en «el manual del bebé». Por si hoy hay fútbol, pero tú has tenido un día horrible y necesitas una dosis de *Sex and the city* y «no lo entiendo». Por si la cocina tiene una mancha que, inconscientemente, he pasado por alto después de frotar como un condenado sin éxito patente. De verdad que lo intentaba, pero nunca he estado a tu altura en ese aspecto.

—No es verdad —afirmo con rotundidad. Creo que tampoco te pedía tanto ¿no? —Esa rotundidad se tambalea, dudando yo misma de la consistencia de mis palabras.

—Pues quizá no es tanto, pero para mí cada día suponía un partido de pelota vasca en el que sabía que me daba con un muro. El muro de la perfección de Martina.

—Vaya... —digo por decir algo mientras se me escapa una leve sonrisa—. Sí, quizá con el nacimiento de Cloe me volví demasiado estricta.

—Sí, quizá un poquito —dice haciendo el gesto de algo pequeñito con sus dedos.

—Si es así, lo siento. —Me disculpo con sinceridad, dándome cuenta de lo imperfecta e intrascendente que resulta la lucha por la perfección.

—No pasa nada —añade sin saber qué decir.

—¡Qué pena, Daniel! No supimos hacerlo bien y querernos —apunto cabizbaja.

—Sí, querernos sí, Martina. Eso sí.

—No, Daniel. Si no, no habríamos buscado «consuelo» fuera de casa —añado tiñendo de tristeza mis palabras—. Ni tú ni yo.

—Ya... —Se queda sin argumentos—. En eso tienes razón. Pero durante mucho tiempo nos quisimos bien. Y ahora, al final, lo hacíamos a

nuestra manera.

—Es que... —me embalo con ganas de decir todo lo que siento—, no entiendo qué buscabas en salir con una jovencita. Bueno, supongo que sexo —razono en voz alta.

—No buscaba nada —matiza.

—Bueno, no buscabas, encontraste. —Enfatizo la última palabra haciendo evidente la sutil diferencia—. ¿Qué encontraste en esa chica tan joven?

—Lo cierto es que fue algo inesperado. La conocí en el despacho. Ya sabes que yo no salgo por ahí. Sus padres estaban inmersos en un complicado proceso de divorcio y algún día vino ella acompañando a su madre...

—Ahá —asiento con la cabeza para que continúe.

—Y una cosa llevó a la otra. Su sonrisa me evadía de los problemas diarios, no solo de casa. Era divertida, despreocupada... Vivía el día a día con las banderas del *carpe diem* y el *hakuna matata* ondeando por igual. No pensaba en el futuro, casi ni en el presente —sonríe.

—Vaya, igualita a mí —reflexiono.

—Sí, un calco, Martina, je, je.

—Y te enamoraste... Aventuro.

—¡No! Nunca me enamoré. Era un entretenimiento, una evasión. Suena un poco mal dicho así. No lo sé, estaba a gusto con ella. Todo era fácil a su lado. Me gustaba esa sencillez y esa forma tan simplista de entender el mundo.

—Ya. —No puedo añadir mucho más a su declaración.

—¿Y tú? ¿Por qué lo hiciste tú, Martina? —pregunta con curiosidad después de su extensa confesión.

—No lo sé —admito.

—Vaya, pues sí que estamos bien —afirma con una media sonrisa.

—Sí, je, je. Creo que lo mío fue simplemente un impulso. Mis encuentros con... —no quiero ni mencionar su nombre— con él fueron puramente sexuales. Nunca hubo nada más.

—¿No te aportaba nada más que no fuera placer carnal? —Lo intenta preguntar suave y delicadamente, sonando excesivamente resabiado.

—Creo que no. Bueno... —titubeo—, en realidad estoy segura de que

no. Solo era atracción sexual, deseo de experimentar cosas diferentes... No sé, me sentía libre e independiente en ese sentido. —Mis mejillas se sonrojan mientras mis palabras ponen de manifiesto esa realidad.

—¿Más mujer no? Menos madre, menos señora de... —apostilla con acierto.

—Sí, creo que justamente es eso. Menos «obligada» a ser la esposa modelo, la madre ideal, la trabajadora profesional impecable... Menos condicionada a ser la Martina perfecta.

—Y ser simplemente Martina, la mujer, sin necesidad de complementos y atributos. Y eso que la mayoría de las exigencias te las imponías tú misma.

—Sí, lo sé. Siempre he sido muy autoexigente. Y mira para lo que me ha servido... —manifiesto con evidente decepción.

—No, cariño, no digas eso. Es verdad que hay que quitarse un poco el corsé, pero has sido una buena esposa, madre y profesional intachable.

—Supongo —corroboro sin mucho convencimiento—. Gracias, Daniel.

—No tengas esa duda, por favor —insiste.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Daniel? —Vuelvo a mi reflexión—. Perdernos el respeto de esta manera, a engañarnos, ocultarnos información... ¡¿Cómo?!

—Ha habido una evidente falta de comunicación —concluye acertadamente mi marido.

—Sí, eso por supuesto. Deberíamos haber ido resolviendo los conflictos en vez de dejar que la pelota se hiciera tan grande y nos estallara.

—Bueno, no era fácil con Cloe. El día a día de la niña se imponía a cualquier otro tema o realidad.

—Tampoco hay que culpar a la niña. —Defiendo a mi princesita, que tanto ponerla en el foco del problema me estoy sintiendo mal—. Ha sido un cúmulo de errores nuestros y de constantes meteduras de pata. Que la situación del bebé no ayudaba, de acuerdo, pero culpa nuestra aun así.

—Sí, sí, tienes razón. No quería decir eso —rectifica la formulación, sintiendo lo mismo por nuestra hijita—. Simplemente, quiero decir que lo de tener un bebé a veces no es tan idílico.

—Estoy de acuerdo —asiento. Es curioso lo elocuente que me está pareciendo hoy Daniel. Con la caña que le he dado en los últimos años...

—Y hay que tener una relación sólida y fuerte para aguantarlo sin volverte loco, je, je.

—Sí, es verdad. Nunca pensé que un hijo pudiera separar tanto, aunque ambos lo queramos más que a nuestra propia vida. Es tan importante darse ese espacio para la pareja...

—Sí, Martina, a eso me refería cuando he metido a Cloe en nuestro conflicto. Está claro que el hijo es la prioridad para unos padres y su bienestar pasa a ser casi lo único importante. Su nacimiento, por tanto, pasa a hacer secundario todo lo demás.

—Incluso sin nacer ya marca un antes y un después en la relación —matizo.

—Sí. Sin embargo, no puedes dejar que tu pareja pase a un segundo plano... —concluye pensativo ante mis gestos de asentimiento.

—Eso nunca —afirmo concediendo a Daniel toda la razón que tiene. Es justo lo que nosotros hicimos cuando la reina de la casa salió de mí... Salió de mí.

—Nos descuidamos el uno al otro, cariño —me dice mientras que con un tacto exquisito me acerca más a su cuerpo.

—Sí, señor, lo hicimos —subrayo sus palabras—. Cada día iba a peor y no nos paramos a verlo. No nos concedimos ni un minuto para cuidarnos, mimarnos... Para escucharnos o hablarnos siquiera. Y no nos dimos cuenta de la gravedad de la situación —concluyo ya entre los brazos de mi marido— hasta que fue demasiado tarde —me lamento.

—Avisa a Silvia de la que se le viene encima —bromea Daniel rebajando la intensidad del momento.

—Tranquilo, ella es muy lista. Lo va a hacer genial —digo contundente mientras una sonrisa se dibuja en mis labios recordando a mi querida amiga.

—Sí, lo es. Y Hugo también. Todo les irá bien, se adoran —afirma Daniel con un sutil matiz de nostalgia.

—A veces el querer no es suficiente, ¿no? —pregunto afirmando.

—Ojalá lo fuera.

33SILVIA

Son las diez de la mañana. No puedo creerme todo lo que he dormido. Desde luego, Rubén me está sorprendiendo. Veo una relación de proporcionalidad directa en cada cumpleaños de Rubén (los celebramos todos como si celebráramos los treinta años, edad muy celebrada por otro lado) con mis agradables y descansados amaneceres. Me siento una afortunada. Sin embargo, esta dulce sensación se ve interrumpida por un estruendoso ruido.

Me giro hacia Rubén, que llora desconsolado retorciéndose a mi lado y lo estrecho entre mis brazos. Sus berridos, cada vez más suaves, van cesando poco a poco. Decido que tiene hambre y voy a poner remedio.

Mientras mi niño, cada vez más niño y menos bebé, succiona el pecho, me recuesto en el cabecero de la cama relajada y me pongo a disfrutar del silencio. Los últimos meses han sido muy... no sé ni cómo definirlos. Ajetreados, movidos, agitados... y ruidosos. Muy ruidosos. Y muy difíciles.

Me costó comprender que mi bebé era más que un Nenuco. Mucho más. Me costó dar el salto de vivir por mí a vivir por él. Tardé en darme cuenta de que hay una persona (minipersona) que depende 100% de mí para sobrevivir. Es indescriptible esta sensación. Y aterra.

Por eso hoy son las diez de la mañana y no estoy en mi esquina (sí, sigue sonando raro), sino en mi cama (vaya no, no lo arreglo). Hugo se ha ido a trabajar y yo... Yo no. Yo me he dado la vuelta para planchar la otra oreja. No estoy enferma o de baja. De hecho, estoy mejor que nunca. Por fin he comprendido que lo que más quiero es estar con mi hijo y disfrutar este tiempo de él y con él (que ya interactúa con el mundo) y es lo que pienso hacer.

Ese es el motivo por el que dejé el trabajo en la Asociación y me planteé tantas cosas. Durante el ingreso de Rubén me di cuenta, además de que la comida del hospital es asquerosa, de que no se me daba nada mal dibujar.

Vuelvo ahora a pensar en cómo no me había dado cuenta antes de lo que quería hacer en la vida. Y no me refiero a amamantar de forma incansable a

bebés. Eso no. Me refiero al dibujo. Empecé haciendo garabatos sueltos en la pequeña habitación de hospital y en un ratito, cuando Rubén tenga a bien terminar de comer, seguiré con el diseño de unas invitaciones de boda muy especiales.

Hugo está de acuerdo en que tengo que potenciar mi lado creativo, por lo que pidió a su amigo Daniel, marido de su prima Martina, mi amiga, que me ayudara con la realización de mi propia página web en la que subir mis ilustraciones y exponer mis trabajos para diferentes publicaciones, que poco a poco van saliendo. No me puedo quejar. Y eso que últimamente Hugo y Daniel están más juntitos que de normal. No sé qué estarán tramando estos dos, pero ahora no viene al caso porque...

¿Quién me iba a decir que iba a ser ilustradora? Creo que únicamente mi madre, la que vio nacer con horror mis primeros grafitis en las paredes de casa, mesa de la cocina..., quien incansablemente marcó mi adolescencia insistiéndome en que dejara de perder el tiempo en pintarrajear y me pusiera a estudiar. Únicamente ella podía sospechar algo, pero no lo hizo. En cuanto al resto de mi entorno más cercano, solo se ocupaban de ver lo mal que cogía el lápiz e insistirme en que dejara de decorar los cuadernos para centrarme en tomar los apuntes. Veo lo importante que es que los padres observen lo que le gusta a su hijo, vean cuál es el mensaje real de «esos cuadernos decorados». Yo a Rubén le apoyaré elija lo que elija ser de mayor y estaré atenta a estas señales. Pero por supuesto lo haré después de, cómo dice Hugo, poner al niño desde pequeño una pelota de fútbol cerquita para que sea un futbolista profesional y podrido de dinero. ¡Y que nos saque de pobres! Pero, oye, que si prefiere elegir otra profesión... le apoyaremos y querremos igual (aunque merendemos chóped todos los días).

Entre bebé, dibujos, cocina... (Poco más se puede hacer con este día de perros en la calle), se me ha pasado volando el día y las llaves de mi marido entrando por la puerta rompen mi nueva rutina.

—¿Cómo está la señora de la casa? —me dice sonriente mientras se acerca a mí para darme un beso.

—¿Señora? ¿Qué es eso de señora? —le recrimino bromeando.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta.

—El mío genial. ¿El tuyo? ¿Has vuelto a quedar con Daniel? ¿Le has

comentado el tema de la web que te pregunté?

—Sí, te llamará dentro de un rato y él te lo cuenta personalmente mejor.

—De acuerdo —asiento convencida—. ¿Cómo está?

—Está bien, cariño. La cosa no es fácil, pero está bastante bien.

—Me alegro mucho —digo con todo el corazón—. Bueno y... —ataco — ¿qué os traéis vosotros entre manos?

—¿Por qué dices eso? —pregunta haciéndose el loco. Queda un poco ridículo porque su cara es tan expresiva que no sabe disimular.

—Hugo... que nos conocemos —le digo cortando su fingimiento.

—Está bien. Siéntate. Te lo voy a contar sin paños calientes. Tú lo has querido.

—Me estás asustando. Dispara —digo un poco ansiosa.

—Cariño, como sabes mi prima y Daniel tienen muchos conocidos bien posicionados.

—Ajá —asiento con mi cabeza y sigo atenta a sus palabras.

—Pues bien. El caso es que un conocido suyo está buscando en su empresa un encargado de planta.

—¡Hala! ¿Y ha pensado en ti?

—Espera..., déjame terminar, Silvia.

—Perdón... —digo emocionada—. Sigue, por favor.

—Como decía, un conocido suyo está buscando a una persona para su planta de máquinas que coordine a todos los trabajadores. Y sí, como bien decías, ha pensado en mí.

—¡Eso es genial, cariño!

—Sí, estaría bien. Ya sabes que estoy deseando irme de la empresa en la que estoy, donde soy la última mierda, no me dan ni las gracias y mi jefe no se sabe ni mi nombre, pero...

—¿Ya estás buscando peros?

—Déjame terminar, por favor —insiste molesto. Odia que, una vez que se arranca a hablar, le interrumpa.

—Perdona. —Se disculpa de nuevo mi impaciencia.

—A ver, pequeña... cómo te lo digo. El trabajo no es en Madrid.

—¿Y dónde es? —digo ya un poco menos eufórica.

—En Las Palmas —emite Hugo casi en un susurro, que dudo que

quisiera que yo oyera.

—¿En Las Palmas? —Lo siento, tengo el oído fino y te he escuchado perfectamente—. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en Las Palmas?

—Nada, cariño, no se nos ha perdido nada allí. Por eso no le he dicho todavía que sí.

—Ya... —Me quedo sin palabras. Raro en mí.

—Cielo, no te preocupes. Todavía no le he contestado. He dado muchas vueltas y saturado con consultas a la almohada estas últimas semanas, sopesando los pros y los contras, pero necesitaba compartirlo contigo para tomar una decisión.

—Jobar, Hugo, pues no sé qué decir. La verdad es que no sé si quiero dejar Madrid. Mi familia, mis amigos... Puf. —Resoplo.

—Pues le digo que no, cariño. Es un cambio muy fuerte. Aunque me paguen el doble que lo que cobro ahora, no sé si merecerá la pena...

—¿Has dicho el doble? —interrumpo precipitadamente su perorata.

—Sí, el sueldo es inmejorable.

—Bueno, pues tampoco está tan mal el mojo picón ¿no?

—¿Lo dices en serio, Silvia?

—Sí. No nos vendrá mal un cambio de aires —digo regalando a Hugo una sonrisa cómplice.

—Seguro que a Rubén le encanta la playa. —Me arrima hacia él con un movimiento rápido y me estrecha, agradecido, entre sus brazos.

—¡Claro que sí! —exclamo animada.

—Estoy convencido de que allí seremos tan felices como aquí —dice cogiendo el móvil y marcando el número impreso en la tarjeta que nos va a cambiar la vida por completo.

Me acerco mientras a la ventana a observar cómo la lluvia golpea con fiereza los cristales. Cómo el cielo, colérico, se parte en ruidosos haces de luz que retumban en nuestro pequeño piso de alquiler. Qué pena me va a dar dejar esta casa. Qué lástima irme tan lejos de mi madre, de mis «incompresas», de tantos y tan buenos momentos vividos aquí. Por no pensar en la pereza que me da que siempre haga buen tiempo, reflexiono mientras un nuevo estruendo luminoso hace temblar esta bonita ciudad.

—Ya está, cariño. Puedes besar al nuevo encargado de Gua Gua Zul.

—Enhorabuena, *muyayo*. —Le beso dulcemente mientras me cuelgo de su cuello.

—Gracias, mi vida. Tenemos tres semanas, todas las Navidades, para organizarnos todavía por aquí.

—¿Solo tres semanas? —pregunto entre excitada y preocupada.

—Tranquila, todo irá bien. Muchas gracias, cielo.

—De nada. Seremos felices, estoy segura —digo.

«Adiós a mis queridas temporadas de calcetines y pelos», pienso mientras me acerco de nuevo a la ventana y observo el agua fiera caer a través de la luz de las farolas para desembocar en pequeños riachuelos que, movidos por el viento o por el propio desnivel del pavimento, van «escogiendo» sus caminos.

34CLAUDIA

Suena el timbre y de un salto dejo el libro y a Ura en un lado del sofá. Es Paula, qué ganas tengo de que me cuente cómo le ha ido en la cita con Fran. Abro y allí la veo, con la cabeza ladeada y negando.

—Tía, no me gusta nada. —Saluda dándonos un abrazo en la puerta de mi casa.

—¿Qué? Ja, ja, ja. ¿En serio? ¿Nada? —le digo invitándola a sentarse en el sofá.

—No, tía. ¡Qué fuerte! Tanto tiempo suspirando... y no me mola nada.

—Pobre, se habrá quedado fatal.

—No lo sé porque no le he dicho nada. Cada vez que hablaba me bajaba la libido y ya cuando me ha besado...

—¡Tu libido se ha dado a la fuga! —afirmo.

—Ja, ja, ja. Sí —asiente eufórica.

—¡Pobre!

—¡Pobre yo!

—Ja, ja, ja. —No podemos para de reír las dos en el sofá.

—Te juro que me encantaba.

—¡Ya lo sé! Aún me acuerdo de cuando le seguimos a casa.

—Ja, ja, ja. Quería saber dónde vivía, ¡menudas ocurrencias! Su madre nos vio desde la puerta y cuando nos señaló: ¿Quiénes son esas? Tuvimos que salir corriendo.

—Y al día siguiente en la facultad... —No puedo acabar la frase, la risa me interrumpe.

—Me quería morir de la vergüenza. Y mira, seis años después, el chascazo de mi vida.

—¡Se te ha caído un mito... y un pito!

—Ni que lo digas.

—En el fondo mejor haberlo conocido, ¿no? Por lo menos te has quitado esa espina.

—Sí, sí —asiente.

—Esto de los amores platónicos...

—Ni amor ni nada —sentencia Paula.

—Ja, ja, ja. Eso digo yo.

—Toda la carrera fantaseando con él, y cuando voy y le conozco, no es lo que esperaba. Tantos años sin atreverme a hablarle siquiera y mira, ¡ojalá lo hubiera hecho antes!

—Creo que no vamos a volver a idealizar a nadie.

—No nos dejamos, ¿eh? —replica cómplice.

—Palabra —digo juntando los dos dedos índices como lo hacíamos en el colegio.

—¿Y tú que tal con Gabriel? ¿Has podido superar que sea hermano de Ana?

—No sé. Bien... —respondo reprimiendo una sonrisa en mis labios.

—Te veo entusiasmada —añade irónica.

—Ya... no sé, Paula.

—Te brillan los ojos.

—No digas tonterías, no nos conocemos de nada. Me siento bien con él... ¡Ya ves, me siento bien con un tío con el que he estado una vez! Vamos, que no te puedo decir mucho más.

—¡Ya! —Lanza asintiendo con la cabeza—. Lo que pasa es que este te puede hacer vibrar, y además vive en Madrid, está soltero... y tú no puedes soportar eso.

—Ja, ja, ja —río—. ¿No puedo soportar el qué? He estado cómoda, nada más.

—Parece que te estás boicoteando. En cuanto hay una mínima posibilidad la rehúyes.

—No sé por qué dices eso.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué?

—De que te da pánico enamorarte.

—¿Eh? —Resoplo sorprendida—. ¿Enamorarme? Te estoy diciendo que he quedado una vez con él y he estado cómoda, de ahí a enamorarme... creo que estas exagerando.

—Puede. Bueno, sinceramente, ya sé que estoy exagerando, sé que no

puedes enamorarte de alguien que no conoces, pero solo digo que las únicas veces que te has lanzado a conocer a alguien después de Ramón ha sido con aquellos con los que sabías que no había ninguna posibilidad, con los que no podías comprometerte.

—¿Qué?

—Mira Jon, muy majo muy todo...

—¡Majísimo! —interrumpo sarcástica y poniendo los ojos en alto.

—Cuando le conocimos —continúa Paula—. Pero sabías que era del todo imposible porque vivía en Bilbao.

—¡Ya! Y mira por dónde que cuando aparece en Madrid y yo estaba ilusionada, casualidad, él se va a casar... ¿Ahí fui yo la que no me dejé o la que salí huyendo?

—Sí —responde rotunda.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Claudia, ¿para cuánto tiempo pensaste que vendría a Madrid? ¿Sabías que era un traslado para siempre?

—No.

—Vale. Además de eso... sé sincera del todo, ¿en algún momento en el que hablaste con él desde que le conociste hasta que te enteraste de la noticia, pensaste que coincidiríais en el mismo espacio y tiempo más de un mes seguido?

—No —contesto con los ojos humedecidos y la barbilla temblando.

—En algún momento, ¿viste una posibilidad real de poder tener una relación?

—...

—Cariño, es bonito ilusionarse y es lo que te pasó con Jon, pero te atreviste a ilusionarte porque sabías que jamás podría haber una relación entre vosotros. Y para colmo, de repente, te enteras de que se queda aquí a vivir y ha formado otra familia. Así que cuando por fin te atreves a ilusionarte, te llevas el chasco de tu vida.

—... —Me sueno los mocos con un pañuelo.

—Cariño, creo que todo eso contribuyó a que tuvieras todavía más miedo a confiar en los hombres.

—No ayudó, la verdad. ¡Son todos unos cabrones!

—Ja, ja, ja. No lo son, Claudia.

—Ya... —Mi interior sabe que hay hombres buenos, aunque parece que a mí me rehúyen.

—Sigo. Te fuiste de vacaciones y conociste al chico ese... Ya sabes que soy muy mala para los nombres —añade mirándome para que le ayude a recordar y siga la conversación de forma activa.

—Brian —digo con una sonrisita en los labios.

—Brian. Y con él te dejaste llevar y tuvisteis una aventura. Pero sabías que volverías a Madrid, vamos, que tenía fecha de caducidad.

—¿Y qué tiene eso de malo? Además, en ningún momento pensé en mantener una relación con él, no me enamoré de él —arguyo.

—¡Ya! Pero simplemente dejaste que te conociera como nadie en mucho tiempo. Te lanzaste sin pensar más, te sentiste libre.

—Sí, y me encantó sentirme así. Pero ahora no me apetece hacer lo mismo con todo Madrid.

—¿Con la mitad nos damos por satisfechas no? Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja —reímos las dos.

—Puedes hacer lo que quieras con quien quieras, cariño. Yo no te voy a juzgar. Pero cuando has pasado una noche con alguien no le has vuelto a ver. Y además parece que últimamente esto no va contigo. Y entiendo que muchas veces no quieras volver a verlos...

—No me apetece.

—A lo que voy, solo te das a conocer y solo te permites conocer a alguien con quien sabes que no vas a tener una relación. Creo que tienes miedo al amor, miedo a enamorarte, a que te hagan daño.

—Paula..., no lo sé. —En verdad sí lo sé. Todo mi ser se asusta al escuchar esas palabras que resuenan en mi interior. Me viene Ramón a la cabeza, me viene Jon... y Gabriel—. No sé si Gabriel es mi tipo —objeto.

—¿Y cuál es tu tipo? Los que viven lejos, viajan por negocios, los que sabes que te dejarán... —pregunta mordaz.

—Paula... —le sonrío. Sé que va a pillar, sé que quiere que saque mi verdad—. No tiene el físico que me atraería en un primer momento.

—Ja, ja, ja. —Estalla de la risa. ¿Quiénes son tus amigas, qué tipo de amigas tienes? ¿Las has elegido por el físico, por la ropa, por la forma de

andar o por la música que les gusta? ¿Desde cuándo? ¿Y tú? Que has pasado de un pijo a un *hippie*, y tienes amigas que nada tienen que ver entre ellas.

—Puf... —Resoplo agobiada, frotándome la cara.

—¡Estás cagada! Porque Gabriel quiere conocerte y tú no te atreves. No sé lo que pasará, pero sé que te gusta y creo que deberías permitirte conocerle y que te conozca, aunque luego todo se vaya a la mierda.

—¿Y si luego no me gusta? No quiero hacerle daño.

—¿Alguna excusa más? —pregunta sonriendo.

—De verdad, Paula, no quiero hacer lo que me han hecho a mí.

—Tú no vas a hacer eso. Y lo sabes. Pero si le toca sufrir a él o a ti por simplemente atreveros a conoceros y dejaros llevar... solo son daños colaterales. La vida es así. Además, esa es su responsabilidad. Y tú tienes la tuya contigo misma.

—Ya, pero...

—Estás cagada y lo entiendo, ¡pero reconócelo!

—Joder, Paula, dame tregua.

—Te doy lo que quieras —me dice dándome un abrazo.

—Gracias, cariño —le susurro al oído.

Nos despedimos y me quedo en el sofá con Ura reflexionando sobre todo lo que me ha dicho Paula, y en vez de seguir dándole vueltas a la cabeza y no hacer nada, cojo el móvil para escribir a Gabriel. Dejo de un lado el orgullo y el miedo, y con serenidad y consciencia le escribo porque quiero volver a verle. No tengo ni idea de qué pasará, pero decido atreverme a conocerle, decido ir al teatro con él sin saber si volveremos a vernos, sin saber qué pasará o qué querremos mañana. Corriendo el riesgo de que acabe doliendo, sabiendo que quedándome en la retaguardia, el dolor y el miedo se van apoderando de mí. Simplemente decido ser fiel a mí misma y hacer lo que me apetece. Sabiendo también que soy más fuerte que antes y que la soledad no me da ningún miedo.

35 MARTINA

Adoro a la pequeña, esos ojos cristalinos que brillan solo como cuando eres bebé, esa ternura, y sobre todo ese olor, que día a día se va evaporando casi sin darnos cuenta hasta que desaparece por completo. No existe mejor aroma en el mundo, y oliendo a mi pequeña, que se ha quedado dormida entre mis pechos, asoma Daniel por la puerta de la habitación. No es de extrañar, lo hace cada cinco minutos para comprobar si ya se ha dormido. Esta vez pasa y coge a Noa en sus brazos para dejarnos a Cloe y a mí la intimidad y atención única y personalizada que necesita.

—Hola, cariño. —Saludo a mi princesa.

Ella se queda en la puerta desafiándome con la mirada. Después de los días en el hospital creía que en casa volvería la normalidad. Pero la realidad dista mucho de eso. En su lugar, son muchas las veces que me encuentra dando el pecho a Noa, y ella ya no es la protagonista de la casa.

—Yo también quiero.

—¿El qué? —pregunto incrédula.

—Teta.

—¿En serio?

—¡Yo también quiero! —insiste imponiéndose.

—Vale, ven —digo con sorpresa.

No le puedo negar algo así. Entiendo que es su manera de pedir atención, de ser la protagonista, de pedir tiempo conmigo, así que me descubro el otro pecho para que ella se sirva y suavemente se acerca y lo intenta. Cloe frustrada descubre lo que yo ya sé, que una vez que dejan de mamar no saben volver a hacerlo, pero he preferido que lo descubra por ella misma. Lo último que quería era que pudiera sentir rechazo por mi parte.

—No sale nada, cariño, ya eres mayor —explico cubriéndome el pecho y rodeándola con los brazos.

—Pero yo no quiero ser mayor ¡yo quiero ser pequeña! —Me enternezco.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Ya. ¿Y tú no quieres patinar y comer *pizza*, ir a la piscina y...?

—Sí —afirma entusiasmada sin dejarme acabar la frase.

—Para eso tienes que ser mayor, mira Noa, ella no puede hacer todas esas cosas. Pero tú sí. Y cuando ella sea un poco más mayor le podrás enseñar.

—¿Como la profesora a mí?

—Sí.

—Quiero ser profesora.

—Para eso tienes que ser mayor.

—... —Me mira con cara dubitativa, como si no supiera cuál de las dos opciones prefiere.

—Y papá y yo te queremos mucho —le digo para que encuentre la calma que necesita.

—Sí —musita entre dientes.

—Pero mucho mucho —repito haciendo hincapié—. Ha venido tu hermanita a esta casa y ahora necesita un poco más de tiempo conmigo porque yo tengo su comida aquí.

Desde el día que me puse de parto, Cloe ha sufrido un accidente tras otro, se ha caído por las escaleras, pegado con Marta en el parque, roto media vajilla porque sus manos han pasado a ser de mantequilla... La pobre está desorientada. La llegada de su hermana ha despertado unos celos que no existían en ella y ha creado una lucha de poder por su puesto de reina. Entiendo los sentimientos encontrados de Cloe, amor y celos. Nos quedamos allí las dos acurrucadas cantando muy bajito, para no despertar a su hermana pequeña, la última canción que le han enseñado en el colegio.

Daniel asoma por la puerta con el dedo gordo de la mano derecha hacia arriba indicando un OK, es decir, Noa está en la cuna y la cena en la mesa. ¡Qué bien! Ahora podemos dedicarle, los dos, tiempo a Cloe. Cuando vuelve a ser la protagonista se le cambia el semblante y disfrutamos de la cena hasta que un lloro hace que salga en busca de mi otra pequeña. Se ha despertado y veo la carita de Cloe.

—¿Quieres cogerla? —le pregunto. Solo lleva dos días en casa, pero creo que es bueno que no la sienta como una intrusa.

—¿Sí? —pregunta asombrada.

—¿Quieres?

—Sí.

—Venga, siéntate en el sofá, que pesa mucho.

Ella obedece sonriendo y ya sentada alarga los brazos para recibir a su hermanita. Suavemente dejo que pose su cuerpo en las piernas y brazos de Cloe. Daniel, que parece el superpadre del año, ya está sentado junto a ellas para sostenerle la cabecita. El asombro de mi princesita va dando paso a una mirada de amor preciosa. Se queda con la media sonrisa en la cara, mirando a su hermana y a nosotros al mismo tiempo sin creerse lo que está experimentando. Se queda hipnotizada mirándola y Noa sonrío, más por un reflejo que por consciencia, pero para Cloe se convierte en un verdadero regalo. Es entonces cuando espontáneamente y con mucho cariño Cloe le da un beso a su hermana.

—Yo soy la hermana mayor —anuncia con orgullo sobreprotector.

—Sí, cariño —asiente Daniel.

Yo simplemente me alegro profundamente de poder vivir este momento. Noa no tarda en empezar a moverse y Cloe me mira para que la coja.

—¡Hora de dormir! —dice Daniel a Cloe—. ¿Cómo quiere ir a la cama mi princesa, andando o volando?

—Volando —asiente eufórica poniéndose de pie en el sofá simulando con los brazos las alas de un avión.

—¿Cuándo podré jugar con ella? —Oigo que le pregunta a su padre diluyéndose sus voces por el pasillo.

—Un poco más adelante, cariño.

—Yo también quiero ser mamá.

—Cuando seas mayor. —Oigo la conversación desde el sofá mientras doy de cenar a mi otra princesa sin poder contener la risa.

Con las dos niñas dormidas, la cocina recogida y la plancha hecha, me apoyo en la cama y cierro el ojo sintiendo un placer inmenso. Un lloro me saca de mi delicia, es Noa. Me siento en la cama automáticamente y un generoso Daniel, que lleva también el cansancio acumulado escrito en el rostro, me la acerca meciéndola sobre sus brazos. ¡Qué bien que esté aquí!

36 SILVIA

—¡Venga, Clau, solo faltas tú! —Apremio a mi amiga haciendo aspavientos con la mano. Es la última en llegar al lugar indicado.

—Lo siento, cariño, ya estoy —me dice sofocada mientras me da un enorme abrazo y ninguna excusa de su retraso.

—No te preocupes, solo han sido cinco minutos, pero estoy tan ilusionada que la impaciencia me mata. ¿Vienes sola? —pregunto de repente, pero no espero respuesta a mi inoportuna (y absurda) intervención—. ¡Vamos! Estoy segura de que este sitio que he elegido te va a encantar. Quizá te recuerde a algo, je, je.

Cuando termina de saludar a todos la tomo del brazo y, junto con el resto del grupo, andamos unos metros por este maravilloso barrio madrileño hasta llegar al bar restaurante que he elegido para despedirme de mi ciudad y de mi gente.

Así, con Claudia, Marcos, Víctor y Natalia junto con Daniel y Mario, amigos de Hugo, entramos en el local. Hemos reservado una mesa en la planta de arriba. La mesa para ocho está perfectamente dispuesta; colocada con detalle y con muchísimos colores, solo falta llenarla de nuestros antojos. Y me viene a la cabeza Martina. ¡Qué penita que no haya podido venir! Noa es muy pequeña todavía, por lo que antes de mudarme pasaré por su casa para estar con ella.

Miro a mi alrededor. Este sitio es muy agradable. Con unos farolillos colgando del techo parece que estuviéramos en la feria. Por no hablar de la cantidad de plantas con sus respectivas macetas, también colgantes, que nos darán el oxígeno esta velada a la vez que la sensación de tener por encima de nuestras cabezas, en lugar de bajo nuestros pies, un verdadero jardín botánico. ¡Así es que esta noche promete ponerse patas arriba!

Por lo demás, no falta nadie de los que tienen que estar, excepto mi amiga Martina, de quien ya me he acordado hace veinte segundos, pero tengo en mis citas pendientes de la agenda. Todos nuestros amigos más íntimos nos rodean aportando calidez a esta fría noche de finales de año. Claudia, por

supuesto, se ha puesto a mi lado. Marcos y Víctor, enlazados con Loctite, ocupan los sitios frente a nosotras. Juntos. Muy juntos. Hugo se sienta a mi lado y a su derecha lo hace Daniel. Justo enfrente de eeste, ocupa el sitio Mario. A los pocos segundos, y justo antes de que el camarero haga su aparición, Natalia llega a la mesa después de visitar el baño y ocupa la única silla libre a la vera de Mario. Hugo y yo nos miramos conscientes de lo poco que les preocupa al uno y a la otra que el destino los haya unido de nuevo. Y todavía no sabemos cuánto.

Mientras Natalia se decide dónde coloca el bolso, llega el que va a ser, según sus propias palabras, nuestro camarero. Y es que parece una tontería lo del bolso, pero las mujeres nunca sabemos dónde colgarlo. Sobre tus piernas, molesta. Entre la silla y tus riñones... ¡ni te cuento! Si la silla no tiene brazos donde aposentarlo, que suele ser lo más común, te decides finalmente por colgarlo en el respaldo y rezar para que nadie te meta la mano en él porque no tienes ojos en la nuca, aunque a veces lo parezca. Por tanto, Natalia, amiga y residente en Madrid, se decanta por esta última opción y le pone encima su abrigo de plumas y la manta que lleva como bufanda. Así no se constipa. Y lo camufla, claro. Solo un inciso, ¿una manta como bufanda? No entiendo esta moda. Es más, creo que no entiendo de moda.

Mientras Natalia se acomoda, el camarero permanece paciente callado a su espalda. Nos miramos los unos a los otros y nos reímos de la situación. Mi amiga se da cuenta de que algo pasa, ¿será por el leve carraspeo de Hugo?, y se sonroja ligeramente a la par que se deshace en disculpas.

—No pasa nada —responde amable y discreto el camarero. ¿Ya saben qué van a pedir?

—¿Natalia? —Me dirijo a mi amiga, que no ha tenido tiempo de mirar la carta.

—Por mí sin problema —afirma decidida—. Vengo mucho a este sitio y lo tengo claro.

—¿Hamburguesa *gourmet*? —pregunta el camarero reconociendo a Natalia y recordando su predilección.

—¡Eso es! —Se lo confirma guiñando un ojo—. Os la recomiendo, chicos —dice ahora dirigiéndose al grupo, tras lo cual Hugo, Daniel y yo levantamos la mano haciendo la misma elección.

—¡Hola! No te había reconocido. ¿Para ti la clásica? —pregunta el camarero tras anotar las cuatro hamburguesas y esta vez mirando directamente a Mario.

—Sí —acierta a contestar tímidamente el amigo de Hugo mientras el camarero continúa agrandando nuestra comanda en su iPad.

—Para mí una ensaladita de pollo. —Es Claudia quien habla esta vez, llevándose la mano al estómago como si estuviera ya empachada—. Me estoy cuidando —sonríe.

—Que sean dos —se apunta Marcos—, no me vendrá mal ponerme a plan y perder un par de kilos.

—¡Qué exagerado eres! Estás genial como estás —le contesta Víctor poniéndole la mano en la panza—. Para mí un *chicken breast*, que tiene una pinta deliciosa.

—¡Ay, mi gordi! Cómo te vas a poner... —Bromea Marcos con Víctor dándole un casto y cariñoso beso mientras el camarero termina de anotar también las bebidas y se retira.

—Bueno, chicos, contadnos un poco toda esta locura de abandonarnos —pregunta directa Natalia.

—Ja, ja, ja, ¡no os abandono! Eso que vaya por delante.

—Ya lo sabemos, reina. Cuenta, cuenta cómo ha sido todo —interviene Marcos.

—Bueno, pues como sabéis ya todos, a Hugo le han ofrecido un trabajo que no puede rechazar. —Me arranco a explicar.

—Poder, poder... puedo decirles que no —aclara Hugo sintiéndose un poco culpable de la situación.

—Claro, cariño, poder podemos. Pero ninguno de los dos queremos hacerlo. Chicos, no podemos perder esta oportunidad. Por fin se nos ha abierto la posibilidad de llevar una vida un poco más holgada, de poder ofrecer a Rubén todo lo que necesite, y lo que no también. ¿Por qué no? Ya es hora de vivir un poco mejor y permitirnos algún que otro capricho.

—¡Di que sí, preciosa! —apunta Claudia orgullosa.

—¡Ay, qué pena, chicos! —añaden Natalia y Marcos al unísono.

—Sí, a mí también me da una lástima horrible dejaros a vosotros, a mi madre... —Asoma en mi voz un tono nostálgico. Pronto empiezo.

—No os preocupéis, chicos, de verdad que allí vais a estar de lujo. La empresa va viento en popa y, aunque tiene mucho trabajo por hacer, va a daros todo lo que necesitéis y más —matiza Daniel, el artífice de esta situación, «defendiendo» de algún modo a su amigo—. Bueno, pero hay algo más ¿no, Silvia? Un pajarito me ha chivado una cosita...

—Esta Martina... je, je. Cuando la llamé antes le conté algo muy importante que quiero ahora compartir con vosotros.

—¡Ay, qué nervios! ¡Dilo ya, Silvia! —insta la impaciencia de Claudia.

—Una revista muy importante de la isla está interesada en publicar semanalmente mis ilustraciones para una sección específica. Mandé unos bocetos y ¡les encantaron!

—¡Bravo por ti, preciosa! —Levanta su copa de vino Natalia.

—Si es que la que vale, vale. —Se une Claudia consiguiendo que el grupo al completo alce sus copas y suene un chinchín celestial celebrando nuestros logros.

—¡Ay, estoy emocionada! Espero que al público le gusten tanto como al editor y pueda dedicarme a este mundillo.

—Lo harás, mi amor. —Sella Hugo el momento con un dulce, y cargado de ternura, beso.

—¡Viva los novios! —exclama Víctor, hasta ahora muy discreto, levantando de nuevo su copa.

—¡Viva! —exclaman todos a coro a nuestro alrededor en un ambiente de júbilo que me pone los pelos de punta y estremece a lo más hondo de mi corazón.

Brindamos de nuevo, pero estoy ya un poco abochornada, roja como un tomate, de tanto protagonismo y decido desviar el tema.

—Bueno, bueno, ahora contadnos vosotros. Por ejemplo... Natalia. Has dicho antes que vienes mucho por aquí ¿no? —pregunto inquisitiva, y nada disimulada, pues el comentario del camarero de hace un rato no me ha pasado desapercibido.

—Sí, desde que abrieron me he hecho una adicta a sus *burguers*. ¡Son increíbles! —exclama con entusiasmo.

—¿Tú también conocías este sitio, Mario? —Esta vez es Hugo quien interroga a su amigo.

—Sí, he venido algún día que otro —responde quitándole importancia.

—Venga, chicos, ¡que no somos tontos! ¡Estáis juntos! —pregunto exclamando mientras aplaudo de la emoción.

—No me lo puedo creer, Mario —se dirige Hugo a su amigo—, qué calladito te lo tenías. Me alegro, tío. —Le da una palmada en el hombro.

—Bueno, a ver —se arranca Natalia a justificarse—, no adelantéis los acontecimientos. Estamos conociéndonos, pero despacito.

—¡Qué bien! ¡Estáis juntos! —«Y dale perico al torno», sigo con mi alegría y, sin aguantar más, me levanto y rodeo la mesa para achuchar a mi amiga—. ¡Me alegro tanto! —le repito sinceramente ya entre mis brazos.

—Gracias, cariño —me sonrío un poco sonrojada, pero sin duda feliz.

—Entonces, todo esto es gracias a mí, ¿no? Que te medio obligué aquella tarde a acompañarme para ir a recoger a mi mujer, je, je —afirma orgulloso mi marido casamentero.

—Bueno..., eso no es del todo cierto... —rebate Mario entre risas.

—Lo cierto es que ese fue el primer paso, pero luego el destino se encargó de todo lo demás. —Es Natalia quien ha intervenido ahora.

—¿Ah, sí?

—¿Y cómo es eso? —preguntan Claudia y Marcos verdaderamente interesados ya en esta incipiente historia de amor.

—El caso es que ambos estábamos inscritos en una famosa red de contactos —hace una pausa esperando algún tipo de juicio por nuestra parte que no llega. Nos parece perfecto. Estamos en el siglo XXI, por favor— y después de charlar varias veces a través de la página, vimos que teníamos muchas cosas en común y decidimos darnos el teléfono...

Así, Natalia prosigue durante varios minutos contando su historia. Ante las caras atentas de los miembros de este grupo cuenta cómo ellos quedaron sin saber que eran ellos. En la página tenían un alias y, aunque lo cierto es que en algún momento les resultaban familiares ciertos datos, nunca imaginaron tremenda casualidad. Así fue cómo mi amiga propuso a su misteriosa cita venir a este restaurante a comer la primera de muchas hamburguesas que han compartido juntos a día de hoy (y las que seguramente les quedarán por compartir). Tras la sorpresa inicial de descubrirse el uno al

otro, llegó la alegría inmensa precisamente de eso, de que fuera el uno y el otro y de haberse descubierto.

Tras su bonita historia todos sonreímos embobados. En el fondo todos somos unos románticos y queremos que nos pasen estas cosas de película. Es en este momento cuando el camarero hace su aparición estelar dejando frente a cada uno su deseada cena.

Bendecimos la mesa. No, eso es mentira. No lo hacemos. Más bien empezamos a engullir lo que a cada uno nos corresponde y un poco del plato del resto. Compartir es vivir, al fin y al cabo.

Observo a Claudia, que está muy callada pero sonriente, guapa. Decido que no es momento de preguntarle nada personal a ella. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, me dicta mi cabeza. Sin embargo, en este caso sí lo haré, mañana la llamaré para que me cuente qué pasa. Sé que es reservada con estos temas y más si hay mucha gente, como hoy. Por lo que no, ahora no es el momento. Ataco a Marcos.

—Y vosotros, ¿qué tal?, ¿qué os contáis? —Miro a nuestro amigo que justo acaba de meterse un poco de ensalada en la boca, por lo que se disculpa con la mano y es Víctor quien responde.

—Muy bien. La verdad es que no me puedo quejar. Llevamos ya un tiempo juntos y creo que todavía no hemos perdido esa chispa del primer día —afirma un caballero andante.

—Así se habla, mi amor —retoma Marcos, que ya ha tragado el bocado que lo mantenía callado—. No, en serio. Lo cierto es que creo que tenemos magia. Lo supe desde el primer día y aquí estamos hoy, que no podemos despegarnos —dice mientras da un nuevo beso a Víctor, que se lo devuelve sonriente. Son tal para cual.

Continuamos cenando y hablando, de todo un poco. No solo de bebés, por fin. Es que hay madres que no se dan cuenta de que más de trescientas veces la misma anécdota ya huele, como las cacas de las citadas criaturas angelicales. No es mi caso, aunque reconozco que me cuesta una barbaridad contenerme; mi Rubén es tan mono... Bueno, que nos reímos mucho. Mucho de nosotros mismos y también del mundo en general. Es una cena muy divertida. Ya en los postres...

—¿Habéis visto qué tartas hay aquí? —dice Claudia salivando y sin

poder despegar sus ojos de la carta.

—¡Ya te digo! Tenemos que venir un día pero a merendar, para tener hueco de sobra —responde Natalia eufórica viendo que cada vez hay más adeptos a su bar preferido.

—Jo, yo no podré... —afirmo con pena, creando un denso silencio en la mesa.

—Silvia, claro que podrás, vendrás a vernos...

—¡E iremos a verte! Porque anda que no habrá en Las Palmas un montón de cafeterías iguales que aesta.

—Bueno... iguales iguales... No sé yo —contesto apesadumbrada aunque sé que Claudia y Natalia únicamente intentan paliar mi tristeza con el optimismo que las caracteriza a ambas. Se lo agradezco.

—¡Tenéis razón, chicas! —Y a todos—: ¿Nos bajamos a la planta baja a tomar algo o tenéis que ir a casa?

—Obviamente, ¡nos bajamos! —exclaman nuestros amigos mientras recogen sus pertenencias y uno a uno vamos conduciéndonos al otro espacio del bar.

Ante nosotros tenemos un verdadero chiringuito de playa, pero eso no es lo más impresionante; ¡todo el suelo es de arena! Pisamos sobre blandito y nos distribuimos en torno a un par de mesas bajas y nos sentamos en los cojines que las rodean. Todos menos yo, que tomo nota de los cócteles que quieren mis borrachines y me dirijo a la barra del citado chiringuito. Ya con las copas azucaradas, adornadas y coloridas sobre la mesa, continuamos la velada entre risas.

Al cabo de un ratito van llegando mis amigas de gimnasia Julia, Isabel y Mónica, mis amigas de natación y, por último, Nieves y M.^a Ángeles, amigas del barrio de toda la vida... Todas han intentado aparcar a sus niños por un ratito y ahora aparcan sus culetes en los cojines de la arena. Se lo agradezco. ¡Me hace ilusión verlas a todas! Al igual que los amigos de Hugo, que también se han multiplicado y se los ve divertirse.

La noche transcurre de forma inmejorable. Todos lo pasan genial y eso me hace feliz. Mario y Natalia se ríen en una esquina, Marcos y Víctor siguen haciendo patente la definición de amor, y de chicle, compartiendo una piña colada, Daniel se ha tenido que ir temprano a casa, últimamente con la niña

está muy cansado y Hugo se divierte con sus amigos.

Una sensación extraña mezcla de alegría, añoranza, tristeza y melancolía me recorre todo el cuerpo. Me da mucha pena dejar a toda esta gente, aunque sigo firme en la decisión que hemos tomado de irnos, pero al final son todos ellos, junto con mi familia, los que hacen que la vida sea menos aburrida.

—Ey, ¿qué piensas Silvia? —Se me acerca Claudia sacándome de mis cavilaciones y haciendo que deje de sorber mi ya inexistente mojito y de hacer ese ruido tan poco propio de una señorita.

—Pues que me da mucha pena irme —afirmo sin excusas. A estas alturas es evidente mi nostalgia.

—Es normal, cariño. Es normal... Pero no es un adiós. Es simplemente un ¡hasta pronto! ¡Nos vemos en otra! Aunque sea en un bar de otro tipo —afirma entre risas dándose cuenta de lo poco espectacular que resultaría un bar como este en mi nueva ciudad.

—¡Seguro que sí! Je, je —sonríó a mi amiga. No sé cómo lo hace pero siempre me levanta el ánimo—. ¿Tú cómo estás?

—Bien, muy bien. Tengo que contarte muchas cosas —dice sonriendo y dando un sorbo de su copa medio llena.

—Pues tengo toda la noche, cariño. ¡Dispara!

—Por cierto, gracias por elegir este bar para tu despedida —apunta mientras coge un puñado de arena del suelo—, me trae muchos y muy buenos recuerdos. —Su mente viaja por un momento lejos.

—No tenía duda, esta arena ya es especial para las dos...

—Seguro que sí, ya verás qué bien sienta a veces cambiar de aires —añade.

—Eso espero, Clau... ¡Ay, cuánto te voy a echar de menos! —Me abalanzo sobre mi amiga, aun a riesgo de bañarla en su ron cola.

37CLAUDIA

Me dirijo al teatro con el paso y las pulsaciones aceleradas. Voy con el tiempo justo y sé la importancia de llegar a tiempo a estos sitios. Cuando aterrizo, le veo esperando con la cámara colgando de su cuello y la sonrisa como protagonista de su rostro.

—Hola —sonríe Gabriel en cuanto me ve y se acerca cogiéndome del brazo—. ¡Tenemos que darnos prisa!

—Hola. —Saludo nerviosa.

Y cogiéndome por los hombros me dirige al teatro por la cola vip. La primera impresión que obtengo de él me sorprende agradablemente. Está más guapo de lo que le recordaba, va vestido con vaqueros, deportivas, una camiseta azul que le sienta genial y una chupa de cuero negra. Le veo más atractivo que la última vez. Además, he de reconocer que la cámara le da un toque todavía más sexi. Nos adentramos en la sala y nos situamos en las primeras filas. Mientras él se dedica a ejecutar su trabajo yo disfruto mucho. Me había comentado que era una obra navideña, pero resulta muy divertida, ya que usan un lenguaje irónico y me resulta bastante transgresora.

Tras la obra nos vamos a cenar *sushi*, ¡me encanta! y por suerte para mí a él también. Nos sentamos uno al lado del otro y con su mano roza suavemente la mía. El vello de mi brazo se eriza levemente.

—¿Pasamos a la ronda de preguntas incómodas? —pregunto. Sé que son temas que vamos a tratar y prefiero saberlo ya.

—¿Qué ronda es esa?

—Bueno ¡ya sabes! ¿Cuándo fue tu última relación? ¿Lo has superado? Esas cosas.

—Ja, ja, ja. Vale, empieza.

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después.

—¡Puf! —Ahora no sé cómo responder a todo esto...— Bueno... —
Voy alargando cada sílaba.

—¿Es complicado?

—Sí, un poco. No sé cómo explicarlo. Tuve una relación larga de seis años y no fue muy bien, la verdad.

—¿Te engañaba?

—No, no es eso —suspiro—, era una relación bastante tóxica, él era muy celoso y yo no supe ponerle freno. Me llegaron a parecer normales situaciones que no lo son.

—Entiendo —dice rescatándome de mi propio diálogo, no necesita que le cuente más—, ¿y después de eso?

—¿Eh? —Joder, no sé si es peor eso o contarle lo que viene ahora, pero decido contárselo igualmente, pase lo que pase prefiero que ya lo sepa todo—. No he vuelto a tener una relación seria si te refieres a eso, pero sí he estado con muchos chicos. De forma muy esporádica..., ya sabes, ¡simplemente una noche!

—Ya. —Se le cambia la cara.

—Solo quiero que me conozcas como soy.

—Me encanta que me lo cuentes. ¿Y te has vuelto a enamorar?

—A enamorar no. Conocí a un chico, que ahora trabaja en el laboratorio, que me hizo sentir mucho. No llegué a enamorarme, pero me ilusioné mucho con él y me... «desatascó».

—¿Te desatascó? —pregunta atónito y divertido—. Me encanta cómo te expresas, pero que sepas que suena fatal.

—¡Sí, bueno! Me dejaba llevar por la emoción del momento y conocerle a él fue como despertar una parte de mí. Fui consciente de que podía volver a sentir algo por alguien.

—Entiendo.

—¿Sí? Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, sí.

—Pero no fue nada bien. Cuando llegó a Madrid estaba con otra chica y es padre.

—Me alegro.

—¿Perdón?

—Si no, tú hoy no estarías aquí conmigo.

—No te pongas ñoño. ¡Te toca! —digo cogiéndole la mano y mucho más tranquila de que decida seguir ahí sentado y conociéndome. Sabiendo

quién he sido y quién soy. Sabiendo qué he hecho y dejado de hacer. Sin juzgarme en ningún momento.

—Yo hace un año que dejé de verme con una chica. Llevábamos cuatro años juntos, pero el último año ya estábamos bastante mal. Decidimos seguir intentándolo, pero nos convertimos en compañeros de piso. El romanticismo y el amor desaparecieron.

—Ah, ¿y desde entonces?

—Desde entonces nada.

—No te creo.

—¿Por qué? —sonríe.

—¿Porque no! ¿Llevas un año sin sexo?

—A tu estilo, ¿eh? ¡Sin pelos en la lengua! Sí.

—Ah.

—No soy un chico de rollos.

—Vale. ¿Solo tienes sexo con novias? —O pregunto o reviento.

—No, me acuesto con alguien con quien siento algo más. No tengo por qué estar enamorado, pero sí mínimamente ilusionado y cómodo —me dice riéndose por la pregunta.

—Mmm. ¿Quieres una relación? —pregunto confusa.

—Me has llamado la atención y quiero conocerte. De momento no me atrevo a decirte nada más. Y tú, ¿qué quieres? ¿Usarme para una noche?

—¡No te pases! —Me ofendo y veo cómo saca a relucir su sonrisa, conoedor y orgulloso de que no quiera solo eso—. En verdad no sé lo que quiero. No te conozco.

—Empate —dice al tiempo que me saca una sonrisa.

—Ya —digo dando un trago a la copa de vino—. ¿Y alguna novia más?

—Sí. Antes de ella tuve un par de relaciones más. La primera me puso los cuernos y la segunda la dejé yo, me desenamoré.

—Umm.

—Por cierto, el otro día estuve con mi hermana y salió tu nombre a la palestra.

—Y después de todo lo que sabes sigues aquí sentado... ¿te va la marcha, no?

—Ja, ja, ja.

Interrumpe el camarero que aparece con la cuenta y, cuando voy a cogerla, él se adelanta para pagar. Me gusta que quiera pagar él. No soy de las que espera que se lo paguen todo, de hecho, es algo que me hace sentir incómoda, pero me parece un detalle generoso.

—A medias —le digo.

—Hoy te invito yo, tú la próxima vez.

—¿Y quién te dice que va a haber próxima vez? —pregunto chula.

—Me arriesgaré. ¿Cómo te has sentido?

—Tú tampoco haces las típicas preguntas, ¿eh?

—No, las típicas preguntas me aburren, pero no te escabullas, ¿qué has sentido?

—Me he sentido yo, sin máscaras.

—Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo.

—¡Venga ya! ¿Y tú?

—Yo también, me siento como si nos conociéramos de antes. Me gusta.

—Me sonrojo. Él también me está gustando, cada vez más.

—Me tengo que ir —digo al tiempo que miro al reloj. Hoy paso la noche en casa de mis padres para ayudar mañana con los preparativos de Nochevieja. ¡Tradición familiar!

Salimos del restaurante y él me acompaña al taxi. Al llegar me planta frente a él. Su aroma fresco, de hombre y con toque a limón me embriaga. Nuestras bocas se desean y tiernamente nos acercamos y juntamos nuestros labios. Es un beso cálido y suave que hace que el vello de mis brazos se erice.

—Te llamo —le digo a modo de despedida.

Monto en el taxi con la sonrisa en los labios. Estoy preparada para un nuevo capítulo en mi vida. Digo nuevo porque nada es como antes, yo ya no soy la de antes. Ahora me siento más segura, y decido que pase lo que pase seré sincera con él y sobre todo conmigo misma. Soy consciente de que sola puedo estar bien, pero me permito atreverme a conocerle. Como dice el refrán «mejor sola que mal acompañada» y yo añado, pero con las puertas abiertas al amor. Al amor sincero, al amor del bueno. Y aun a riesgo de salir herida, esa herida no será tan profunda como encerrarme en mí misma y decidir no sentir nada por nadie.

38 MARTINA

Daniel y yo estamos sentados uno al lado del otro en el sofá. Cloe ha elegido el *chaise longue* para descolgar sus piernecillas.

—A ver, princesa, papi y yo tenemos una cosa que decirte — empezamos sin más dilación ante la mirada distraída de Cloe. Sus muñecos de *Sylvanian Families* son más emocionantes que cualquier cosa que podamos contarle.

—Cariño, escucha a mami —reclama Daniel con dulzura, logrando que los vivos ojos de Cloe se centren en lo más aburrido: sus padres.

—Cielo, ya sabes que papá y mamá te queremos con locura —empiezo eligiendo las palabras como si fuera el mejor terciopelo.

—¿Voy a tener otra hermanita? —Es esta pregunta espontánea de Cloe la que interrumpe.

—No, mi amor. Deja que te cuente mamá. —Es ahora Daniel quien corta a la niña—. Solo tenemos amor para dos princesas. Tú y Noa —añade señalando el capazo en el que descansa la pequeña de la casa.

—Mejor —apunta Cloe satisfecha dejando al descubierto sus celillos.

—Eso es, princesa. —Vuelvo a escarbar en mi cabeza para encontrar el vocabulario adecuado—. Es que papi se va a ir de casa.

—¿Por qué? —pregunta la cría abriendo tanto los ojos que temo que olvide pestañear—. Prometo recoger los juguetes para no enfadarle... —añade creyendo haber encontrado el motivo de «la fuga».

—Porque papi y mami ya no pueden vivir juntos. —Utilizo la tercera persona que me ayuda a desligarme de lo doloroso de la situación.

—¿Pero por qué? ¿Habéis reñido otra vez? —Habla su inocencia.

—No, cielo. No hemos reñido de nuevo. Al contrario, pequeña, papá y mamá se llevan muy bien ahora.

—Sí, mi amor, tu mami y yo nos queremos mucho, mucho, mucho...

—No entiendo —afirma desconcertada la niña. ¡Cómo va a entenderlo! Casi no lo entiendo ni yo...

—Lo que quiere decir papá es que nos queremos mucho, mucho, mucho

—no escatimo en este adverbio, dada su enorme relevancia—, pero solo como amigos. Los mejores amigos. No como pareja.

—¿Cómo los papis de Diana? —Hace alusión a unos padres conocida y sobradamente divorciados.

—Sí, cariño, como los papis de Diana. Creo que lo has entendido. —Refuerzo a mi hija, admirablemente inteligente para su corta edad y la difícil situación.

—Ah, vale. —Zanja la conversación volviendo la atención a su familia Sylvanian y reagrupa al padre, madre, hijo y bebé de sus ardillas—. ¿Puedo ir a jugar? —pregunta ya con los pies en el suelo.

—Claro, princesa. Te llamaremos a la hora de cenar para que vengas. —Concedemos mientras la niña, rauda y descalza (cosa que me disgusta sobremanera) se dirige a su habitación.

Una vez los dos solos, continuamos comentando la situación.

—Tranquila, Cloe estará genial. No va a faltarle de nada por parte de ninguno de los dos. Y a Noa tampoco —aclara observando mi rostro desencajado.

—Ya lo sé, Daniel, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Pues no lo sé... todo. Que me da mucha pena haber llegado a esta situación.

—Y a mí, pero ya lo hemos hablado mucho y es lo mejor ¿no? —pregunta esperando mi confirmación definitiva.

—Sí, sí. La decisión la tengo clara. Así como hay muchos matrimonios que aguantan juntos «por los hijos», yo nunca he visto muy claros los beneficios de hacerlo de ese modo.

—Sí, yo tampoco soy partidario de esa postura, aunque la respeto. —Coincide.

—Pero aun así no puedo evitar sentirme... no sé... —No encuentro las palabras.

—Sentir que hemos fracasado. —Completa.

—Eso es. Justamente así es como me siento. Fracasada. Nuestro matrimonio ha fracasado. NOSOTROS hemos fracasado —concluyo con un matiz nostálgico en la voz.

—Me ocurre lo mismo. Pero no te tortures. No merece la pena. No hemos sabido ser finalmente un buen matrimonio, pero la vida nos está dando la oportunidad de seguir siendo unos padres ejemplares —dice esperanzado con un brillo especial en los ojos.

—Sí, tienes razón. Tenemos que mirar hacia adelante y centrarnos en nuestras hijas, para que sean las niñas más felices de toda la faz de la tierra —digo henchida de orgullo por esas dos preciosidades que nos ha regalado la naturaleza.

—Lo serán, estoy seguro de nuestro potencial como «padres del año» —añade mientras me regala un beso en la frente (beso que, contra todo pronóstico, no sería de los últimos) y un achuchón reconfortante.

Esas fueron las palabras con las que aquel día nuestros caminos se separaron, palabras de aquel día en el que decidimos rendirnos y abandonar la intrépida aventura de la pareja y del matrimonio. Aquel día en el que nosotros dos, solo los dos, dimos por concluida nuestra relación sentimental y nuestra convivencia.

Dos valientes que fuimos capaces de escoger el camino, en nuestra opinión más difícil, el que escocía, solo para intentar allanar un sendero de felicidad para nuestras niñas.

Tanto Daniel como yo nunca hemos olvidado que nuestra prioridad son ellas, por lo que, a pesar de esta separación, estamos seguros de que nos les faltará de nada en ningún sentido. Seguros de que crecerán en el más absoluto amor y respeto, que mirarán de frente a los problemas y serán amigas íntimas de la bondad, la sensibilidad y el cariño que, sin duda alguna, recibieron y seguirán recibiendo siempre de nosotros, sus orgullosos padres.

Subo ligeramente el volumen de la radio del coche al escuchar la canción que durante tantos años bautizamos como «nuestra canción». Gracias a Kiss FM estos *remember* son siempre posibles. Una canción que con solo escuchar sus primeros acordes remueve hasta la última de mis entrañas dándoles la vuelta, una canción que, de tan bonita que es y de tanto sentimiento que me transmite, me recuerda que no estoy atravesando una de las mejores épocas de mi vida. Una canción, sin embargo, que me hace navegar por un sinfín de buenos momentos a su lado.

Me transporta al *club*, donde todas las tardes de verano mis amigas y yo

íbamos a darnos un chapuzón y a echar la tarde. Esa tarde de agosto, calurosa, donde la sombra que rodeaba la piscina olímpica estaba tan cotizada que aquel grupo de chicos tuvieron que sacrificarse y compartirla con nosotras. Ese baño con amigas lleno de miraditas que, desde la toalla, me penetraban más que los mismísimos rayos del sol. Ese reencuentro en la toalla, con bromas y presentaciones, que terminó con un intercambio de teléfonos y un sincero, el primero de muchos, «te llamaré pronto».

La canción avanza al igual que mis recuerdos. El primer beso en el cine. Y el segundo, el tercero... No dejamos ni que empezara la película. ¿Cuál era, por cierto? Sonrío. Nuestros besos quedaron amortiguados por los créditos desde que apagaron las luces.

La primera vez que hicimos el amor. Su casa, decorada con velas de todos los colores y olores. Tiempos en los que Daniel era romántico y yo... yo simplemente era más libre de mí misma.

La promesa de amor eterno ante Dios y trescientos invitados más, muchos de los cuales ninguno de los dos conocíamos, pero que era, según nuestras respectivas familias, imprescindible invitar. Promesa que ahora incumplimos, pero que siempre formará parte de nosotros y nunca olvidaremos. Al igual que la fiesta posterior, que dio lugar al dolor de cabeza más generalizado de todos los tiempos al día siguiente. ¡Y eso que no era resaca de garrafón! Lo que las lagunas nos permiten recordar de esta gran fiesta tampoco lo olvidaremos.

La búsqueda de Cloe, breve pero intensa, con los polvos sin ganas «porque toca», esos polvos «porque estoy ovulando así que ven para aquí aunque te apetezca menos que masticar cristales». Y también con esos polvos deseados, mágicos, que tiñeron de dos rayitas rosas el bendito termómetro después de varios intentos fallidos y menstruados. Dos rayitas que dibujaron lágrimas de emoción en nuestros ojos y sonrisas en nuestros corazones. Dos rayitas que nos unieron de una forma tan especial como indescriptible. Dos rayitas que ahora se pintan por separado y que comienzan sus respectivos vuelos por libre.

Las últimas notas de la canción me recuerdan de nuevo lo feliz que he sido junto a Dani, pero me reafirman también en mi decisión. El último verso me recompone el corazón y me grita que he hecho lo correcto.

La radio cambia de tercio, dando carpetazo a este momento de intensidad extrema y lo hace con Pablo López. Los primeros acordes de *El mejor momento* empiezan a dibujar un camino de esperanza. Un camino en el que están ellas. Mis princesas. Alzo la mirada y, por el espejo retrovisor central del coche, las miro y sonrío. Este es el mejor momento para hacerlo. Que se despidan de mí llevándose mi sonrisa antes de que su padre las reciba con un fuerte abrazo como hace cada vez que les toca el fin de semana con él.

Daniel me da un beso de despedida, lleno de cariño, mientras me monto de nuevo en el coche y los dejo ir. Hay personas que aun queriéndose no pueden estar juntas, pienso mientras los miro y arranco.

Las relaciones no hay que forzarlas. A veces hay que aceptar que no funciona, dejar ir y soltar. Soltar para crecer, para aprender de los errores y no volver a repetirlos. Reconozco el miedo en mi interior y lo acepto. Duele. Duele mucho, pero no tanto como cuando me intentaba aferrar a un amor que ya no existía. Sé que estaré bien y que podré volver a amar. Dicen que se educa con el ejemplo y quiero que mis niñas aprendan también a dejar ir, a soltar aquello que no las llena. Y cuando pienso en ellas me convengo, aún de forma más fehaciente, de que hemos hecho lo mejor.

Y simplemente suelto.

39 SILVIA

—¡Mira, Rubén! ¿Quién está ahí? —le digo a mi pequeño.

—Papáaaaaaa —exclama mi niño con una enorme sonrisa mientras intenta lanzarse a andar hacia su progenitor.

—¡Hola, cariño! —Rescata Hugo al crío de un gran bache que le ha hecho al pequeño tropezarse y rebozarse el culete de arena—. ¿Cómo estás, campeón? —le pregunta al sonriente e intrépido Rubén, mientras le da vueltas en el aire.

—¿Qué tal el día, cielo? —Reclamo su atención al recién llegado.

—Genial, princesa. Creo que poco a poco voy haciéndome al nuevo trabajo. ¿El tuyo? —dice mientras me regala un suave beso en los labios y deja al crío en su toalla llena de juguetes.

—Muy bien, también. Creo que podré acostumbrarme a esto. —Señalo a la inmensidad del mar que tengo delante de mí.

—¿Sí, verdad? —pregunta riéndose.

—Sí, de hecho, estoy convencida de ello —afirmo tajante mientras me recuesto en la toalla y, apoyando la cabeza en mis manos, observo el cielo azul.

—¿Has dibujado algo nuevo? —me pregunta mirando un bloc que descansa cerrado a mi lado.

—Alguna cosilla, sí, pero todavía no está terminado —digo deteniendo su mano, que ya estaba dispuesta a fastidiar una sorpresa.

—¡Qué secretismo, madre mía! ¿Qué pasa, has retratado a un amante en modo Kate Winslet en *Titanic*? —Vacila tratando de coger el bloc, que ahora tengo yo en mi poder.

—Ja, ja, ja. ¡Serás tonto! —Le recrimino partiéndome de la risa mientras ambos «peleamos» por el cuaderno bajo los últimos rayos de sol de este atardecer primaveral.

—Bueno, bueno, tú ganas. Cuando te apetezca me lo enseñas. — Muestra rendición.

—Eso es, cuando sea el momento lo verás —afirmo sabiendo que, en

cuestión de no más de diez minutos, su curiosidad se habrá satisfecho.

Hugo se tumba a mi lado en la toalla gigante. Toalla por decir algo. Y es que es muy curiosa la nueva moda esta de traer a la playa la manta del sofá, el conocido mantel de picnic de toda la vida. Un pañuelo inmenso, un pareo a lo bestia... Sí, la toallita de flecos que cubre la arena de todas las playas. Si no teníamos suficiente con compartir una cuenta en el banco, ahora también hemos sucumbido a apiñarnos en este desubicado cubresofá. ¿Qué le vamos a hacer? Es tendencia.

Cierro los ojos mientras la brisa del mar me acaricia las mejillas. Mi marido, ya más relajado, me va dando pinceladas de un nuevo día como jefe. ¡Qué bien suena eso! Me encanta ver lo ilusionado que está. Tiene muchas ideas para optimizar la producción de la nueva empresa y sé, sin duda, que logrará lo que se proponga. ¡Estoy tan orgullosa de él!

—Cariñoooooooooo. —Oigo una voz familiar que me saca de mi ensimismamiento.

—Ya estáis aquí. —Me levanto como un resorte mientras miro de reojo a un Hugo patidifuso.

—Síiiii, ¡qué ganas teníamos de verte! —dice mi madre tras dejarme pintalabios por toda la cara.

—Hola, Paco. —Saluda mi marido a la pareja de mi madre con cortesía—. ¿Qué tal?

—Bueno, cariño, pues esta era la sorpresa. —Me agacho a por el bloc de dibujo y muestro a mi marido mi último (y más especial) trabajo.

—Carmen y Paco os invitan a su enlace que tendrá lugar el 20/4/2018 en Las Palmas. ¡Reserva la fecha! —Va leyendo Hugo cambiando la entonación de incredulidad a asombro al descubrir el mensaje que rodea a la preciosa ilustración diseñada y dibujada por mí.

—Vaya, eh... enhorabuena, pareja. No sé qué decir. No me lo esperaba... —dice mi marido con un tono bastante menos eufórico del que se espera de un yerno ante tal noticia.

—Un poco más de efusividad, mi amor. ¡Mi madre se casa de nuevo! —grito zarandeando a Hugo.

—Déjalo, cielo. Él se alegra a su manera. ¿Verdad? No todos somos tan expresivos como nosotras. —Le defiende mi madre ante las risas de Paco.

—Enhorabuena a los dos, me alegro muchísimo, en serio —dice mi marido algo apurado pasando su mirada alternativamente del futuro matrimonio a la tocachuevos de su mujer, o sea yo.

—Lo sabemos, Hugo. Muchas gracias. Bastante haces con aguantarnos estos días en vuestra casa. —Si la cara de Hugo antes era un poema ahora pasamos a otra disciplina artística, pues solo le faltan las manos para representar *El grito* de Munch.

—Los he invitado a pasar unos días en casa, para que puedan ultimar los preparativos de la boda. No te importa, ¿verdad, cariño? —pregunto mientras me como a besos al cada vez más desconcertado hombre con el que me casé hace unos años.

—No, claro que no —dice evidenciando un malestar latente.

—No queremos molestar, ¿eh, cariño? Podemos alojarnos en cualquier hotelito por aquí —dice mi madre que, como todas, sabe interpretar hasta las señales de humo.

—No, no. ¡Eso ni hablar! Vosotros os quedáis en casa —digo mientras agarro a Hugo del brazo y me lo llevo en un aparte.

—Cariño, ¿qué demonios te pasa? ¡Es mi madre! ¡Qué mínimo que un poco de hospitalidad! Yo no me quejé en absoluto cuando tus padres estuvieron hace quince días instalados en nuestro pequeño salón.

—Bueno, eso de que no te quejaste...

—Está bien, lo admito. Invadieron un poco mi intimidad... Pero delante de ellos lo disimulé como la mejor de las actrices —digo pizpireta—. Por favor, serán solo unos días —suplico poniendo los ojitos que me llevan siempre al sí rotundo.

—¡Claro que pueden quedarse! Pero la próxima vez me avisas antes para que me haga a la idea.

—Ja, ja, ja. Vale, mi amor. Trato hecho. —Sello nuestra promesa con un sonoro beso en su ya relajado rostro, y corro hacia mi madre.

—Rubén, no incordies a la abuela, que estará cansada del viaje —digo cogiendo a Rubén en volandas. Lo monto en la sillita y comenzamos a plegar el chiringuito, que ya está levantando aire.

—No te preocupes, cariño. Estoy encantada de que me incordie. ¡No sabes cómo os echo de menos a los dos! —dice afligida mi madre—. Bueno,

a los tres —corrige rápidamente apurada.

—1-1. Me está bien empleado. —Resuelve Hugo ante las carcajadas de todos los demás.

Juntos, y entre risas que saben a gloria, decidimos que es un poco tarde y que habrá que ir caminando poco a poco hacia nuestro pequeño apartamento. Mi madre y Francisco se adelantan con Rubén, dejándonos a Hugo y a mí, unos minutos de cortesía.

No sé cómo nos vamos a organizar en nuestro dulce hogar estos días, pienso mientras se alejan, pero sin duda es lo que menos me preocupa. De lo que tengo la más absoluta certeza es que necesitaba abrazar a mi madre, oler de nuevo su Eau de Rochas que evoca todo lo bonito con lo que puedes soñar y me acerca un trocito de mí que ha quedado en Madrid. Anhelaba ver su preciosa sonrisa y ese brillo que por fin se ha instalado de nuevo en sus ojos gracias a la compañía y el cariño de Francisco. Paco, para la familia.

Los observo a los dos, andando agarrados de la mano, deshaciéndose en miradas cómplices el uno con el otro, regalándose besos fugaces, caricias furtivas y demostrando al mundo que el amor no tiene edad.

La suave brisa insiste en recordarme que está atardeciendo y que nos estamos quedando solos en la playa. Pero yo, presa de la euforia del momento y de la emoción, decido darme un último baño. ¡A lo loco!

Corro hacia el mar, lo hago de espaldas, pues prefiero no perderme ni un detalle de la cara de estupor de Hugo, quien poco a poco y según voy avanzando sin caerme, comienza a esbozar una preciosa sonrisa. Al notar ya el frescor del agua en los pies, lo que me indica que ya he llegado a mi destino, abandono la irresistible sonrisa de mi marido y me giro para contemplar la inmensidad del mar ante mí. Voy a grandes zancadas adentrándome en él, sin dar tiempo a mi cuerpo a acostumbrarse al agua. Mis gemelos, mis muslos, «el termómetro», el pecho y, por último, mi cabeza. Sumerjo en el mar mis pensamientos, refrescando mis ideas y disfrutando de un revitalizante chapuzón que no tendría en mi querido Madrid.

Veo a Hugo señalar el reloj y comienzo a nadar hacia la orilla. Me siento genial, relajada, libre... Salgo del mar, haciendo una última zambullida para peinar mi melena y comienzo a andar hacia mi chico. Un paso, dos... ¡Oh no! Plof. «Sun sun, sun sun. ¿A qué huelen las nubes?». Sí, después de diez

meses de nacer Rubén, nada más y nada menos, ha vuelto mi tía la roja, la *warry* o como queramos llamarla. La regla. ¡Qué oportuna! No estaba preparada para esto en este momento y mi bikini, más blanco que la teta de una monja, tampoco.

—Cariño, más vale que has salido rápido del mar, que los tiburones se iban a poner morados contigo. —Bromea Hugo riéndose de mi bochorno mientras yo me tapo el culo con lo primero que pillo.

—¡Qué gracioso! —Ironizo.

—Ven aquí, cielo —dice Hugo mientras me atrae hacia su calor sin importarle que mi madre, Paco y nuestro niño observen desde el paseo la escena—. Estoy muy contento.

—¿Contento? ¿Y exactamente por qué? —pregunto mosqueada y con un incipiente dolor de ovarios. ¿Pero no decían que después del parto ya no dolían?

—Contento porque por fin podemos ir a por la niña —dice pícaro y tierno mientras me envuelve en la toalla, arropándome como a su tesoro máspreciado y me besa con esa dulzura única en él. Beso al que me abandono, ajena a todo lo demás y que me recuerda por qué le elegí a él para compartir este viaje tan especial que es la vida.

AGRADECIMIENTOS DE GARBIÑE

Gracias a Ediciones Kiwi. A Teresa por volver a confiar en nosotras y dejarnos seguir soñando y a Borja por dar con la portada adecuada a pesar de nuestros títulos.

A María Allua, mi compañera y amiga en esta nueva aventura.

A Vero, María, Cris Ucar, Ana, Halady y todas las que habéis compartido conmigo experiencias que me han ayudado a plasmar por escrito realidades que (todavía) no conocía.

En general a todos mis amigos, los de aquí y los de allí, los de siempre y los de ahora. Marga, gracias por demostrarme todo lo que pueden significar un zumo y un donuts. A mis compis de Aecc, por hacer que los lunes sean menos lunes en vuestra compañía. A Raquel y Diana, gracias por estar siempre ahí. Ya sois imprescindibles en mi juego.

Y en el puzzle de mi vida no puede faltar mi familia. Laura, Roberto aunque mi puzzle no es tan complicado como el de los peces de Hugo también mola, jeje. Gracias a todos, Gorriz y Las Heras, por vuestro apoyo a pesar de la distancia. Amigas de los Gorriz, gracias por seguir formando parte de mi vida y por comprar mis libros aunque no sean vuestro género favorito. A mis cuñadas Ana e Isa. Ana gracias por mostrarme siempre tanta ilusión ante cada nueva publicación. Isa, como tu propio apellido indica, eres la caña y no solo promocionando mis libros sino en todo lo demás. Gracias a las dos por confiar en mí.

Siguiendo con mi puzzle llego a las piezas más importantes. A Javi, gracias por encajar en mi vida con tu paciencia y tu cariño. A Mikel, que me haces feliz sin saberlo, simplemente gracias por existir. Eres la pieza que me faltaba para completar mi puzzle, desde tu llegada ya todo un rompecabezas.

A mí madre. Mamá, estés donde estés, ya eres abuela. Mikel, causante de mis desvelos y de la sonrisa de mis ojos, ya es una realidad.

Y por último quiero dedicar este libro a todos vosotros, los lectores. Gracias por dar una oportunidad a nuestras historias.

AGRADECIMIENTOS DE MARÍA

Lo primero gracias a Teresa y a la Ediciones Kiwi por su confianza y contribuir a que un sueño se haga realidad.

A Garbiñe Las Heras, compañera en este capítulo de mi vida y sobre todo amiga.

Gracias por el apoyo, la paciencia, la confianza, las risas compartidas y todos los momentos vividos junto a: mis brujitas Nieves y Aitziber, a mi animadora personal Vero, y al presentador por excelencia Rubén.

A mis tíos y primos que aunque sus gustos literarios nada tengan que ver con lo escrito por nosotras y en momentos determinados incluso se les empañen las gafas... Lo compran, lo leen y lo promocionan. Gracias por vuestro apoyo.

Y sobre todo gracias a mi familia: mis padres, hermanos y sobrinos. A vosotros que a diario me aguantáis... Gracias por vuestra paciencia y por seguir siempre ahí. Gracias por ser mis incondicionales.